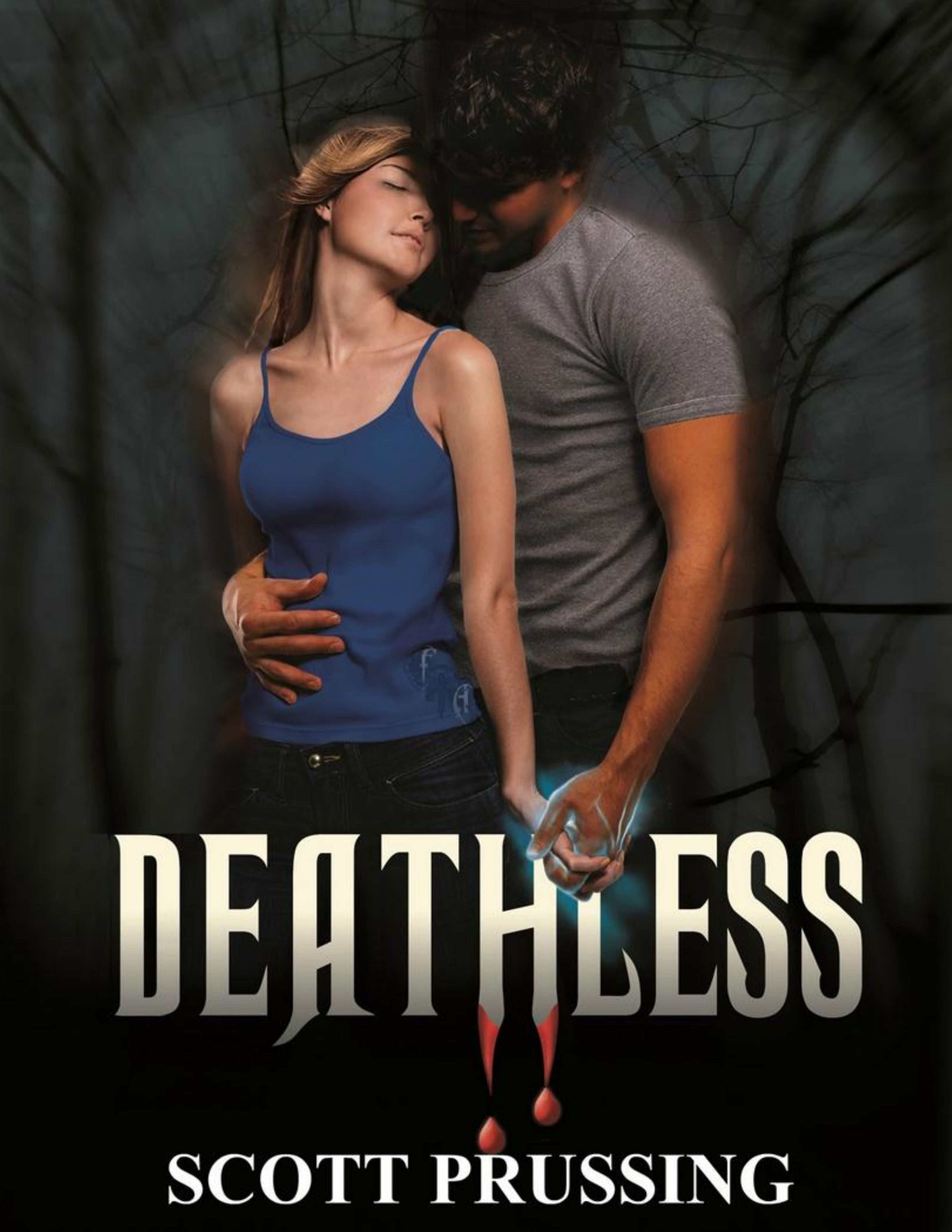

DEATHLESS
SCOTT PRUSSING



Segundo libro de la Saga

Blue Fire

El presente documento tiene como finalidad impulsar la lectura hacia aquellas regiones de habla hispana en las cuales son escasas o nulas las publicaciones, cabe destacar que dicho documento fue elaborado sin fines de lucro, así que se le agradece a todas las colaboradoras que aportaron su esfuerzo, dedicación y admiración para con el libro original para sacar adelante este proyecto

INDICE

SINOPSIS

Traducido por Dara
Corregido por Ángeles Rangel

Después de rescatar a su hermano de las cavernas de un aquelarre de vampiros y ayudar a su madre a curarse de la mordida de un vampiro, Leesa Nyland espera haber hecho frente a todo lo sobrenatural.

Todo lo que quiere hacer ahora es disfrutar de la vida y la universidad, y encontrar la manera de besar a su novio cazador de vampiros sin que sus poderes la hagan arder como una patata frita. ¡No es que sea mucho pedir!

Así que no está muy contenta cuando comienza a soñar con cuerpos en descomposición que surgen de sus tumbas, y le gustará menos aun cuando los sueños aterradores comiencen a hacerse realidad. Cuando los objetos a su alrededor empiezan a moverse, aparentemente por su propia voluntad, cree haber llegado a su límite.

Menos mal que no sabe sobre el poderoso vampiro que ha jurado venganza contra ella...

PROLOGO

Traducido por Dara
Corregido por Ángeles Rangel



Hace 107 años

El Volkaane Rave recorría silenciosamente el bosque lleno de nieve. Su largo y oscuro pelo cobrizo ondeaba detrás de él mientras pasaba entre los árboles, su piel de bronce parecía brillar en el crepúsculo gris. Pequeñas llamas azules parpadeaban en sus dedos, lo que era la única manifestación externa del fuego mágico ardiendo en su interior.

A pesar de su velocidad las pisadas no eran un problema, el calor de su fuego interior fundía la delgada alfombra de nieve tan pronto como sus pies con mocasines la tocaban, dejando un rastro de hojas ovaladas podridas en su estela. Un rastro de marcas similares se extendía delante de él, dejadas por su amigo Helm, pero no salía vapor en las huellas de Helm, y Rave sabía que era, casi con seguridad, demasiado tarde para salvar a su amigo.

Los horribles gritos de Helm aún resonaban en sus oídos. Sólo una cosa podría hacer gritar a un Volkaane así: los colmillos de un vampiro. Y si un vampiro le había desgarrado la garganta a Helm, entonces casi seguro que estaría muerto. Aún así, Rave tenía que intentarlo. Si no podía salvarle, al menos esperaba poder vengarle.

Había escuchado gritos similares con demasiada frecuencia, cada uno marcando la muerte de un Volkaane. Era la maldita *Destiratu*, lo sabía. Normalmente, los vampiros y los Volkaanes mantenían una especie de equilibrio, sólo cazaban o asesinaban por debilidad o locura, pero cuando las energías mágicas en la tierra y el aire se combinaban para formar el fenómeno conocido como *Destiratu,* todo cambiaba. De algún modo que Rave no entendía del todo, y ninguno de sus ancianos podía explicar por completo, el *Destiratu*, aumentaba las ansias de vampiros y Volkaanes de matar en ambos por igual. El hambre y la furiosa lujuria de sangre, llegaban a ser incontrolables para muchos. Afortunadamente, el *Destiratu* se daba menos de una vez cada cien años.

Entender el fenómeno no era importante ahora, sino sobrevivir. Una parte de Rave sabía que debería estar moviéndose con más cuidado, que el peligro estaba cerca, pero la magia había

aumentado demasiado su hambre y su ira, así que corrió a través de los árboles, moviéndose incluso a una velocidad que un vampiro nunca podría alcanzar, esperando contra todo pronóstico que Helm no estuviera muerto ya. Rave aún era joven, sólo tenía diez años más de los cuarenta que marcaban la edad adulta Volkaane, y aún era impulsivo. Ni siquiera había considerado que esa misma hambre cegadora fuera lo que estaba detrás de la desaparición de Helm.

Más adelante, dio con la visión de lo que había temido encontrarse. El cuerpo de Helm yacía desplomado en el suelo, en el interior de un círculo de hojas todavía humeantes. Incluso en la muerte, su fuego interior persistía, derritiendo la nieve a su alrededor. A unos metros del cuerpo de su amigo, Rave vio una gran pila de ceniza gris y negra. A pesar de su dolor, se permitió una pequeña sonrisa. Helm había logrado matar a uno de sus enemigos antes de ser asesinado. Alejándose del círculo, Rave vio dos pares de huellas muy separadas que sólo podían provenir de un par de vampiros. Helm había tenido la mala suerte de encontrarse con tres de las criaturas. Nunca tuvo una oportunidad.

Rave se arrodilló al lado de su amigo muerto. Los ojos sin vida de Helm miraban hacia el cielo. Su garganta había sido salvajemente desgarrada, confirmando lo que Rave ya sabía. No había sangre en la espantosa herida ni cualquier parte de la tierra; ningún vampiro desperdiciaría ni una sola gota del brillante líquido azul, un tesoro que saboreaban en muy pocas ocasiones.

Tiernamente, Rave cerró los ojos de su amigo y luego descansó su palma en la frente de Helm. La piel de Helm aún estaba caliente, pero el calor que era la esencia de un Volkaane se había ido. Rave ignoró la voz susurrando en su cabeza que los vampiros aún podrían estar cerca, al igual que hizo caso omiso de la formación que le había enseñado que debería estar dirigiendo sus sentidos hacia el exterior, dejando sus instintos sentir algún rastro de la presencia de vampiros. Así era el efecto del *Destiratu*, especialmente en los jóvenes e inexpertos. Rave era ambas cosas a la vez.

De haber seguido las huellas de los vampiros que faltaban, habría visto que conducían a los árboles a menos de cien metros de donde estaba arrodillado. Habría estado alerta a cualquier peligro que llegara.

En cambio, fue sorprendido cuando dos vampiros aparecieron, uno a cada lado de él. A pesar de su juventud, el fuego mágico interior de Rave estaba clasificado como uno de los más potentes de su especie. Raro era el vampiro que podía igualar su poder, pero ni siquiera él podía esperar derrotar a dos al mismo tiempo. Sin embargo, estaba decidido a llevarse por lo menos uno de sus enemigos con él, como Helm había hecho.

Los vampiros probablemente esperaban que huyera. Tal vez podría haber escapado incluso ahora, usando su velocidad superior, pero su hambre *Destiratu* no le permitía intentarlo. Desde su posición arrodillada, se abalanzó hacia el vampiro frente a él, envolviendo sus brazos alrededor de su espalda y presionando su boca hacia la cara del vampiro, dispuesto a dejar que su fuego mágico absorbiera el aliento de vida de la criatura.

Los vampiros eran rápidos, sin embargo, y pudo sentir a la segunda criatura agarrando sus hombros desde atrás, dispuesto a arrancarle de su hermano. En un momento, sus colmillos se hundieron en la carne de Rave. Había poco que Rave pudiera hacer para evitarlo, así que tomó más fuerte la boca del otro vampiro en sus manos.

De repente, sintió una ráfaga de calor Volkaane detrás de él, y el agarre sobre sus hombros se desvaneció. No había tiempo para pensar en ello ahora, el vampiro que sujetaba estaba tratando de llegar a su cuello con sus colmillos.

Sin la ayuda de su compañero, el vampiro no era rival para Rave. Presionó su boca sobre los labios y la nariz de la criatura. El furioso calor de su fuego mágico absorbió la vida del vampiro, llegando a los pulmones de Rave. La sensación estaba más allá de la excitación, y Rave saboreó cada momento de ella.

Menos de un minuto después, todo había acabado. Dejó caer el cuerpo sin vida del vampiro al suelo. El calor del fuego de Rave continuaba consumiendo la bestia desde dentro hacia fuera. El pálido rostro del vampiro se aclaró aún más, volviéndose casi translúcido. De repente, en apenas un sonido audible, la criatura brilló y se arrugó en una pila de cenizas grises y blancas.

—Bien hecho joven Rave, dijo una voz familiar detrás de él.

Rave se giró y sonrió a Balin, su amigo y mentor. Una pila idéntica de cenizas descansaba a los pies de Balin. Él había destruido también su vampiro, incluso antes de que Rave hubiera acabado con el suyo. Diminutas llamas azules salían de los dedos de la mano de Balin. Rave echó un vistazo a sus propios dedos. También tenía llamas resplandecientes brillando.

—Sin tu ayuda, dijo Rave, me temo que el resultado podría haber sido menos satisfactorio.

—Por eso precisamente te seguí. Debes ser más cuidadoso, joven Rave. El *Destiratu* es peligroso para todos, sobre todo para los inexpertos.

—Lo siento Balin. Me enseñaste mejor que esto, pero cuando escuché el grito de Helm, no pude detenerme.

—Así es el poder del *Destiratu*, dijo Balin, un gran descontrol de la ira. —Puso su brazo sobre los hombros de Rave—. Creo que estás destinado a grandes cosas, joven Rave, pero para que eso ocurra, primero debes sobrevivir…

CAPITULO 1

NUEVOS COMIENZOS

Traducido por Aldy92
Corregido por Ángeles Rangel

A Leesa Nyland tenía miedo de abrir sus ojos. No porque estuviera asustada por poder ver algo aterrador, a pesar de que Dios sabe que ella había visto y experimentado suficientes cosas espantosas en sus primeros meses en la universidad de Weston para toda su vida, sino porque estaba preocupada de que si abría los ojos podría descubrir que simplemente había estado soñando todas las cosas *maravillosas* que habían sucedido.

Tenía derecho a estar preocupada por ello, lo sabía. Había visto y hecho cosas en los últimos tres meses —¿podían realmente haber sido sólo tres meses? —que pocas personas creerían, o podrían imaginar. Tal vez todo *era* tan sólo un sueño. Tal vez no había vampiros. Tal vez jamás se había dejado morder por el enigmático Stefan, en un acuerdo para salvar a su hermano Bradley de un encarcelamiento más horrible que la muerte. Casi alargó la mano hacia su garganta, pero alejó sus dedos. ¿Y si no encontraba marcas ahí? Eso significaría que había sido solo un sueño, que Bradley todavía estaba desaparecido. Y que su madre todavía estaba recluida, negándose a salir durante el día, asegurando que la luz del sol hería su piel porque había sido mordida por un vampiro con un solo colmillo. Leesa no quería volver a esa realidad.

Y ciertamente no quería descubrir que la confortante calidez que sentía contra su mejilla era sólo una manta eléctrica. No, prefería mucho más creer en el calor mágico que irradiaba su asombroso novio Volkaane Rave. Acurrucó más su cara contra la cálida ropa y suspiró.

Podía sentir los duros músculos del pecho de Rave contrayéndose debajo de la ropa. Esto no era un sueño, ninguna manta o almohada podría moverse así. Abrió los ojos y lo confirmó, viendo la camiseta de franela marrón y violeta de Rave, no su manta. Miró hacia arriba, a su apuesto rostro y sonrió.

Él la llevó sin esfuerzo, corriendo a través del viejo sendero del bosque a velocidades que deberían haber sido imposibles, con un modo de andar tan suave que sentía como si estuvieran volando. Le encantaba cuando Rave la llevaba así, acunada cómodamente en sus brazos. Era como lo hacía su gente, no usaban coches ni ningún otro tipo de transporte más que sus pies.

Los Volkaanes no usaban nada eléctrico, ni dispositivos que funcionasen con pilas. No podían. La energía de su calor mágico interno simplemente consumía todo tipo de aparatos eléctricos. Leesa lo había aprendido de la forma difícil, cuando había tratado de usar su móvil mientras sostenía la mano de Rave. Incluso el contacto indirecto había destrozado su móvil, friendo los chips y la batería. Y por eso Rave no podía usar teléfonos, no tenía forma de contactarlo cuando quería verlo o siquiera hablarle. Todo lo que podía hacer era esperar a que apareciera. Aunque ella deseaba que eso no fuera así, servía para que el tiempo que pasaban juntos fuera especial.

El fuego mágico de Rave tenía otro inconveniente, otro gran, gran inconveniente. Si perdía el control, incluso durante un momento mientras se besaban, podría matarla, consumiendo su vida de adentro hacia fuera. Y eso realmente apestaba, porque ese mismo calor interno hacía de sus besos algo más allá de lo increíble. La mayoría de las chicas estaban meramente recitando poesía cuando decían que «se derretían» con los besos de sus novios, pero con Rave eso era casi literalmente verdadero. Hasta ahora, Rave y ella habían podido compartir sólo breves besos, bajo la atenta mirada de Balin, el mentor de Rave, que podía sentir incluso el más leve cambio de calor en Rave. Balin y Rave estaban trabajando en una técnica para controlar el fuego de Rave que pocos Volkaanes se atrevían a probar, pero seguía siendo peligroso para Leesa besar a Rave de la forma que anhelaba.

Se había rendido a besarlo completamente una vez, cuando pensó que Stefan la había convertido en vampira y Rave había venido a matarla como había prometido. Por suerte, Rave había aprendido suficiente control para ese momento y rompió su beso antes de que saliera lastimada. Pero seguía recordando lo increíble que fue ese beso casi fatal, y el pensamiento que tuvo de la manera tan maravillosa de morir que habría sido. Esperaba el día en que pudiesen besarse sin peligro, sin miedo. Aunque, estaba segura de que sus breves besos estaban más allá de cualquier cosa que otras chicas pudiesen siquiera imaginar, no importaba cuán enamoradas pudiesen estar.

Como si Rave estuviese leyendo su mente, inclinó su cabeza y la besó suavemente en la mejilla. Se entusiasmó mientras la familiar calidez fluía a través de ella. Los besos dados en cualquier otro lado que no fuera su boca eran seguros, a pesar de que dejarían una marca si dejaba sus labios demorarse mucho.

Rave la sostuvo durante unos pocos minutos más antes de dejarla gentilmente en el suelo. Leesa suspiró, deseando que el viaje fuese largo, uno mucho más largo. Pero sólo iban a casa de sus tíos para la cena de Acción de Gracias, y estaban casi llegando. Sin más árboles para ocultar su forma

de viajar, tendrían que caminar el resto del camino. Leesa levantó sus pies y besó a Rave en la mejilla.

—Gracias por el viaje —dijo sonriendo.

—Cuando quieras, preciosa.

Leesa pasó sus dedos a través de su largo pelo rubio, tratando de sacar los nudos creados por su «viaje».

—Esta es, de lejos, mi forma favorita de viajar —dijo ella—, pero hace un estropicio con mi cabello.

Rave rió y quitó unos cuantos restos de escombros del campo en la sudadera azul oscura de Leesa.

—Me imagino que debe ser un poco como conducir un coche con tu cabeza saliendo por la ventanilla. No es que haya tenido el placer.

—¡Ja! Exactamente —dijo Leesa, sonriendo—. Sólo que esto es mucho más divertido.

—¿Eso significa que no te importa tener un novio sin coche?

—Bueno, desearía que pudieses al menos usar alguno de vez en cuando, pero no, no me importa para nada. Aunque desearía que vosotros, los Volkaanes, descubrierais alguna forma para poder usar un móvil.

—Tal vez Balin y yo podamos descubrir algo. Pero tendríamos que dejar de trabajar en la cosa de besarnos mientras lo hiciésemos.

—¡Ja! No importa. Prioridad número uno: la cosa de besarnos. Prioridad número dos: la cosa de besarnos. Prioridad número tres: …

—Déjame adivinar. ¿La cosa de besarnos?

Leesa rió.

—¿Cómo lo has adivinado?

Rave sonrió.

—Sólo una fuerte corazonada.

Leesa tomó sus bíceps con ambas manos y se acurrucó contra él.

—Mmmm, fuerte *e* inteligente. ¿Qué más podría querer una chica?

Sintió a su estómago protestar, recordándole que estaba hambrienta. Queriendo guardar lugar para la cena de Acción de Gracias, había comido sola la mitad del bol de cereales en el desayuno.

—¿Hambrienta? —preguntó Rave.

Leesa se sonrojó. No podía creer que él hubiese escuchado eso, pero la audición de Rave era mucho más aguda que la de cualquier humano. Ella asintió, había más que algunas desventajas de tener un novio sobrenatural, claro. Se preguntó si podía escuchar el latido de su corazón también.

—Sí. No comí mucho en el desayuno. La tía Janet es una gran cocinera, así que quería asegurarme de dejar suficiente espacio para la cena. Y para las tartas del tío Roger también. Son para morirse.

—Bueno, ¿qué estamos esperando entonces? Vayamos a casa de tus tíos y consigamos comida para ti.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo ella. Soltó su brazo y comenzó a cojear hacia la calle. Rave se puso a su lado.

Leesa había nacido faltándole un pequeño pedazo de hueso en la pierna y había cojeado toda su vida. No le dolía, y estaba orgullosa de poder caminar tan rápido y tan lejos como casi cualquiera, cualquiera que no fuese un Volkaane. Rara vez incluso pensaba en su cojera, a menos que alguien le preguntase sobre ello, o a veces cuando estaba con Rave y notaba lo ruidosa que caminaba comparada con él. Pero todos caminaban ruidosos comparados con Rave, que parecía ser capaz de caminar sobre cualquier tipo de superficie, incluso arrugadas hojas muertas, y casi no hacer ningún ruido.

Se estiró y tocó su mano. Como siempre, el calor de su piel la sorprendió. Sonrió, recordando las primeras veces que habían cogido sus manos, antes de que él revelase su naturaleza mágica. Rave llevaba siempre guantes puestos, para que ella no notara su calor innatural. Había cometido el error de hablar a sus amigas sobre eso, y se habían burlado de ella sin fin. Gracias a Dios, los días de los guantes habían quedado atrás.

Nadie más en su vida sabía que Rave no era humano, y así era como intentaba mantenerlo, por el momento al menos. Su madre y su hermano habían sufrido bastante por criaturas sobrenaturales, no necesitaban saber que estaba enamorada de una, incluso una que era un acérrimo enemigo de los vampiros. Rave podía controlar su calor lo suficiente ahora como para estrechar una mano con rapidez, así que esperaba no tener problemas para mantener su secreto.

Cuando llegaron a casa de sus tíos, una casa colonial de color amarillo pastel apartada de la calle tras un amplio jardín dominado por cuatro arces sin hojas, Rave tomó gentilmente el brazo de Leesa y la condujo hasta una parada.

—Creo que deberías sacar al perro para que me conozca antes de entrar.

Leesa lo miró con una expresión de desconcierto.

—¿Por qué? Max es realmente un gran perro. Le gusta todo el mundo. —Un repentino pensamiento cruzó por su mente—. Oh, oh. No me digas que a los perros no les gustan los Volkaanes.

—No, no es eso. Les gustamos bastante. Más que bastante, de hecho. Los Volkaanes tienen una relación especial con varios animales, especialmente los perros, pero Max podría actuar un poco extraño hasta que me presente a él, y no creo que queramos que tu familia lo vea.

—Oh… bueno. Pero, ¿qué les diré a todos cuando aparezca en la puerta sin ti?

Rave pensó por un momento.

—Sólo diles que estoy admirando su bello barrio durante unos cuantos minutos.

—Vale. Aunque pensarán que es un poco raro.

—Créeme, es mejor de lo que podrían pensar si Max me conoce dentro.

Leesa confiaba en él, implícitamente. Lo besó en la mejilla.

—Vuelvo en un minuto —dijo ella.

Se giró y se dirigió a la puerta. Max vino corriendo a saludarla antes de que siquiera abriese la puerta. Era un Golden Retriever de cuatro años con una energía que parecía interminable y muy cariñoso como era común en su raza. Leesa se metió dentro de la casa y le dio una rápida pero vigorosa caricia en el pecho, una de sus cosas favoritas.

Bradley y el tío Roger estaban sentados en el sofá, mirando el partido de fútbol americano en la pantalla. El tío Roger estaba usando la camiseta azul y roja número doce de los Patriots que siempre usaba cuando veía fútbol, tanto si su equipo estaba jugando como si no. Bradley no estaba vistiendo los colores de ningún equipo, pero era un ávido fan de los Jets, el resultado de vivir en Nueva Jersey durante los primeros diez años de su vida. Leesa no era una gran fanática del fútbol, pero sabía que esos dos equipos se odiaban, y que Bradley y el tío Roger estarían preparados para unas animadas tardes cuando sus equipos se encontrasen. Pensó lo maravilloso que era estar pensando en su hermano discutiendo sobre fútbol, y no sobre la terrible experiencia que había sufrido durante los últimos dos años, cuando nadie sabía qué le había sucedido.

No vio a su madre o a la tía Janet, y supuso que estaban todavía ocupadas cocinando. El delicioso olor que salía de la cocina hizo a su estómago rugir de nuevo. Sonrió, preguntándose si Rave podría oírlo desde afuera. Esperaba que su oído no fuese *tan* bueno.

Bradley saltó de su sillón para saludarla.

—Hey, calabaza —dijo mientras le daba un cálido abrazo.

Leesa pensó que su hermano se veía genial. Especialmente para alguien que había estado cautivo durante casi dos años por una vampira que lo tenía como «alimentador», un tipo de banco de sangre humana. Cuando Stefan le trajo a Bradley esa fatídica noche, ella se ofreció a cambio de la libertad de su hermano, que estaba incluso más pálido que Stefan, y tan delgado y débil que no podía mantenerse de pie por sí mismo. Ahora, su color era de nuevo normal, y había ganado un

poco de peso necesario. Pero podría ganar unos cuantos kilos más, y Leesa esperaba que la cena del día de Acción de gracias le ayudara en eso.

El tío Roger la abrazó después de Bradley. Mientras envolvía sus brazos sobre su amplia figura, deseó tener algún tipo de poder mágico, para poder transferirle mágicamente un par de los kilos extras del tío Roger a su hermano. Estaba segura de que a ambos les gustaría.

—¿Es mi hermosa hija a la que oigo? —dijo Judy Nyland, apurándose fuera de la cocina.

Leesa sonrió.

—Hola mamá.

Se abrazaron fuertemente. Leesa no podía creer cuánto había cambiado su madre. Su complexión pálida finalmente tenía algo de color, y apenas había rastro de la ansiosa y tímida mujer con quien Leesa había crecido. Pasó toda su niñez pensando que su madre estaba loca, con esa demente historia sobre haber sido mordida por un vampiro con un solo colmillo. Pero la historia resultó ser verdad. Uno de los profesores de Leesa había curado a su madre, inyectándola con la sangre de un vampiro con un solo colmillo a quien Rave había capturado para ellos. Su madre estaba haciéndose más y más normal cada día.

—¿Dónde está Rave, cariño? —preguntó Judy cuando ellos finalmente terminaron su abrazo.

—Está fuera, disfrutando del barrio. Sacaré a Max unos minutos, y luego entramos —miró a su tío—. ¿Te parece bien, tío Roger?

El tío Roger sonrió. Tenía la sonrisa más amplia que Leesa hubiera visto.

—Claro. Estoy bastante seguro de que no conseguirás ninguna objeción de Max.

—¿Le pongo la correa?

—No, mientras que te quedes en el patio, no se irá a ningún lado.

—Está bien. Os dejaré volver al partido, chicos. Volvemos en unos minutos.

Leesa sostuvo la puerta abierta, y Max corrió fuera. Empujó la puerta cerrada y miró mientras Max corría hacia abajo de las escaleras y galopaba hacia Rave. Nunca había visto a Max así de entusiasmado. No sabía qué sucedería luego, pero se alegraba de haber cerrado la puerta para que nadie más pudiera verlo, por las dudas.

Rave sostuvo su mano con la palma hacia fuera, y Max se detuvo a cinco metros delante de él. Rave giró su palma hacia abajo y bajó la mano. Max bajó obedientemente hasta su estómago en el césped.

Leesa estaba sorprendida. Max era un perro obediente, pero nunca había conocido a Rave. No estaba segura de que el tío Roger pudiese haber conseguido que Max se inclinase tan rápido.

Se acercó más, mirando mientras Rave caminaba hacia Max y se arrodillaba a su lado. Parecía susurrar algo en la oreja de Max, y luego lo acarició en la cabeza. Cuando se puso de pie, Max se levantó a sus pies y quedó a su lado, esperando. Parecía como si se conociesen desde siempre.

Rave sonrió a Leesa.

—Esta todo bien ahora. Max y yo somos amigos. Podemos entrar. Se comportará con normalidad.

—Wow. Eso fue increíble —dijo Leesa—. Max siempre tiene un montón de energía, pero nunca lo he visto tan emocionado. Me alegro de que hayas pensado en conocerlo fuera. No estoy segura de que en la casa pudiesen haber soportado tanto de Max.

Entraron. Rave ya había conocido a todos, así que no fueron necesarias las presentaciones, solo holas. Leesa miró mientras Rave se movía fácilmente por la sala. Se movía tan fluidamente que no notarías a menos que estuvieses mirando de cerca, que evitaba mantenerse a una distancia segura de cualquier cosa eléctrica, la televisión, el equipo de música, incluso las lámparas.

En ese momento, tía Jane pudo salir de la cocina, para intercambiar un cálido abrazo con Leesa. La tía Janet era cuatro años mayor que su hermana, pero Leesa pensaba que se parecían mucho, ahora que su madre había perdido esa mirada angustiada que había tenido durante tantos años. Haciendo juego con delantales azules y blancos que ambas usaban sobre sus vestidos se parecían más aún.

La tía Janet era quince o veinte kilos más gruesa que la madre de Leesa, pero de cuello para arriba nadie podría no darse cuenta de que era hermanas. Ambas llevaban su pelo rubio medianamente corto, estilizado casualmente con rizos sueltos que enmarcaban sus rostros. La tía Janet, obviamente, había llevado a su hermana de visita a un peluquero. El rasgo más sobresaliente de cada mujer era el par de brillantes ojos azules casi idénticos que Leesa veía reflejados en su espejo cada día.

—La cena estará lista en diez o quince minutos —dijo la tía Janet.

—Entonces es la hora de los aperitivos —dijo el tío Roger, apurándose hacia la cocina con una gran sonrisa en su cara.

Leesa sonrió también, sabiendo lo que estaba por venir. El tío Roger era dueño de una panadería famosa por sus tartas. Su frase favorita era «la vida es corta, come el postre primero…».

Seguro de sí mismo, el tío Roger salió de la cocina cargando una fuente llena con bocaditos rellenos de tarta de manzana. Palillos rojos y azules pinchaban cada uno, haciéndolos más fáciles de comer. Dejaban al tío Roger encargarse de los aperitivos y los convertía en postres. Ofreció la fuente primero a Leesa.

El aroma a la canela de las manzanas horneadas hizo a su estómago rugir de nuevo. Tomó un pedazo con cada mano y puso uno en su boca. La tarta sabía incluso mejor de lo que olía. Los

trozos de manzana eran suaves y agrios, y la corteza de mantequilla simplemente se fundía en su boca. Tomar los postres primero eran definitivamente una buena idea.

La cena estaba tan deliciosa como los aperitivos del tío Roger. El pollo estaba jugoso y tierno, y la salsa de la tía Janet estaba para morirse. Las guarniciones incluían puré de patata, tiernos frijoles verdes con chalota y piñones, patatas dulces con mantequilla, arándano y relleno casero con pasas, almendras, apio y trocitos de salchicha.

Leesa comió saludables cantidades de todo. Su hambre hacía rato que había sido satisfecha, y se estaba acercando al punto de estar llena. De mala gana, bajó su tenedor, determinada a dejar espacio para el postre.

Estaba feliz de ver a Bradley estirándose por un tercer plato de pollo. Cuanta más comida comiese su hermano, mejor. El tío Roger seguía comiendo con su usual apetito, y Rave no parecía haber aminorado tampoco. Solo podía imaginar lo que su metabolismo debía ser, con todo ese calor interno.

Notó que su madre estaba mirando hacia su plato, lentamente empujando un pedazo de pollo con su tenedor, pero sin hacer intención de comerlo. Su cara parecía extrañamente triste.

—¿Qué pasa mamá?

Judy miró hacia arriba.

—Oh, nada, cariño. Sólo estaba pensando en lo felices que parecéis tu hermano y tú. Siento no haber hecho nunca una cena como esta para vosotros.

—Mamá, lo hemos superado. No fue culpa tuya.

—Nosotros somos los que estamos arrepentidos, mamá —agregó Bradley—. Sentimos no haber creído tu historia. Tal vez podríamos haber hecho algo diferente si hubiéramos…

—Gracias a Dios, todo eso está en el pasado —dijo la tía Janet—. Este año tenemos mucho que agradecer. Recordémoslo.

—Amén a eso —dijo el tío Roger mientras se estiraba para otro pedazo de pollo.

—No puedo imaginar nada mejor que esto —dijo Leesa—. Estar aquí con todos vosotros, comiendo esta deliciosa comida y ¡con los postres aún por venir!

Todos rieron, pero fue la risa de su madre la que más calentó el corazón de Leesa. Ella realmente nunca había sido feliz.

Solo esperaba que esa cosa del *Destiratu* que Rave le había dicho no arruinara las cosas.

CAPITULO 2

TIRANDO PIEDRAS

Traducido por Aldy92
Corregido por Ángeles Rangel

—Este debe ser el lugar —dijo Leesa.

Se paró al lado de Rave y Max en la cima de una larga entrada de vehículos asfaltada encima del Parque Estatal Black Pond. Debajo de ellos, las aguas de un gran lago brillaban en el sol. Leesa estaba vistiendo su sudadera azul sobre una camiseta de manga larga y pantalones de lycra negros. Rave llevaba una camiseta marrón oscuro, camisa de punto de manga larga y vaqueros. Con su calor interno, los Volkaanes no necesitaban mucha ropa, pero Rave se aseguraba siempre de vestir algo acorde al clima, para evitar atraer atención innecesaria o preguntas.

Tío Roger había sugerido Black Pond como un buen lugar para una caminata, dado que estaba a menos de quince minutos a pie desde la casa. Leesa casi deseó que estuviese más lejos, así ella podía disfrutar otro viaje en los brazos de Rave. Pero quería hacer algo de ejercicio, y por más maravilloso que se sintiese que Rave la llevase, eso no calificaba como ejercicio, ¡a pesar de que ciertamente conseguía acelerar su corazón!.

Max esperó pacientemente enfrente suyo con su costado presionando contra la pierna de Rave. Su cola se movía entusiasmada mientras miraba hacia al parque, pero no se alejaría del camino de la entrada sin ellos. Rave llevaba la correa de Max en su mano, lo había desatado tan pronto como estuvieron fuera de la vista de la casa. Leesa lo había mirado preocupada cuando deshizo la correa, pero Rave le aseguró que no había nada de qué preocuparse. Se había arrodillado y susurrado unas palabras en la oreja de Max, y Max no se había movido más de unos pocos pasos de ellos en todo el camino. Leesa estaba sorprendida; cada vez que ella paseaba a Max, él estaba constantemente tirando de la correa, queriendo oler o perseguir algo. Pero no hoy. No con Rave allí.

Apenas pasaban las diez en punto de la mañana del sábado. El día prometía ser agradable, especialmente considerando la estación. La temperatura ya había alcanzado los cinco grados y

unas pocas nubes blancas en el cielo no rebelaban ninguna pista de que fuera a empeorar. Clima perfecto para una excursión, así que eso es lo que Leesa y Rave habían decidido hacer.

El fin de semana del día de Acción de Gracias estaba yendo genial. Leesa se estaba quedando en la casa de sus tíos, compartiendo cuarto con su madre. Ya que Bradley seguía viviendo allí también, estuvieron todos juntos por primera vez en años. Habían hecho algunas compras e ido a ver una película al centro comercial el viernes, y luego disfrutaron las sobras del día de Acción de Gracias esa noche. Rave había ido a casa la noche del jueves, pero había vuelto esta mañana.

Una buena caminata larga les daba la perfecta excusa para un poco de tiempo a solas. Sosteniendo sus manos, caminaron por el camino de la entrada hacia el lago. Por debajo, media docena de botes y canoas flotaban tranquilamente en el agua. Todos excepto uno, tenían al menos una caña de pescar colgando al costado. Leesa se preguntó qué tipo de pez viviría en ese lago.

El este de la costa era empinado y rocoso, cayendo en picado dentro del lago en un ángulo agudo, así que doblaron al oeste al final de la rampa y siguieron a lo largo del camino de árboles sin hojas. El camino era llano y cuidado, haciendo la caminata más fácil. Max encabezó el camino con su cola sacudiéndose felizmente mientras se conducía a lo largo del camino. A pesar de su exuberancia, nunca se alejó más de veinte pasos o así delante de ellos, ni siquiera cuando escucharon crujidos de animalitos en el camino a través de la maleza cercana.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Leesa a Rave cuando un conejo se cruzó en el camino a menos de tres metros frente a Max y él no hizo ningún movimiento para perseguirlo—. A los perros les encanta perseguir conejos. Sé que a Max le encanta. Lo he visto. Pero tú lo tienes comportándose como llevase una correa invisible.

Rave sonrió.

—No es gran cosa. Sólo le he dicho que sea un buen perro y se quedase cerca de nosotros.

Leesa lo miró escéptica

—¿Eso es todo? ¿Solo le dijiste que sea un buen perro?

—Te lo dije, los Volkaanes y los perros tienen una afinidad especial entre ellos.

—¿Una afinidad especial? —dijo Leesa, frunciendo el ceño—. Tiene que haber algo más que eso.

Rave se encogió de hombros.

— No estoy seguro de poder explicarlo mejor. Viene de hace años, cuando Volkaanes y hombres lobo forjaron una alianza contra los vampiros, que estaban dominando en aquel entonces. Los lobos y perros están cercanamente relacionados, así que supongo que algo de eso se extendió de alguna forma…

Leesa paró abruptamente y tomó el brazo de Rave



—¿Hombres lobo? —preguntó—. No me digas que los hombres lobo son reales también…

— Por supuesto que lo son, o al menos lo eran. Algo, o alguien, los eliminó hace siglos.

—¿Vampiros? —preguntó Leesa.

— Nadie realmente lo sabe, al menos no que yo sepa. Pero no creo que los vampiros estuvieran detrás de ello. Nosotros sabríamos si los vampiros lo hubieran hecho, supongo. Pudo simplemente haber habido una enfermedad de algún tipo. O pudo haber algo más siniestro.

La cabeza de Leesa daba vueltas. Había hecho una simple pregunta sobre Max, bueno, tal vez no tan simple, y de repente estaban hablando sobre hombres lobo. Quería saber más, pero decidió que había oído suficiente por ahora. Tenía que admitir que salir con un Volkaane nunca era aburrido.

Caminaron durante otros veinticinco minutos, y Leesa disfrutó cada momento. A veces el camino los llevaba a unos metros del agua, otras veces se adentraba serpenteando entre los árboles. Al rato, empezó a sentir calor, así que se quitó la sudadera y se la ató alrededor de la cintura. Max continuó resistiéndose a todas las tentaciones de dejar el camino. Finalmente, alcanzaron la costa más alejada del lago. El camino continuaba, pero daba la vuelta al lago y se dirigía dentro de las colinas, así que pararon en la pequeña playa de tierra. Era pacífica, un lindo lugar, y lo tenían todo para ellos.

Leesa paró y excavó una piedrita plana de entre la tierra. Max corrió y olió la roca, esperando que Leesa hubiera descubierto algún tipo de tesoro. Se alejó después de un momento, claramente decepcionado. Rave miró con interés mientras Leesa levantaba la roca en su mano y la estudiaba como si fuera algo especial. A él le parecía una piedra normal.

—Mira esto —dijo Leesa.

Se inclinó levemente por la cintura y tiró la piedra sobre el agua con un movimiento de su brazo. La piedra saltó cuatro o cinco veces encima de la superficie del lago antes de hundirse. Max empezó a correr detrás de la roca, pensando que era un juego de buscar, pero se detuvo antes de que sus patas estuviesen apenas húmedas.

—Oye, eso es bastante bueno —dijo Rave.

—Bastante, sí —dijo Leesa, sonriendo—. Pero no lo suficiente. Bradley solía decirme que si pudiese tirar unas seis veces, podría pedir un deseo que se volvería realidad. Solo conseguí cinco esta vez.

Rave se inclinó y tomó una roca.

—Déjame probar.

Antes de que él pudiese tirarla. Leesa dejó caer su mano en su antebrazo para detenerlo. Obviamente nunca había hecho esto. Con todo lo que sabía y todas las cosas increíbles que podía



hacer, siempre la sorprendía cuando no tenía idea sobre algo tan simple como tirar una piedra en el agua. De alguna manera, lo hacía parecer más humano.

Tomó la piedra de su mano.

—Tienes que usar una plana. Esta es muy redondeada. No hay forma de que puedas hacerla saltar.

La arrojó en el agua y se puso en cuclillas para encontrarle una mejor.

Cuando encontró una que le gustó, la sacó a la fuerza de la tierra quitándole la suciedad.

—Prueba esta. —Envolvió su dedo pulgar y el índice alrededor de la piedra, como una C al revés—. Sostenla de esa manera.

Le dio la piedra a Rave y él la agarró de la manera que le había enseñado. Tratando de imitar el movimiento, la tiró hacia el lago. La piedra voló tan rápido que Leesa apenas pudo seguirla. Golpeó el agua con una ruidosa salpicadura y se hundió sin rebotar siquiera una vez. Rave la miró avergonzado.

—No habrá deseos para mí, supongo.

—Requiere práctica.

Leesa tomó otra piedra y la lanzó a lo largo del agua. Esa vez saltó tantas veces que perdió la cuenta. Eran definitivamente más de seis veces. Cerró los ojos e inclinó su cabeza pidiendo un deseo.

—Eso fue genial —dijo Rave cuando Leesa abrió sus ojos—. Nueve saltos.

Leesa lo miró escépticamente. Los pequeños saltos al final eran casi imposibles de contarse.

—¿Puedes contar todos esos pequeños saltos al final?

—Claro. No hay problema. Los Volkaanes tienen muy buena vista. ¿Qué deseaste?

Leesa sonrió y sacudió su cabeza.

—Si te lo digo, no se hará realidad —dijo ella. Y deseaba mucho que se volviese realidad—. Es como soplar las velas en la tarta de cumpleaños. Si revelas tu deseo, lo pierdes.

Rave la miró con una expresión desconcertada en su cara.

—Supongo que los Volkaanes no tienen tartas de cumpleaños, ¿eh? —dijo Leesa. Sonrió mientras se imaginaba a Rave inclinado sobre una gran tarta de cumpleaños de chocolate. En vez de soplar las velas, soplaría velas sin encenderlas y las prendería con su fuego mágico. Naturalmente, el fuego de todas las velas sería azul.

Rave sonrió.

—Ni siquiera tenemos cumpleaños.

—Oh. Bueno, no te preocupes por eso. Solo que sepas que si dices un deseo, no se cumple. Y quiero que éste se cumpla.

—Yo también quiero un deseo. Déjame probar una vez más.

Cogió una piedra plana, redondeada y la tiró, imitando la forma de Leesa. Esta vez, saltó la superficie y voló bastantes metros antes de saltar de nuevo. Para cuando hubo terminado de saltar, había recorrido casi todo el lago. Incluso Max parecía sorprendido por la tirada de Rave.

—¡Vaya! —dijo Leesa—. Olvidé lo fuerte que eres. Menos mal que no golpeaste uno de esos botes, seguramente lo habrías hundido —ella miró hacia delante y hacia atrás, comprobando que nadie hubiera presenciado la tirada de Rave—. Espero que nadie lo haya visto. No estoy segura de cómo explicarlo.

—¿Fue lo suficientemente bueno para un deseo?

Leesa sonrió.

—Sí, lo fue. Yo diría que fue suficiente para un deseo gigantesco —ella tomó su mano y lo alejó de la orilla—. Vámonos de aquí, por las dudas, no sea que alguien lo haya visto.

Volvieron sus paso por el camino por el que habían venido. Cada vez que Leesa pensaba en la tirada de Rave, sonreía. Se preguntaba si dejaría de sorprenderse por las cosas que podía hacer, pero luego sus pensamientos se tornaron más sombríos. Se preocupó de si Rave podría aburrirse algún día de lo normal que era ella. Ya le había dicho que nunca había estado atraído a un humano antes, probablemente había una buena razón para eso. Así que, ¿por qué debería pensar que podría mantener su atención por mucho más tiempo?

—¿Cuál es el problema Leesa? —preguntó Rave—. Te ves muy apesadumbrada de repente.

Su pregunta la tomó por sorpresa.

—Oh… lo siento. Sólo estaba pensando.

Él paró de caminar y giró su cara hacia ella

—¿Sobre qué?

Leesa se quedó mirando al lado

—Sobre nosotros —admitió.

—No lo entiendo. ¿Por qué pensar sobre nosotros te puso triste? Yo siempre me siento bien cuando pienso sobre nosotros.

—Yo por lo general también, Rave. Realmente lo hago. Pero esa tirada tuya me hizo preocuparme.

Rave lucía perplejo.

—No entiendo. ¿Por qué eso te hizo preocuparte?

—Oh, solo una cosa de chicas, supongo. Me empecé a preguntar si te aburrirías de mí uno de estos días. Soy tan normal. Tan humana. Y tú eres un Volkaane —ella temía encontrar su mirada, así que en su lugar miró hacia sus pies.

Rave puso sus manos en sus hombros. Su maravilloso calor inmediatamente fluyó en ella.

—Tú no eres nada común Leesa, créeme. Has conseguido hacer a un Volkaane enamorarse de ti, y hacer a un vampiro desear convertirte en su consorte. Ninguna chica común podría haber hecho ninguna de esas cosas.

Leesa le miró a los ojos y sonrió.

—Bueno, eso sí, supongo.

—Y no olvides —continuó Rave—. Que tienes algo de sangre *Grafhym* en ti también.

La sonrisa de Leesa se amplió. *Grafhym* era el nombre dado a los vampiros de un solo colmillo, como el que había mordido a su madre mientras estaba embarazada de Leesa. Tenía esa parte de sangre *Grafhym* dentro de ella, la cual había impedido a Stefan convertirla en vampiro cuando había aceptado su trato para salvar a su hermano.

—¡Ja! Eso es cierto. Me había olvidado de ello. Supongo que tengo algo sobrenatural en mí después de todo.

Rave le sonrió de vuelta.

—Sí, lo tienes. Y ya sabes cuánto me enciende la sangre de vampiro. —Él no le dijo que no estaba seguro de que la pizca de sangre *Grafhym* en sus venas fuera suficiente para explicar la fuerza de la atracción entre ellos. Era suficiente con que entendiese que nada iba a cambiar la forma en la que él se sentía hacia ella.

CAPITULO 3

UNA LLAMADA INESPERADA

Traducido por Aldy92
Corregido por paoo

Leesa y Rave caminaron de vuelta a la entrada del Parque Black Pond. A la mitad de la colina, su teléfono sonó. No sabía por qué, pero la asaltó un sentido de problemas inminentes mientras abría la cremallera de su cangurera[1] y agarraba el celular. Automáticamente se alejó de Rave, evitando la posibilidad de que su energía liquidase al teléfono. Él le sonrió entendiendo. Max sólo se quedó mirando con curiosidad.

La pantalla mostraba que la llamada era de un número desconocido. Leesa respiró un poco más tranquila. Al menos no era su madre o su hermano. Aun así, no podía quitarse el sentimiento que esa llamada significaba problemas.

—¿Hola? —dijo ella.

—¿Eres Leesa Nyland? —preguntó una voz masculina desconocida al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo.

—¿La Leesa Nyland que nació hace dieciocho años en Springfield, Nueva Jersey?

Las campanas de alarma en la cabeza de Leesa comenzaron a sonar. ¿Qué era todo esto? Se empezó retorcer el pelo con los dedos, un hábito inconsciente de cuando estaba nerviosa.

—Sip, esa soy yo —dijo con cautela—. ¿Me podrías decir quién eres, por favor?

Leesa pensó que había oído un suspiro de alivio a través del teléfono.

—Leesa, no sabes cuán agradecido estoy de oír tu voz. He estado tratando de encontrarte por un tiempo. ¿Dónde vives ahora?

---

[1] **Cangurera:** Una cangurera, riñonera, banano o koala es un pequeño bolso con cierre de cremallera que se lleva en la cintura ajustado mediante una correa sobre las caderas. Puede llevarse delante, a un lado o a la espalda.

Leesa no estaba segura si debía responder a eso. Él todavía no se identificaba.

Miró a Rave y vio que la estaba observando atentamente, una mirada de preocupación en su rostro. Con su audición Volkaane, sabía que probablemente había oído cada palabra que dijo el hombre.

—¿Quién es? —preguntó ella de nuevo, con más contundencia esta vez.

Nunca en un millón de años ella habría adivinado las palabras que oyó después.

—Soy tu padre, Leesa.

La mandíbula de Leesa cayó. ¿Era eso posible? Su padre había abandonado a su familia cuando ella tenía solo siete años. No había oído de él o sobre él desde entonces. Los dedos se movieron más rápidamente en el cabello.

—¿Papá?

Hubo una breve vacilación antes que el hombre respondiera. —No, no él, Leesa. Soy tu padre *real*.

El teléfono se resbaló de repente de los dedos inertes de Leesa. Max ladró una vez mientras Rave instintivamente se estiraba para agarrarlo. Con su rapidez, él podía haberlo atrapado fácilmente, pero en el último segundo retiró la mano. Si tocaba el teléfono, los circuitos se freirían, así que lo dejó chocar en el pavimento. Al menos había una posibilidad de que el teléfono sobreviviera a la caída. Chocó contra el asfalto y rebotó en un pequeño charco al lado de la calle.

Leesa se inclinó para levantarlo. Sintió como si se estuviera moviendo en cámara lenta, como si el aire hubiera adoptado mágicamente la viscosidad de agua. Finalmente, sus dedos se cerraron alrededor del teléfono y lo levantó. Había una estrecha grieta en zigzag a través de la caratula de plástico. Lo limpió en su sudadera y luego se lo acercó al oído. El teléfono estaba muerto.

Empezó a sentir las rodillas débiles y la cabeza como si estuviera girando. Podría haberse desplomado, pero Rave ya la había envuelto en sus brazos. Enterró la cabeza contra su pecho, sin saber qué pensar ni qué hacer. Apenas sintió a Max frotando su cuerpo peludo contra la parte posterior de sus piernas.

El hombre al otro lado de la línea se llamaba Dominic, a pesar de que no podía recordar la última vez que alguien lo llamó así. Se quedó mirando el teléfono ahora silencioso en la mano y se maldijo a sí mismo. Tendría que haber sido menos brusco al dar su mensaje, debería haberle dicho que se preparara para una noticia impactante, y que por favor oyera lo que tenía que decir. En cambio, había estado tan emocionado que lo dijo sin tacto y la había tomado completamente

por sorpresa, diciéndole que el hombre que ella creía su padre no lo era, y que él, Dominic, era su verdadero padre. Eso era cierto en algunos aspectos, en otros no. Ella habría tenido dificultades para entenderlo aún si hubiera estado frente a frente explicándole, ¿cómo esperaba que lo comprendiera a través de una llamada inesperada? Él ni siquiera había tenido la oportunidad de decirle su nombre. Había escuchado un algo antes de que la conexión se perdiera. No sabía si le había colgado simplemente, o si algo le había sucedido.

Golpeó el teléfono en su soporte, y luego miró rápidamente a su alrededor para ver si alguien había notado su arrebato. Lo último que quería era llamar la atención. Dominic era alto y delgado, con el pelo oscuro moteado de gris que colgaba a la moda sobre el cuello de una camisa polo negra. Su barba bien recortada era ligeramente más clara que su cabello y llegaba a un punto agudo debajo de la barbilla. Parecía estar en sus cuarenta o cincuenta, pero era mucho más viejo que eso. Muy, muy viejo.

Se puso de pie en el vestíbulo de la Biblioteca Pública de Springfield, frente a un banco de tres teléfonos públicos. Se estaba haciendo cada vez más difícil encontrar teléfonos públicos funcionando en estos días, pero no tenía opción. Decir que estaba "fuera de la red" sería decir demasiado poco. Nunca había estado en la red en primer lugar. No tenía residencia permanente, no poseía teléfono ni coche, nunca había tenido tarjeta de crédito o cuenta bancaria, o incluso una licencia de conducir. No tenía ni número de seguro social y no pagaba impuestos. En cuanto al mundo ordinario se refería, Dominic no existía.

Aunque sus enemigos sabían de él, y estaban sin duda buscándolo con tanta diligencia como él estaba buscando a Leesa. Esos enemigos eran mortíferos, y nunca renunciarían. Así que Dominic necesitaba mantenerse invisible, incluso si eso hacía más difícil encontrar a Leesa. En algún momento, él tal vez necesitaría arriesgar su anonimato, pero no aún. No, no todavía.

Estaba seguro de que sus enemigos no tenían ni idea de la existencia Leesa, y él iba a hacer todo lo posible para que siguiera siendo así. Eso era por lo qué había desaparecido antes de que naciera, y por eso se quedó lejos todos estos años, resistiendo el impulso de incluso comprobar como estaba. Mantenerse alejado por completo era la única manera que conocía para mantenerla segura y su seguridad era más importante de lo que cualquier persona podría saber. Ella no necesitaba que estuviera cerca, no entonces.

Sin embargo, iba a necesitarlo ahora. Tenía que encontrarla. La había estado buscando desde hace casi un año, unos meses antes de su décimo octavo cumpleaños. Iban a empezar a sucederle cosas, desconcertantes y aterradoras, que no entendería. Que no podía entender. De hecho, era posible que ya hubieran empezado a suceder. Tenía que explicarle esas cosas, y entrenarla en cómo controlarlas. Sobre todo con el ascenso de *Destiratu*.

El *Destiratu* formado al mismo tiempo que Leesa cumplía dieciocho, era algo que nunca hubiera esperado, nunca podría haberlo planeado. El fenómeno mágico era tan raro que la idea de los dos eventos sucediendo al mismo tiempo nunca se le había ocurrido. No estaba seguro de cómo

Destiratu podría interactuar con Leesa llegando a esa edad, pero era otra cosa con la que tendría que lidiar.

No había esperado que encontrarla fuera tan difícil. El vínculo entre ellos debería haberle permitido sentir su ubicación entre cientos de kilómetros, pero por alguna razón, no podía. Se preguntó si el *Destiratu* tenía algo que ver con eso, o si era algo más. No tenía forma de saberlo. Había pasado meses cruzando el país sistemáticamente, parando cada cien kilómetros más o menos y lanzando sus sentidos hacia el exterior, buscando su vibración única, la que debería haber resonado con la suya, pero no había sentido nada. Se había ido preocupando porque algo le hubiera ocurrido, un accidente estúpido al azar, tal vez, y que estuviera muerta. Al menos ahora sabía que estaba viva. Eso era algo. Ahora todo lo que tenía que hacer era encontrarla.

Pero algo impedía que su magia se conectara a ella. Tal vez necesitaba estar más cerca de lo que pensaba. Sólo había un problema, ¿cómo acercarse a alguien cuando no se tiene idea de dónde está?

Insertó otro puñado de monedas y marcó su teléfono de nuevo, manteniendo el aliento mientras sonaba.

Por favor, contesta, imploró silenciosamente. *Por favor, contesta*.

El teléfono sonó dos veces, y luego fue al buzón de voz: «El número que usted marcó no está disponible en este momento. Por favor inténtelo de nuevo más tarde».

Esta vez, controló su frustración y dejó puso el teléfono en su soporte con más suavidad. Haría lo que dijo la voz y trataría de nuevo más tarde, pero no desde aquí. Esperar no estaba en su naturaleza, y había muy poco tiempo que perder. Tenía que estar en movimiento, buscando Leesa y evitando a sus enemigos. El código de área de su teléfono celular era de San Diego. Él sabía que la gente a menudo mantenía el mismo número de celular cuando se mudaba, así que no había ninguna garantía de que aún viviera en San Diego, pero era todo lo que tenía. Salió apurado de la biblioteca y se subió a un autobús que lo llevaría a la estación de tren.

Dominic no tenía forma de saber que se dirigía a casi tres mil kilómetros en la dirección equivocada.



CAPITULO 4

PREGUNTAS

Traducido por Aldy92
Corregido por paoo

Leesa se quedó abrazando a Rave por varios minutos, su mente girando como un caleidoscopio de preguntas sin respuestas y pensamientos inacabados. Con todo lo que había pasado en los últimos tres meses, pensó que nada podría darle una sorpresa como esta. Cuando has descubierto que tu madre había sido realmente mordida por un vampiro con un colmillo, y que tu novio es un cazador de vampiros sobrenatural, y un chico en la escuela al que le gustas es un vampiro en la vida real, es difícil de creer algo podría impactarte a este grado, pero esta simple llamada la había dejado atónita, seguro.

El mensaje del hombre no podía ser verdad, desafiaba todo lo que había creído acerca de su infancia. ¿Cómo podía el hombre al que había llamado Papa hasta que tuvo siete años no serlo? No tenía sentido.

Finalmente, aflojó el abrazo de Rave. Max se apartó y miró arriba hacia ellos, los ojos muy abiertos y aparentemente empáticos, como si entendiera lo que estaba pasando en su cabeza. Los ojos marrones de Rave estaban también llenos de empatía y comprensión.

—¿Supongo que oíste todo eso? —preguntó ella.

Rave asintió. —Sí, lo hice.

Ella miró el teléfono roto que aún tenía en la mano y se maldijo por dejarlo caer. Su memoria mantuvo el número desde el que el hombre había llamado, pero el celular era inútil. Ahora que se había recuperado un poco, quería llamarlo, para preguntarle, averiguar por qué hacía tal afirmación ridícula, pero no pudo. Incluso podría estar tratando de llamar de nuevo ahora mismo. ¿Qué pensaría cuando no recibió respuesta? ¿Qué iba a hacer ahora? No tenía forma de saberlo.

—No sé cómo ni por qué, pero sentía que había un problema tan pronto como sonó el teléfono —dijo—. Sin embargo nunca esperé nada parecido. Ni en un millón de años. ¿Cómo podía pretender

ser mi padre? Eso es ridículo. Mi padre vivió con nosotros hasta que tenía siete años. ¿Qué podría querer ese tipo?

Rave sacudió su cabeza —No lo sé. Desearía poder ayudar, pero ni siquiera sé quién es mi padre. No es la forma Volkaane.

Leesa recordó a Rave contándole acerca de un ritual de apareamiento Volkaane, cuando cada mujer se apareaba con un hombre durante un festival especial llevado a cabo solo cada pocas décadas. Cualquier chico que resultaba era criado comunalmente, pero no por sus padres. El mentor de Rave, Balin, era la cosa más cerca que él tenía a un padre. Leesa había visto al viejo Volkaane varias veces y le gustaba mucho.

—Lo sé —dijo Leesa—. Pero sigo agradecida que estuvieras aquí cuando sucedió.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que sea verdad?

Leesa pensó por un momento. —¿Una posibilidad? Creo que siempre hay una posibilidad. Tal vez fui adoptada, no todos los padres le dicen a sus hijos adoptivos sobre eso. Tal vez los míos no me dijeron. —Aunque ella no lo creía.

—No, no lo creo —dijo Rave—. Si eso es verdad, ¿Cómo explicas la mancha de *Grafhym* en tu sangre?

Leesa se había olvidado de eso. Rave estaba en lo correcto, su mamá tenía que ser su madre real. La posibilidad de otra mujer siendo mordida por un colmillo y dando a su hijo en adopción era demasiado pequeña para siquiera ser considerada.

—Tienes razón —dijo ella—. Supongo que eso nos deja solo dos posibilidades. O mi madre tuvo una aventura, o el tipo en el teléfono está mintiendo. —Ella sacudió su cabeza—. Simplemente no puedo ver a mi madre en una aventura, pero supongo que todos piensan así sobre sus madres. ¿Quién sabe como era ella antes de que el *Grafhym* la mordiera? Solo la he conocida como la mujer huraña, recluída que insistía en que fue mordida por un vampiro de un colmillo.

—Una historia que terminó siendo verdad, por supuesto. —Rave tomó las manos de Leesa en las suyas.

—Así que, ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. No sé cómo podría preguntarle a mi madre sobre esto, no después de todo lo que ha atravesado. —Leesa sacudió la cabeza y suspiró. Ella estaba creciendo rápido, pero esto no era algo que podrí imaginarse haciendo, no a menos que esta cosa terminase siendo más importante de lo que parecía ahora. La llamada había sido problemática, seguro, pero no valía la pena arriesgar la reciente recuperación de su madre.

—¿Qué harías tú, de todos modos? —dijo ella, más para sí misma que para Rave—. Decir: «a propósito, Mamá, ¿dormiste con alguien aparte de Papá antes de embarazarte de mí?». No hay forma de que haga eso.

Un repentino pensamiento la golpeó como un puñetazo en el estómago. ¿Podía esa ser la razón de que su padre encontró tan fácil dejar su familia, porque su esposa lo había engañado y sabía que no era el padre real de Leesa? Maldición, tal vez él no era el padre de Bradley tampoco. Debería preguntarle a la persona que llamaba sobre eso también, si es que hablaban de nuevo.

—Si el tipo del teléfono estaba mintiendo —dijo Rave—, eso significa que quiere algo de ti.

Ella ya había considerado eso. Pero, ¿qué podía querer? Eso había sido una de las más de mil preguntas que giraban en su cabeza los últimos minutos.

—Sí, ¿pero qué? No tengo nada que alguien podría querer —pensó sobre todos los motivos que llevaban a la gente a historias como las que había leído—. No es como si tuviera algún viejo manuscrito o joya mágica por aquí. Soy solo una chica común.

Rave sonrió. —Ya hemos establecido que estás lejos de ser común, ¿recuerdas? Tal vez no es algo que tienes, sino algo *sobre* ti.

Leesa no había considerado eso. —¿Qué podría querer de mí? ¿Mi sangre *Grafhym*? ¿Crees que necesita para mantener un vampiro alejado o algo?

—Lo dudo. El tipo sonaba como si hubiera estado buscándote hace tiempo. Si quiere algo de ti, no creo que tenga algo que ver con el *Grafhym*.

—¿Entonces qué? La sangre *Grafhym* es la única cosa especial acerca de mí.

Rave no estaba tan seguro sobre eso, pero no tenía nada específico o concreto para ofrecer, así que guardó silencio sobre ello.

—No lo sé. —Fue todo lo que dijo.

La cabeza de Leesa comenzó a doler. No había suficiente para continuar. Realmente no iba a arriesgarse a enfadar a su madre o Bradley hablándoles sobre ello. Ambos ya habían pasado más que suficiente.

El tipo en el teléfono había preguntado dónde vivía, lo que significaba que no tenía idea de dónde estaba. Decidió tratar de alejarlo. Cuando consiguiera un teléfono nuevo, conseguiría otro número también. No sería una molestia, solo una docena de personas tenían su número de todas formas. Y ahora sería una menos.

—Bueno, no me voy a preocupar más por ello. Él no sabe donde vivo, y así es como me gusta. —Leesa enlazó su brazo en el codo de Rave y sonrió—. Y si me encuentra, tengo un gran y fuerte novio para protegerme.

Max ladró una vez. Sus grandes ojos marrones estaban mirándola.

Leesa sonrió. —Bueno, un gran y fuerte novio y un perro realmente inteligente para protegerme también.

Rave besó su frente. Por supuesto que él la protegería, con su vida si era necesario, pero, ¿qué cuando él no estuviera cerca? Desearía saber más sobre la persona que llamaba y qué quería. Pero no lo sabían, y no había nada que pudiera hacer sobre eso.

Habiendo aclarado su mente, Leesa se sintió mejor. No tenía que preocuparse del tipo por un rato. Todo lo que él tenía era un número de teléfono que ya no funcionaba y estaba registrado en San Diego. Tal vez ella ni siquiera tendría otro teléfono por un tiempo. Después de todo, no era como si pudiera llamar o mandar mensajes de texto a su novio, como la mayoría de las chicas. Y si su familia necesitaba contactarla cuando estuviera de vuelta en la escuela, podían llamar a la residencia universitaria.

Leesa sonrió, satisfecha con la idea. Sin teléfono. Podía pretender que era una Volkaane por un rato.

No tenía forma de saber las consecuencias de la decisión que acababa de tomar.





CAPITULO 5

EDWINA

Traducido por Aldy92
Corregido por paoo

Leesa no era la única tomando una decisión importante. Cuarenta y muchos kilómetros al suroeste, en una gruta subterránea gigantesca que era el hograr de un aquellarre de más de sesenta vampiros, una vampira alta y delgada llamada Edwina también había tomado una decisión.

Durante cientos de años, los vampiros habían usado la noche perpetua de esta caverna profunda para evitar el odiado sol y permanecer ocultos a la población humana en constante crecimiento. Excavada hace millones de años en las colinas cubiertas de árboles del lado este del río Connecticut por un hoy desaparecido canal subterráneo, la caverna era el escondite perfecto. Miles de horas de trabajo habían dado forma a diversas cámaras para adaptarse a las necesidades de los vampiros, pero, ¿qué eran horas o incluso años, para los muertos vivientes que tenían la eternidad?

Hasta hace poco, Edwina había mantenido a un cautivo alimentador en las cavernas, usándolo para saciar su sed de sangre cada vez que lo deseaba. Bradley le había sido quitado por Stefan, sin embargo, para utilizarlo como moneda de cambio en un intento fallido de hacer a Leesa su consorte. Edwina aún estaba furiosa por la pérdida, especialmente con el creciente *Destiratu* inflamando su sed. Stefan era un miembro del Consejo Superior, y ella había sido incapaz de detenerlo. Ardía por volver a él, pero sabía que debía moverse con cuidado. Stefan era poderoso, y también era uno de los favoritos de Richard, Señor del Alto Consejo.

Ella era uno de los más jóvenes vampiros en el aquelarre, y entre los más susceptibles a la atracción de *Destiratu*. Pero también poseía una férrea disciplina que le permitió resistir el arrastre. Había sido convertida a principios de la Guerra Civil, apenas ciento cincuenta años atrás. Aquellos habían sido días embriagadores con tanta muerte y carnicería por todas partes, los vampiros habían sido capaces de alimentarse sin preocupaciones, porque, ¿qué importaban unos cuantos cadáveres más entre los miles esparcidos sobre la tierra? Ella había cazado en las colinas

y los bosques de Virginia con Vanina, la vampira que la había convertido, aprendiendo de ella y emocionándose de sus propios poderes recién descubiertos y el sabor exquisito de la sangre fresca y caliente. Pero Vanina había caído a causa de una turba enfurecida, decapitada por la espada de un soldado, poco después del fin de la guerra. Sin su mentora y compañera, vagó hacia el norte. Aún una vampira demasiado nueva para convertir una víctima, dejó un rastro de cuerpos sin sangre detrás de ella.

A medida que pasaban los años y crecía la población humana, aprendió a ser más cuidadosa, ya que incluso un vampiro podría ser presa de una multitud bastante grande, especialmente mientras las armas de los seres humanos se hicieron más mortíferas. Finalmente, había llegado a Connecticut y encontrado a su aquelarre actual.

Entre todo el aquelarre, Edwina era la que se mezclaba más fácilmente entre los seres humanos. Su tez era más oscura que la de sus hermanos, cortesía de su abuela materna, quien había sido esclava de una plantación. Mientras que sus compañeros de piel pálida necesitaban hacerse pasar como góticos o emos para mezclarse abiertamente con los humanos, la piel más oscura de Edwina aunada a su vestimenta actuaba más o menos como ella deseaba. Sus facciones eran exóticas, de nuevo, cortesía de su abuela, pero nada que denotase su verdadera naturaleza. Llevaba el pelo largo, negro y lacio con una raya en medio, dejando que colgara contra sus mejillas y abajo contra sus pechos pequeños pero bien proporcionados. Desde que había tenido solo veinte años cuando se convirtió, se adaptaba fácilmente en los campus universitarios. Allí era donde había conocido a Bradley.

Edwina era diferente de la mayoría de sus hermanos, le gustaba jugar con sus víctimas antes de tomarlas. Tal vez era porque se amoldaba muy fácilmente entre los humanos, tal vez era sólo un capricho de su naturaleza, perp disfrutaba de conocerlos y avivar su deseo por ella antes de finalmente reclamarlos. Con Bradley, había actuado como su novia desde hacía meses, poco a poco alejándolo de su familia y amigos antes de convertirlo en su comida.

El deseo de «jugar» de nuevo fue creciendo junto con su sed. Tenía que aventurarse a salir, a pesar de las órdenes del Consejo, que había decretado que ningún miembro de la secta podía salir de las cavernas solo sin un permiso especial. Ella pensó que el regreso a la Universidad Weston estaba bien. Quería buscar a Leesa, ver qué había de especial en esa humana para hacer a Stefan quererla tanto. Y ver si había alguna manera de que pudiera usar el interés de Stefan en la chica para obtener la venganza tan deseada. Una siniestra sonrisa se apoderó de sus labios cuando comenzó a formular su plan.



CAPITULO 6

—Frío y calor

Traducido por Maia8
Corregido por lsgab38

La primera semana de vuelta a la escuela de Leesa pasó volando. Los exámenes finales estaban a sólo tres semanas, y los profesores estaban metiendo tanto contenido en sus clases y tareas como podían. Física era especialmente dura, había sido de lejos la clase más difícil para Leesa durante todo el semestre. Deseaba poder transportarse mágicamente a través del tiempo para terminar los finales y empezar las vacaciones de Navidad, pero estaba bastante segura de que algo en su currículum de física decía que los viajes en el tiempo eran imposibles. Nada como la física para absorver toda la diversión de la vida, pensó, en más de una forma. En cambio, todo lo que podía hacer era aguantarse y hacerlo lo mejor posible.

La semana ocupada tuvo un beneficio, al menos, la alejó de pensar demasiado en la llamada de teléfono del hombre que aseguraba ser su padre. Había cancelado su servicio telefónico, pero aún había estado de los nervios los primeros días, constantemente mirando sobre su hombro para ver si alguien podría estar vigilando o siguiéndola, especialmente cualquiera lo suficientemente mayor para ser su padre. Pero cada día que pasaba, se preocupaba menos y menos.

Sólo había visto una vez a Rave en esa semana, había venido el martes por la noche para asegurarse de que ella estaba bien, pero eso estaba a punto de cambiar. Debería estar aquí en cualquier momento, para llevarla a visitar a Balin. Leesa sonrió al pensarlo. Visitar Balin era un doble bonus. Primero, conseguiría otro largo viaje acomodada en los brazos de Rave, y luego, una vez que ellos estuvieran allí, conseguiría besarle. Había estado bien hacía una semana ya que había conseguido algo más que un besito en la mejilla o la frente. ¡No podría esperar!

Se paró fuera de su residencia con su mejor amiga, Cali, esperando a que Rave se mostrara. El nombre real de Cali era Kelly, pero todo el mundo la llamaba Cali por culpa de una pequeña peca de color oporto en su mejilla derecha que tenía la forma del estado de California. Cali era todo menos tímida sobre ello, diciendo que la ayudaba a sobresalir. Y Cali amaba sobresalir, lo que la

hacía completamente opuesta a Leesa. Esa era una de las cosas que le gustaban a Leesa de Cali, mantenía la atención lejos de ella. Cali incluso tiñó su melena negra con reflejos granate que combinaba casi exactamente con la marca de nacimiento. Como su pintalabios. Había añadido un par de finas mechas azules a su pelo en Acción de Gracias.

Leesa sospechaba que las franjas azules eran la razón de que Cali estuviese llevando un par de orejeras de peluche negras en vez de un sombrero, así no tendría que cubrir su nuevamente decorado cabello. Porque hacía, ciertamente, el suficiente frío fuera para llevar sombrero, eso seguro. El sol pendía bajo en un claro cielo azul mientras la tarde se acercaba a su fin, y una rígida brisa del norte hacía que la temperatura de un grado bajo cero se sintiese mucho más fría.

Leesa había empujado su gorra de color azul celeste oscuro sobre sus orejas, e incluso aunque llevaba un par de guantes de cuero negro, tenía las manos metidas muy dentro de los bolsillos de su parka azul brillante. Un par de botas curtidas Ugg[2] mantenían sus pies calientes. Sus mejillas hormigueaban por el frío, y podía ver su respiración flotando delante de su cara en una nube de niebla blanca.

Cali vestía una gruesa chaqueta de cuero marrón con un pañuelo de color marrón claro. Sus vaqueros estaban metidos en un par de botas de cuero negro hasta las rodillas, que, dada la forma en que estaba rebotando sus pies, no estaban haciendo tan buen trabajo protegiendo sus pies del frío como las Uggs de Leesa.

—Esto no es como San Diego, ¿eh? —dijo Cali, soplando un gran chorro de aire tórrido.

—¡Ja! Ni siquiera se acerca.

—Apuesto a que en días como este, desearias que Rave tuviese un coche.

Cali no sabía nada sobre el calor mágico de Rave, pero sabía que era miembro de un clan llamado los Mastons, quienes, como los Amish, no usaban dispositivos o aparatos modernos. Así que no había manera de que pudiera saber que caminar mano a mano con Rave era suficiente para mantener a Leesa caliente, y una vez que alcanzaron la otra orilla del río, ella sería acunada en sus brazos mientras él la llevaba, calentándola aún más.

—Sí, eso estaría bien —dijo Leesa—. Pero no hay nada que pueda hacer, excepto abrigarme. —Le guardaba pocos secretos a Cali, pero no podía contarle la verdadera naturaleza de Rave. Esa información no era suya como para compartirla. Por lo que Leesa sabía, Cali nunca había oido hablar de un Volkaane. Leesa le había señalado a Stefan a Cali y dicho que era vampiro, así que Cali sabía que los vampiros eran reales. Cali era Cali, y ella pensaba que eso era realmente genial.

---

2 

—Vas a pasar un *largo* invierno, chica —dijo Cali, sonriendo. Resopló otra gran nube de aliento—. Nuestro viejo amigo el invierno está apenas empezando.

Leesa sacó los guantes de su bolsillo.

—Diablos, no es como si viviera en San Diego toda mi vida —dijo, un poco a la defensiva—. Crecí en Nueva Jersey, ¿recuerdas?

—Sí, pero sólo hasta los siete, ¿cierto? Eso fue hace mucho tiempo. Apuesto que tu sangre se ha debilitado un montón desde entonces.

Leesa se preguntó lo que Cali pensaría si supiese que la sangre *Grafhym* corría por sus venas. Conociendo a Cali, probablemente pensaría que era genial de alguna manera. Cuando Leesa le contó a Cali que Stefan era un vampiro, le había preguntado si tenía algún amigo vampiro para quedar con ella. Ella había estado bromeando, por supuesto. Al menos, Leesa esperaba que hubiera estado bromeando. Además, Cali ya tenía novio, un tío muy mono de una fraternidad llamado Andy, que le gustaba realmente.

—Así que, dime de nuevo, ¿por qué estás esperando aquí fuera con este frío por Rave? —preguntó Cali—. En vez de esperar dentro, donde se está a gusto y caliente.

—Porque no puedo esperar a verle, ese es el porqué. ¿No me digas que esa densa sangre tuya de New England no puede soportarlo?

—Regla cuarenta y tres —dijo Cali—. Nunca te dejes a ti misma parecer demasiado ansiosa cuando un chico está involucrado, ni siquiera uno que esté tan bueno y sea tan simpático como Rave.

Leesa sonrió. Cali tenía una «regla» para casi cada situación. Había finalmente admitido que había hecho la mayoría de ellas en el lugar para adecuarse a cualquier punto de vista que estuviese intentado demostrar, pero también tenía algunas reales. Además, así es cómo ella y Leesa se había conocido la primera vez, en la Orientación para Estudiantes de Primer Año el primer día de clase. Cali se había acercado a Leesa y le dijo que era preciosa. Leesa no estaba segura de cómo afrontar el comentario, especialmente dado que no había pensado en sí misma como bonita. Cali había seguido su declaración con la «regla diecisiete: siempre hazte amiga de una chica bonita, porque habrá el doble de chicos alrededor.

Leesa trajo a su mente de vuelta al presente.

—Intenta recordarla en el futuro, es sabia.

La llegada de Rave terminó su broma. Caminó rápidamente por la acera hacia ellas con una gran sonrisa en su cara. Estaba vistiendo una camisa de franela a cuadros negros y blancos, sin sombrero ni guantes. Se veía genial, como siempre.

—De hecho, veo por qué estás tan ansiosa, aunque —susurró Cali—, Rave está definitivamente echando humo.

Leesa sonrió. Cali tenía más razón de lo que creía. Y estaba bastante segura de que Rave había oído lo que Cali había dicho, aunque sabía que él nunca soltaría prenda.

—Hola, Leesa. Hola Cali —dijo Rave cuando las alcanzó. Le dio a Leesa un rápido beso en la mejilla. El frío desapareció inmediatamente de su piel.

Cali miró a Rave sospechosamente.

—¿Cómo es que llevabas guantes la primera vez que viste a Leesa, pero no hoy, uno de los días más fríos del año? —Se refería a la historia que Leesa le había contado a ella y a sus dos otras amigas, Stacie y Caitlin, sobre cómo Rave llevaba sus guantes en uno de los días no tan fríos a principios de otoño. Leesa había sufrido unas pocas bromas por ello.

Rave sonrió.

—Me imagino que no estaba enamorado entonces. El amor me mantiene caliente ahora.

Leesa enrojeció, pero le encantaba oírle decir eso.

—Muy zalamero, Rave —dijo Cali, sonriendo—. Muy zalamero —se giró a Leesa—. ¿Hay alguien más como él en casa?

—¡Ja! ¿Debería decirle a Andy que preguntaste? —preguntó Leesa.

La sonrisa de Cali se amplió.

—No importa. Así que, ¿dónde van los tortolitos?

Si sólo lo supieras, pensó Leesa. Pero no iba a decirle que primero Rave la llevaría veinticuatro kilómetros en sus brazos, en poco más de una hora, y luego con mucho cuidado se besarían bajo los atentos ojos de Balin, para asegurarse de que Rave no perdiera el control y accidentalmente le quitara la vida. No es una historia que Cali pudiese creer, Leesa lo sabía. Especialmente si le describía cuán maravillosos eran los besos de Rave.

—Daremos un largo paseo, quizás paremos por una pizza —dijo Leesa—. Nada del otro mundo. ¿Y tú? ¿Qué vais a hacer Andy y tú esta noche?

—Vamos a un lugar en Meriden. Para poner a prueba mi nueva identificación falsa.

Cali tenía dieciocho años, al igual que Leesa, pero eso no le impedía beber. Andy tenía veintiún años, por lo que era legal.

—Divertíos, pero tened cuidado —dijo Leesa. Ella casi nunca bebía, aunque había tomado un vaso de vino con Cali dos veces. Y había probado un poco del hidromiel casero de Balin también.

—Sí, mamá —dijo Cali sonriendo. Pateó el suelo un par de veces—. Está jodidamente frío aquí fuera. Voy a volver dentro. Intentad no congelaros, vosotros dos.

—Te veo luego —dijo Leesa mientras Cali se daba la vuelta hacia la entrada de la residencia.

Leesa se acurrucó contra el costado de Rave, sumergiéndose en su calor. No había forma de que se congelase.

—Vayámonos —dijo.

El tiempo hacía cosas extrañas cuando Rave llevaba a Leesa en sus brazos. Sus viajes parecían durar para siempre, una feliz eternidad de dicha. Pero cuando la dejaba en el suelo, siempre se sentía engañada, como si el viaje apenas hubiera empezado. No entendía cómo algo podía parecer no tener fin, y ser tan corto al mismo tiempo. Apostaba a que sus clases de física no podían explicar eso.

Rave la dejó gentilmente en la rodada y sucia carretera delante de la antigua cabaña de Balin, llamarlo carretera era dar una amable descripción de lo que no era nada más que un amplio camino de tierra. La gente de Rave lo prefería de este modo, evitaba que los extranjeros vagaran en su territorio por accidente. Ningún conductor en plenas facultades intentaría sortear la estrecha y asfaltada carretera en cualquier vehículo sin las capacidades de un todoterreno.

Una sólida puerta de madera a ochenta metros de la entrada los mantenía apartados.

Para el mundo exterior, los Mastons eran simplemente un clan extraño, algunos incluso los llamaban secta, quienes habían renunciado a la parafernalia de la era moderna. Cuando Leesa le dijo por primera vez a sus amigos que había conocido a un Maston, Cali trató de advertirle que se alejara, contándole historias sobre extraños ruidos, hogueras azules e incluso rumores de sacrificios humanos. Los ruidos eran reales, eran llamados los Ruidos Moodus, denominados dado el cercano río Moodus, Los inexplicables retumbes y temblores habían estado ocurriendo en el área durante siglos y eran una parte conocida de la tradición de Connecticut. No tenían nada que ver con los Mastons, sin embargo.

Las hogueras azules eran también reales, por supuesto, aunque los Volkaanes se preocupaban de proteger cualquier exposición de su fuego mágico.

En cuanto a los sacrificios humanos, eran un sinsentido inventado por hiperactivas imaginaciones intentando tratar con un grupo de gente que no comprendían.

Leesa había estado en la casa de Balin varias veces antes con Rave. La pequeña cabaña de una sola habitación era la más vieja en el asentamiento Maston, construida por el propio Balin unos trescientos años atrás. Construida con árboles cortados del bosque local, los troncos estaban rajados y desgastados, y el adobe entre ellos estaba negro por la antigüedad. Dos diminutas ventanas parpadeaban desde la pared delantera, los cristales no habían sido una opción cuando

la cabaña fue construida, así que por aquel entonces una piel de ciervo colgaba sobre las aperturas. El cristal había sido añadido más tarde.

Una pequeña franja de humo se curvaba hacia arriba a pocos metros desde una chimenea de piedra antes de ser arrastrada por la consistente brisa. La totalidad de la zona estaba maravillosamente tranquila.

Más allá en la carretera, antes de que se curvase al bosque, Leesa podía ver otra vieja cabaña y un par de casas de madera antigua. Cada casa tenía un pequeño claro delante, más bien un jardín, realmente. Estaban desiertos y en barbecho esta época del año, pero en primavera, los jardines florecerían con verduras y hierbas. A lo largo de la carretera, una huerta de manzanos cubría una baja ladera. Las nudosas ramas grises están desprovistas de hojas, pero ella había visto los árboles cuando estaban llenos de deliciosa fruta. Los Mastons eran muy autosuficientes. Balin incluso preparaba su propia hidromiel casera.

Rave dirigió a Leesa por un pequeño sendero sucio hasta la puerta de la cabaña y llamó dos veces. Un momento después, la puerta se abrió. Balin estaba en la entrada, sonriendo. El viejo Volkaane era incluso más alto que Rave, con su cuerpo enjuto solo ligeramente encorvado debido a más de quinientos años de vida. Llevaba ropas de piel de ante hechas a mano, las mismas que había llevado cuando era más joven. A diferencia de mucha de su gente, él nunca había cambiado a ropas más modernas. Su largo pelo era gris oscuro, del color del plomo, con las franjas de cobre características de los Maston aún visibles en ciertos lugares.

—Bienvenido, joven Rave —dijo—. Y Leesa, siempre es un placer verte, querida —caminó hacia el interior—. Entrad, entrad.

Leesa aún no se había acostumbrado a oír a Rave siendo llamado —joven Rave—, dado que tenía más de un siglo y medio de edad, pero era cómo Balin siempre se refería a él. Balin había sido el profesor de Rave cuando Rave era un niño, y el apelativo de «joven Rave» permaneció con él todos estos años.

El interior de la cabaña era espartano. El lugar era una habitación, de seis pasos de ancho y diez pasos de largo, con mobiliario simple y muebles de madera hechos a mano. Una mesa de comedor rectangular con un banco de separación a cada lado llenaba la mayor parte de uno de los extremos de la cabaña, y una estera para dormir de gamuza rellena de paja yacía en el suelo de madera en el otro extremo. En el centro de la habitación había una alfombra de piel de oso pardo tan vieja que la piel se había desgastado en varios lugares. Naturalmente, no había televisión, radio, o nevera en ningún lugar aparente.

Un pequeño fuego crepitaba en la chimenea de piedra construida en la pared del fondo, añadiendo su luz parpadeante a la iluminación emitida por cuatro velas de sebo en las paredes. Los Volkaanes no necesitaban chimeneas, su cálido fuego interno los mantenía caliente, sin importar cuál fuera la temperatura, pero se utilizaban a menudo para cocinar y la luz. Si era necesario, su calor interno podría incluso ser utilizado para cocinar, pero por lo general era más

simple y eficaz poner algo en el fuego. Una olla de metal negra para cocinar colgaba sobre el fuego ahora mismo y Leesa podía oler alguna clase de guiso bullendo en su interior. Cuatro sillas rudimentarias de madera formaban un semicírculo delante de la chimenea, los Volkaanes disfrutaban viendo cualquier tipo de fuego parpadear y arder.

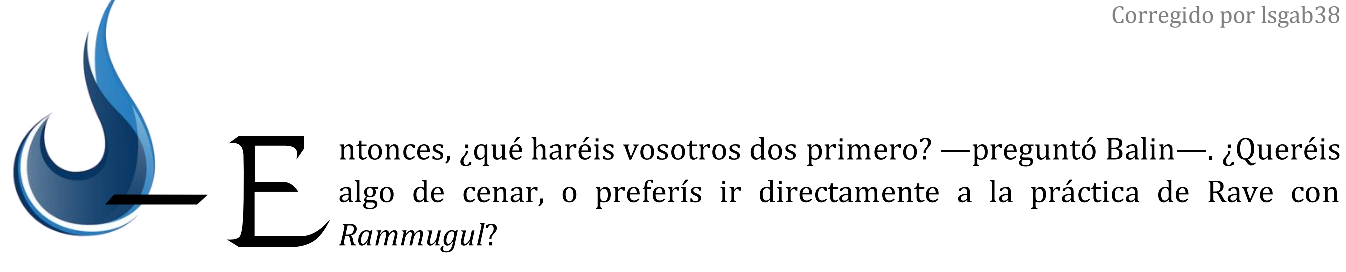
—Siéntate, por favor —dijo Balin—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Agua? ¿Hidromiel?

Leesa recordó lo bien que sabía el hidromiel de Balin pero era realmente fuerte, así que optó por el agua. Además, Balin conseguía el agua de un manantial natural y era bastante sabrosa por derecho propio. Rave también pidió agua, así que Balin cruzó la mesa y llenó dos tazas de peltre de una gran jarra de cerámica.

Mientras Balin traía el agua, Leesa se quitó el sombrero y los guantes y los metió en los bolsillos de su parka, entonces se quitó la chaqueta y se la dio a Rave, quien la dejó en un perchero de madera en la pared junto a la puerta. Se colocó en una de las sillas frente al fuego. Con esa cercanía a las llamas, el olor del guiso de Balin era incluso más delicioso. Balin tendió una taza de agua a Leesa y una a Rave. Rave tomó la silla a su izquierda, y Balin se sentó a su derecha. Con el fuego delante de ella y un Volkaane a cada lado, Leesa no podía imaginar un lugar mejor para estar en una fría tarde de invierno.

Y lo que vendría pronto la haría calentarse incluso más, y no estaba pensando en el guiso precisamente…





Capitulo 7

Por Poco

Traducido por Maia8
Corregido por lsgab38

—Entonces, ¿qué haréis vosotros dos primero? —preguntó Balin—. ¿Queréis algo de cenar, o preferís ir directamente a la práctica de Rave con *Rammugul*?

Rammugul era una casi olvidada técnica Volkaane para extinguir temporalmente el fuego interno. Balin la había visto usar una vez cuando era más joven para salvar la vida de una Volkaane embarazada cuando había ido mal durante el parto.

Cuando Leesa y Rave habían venido a él y preguntado si había alguna manera en la que pudieran besarse con seguridad, Balin había recordado el incidente. Había buscado a través de la tradición Volkaane antigua hasta que descubrió instrucciones sobre la técnica. Con la ayuda de Balin, Rave había estado practicando desde hace más de un mes el *Rammugul*.

Balin insistió en ir muy despacio y con mucho cuidado, porque aunque la madre logró extinguir el fuego y salvar a su bebé, ella nunca había sido capaz de recuperar de nuevo el fuego. Debido a eso, el *Rammugul* no había sido practicado en el clan Maston desde entonces. Rave dijo que estaba dispuesto a arriesgarse a perder su fuego por Leesa, pero no había manera en que ella le permitiera siquiera considerarlo. El fuego interior era la esencia de un Volkaane, ella era firme en que no hacer nada para ponerlo en peligro. Entonces Balin y Rave habían trabajado largo y duro en el control de Rave sobre su calor, pero hasta el momento, Balin no había dejado a Rave llegar siquiera cerca de sofocar el fuego por completo.

Con el control que Rave ya había aprendido, él y Leesa eran capaces de besarse brevemente, pero sólo bajo la atenta mirada de Balin. El Volkaane viejo podía sentir incluso el más mínimo cambio de calor de Rave. Si Rave mostraba el menor signo de extinguir el fuego, o peor, perder el control poniendo en peligro a Leesa, Balin lo apartaría. Hasta el momento, su peor beso había terminado el juego en casi quince segundos, quince segundos que a Leesa le parecieron increíbles largas horas deliciosas.

—Estoy hambrienta —dijo Leesa—. Pero yo voto por *Rammugul*.

Rave sonrió. —Ahora, ¿por qué no me sorprende eso? —dijo en tono de broma.

—¡Ja! Si te gusta tanto como a mí, Rave, —dijo Leesa, sonriendo.

La sonrisa de Rave se ensanchó. —Sin duda —dijo—. Sin duda.

—Bueno, supongo que eso lo resuelve, entonces —dijo Balin—. Vamos a ello. Ponte de pie, joven Rave.

Rave y Balin se levantaron. Leesa permaneció sentada, mirando.

—Lejos del fuego —instruyó Balin a Rave—. Tengo que ser capaz de sentir tu calor sin ninguna interferencia.

Rave dio un par de pasos lejos de la chimenea, hasta que se encontraba cerca del borde del colchón relleno de paja para dormir en el suelo. Balin lo siguió.

—Cierra los ojos, joven Rave. Comienza la respiración. Balin puso sus dedos ligeramente en la mejilla de Rave. Leesa vio cómo Rave comenzaba una serie de respiraciones largas y lentas a través de la nariz. Con cada respiración, la inhalación y exhalación aumentaban un poco más. Cuando cada una pareció a Leesa durar demasiado tiempo, Rave comenzó a acortar sus respiraciones, mientras lentamente las calmaba. El ejercicio de respiración se prolongó durante varios minutos. Por último, Balin quitó los dedos de la mejilla de Rave. Hizo un gesto a Leesa para que se uniese a ellos.

—Muy bien, joven Rave —dijo Balin—. Muy bien, de verdad. Abre los ojos.

Rave abrió los ojos. —Esta es la parte de la práctica que más me gusta —dijo mientras Leesa se movía delante de él.

El corazón de Leesa se agitó mientras Rave posaba sus manos suavemente sobre sus hombros e inclinaba la cabeza hacia ella, sus hermosos ojos clavados en los suyos. Podía oler su aliento cálido mientras su boca se acercaba más. Justo antes de que sus labios se tocaran, cerró los ojos y separó los labios.

La besó suavemente, sin prisa ahora, con la vigilancia de Balin, manteniéndoles seguros. Las puntas de sus lenguas se encontraron, y Leesa sintió surgir el calor familiar a través de ella. Su lengua comenzó a bailar en su boca y le dejó bailar con ella mientras se propagaba el calor, llenando cada centímetro de su cuerpo. Estaba flotando, volando, cayendo, girando, rodando, saltando. Se sentía como un millar de pequeñas bocas besando cada centímetro de su cuerpo, como si su piel estuviera envuelta en el chocolate más delicioso y todos los poros pudieran saborearlo.

El calor seguía creciendo, más allá de cualquier cosa que ella hubiera sentido en cualquiera de sus besos anteriores, amenazando con consumirla. Su último pensamiento antes de perder toda

capacidad de pensar fue que no había vuelta atrás en esto, pero ¿por qué iba alguien a *querer* rechazar algo tan maravilloso? Ella se entregó voluntariamente al calor de Rave mientras comenzaba a devorarla.

De repente, el calor disminuyó a medida que Balin apartaba a Rave lejos Leesa. Creyó oír a Balin gritar el nombre de Rave, pero el sonido parecía venir de algún lugar lejano, como si estuviera de pie en el extremo de un túnel largo y oscuro.

Parecía drenar la fuerza de su cuerpo. Se dejó caer de rodillas, como si sus piernas de repente se hubieran derretido por el calor de Rave. Todo su cuerpo se sentía caliente, febril. Luchó por abrir los ojos, los párpados se sentían como si estuvieran hechos de piedra. Por último, se las arregló para abrirlos a la fuerza. Levantó la vista. A través de una niebla, vio a Balin agitando suavemente por los hombros a Rave y repitiendo su nombre una y otra vez, ahora más suave, gritando por más tiempo. Leesa no podía estar segura, pero pensó que Rave tenía los ojos vidriosos. Ella intentó ponerse de pie, pero sus piernas traicionaron su objetivo y se dejó caer de rodillas. La vida volvió a aparecer en los ojos de Rave, como si una luz de repente se hubiese encendido.

—¿Qué pasó? —él le preguntó a Balin, sacudiendo la cabeza para tratar de despejar su mente. Su mirada se posó en Leesa.

—Oh, no —gimió, cayendo de rodillas a su lado y envolviendo su brazo alrededor de su espalda—. ¿Estás bien?

El dolor en la cara de Rave atravesó como un cuchillo a Leesa. Se obligó a sonreír.

—Sí. Creo que sí. Estoy teniendo un pequeño problema para ponerme de pie, eso es todo. Fue un gran beso.

Rave la puso de pie sin esfuerzo y la llevó a una de las sillas. Balin le entregó un vaso de agua. Ella tragó con avidez el frío líquido. Rave se sentó junto a ella y le pasó el brazo por los hombros y la abrazó.

—¿Qué pasó? —preguntó Rave a Balin de nuevo.

—Yo iba a preguntarte lo mismo. Lo estabas haciendo bien, y de repente estalló el fuego. Apenas os aparté a tiempo. —Rave sacó su brazo de alrededor de los hombros de Leesa y se apartó de ella, horrorizado por lo que casi había hecho. Leesa agarró la mano.

—Estoy bien, Rave —dijo, apretándole la mano—. En serio. Estoy bien.

Rave se puso de pie, suavemente desenganchando la mano de Leesa. Caminó unos pocos pasos de distancia, y luego se volvió, su rostro era aún una máscara de angustia.

—No lo entiendo. Todo estaba funcionando. Me sentí como si estuviera en control total, y entonces... no lo sé. De repente, mi mente se puso en blanco.

—Perdiste el control, joven Rave —dijo Balin—. No sé por qué, pero sentí el momento en que sucedió.

Rave miró a Leesa. —Podría haberte matado —dijo—. Casi lo hice.

Leesa no podía soportar la mirada de culpa y angustia en el rostro de Rave. Trató de aligerar el ambiente.

—Me sentí muy bien, Rave —dijo, sonriendo—. Muy, muy, muy bien. Si eso es lo que siente un vampiro lo tomas, me sorprende que no estén haciendo cola, esperando su turno.

Rave le devolvió la sonrisa, pero fue un esfuerzo poco entusiasta que ella pudo ver.

—Está bien, Rave —dijo—. Soy más dura de lo que piensas.

Balin se sentó junto a ella y la observó con atención.

—Pensé que podría ser demasiado tarde —dijo—, pero te ves bien. Creo que eres más fuerte de lo que cualquiera de nosotros pensaba.

—Eso no cambia lo que sucedió —dijo Rave—. Casi la mato. Tenemos que averiguar por qué.

Balin se levantó. —Tu control ha sido grande hasta ahora, joven Rave. Me temo que esto puede ser un efecto del *Destiratu*. Está creciendo más fuerte cada día. El solsticio está a unas pocas semanas, y me temo que su llegada está magnificando la magia. Tenemos que dejar que el Consejo de Ancianos sepa esto, más pronto que tarde.

Balin puso la mano en la frente de Rave, comprobando su calor. —Tratar de ejercer un control preciso en un momento en que las energías mágicas están aumentando nuestra hambre es imprudente. Debería haberlo sabido mejor, sentí las fuerzas comenzar a tirar de mí. *Rammugul* y *Destiratu* no parecen ser una buena mezcla. Al menos no par a esto.

La decepción brotó en Leesa. Si lo que Balin decía era verdad, entonces el *Rammugul* era inútil. Este era el final de cualquier beso para Rave o para ella, al menos mientras esto estuviera el estúpido *Destiratu* alrededor. No podía soportar la idea de no ser capaz de darle un beso, no después de todas las veces que lo había probado. Se preguntó cuánto tiempo duraba el fenómeno generalmente.

—Tienes razón —dijo Rave a Balin—. No puedo arriesgarme a que esto ocurra de nuevo. No más *Rammugul* para mí. Ahora no.

Balin puso una mano sobre el hombro de Rave. —No tan rápido, joven Rave. Dije que usar *Rammugul* para besar era demasiado peligroso como para hacerlo durante el *Destiratu*. Pero no creo que debas renunciar a tu práctica de la técnica en sí. De hecho, la práctica de la tesis bajo esas condiciones puede aumentar tu control a largo plazo.

Balin guiñó un ojo a Leesa. —Y cuando termine el *Destiratu*, joven Rave, como debería ocurrir algun día, tal vez hayas dominado el *Rammugul* lo suficiente como para besar esa hermosa joven para satisfacción de tu corazón.

Leesa sonrió. Esa era la mejor cosa que había oído en todo el día.

CAPITULO 8

MUERTOS VIVIENTES

Traducido por Maia8
Corregido por Ángeles Rangel

Unas noches después, Leesa permanecia despierta en la oscuridad. Los brillantes números azules de su reloj digital le dijeron que eran las 3:42 am. El resplandor azul suave le recordaba a las puntas de los dedos de Rave cuando dejaba que su fuego se mostrase. Pensar en Rave era reconfortante, pero todavía podía sentir el corazón latiendo en su pecho, más rápido de lo normal para alguien que había estado durmiendo. No quería estar despierta, no tenía que estar despierta, pero algo la había sacado de su sueño. No tenía ni idea de lo que podría haber sido.

Acostada sobre la espalda, miraba y escuchaba, tratando de atravesar la oscuridad en busca de cualquier señal de que algo anduviera mal, pero no encontró nada. Su habitación era sin duda lo suficientemente oscura como para invitar a dormir. La fina luz de las estrellas delineaba su ventana y se filtraba en la habitación, no lo suficientemente brillante como para mostrar más que un escueto bosquejo de sus muebles. La noche era pacíficamente tranquila. Había visto películas donde un personaje nervioso diría que era *demasiado* tranquila, justo antes de que ocurriera el desastre, pero este tipo de escenas siempre se llevaba a cabo durante el día o temprano en la noche, nunca a esta hora. Ese silencio era normal para esta hora de la noche. Tampoco podía ser la temperatura la que afectaba a su sueño. Podría hacer frío fuera, pero se estaba agradablemente caliente debajo de su manta y una manta eléctrica. No, todo estaba bien. No podía encontrar ninguna buena razón para no estar profundamente dormida.

Entonces, ¿por qué estaba aquí tumbada despierta en medio de la noche? Más importante aún, ¿por qué se le aceleraba el corazón?

Se preguntó si había estado soñando, si tal vez una pesadilla de alguna clase la había arrebatado de los brazos del sueño. Un mal sueño explicaría su ritmo cardíaco elevado. Pero si eso fuera cierto, no podía recordar lo que era.

Esta no era la primera noche que se había encontrado despierta. Su sueño había sido cada vez más inquieto durante algún tiempo, pero no sabía por qué. No podía ser Rave perdiendo el control de su fuego, eso había pasado sólo unos días atrás. Tampoco podría ser la llamada telefónica del hombre que decía ser su padre. Su dificultad para dormir era anterior a eso también.

Se preguntó si tenía algo que ver con el mordisco de Stefan. Él había retirado sus colmillos ante la primera prueba de su sangre contaminada de *Grafhym*, pero tal vez un poco de su esencia de vampiro se había filtrado en ella, haciendo que una parte de ella quisiera vagar en la oscuridad, en lugar de dormir profundamente durante la noche.

La idea parecía descabellada, ¿pero era más increíble que ser mordido por un vampiro en primer lugar? Podía preguntar a Rave sobre ello, tal vez él tendría alguna idea de si podría ser verdad. Y tal vez podría preguntarle al Dr. Clerval, su profesor de Ciencias Vampíricas. Sabía más sobre vampiros que cualquier ser humano que ella conociera. Había sido el Profesor Clerval quien había dado con la manera de curar a su madre, y quien la había llevado a su reunión con Stefan la noche en que había ido a cumplir su trato. Si alguna vez veía a Stefan otra vez, podría preguntarle, también. ¿Quién sabe más de esto que un vampiro?

El revolverse y dar vueltas en la cama era una cosa perpetúa en ella misma, lo sabía. Algo le despertaba, y entonces ella se preocupaba por lo que podría haber sido, lo que le impedía volver a caer dormida. Era un círculo vicioso. El no poder dormir podría ser una bendición disfrazada la próxima semana, cuando habría que estudiar para los exámenes finales, pero no ahora. Tenía que apagar sus pensamientos.

Bradley le había enseñado una técnica de respiración para ayudarla a dormirse cuando era más joven y estaba preocupada por el comportamiento cada vez más extraño de su madre. Rave utilizó una cosa similar a la respiración para aprender a controlar su fuego. No sabía si funcionaría aquí, pero no tenía nada que perder.

Cerró los ojos y respiró profundamente por la nariz, reteniendo la respiración por un momento antes de exhalar lentamente. Contó cada respiración al exhalar, empezando por cien y contando hacia atrás. Noventa y nueve... noventa y ocho… noventa y siete... Recordó llegar a setenta y tres, pero no más allá. Para entonces, el sueño la había reclamado de nuevo.

Estaba caminando a través de un sendero de bosque que no conocía. La noche era oscura, con un cuarto de luna que proporcionaba iluminación pálida apenas suficiente para ver dónde pisaba. Las hojas muertas crujían bajo sus pies, pero con menos ruido de lo que esperaba, sobre todo ante el silencio de la noche. Las negras ramas torcidas de los árboles sin hojas parecían estar llegando por ella, pero cada vez que miraba directamente a cualquiera de ellas, sólo veía la quietud.

El aire era frío contra sus mejillas, pero no tan incómodo. Ella no tenía ninguna prisa, ni estaba a escondidas en el bosque. Su ritmo era de velocidad normal al caminar. No tenía ni idea de dónde se dirigía en aquel lugar desconocido, pero por alguna razón, la falta de un destino específico no le

molestaba. Más adelante, los restos de uno de los viejos muros de piedra, tan comunes a New England serpenteaban entre los árboles. A medida que se acercaba, vio la pared rodeada de un antiguo cementerio cubierto de malas hierbas altas y fibrosas. Derruidas lápidas grises se alzaban como centinelas encima de las tumbas, que estaban esparcidas por todo el patio, sin ningún patrón aparente, en la forma en que a menudo se encontraban en los cementerios antiguos.

Algo le decía que parara aquí. Si se trataba de una advertencia de mantenerse al margen de este antiguo cementerio o una sensación de que debía esperar y ver, no lo sabía. Encontró una piedra plana encima de una de las secciones más altas restantes de la pared y se sentó, mirando hacia el interior del cementerio. Sus pies colgaban centímetros sobre la tierra apisonada debajo de la pared. Se preguntó ociosamente por qué la mala hierba no crecía hasta las piedras.

Después de unos minutos, se dio cuenta de un leve sonido rompiendo el silencio. Se dio cuenta de que era el primer ruido de ningún tipo que había oído desde que dejó de caminar. El sonido era difícil de describir, una especie de susurro, o chirrido. No era el susurro de las hojas en el viento, las ramas carecían de hojas y no había ningún indicio de brisa. Tampoco era el sonido de unos pasos. Se esforzó por ver en la oscuridad, tratando de encontrar un origen para el ruido, pero no vio nada.

Poco a poco, los sonidos se hicieron más fuertes. Definitivamente, emanaban de algún lugar delante de ella, en el cementerio, estaba segura, pero todavía no veía nada. Aun así, no se alarmó. Ella simplemente se sentó y observó, esperando.

Por fin, los sonidos se volvieron lo suficientemente altos y claros para que ella lo reconociera. Eran los sonidos de una excavación. Algo o alguien estaba arañando y excavando en el suelo delante de ella. Era inconfundible. Sólo había un problema, sin embargo, ¡el cementerio estaba vacío!

Tuvo un breve pensamiento de que tal vez el que estaba cavando podría, de alguna manera, ser invisible para ella, pero incluso eso no explicaba lo que había oído. No era sólo que estuviera sola, sino que no había agujeros mostrándose en cualquier parte de la tierra. Sin embargo, la excavación persistía, cada vez más fuerte por momentos. Estaba segura de que ahora los sonidos provenían de más de un lugar en el cementerio.

Por último, un pequeño movimiento a su derecha le llamó la atención, pero cuando se volvió hacia él, no vio nada. Si tan sólo no estuviera tan oscuro. Mantuvo los ojos fijos en el punto. Unos momentos más tarde, lo vio. Un poquito de tierra apareció a unos cuantos centímetros del suelo, como un géiser en miniatura de suciedad. Ella sonrió. Nadie estaba cavando, la excavación estaba sucediendo desde debajo de la superficie. Se preguntó si podría ser topos. Pero, ¿cómo era que podía oír topos construyendo su madriguera en el interior de la tierra?

Siguió mirando. Más tierra se empujaba hacia arriba, en varios lugares dispersos ahora. Mantuvo la mirada fija en el mayor de los montones crecientes de la suciedad. ¡Ahí está!

Estaba segura de que vio algo empujar hacia arriba sobre la superficie. Entrecerró los ojos, tratando de ver con mayor claridad, y se quedó sin aliento. Esto sin duda no era un topo, ni ningún

otro animal de madriguera. ¡Ascendiendo a la superficie había la inconfundible forma de una mano humana!

Más manos se levantaron del suelo, una media docena de ahora. Pronto, brazos enteros aparecieron... y luego cabezas. Las cabezas eran parte carne y parte hueso. Algunas estaban envueltas en tela podrida, una llevaba lo que sólo podrían ser los restos de un tricornio pasado de moda.

Leesa miraba, congelada en su lugar en la cima del muro, mientras seis cadáveres salían de sus tumbas. Se movían con torpeza, lentamente, pero se movían, no obstante. Se miraban los uno a los otros y caminaban en círculos, casi como si estuvieran esperando por una dirección. No parecían fijarse en ella.

De repente, los seis se desplomaron en el suelo, como marionetas cuyos hilos habían sido cortados.

Leesa despertó de nuevo, la imagen de los cuerpos cayendo al suelo se aclaró y se volvió nítida en su mente. Su habitación estaba más iluminada ahora, con la primera luz gris del alba derramándose por las ventanas. Podía oír los sonidos apagados de otros lugares de su residencia reproduciendo —una música suave, una puerta cerrándose— mientras algunos madrugadores se preparaban para comenzar el día. En el exterior, un camión hacía un *beep* bastante molesto, mientras se preparaba para descargar su cargamento en algún lugar cercano.

Parecía estar soñando con mayor frecuencia en los últimos tiempos, pero no podía recordar uno permaneciendo con tanta claridad después de que despertara. Aunque los cuerpos reanimados en descomposición no eran una imagen agradable, el sueño no había sido realmente aterrador, y ella lo prefería antes que a lo que había experimentado anteriomente esa misma noche, despertándose con el corazón acelerado y sin ser capaz de recordar por qué.

CAPITULO 9

VIDEO DE CONFIRMACION

Traducido por Mbob
Corregido por Ángeles Rangel

Leessa se sentó encorvada sobre el escritorio, trabajando duro con el libro de física, esforzándose por entender el Principio de Incertidumbre de Heisenberg[3]. Su habitación se había oscurecido mientras estaba estudiando, pero la lámpara de su escritorio proporcionaba una pequeña zona de luz. «Rolling in the Deep» de Adele[4] estaba sonando de fondo. A Leesa le encantaba la voz de la joven cantante británica, tan poderosa y llena de cruda emoción. Era difícil creer que todavía ni siquiera tuviera veinticinco años. Leesa dejó vagar su mente por un momento, escapando en las letras. Particularmente le gustaba la parte sobre un fuego empezando en su corazón. Eso era definitivamente una buena descripción de cómo Rave la hizo sentir, ¡en más de un sentido!

Cuando la canción tocó a su fin, volvió a su libro de física. «Incertidumbre» era una palabra adecuada para ella ahora, pensó. No sólo estaba insegura sobre todo este Principio de Heisenberg, sino que también estaba insegura sobre otras muchas cosas pasando en su vida. Justo cuando las cosas estaban finalmente empezando a ser normales con su madre y su hermano, todas estas otras cosas seguían surgiendo. Rave perdiendo el control de su fuego, la extraña llamada de teléfono, su dificultad para dormir y su extraño sueño, todo eso era mucho mas de lo que cualquier persona debería tener que afrontar.

No parecía haber nada que pudiera hacer sobre esas cosas, sin embargo, obligó a su mente a volver a la física. Los exámenes finales estaban a sólo dos semanas. Por lo menos, algo estaba bajo su control. Sólo tenía que concentrarse.

---

[3] El Principio de indeterminación o incertidumbre de Heisenberg Establece que es imposible conocer simultáneamente la posición y la velocidad del electrón, y por tanto es imposible determinar su trayectoria. Cuanto mayor sea la exactitud con que se conozca la posición, mayor será el error en la velocidad, y viceversa. Solamente es posible determinar la probabilidad de que el electrón se encuentre en una región determinada.
[4] **Rodando en lo profundo**: una canción de la cantante británica Adele, escrita para su segundo álbum de estudio 21.

De repente, algo la agarró con fuerza por los hombros. Casi se le sale el corazón mientras la adrenalina se disparó a través de su sistema. Movió rápidamente la cabeza alrededor para ver a Cali sonriéndole.

—Lo siento —dijo Cali—. Tu puerta estaba abierta y no pude resistirme. Estabas completamente perdida en ese libro. No sabía que la física fuera tan fascinante.

—Casi me provocas un infarto —dijo Leesa, su corazón todavía acelerado.

Cali se dejó caer en el borde de la cama de Leesa. Llevaba unos vaqueros rasgados con diminutas lentejuelas rojas delineando los bolsillos delanteros y una camiseta marrón oscuro con un juego de tres en raya dorado grabado en la parte delantera. En vez de letras O, el diseñador había usado corazones dorados brillantes. Tres corazones formaban una fila diagonal desde el cuadrado inferior izquierdo a la esquina superior derecha, con una flecha dibujada a través de ellos para mostrar que los corazones habían ganado el juego.

—Realmente lo siento, Lees. Regla noventa y cuatro: acercarse sigilosamente a alguien que se junta con vampiros *no* es una buena idea.

Leesa sonrió, su cuerpo empezando a recuperarse de la sacudida de adrenalina.

—No me «junto» con ellos. Sólo ocurrió una vez. Y si no vuelvo a ver a Stefan nunca más, me parecerá bien.

—Hablando de cosas que asustan en la noche, ¿escuchaste sobre esa cosa en el cementerio de Higganum?

El corazón de Leesa se disparó a toda velocidad cuando las imágenes de su sueño llegaron precipitándose a ella. Higganum era una pequeña comunidad rural a menos de dieciséis kilómetros al sur de Weston College. Esperaba que Cali no fuera a decir lo que pensaba que iba a decir.

—¿El cementerio? —peguntó—. No, no escuché nada. —Estaba casi temerosa de preguntarle sobre ello, pero tenía que saber—. ¿Qué ocurrió?

—Es realmente extraño. Alguien desenterró un montón de cuerpos, y luego los dejó tendidos allí mismo en el suelo.

Leesa cerró los ojos por un momento. Podía ver las imágenes de su sueño tan claramente como si estuviera soñando justo ahora.

Abrió los ojos. —¿Cómo saben que alguien los desenterró?

La frente de Cali se frunció con confusión cuando miró fijamente a Leesa. —¿Cómo si no habrían llegado allí, tonta? Seguro que no se levantaron de las tumbas por si mismos.

Espero que no, pensó Leesa.

Real y verdaderamente espero que no.

Cali vio la preocupación en la cara de Leesa. —Oh, no… no vas a decirme que los zombis son reales, también, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —dijo Leesa—. Al menos no hasta donde sé, de todas formas. Es solo que tuve un extraño sueño anoche. Algunos cuerpos se esforzaban en levantarse de la tierra en un viejo cementerio.

—¿En serio? Eso es definitivamente extraño, sobre todo con esta historia hoy.

Era demasiado extraño, pensaba Leesa. Pero si los vampiros y los Volkaanes existían, ¿por qué no los zombis? Definitivamente tenía que preguntárselo a Rave.

—¿En tu sueño, qué hacían? —preguntó Cali—. Una vez salieron de sus tumbas, quiero decir.

—En realidad, nada. Trastabillaron en círculos por unos minutos, luego cayeron al suelo. Ahí fue cuando me desperté.

—Son las seis y media. Enciende la televisión. Tal vez podamos llegar a oír algo en las noticias.

Leesa agarró el mando a distancia y encendió la televisión. Las noticias locales acababan de empezar. Tuvieron que aguantar una aburrida historia sobre alguna posible corrupción en la Cámara de Representantes, pero luego un aprensivo video de un viejo cementerio, probablemente tomado desde un helicóptero, llenó la pantalla. Todavía había luz en el video, por lo que obviamente había sido tomado a principios del día.

—Hay una extraña historia que nos llega hoy desde Higganum —empezó el presentador con con su cabello gris pulcramente peinado—. La policía está investigando un insólito acto de vandalismo en uno de los viejos cementerios de la ciudad.

La imagen cambió a una toma en vivo de una periodista en la escena. Brillantes lámparas klieg[5] iluminaban el cementerio detrás de ella. Una gorra de esquí verde de punto, encasquetada sobre su pelo rubio, indicaba el frio que hacía fuera. Su aliento brumoso era visible en la televisión cuando hablaba. Sin embargo, parecía extraordinariamente fresca y alegre.

—Esto es lo que sabemos hasta ahora —dijo—. En algún momento de la pasada noche, alguien desenterró seis cuerpos, aquí en el viejo cementerio. La policía no está segura de si fue simplemente un descuidado acto de vandalismo, o quizás el trabajo de ladrones de tumbas buscando objetos de valor. Todas las tumbas aquí son de más de cien años de antigüedad, por lo que los supuestos ladrones podrían haber encontrado muchos objetos de valor.

La cámara giró sobre su hombro realizando una panorámica del cementerio, centrándose en varias lapidas muy viejas. Leesa miró de cerca, pero ningún cuerpo era visible desde ese ángulo.

---

[5] lámpara de carbón que se utiliza en cinematografía.

El director de noticias probablemente había decidido que una pila de cadáveres podridos no era un pasaje adecuado para la hora de la cena. O eso, o las autoridades ya los había cubierto.

La periodista siguió hablando.

—La policía está perpleja por varios aspectos extraños de todo esto. Anteriormente, hablé con el Detective Dave Sanderson.

La imagen saltó a un plano a la luz del día de nuevo, y la cara bigotuda de un apuesto hombre en sus treinta y muchos o cuarenta y pocos años llenó la pantalla.

—No tenemos pistas reales en este momento —dijo—. Estamos pidiendo la ayuda del público. Si sabe algo sobre este descarado, irrespetuoso acto, por favor llame al número que aparece en la parte inferior de la pantalla. No hay señales de que ningún equipo pesado haya estado en el cementerio, así que sabemos que los autores tuvieron que estar aquí mucho tiempo para desenterrar tantas tumbas a mano. Este es un lugar bastante apartado, pero estamos esperando que alguien que estuviera conduciendo por los alrededores viera algo inusual por aquí anoche.

Un plano en directo de la periodista remplazó la cara del detective.

—Hay otro preocupante aspecto sobre este incidente sobre el que nadie hablará a la cámara —dijo la periodista—, pero he sido informada por un mimbro del equipo forense de que, no sólo no hay ninguna evidencia de equipo pesado, sino que no han sido capaces de encontrar ninguna señal de cualquier equipo de excavación en absoluto. «No hay ninguna marca de pala», me dijo. «Esto no tiene ningún sentido, pero parece que alguien desenterró los cuerpos a mano».

—¡Mierda! —dijo Cali, volviéndose a Leesa—. ¿Escuchaste eso?

La cabeza de Leesa daba vueltas. ¿Qué demonios estaba pasando aquí? Sus dedos empezaron a retorcerse en su pelo.

—Shhh. Quiero oír el resto de esto.

La periodista lanzó una sonrisa de animadora.

—Ahora hay un misterio envuelto en un rompecabezas —dijo ella—. ¿Quién o qué haría desenterrar una media docena de cuerpos sin usar una pala? ¿Por qué molestastase tanto, y luego tan sólo dejar los cuerpos tendidos allí?

La imagen volvió al plano del helicóptero de antes.

—Eso es todo lo que tenemos por ahora —dijo la periodista cuando la cámara se enfocó en el cementerio. Leesa se acercó más a la televisión. Un harapiento círculo de bultos oscuros era escasamente visible ahora. Tenían que ser los cuerpos desenterrados. Desde esa distancia, no podía decir si estaban cubiertos por algo o no.

Se estremeció. Aunque la vista estaba demasiado lejos para ver claramente, le chocó lo similar que parecía el círculo de cuerpos al que había visto en su sueño. Apagó la televisión.

—Wow, eso es jodidamente loco —dijo Cali—. ¿Crees que tus amigos vampiros podrían haberlo hecho?

—Te sigo diciendo, que no son mis amigos. —Leesa se puso de pie y dio algunos pasos sin rumbo por la habitación—, pero no, dudo que lo vampiros tengan algo que ver con eso. ¿Para qué querrían cuerpos muertos? Sólo les gustan vivos, llenos de un montón de sangre caliente.

—Oh, sí, apuesto que estás en lo cierto. Definitivamente el próximo semestre necesito tomar esas clases de Ciencias Vampíricas sobre las que siempre estás hablando.

Cali miró a Leesa más de cerca y vio la preocupación grabada en su cara. Extendió la mano y amablemente sacó la mano de Leesa de su pelo. —Así que, ¿cuánto se acerca esto a lo que soñaste?

—No estoy segura. Era difícil ver. Me hubiera gustado que se hubieran acercado más, pero supongo que no es el tipo de cosa que vayan a mostrar en la televisión. —Leesa tomó una profunda respiración—, pero desde lo que pude ver, se veía *bastante* similar.

—Había un montón de personas mirando desde fuera del cementerio —dijo Cali cuando una idea apareció en su cabeza—. Apuesto a que alguien tomó fotos o un video con su móvil. —Agarró el portátil de Leesa desde el escritorio—. Déjame comprobar en YouTube.

Cali se sentó de nuevo sobre el borde de la cama y abrió el ordenador en su regazo.

Leesa se acercó y se sentó a su lado, insegura de si quería que Cali encontrara algo o no.

Los dedos de Cali pincharon rápidamente en el teclado, abriendo la página principal de YouTube y luego tecleando en el buscador.

—Lo sabía —dijo emocionada—. Mira. Alguien posteó un fragmento desde el cementerio. Tienes que amar todos esos smartphones que hay por ahí.

Leesa se inclinó más cerca cuando Cali inició el video. Al principio, la imagen era granulada y a saltos, apenas reconocible como un cementerio. El propietario del móvil estaba detrás de la cinta de la escena de crimen de la policía, más de treinta metros de cualquier cosa que estuviera en el centro del cementerio. Cuando él o ella acercó y encontró el enfoque adecuado, la imagen empezó a volverse más clara.

Leesa se encontró a sí misma conteniendo el aliento. Se obligó a exhalar, pero mantuvo los ojos pegados a la pantalla. Finalmente, los detalles empezaron a agudizarse lo suficiente como para reconocer los cuerpos por lo que eran. Y no estaban cubiertos, al menos no cuando el video fue tomado.

El bajo ángulo del plano le impidió ser capaz de ver todos los cadáveres, pero podía ver la mayor parte del cuerpo más cercano y partes de otros dos. Miró más de cerca a uno de los cuerpos más lejanos, cuya cabeza y hombros sobresalían por detrás del primero. Parpadeó, incapaz —o reacia— a dar crédito a sus ojos. Estaba bastante segura de que el cadáver vestía los restos de un tricornio[6]…

[6] Tricornio: Sombrero de ala doblada que forma tres picos.

CAPITULO 10

LA PREGUNTA DEL MILLON

Traducido por Tersa
Corregido por LadyPandora

—Entonces, ¿qué te parece? —preguntó Cali cuando el vídeo se terminó—. ¿Se parece en algo a tu sueño?

—El vídeo no estaba claro —dijo Leesa—, pero sí, definitivamente era algo parecido.

Cali volvió a toquetear el teclado, buscando otro vídeo, uno que pudiera mostrar las cosas con más claridad, pero no había ninguno.

—Era el único vídeo —dijo, cerrando el portátil—. ¿Tienes alguna idea de qué diablos esta pasando?

Leesa lo pensó durante un momento. Esa era la pregunta del millón. ¿Que demonios significaba todo esto? Cerró los ojos tratando de regresar a las imágenes de su sueño, pero seguía viendo los fotogramas del vídeo. Se preguntó si estaba haciéndolas más similares de lo que en realidad eran, si su cerebro estaba pillando las imágenes más recientes y haciéndolas parte de su memoria. Incluso si esto era cierto, ¿cómo había conseguido soñar con cadáveres levantándose de sus tumbas la noche anterior, si los cuerpos reales fueron encontrados en un cementerio a no menos de quince kilómetros de distancia? Esto en sí mismo era bastante extraño, sin tener en cuenta lo similares o no que eran las imágenes reales. Estaba bastante segura de que había sido un sombrero de tres picos en su sueño. Su cerebro no estaba tomando en cuenta aquel detalle.

—No sé —dijo al final—. En realidad no tengo ni idea.

Cali podía ver lo perturbada que estaba Leesa por todo esto. Pasó su brazo alrededor de los hombros de Leesa.

—Tal vez sólo sea una de esas coincidencias extrañas. Como un déjà vu o algo así, sólo que al revés. ¿Te ha pasado algo como esto antes?

Leesa sacudió la cabeza.

—No, nunca. Mis sueño ha sido un lio durante las dos últimas semanas, pero eso es todo. Este es el primer sueño extraño que recuerdo.

—Bien, si alguien tiene una razón para pasar algunas noches con insomnio o tener algunos sueños extraños, esa eres tú, con todo lo que has estado pasando últimamente. Con tu mamá y el del único colmillo, la tema con Stefan para recuperar a tu hermano… yo tendría pesadillas, te lo aseguro.

—Sí, supongo. —Leesa agarró una botella de agua de encima de su mininevera y pegó un trago—. Pero no estuve teniendo sueños mientras todo eso pasaba. No, que yo pueda recordar, de todos modos. ¿Entonces, por qué ahora?

Cali se encogió de hombros.

—Hay más cosas en el cielo y en la tierra que las que sospecha tu filosofía —citó.

Leesa sonrió.

—Ahora sí que estoy *realmente* sorprendida. ¿Desde cuando has empezado a citar a Shakespeare?

Cali le devolvió la sonrisa.

—Esta es una de las pocas cosas que recuerdo de la escuela secundaria. Aunque en realidad, nunca pensé que tendría la oportunidad de usarlo. ¿Estás impresionada?

— Totalmente. —Leesa pegó otro trago del agua, y entonces preguntó:

—¿Tienes más palabras sabias para mí del viejo Will?

—Sólo esto: «ser o no ser». Pero no obstante que me aspen si sé como aplicar esto aquí. —Leesa se rió. Cali siempre era tan buena para animarla—. Lástima que no entre nada de esto en mi examen final de literatura inglesa —continuó Cali.

—Hablando de finales, será mejor que vuelva a mi tarea de física que, o ese examen será como una patada en el culo.

—Me alegro de no tener física —dijo Cali mientras se levantaba de la cama—. El álgebra ya es bastante difícil para mí. ¿De todos modos, por qué tomas esa clase?

Leesa sonrió.

—Citando a una persona muy sabia que conozco: Que me aspen si lo sé.

Cali soltó una carcajada.



—Muy buena, Lees —dijo cuando terminó de reírse.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Diviértete con la física.

—Sí, claro —dijo Leesa cuando se sentó en su escritorio.

—Ah, y una cosa más —dijo Cali.

Leesa se dio la vuelta y vio que Cali estaba a medio camino de la puerta, pero se había agarrado del marco y retorcido para girar la cara a la habitación.

—¿Qué? —preguntó Leesa.

Cali sonrió.

—Que tengas dulces sueños esta noche.

Leesa tomó un bolígrafo de su escritorio y lo lanzó hacia la puerta, pero Cali se apartó antes de que pudiese golpearla.

—Muchas gracias —dijo Leesa, riéndose. Pudo oír a Cali riéndose como ella mientras avanzaba por el pasillo.



CAPITULO 11

PERMISO ESPECIAL

Traducido por Tersa
Corregido por LadyPandora

Edwina merodeaba las oscuras cavernas del refugio de los vampiros. Había formulado los principios de un plan y ahora necesitaba encontrar a Stefan, para empezar a ponerlo en marcha. Lo había visto antes, conversando con Ricard, pero para lo que lo quería, tenía que pillarlo a solas. Sólo así podría presionarlo y persuadirlo para darle lo que necesitaba.

Finalmente lo encontró en uno de los túneles que llevaban a la Sala del Consejo.

Se dibujó una sonrisa dulce en su rostro.

—Stefan, te estaba buscando. Tengo que hablar contigo.

Los ojos negros de Stefan estaban cautelosos. Había obligado a Edwina a que renunciara a su alimentador, con ninguna recompensa para ella, lo que no era poco. No se fiaba de su actitud amistosa, ni una pizca. Y sin duda, tampoco confiaba en su sonrisa.

—¿Qué pasa, Edwina? —preguntó, manteniendo su voz neutra.

—Quiero ir afuera.

Stefan cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y? ¿Por qué me lo dices?

Edwina se acercó, acortando la distancia a la mitad.

—Porque quiero salir sola —dijo en un susurro.

Stefan estudió su cara, pero la expresión de Edwina no le dijo nada.

—Conoces el decreto del Consejo. Mientras el *Destiratu* siga reforzado, sólo los miembros del Consejo pueden salir solos. Si quieres salir, tienes que encontrar a otros dos que vayan contigo. Es por tu protección, y también para la del aquelarre.

—No necesito protección —dijo Edwina igualmente.

—Quizá no, Edwina, pero el *Destiratu* puede avivar tu sed de sangre cuando menos lo esperas. Sin compañeros para detenerte, podrías actuar como una tonta. Sabes que no podemos arriesgarnos a traer la atención sobre nuestra especie. De ahí el decreto del Consejo.

—Pero el decreto también declara que un miembro de Consejo puede conceder el permiso. Tú eres un miembro del consejo, Stefan. *Tú* puedes darme el permiso.

Stefan acarició la perilla negra de su barbilla. Era el más joven y más reciente miembro del Consejo superior, habían pasado menos de cuatrocientos años desde aquel glorioso día en que Ricard lo convirtió, pero tenía los mismos derechos y facultades que los demás.

—¿Y por qué haría eso?

La expresión de Edwina se endureció.

—Porque me debes una, Stefan. Te llevaste a mi alimentador, para tus propios objetivos egoístas. Resultando innecesario, podría añadir.

Stefan se estremeció por dentro. Él había hecho un trato con la muchacha humana, Leesa. Había aceptado convertirse en su esposa a cambio de la libertad de su hermano. Pero al primer sorbo de su sangre, se dio cuenta que no podía cambiarla. De todos modos, mantuvo su parte del trato y permitió que Bradley quedara libre. A pesar de su fracaso para convertir en vampiro a Leesa, ella seguía atrayendo su atención de una manera que había sido incapaz de romper, ni de entender totalmente.

—¿Qué harás si te doy el permiso que buscas?

Edwina volvió a sonreír. Ahora lo tenía, lo sabía.

—¿Para qué? Para buscar a otro alimentador, por supuesto. Eso es todo. Encontrar a un humano que sustituya al que me quitaste.

Stefan no se fio de su sonrisa ni lo más mínimo. Sin embargo, se lo debía. No podía negarlo, ni siquiera a sí mismo.

—¿Y esto no tiene nada que ver con Leesa o su hermano? —preguntó.

Edwina lanzó una mirada que era toda inocencia.

No me extraña lo fácilmente que juega con los humanos, pensó Stefan. Nadie sospecharía jamás de su verdadera naturaleza.

—No, por supuesto que no. Eso es agua pasada. Deseo sangre nueva.

—Estoy hablando en serio, Edwina —dijo Stefan severamente—. No quiero que vayas a ninguna parte cerca de Leesa o su familia. ¿Entendido?

Edwina pasó un dedo suavemente por la mejilla de Stefan, raspando ligeramente su suave piel con una uña.

—¡¿Por qué, Stefan?! No me digas que todavía tienes sentimientos por esa muchacha.

Stefan no sabía qué hacer con sus sentimientos por Leesa, pero desde luego no estaba por la labor de intentar explicárselos a Edwina. Agarró su muñeca y apartó su mano de la cara.

—Es tanto por su seguridad como por la tuya —dijo, manteniendo su muñeca firmemente apretada—. Tiene un amigo Volkaane, un amigo Volkaane muy poderoso. No tendrías ninguna posibilidad contra él.

Stefan volvió a recordar su confrontación con Rave. El poder del Volkaane era indiscutible, entre los más fuertes que Stefan había sentido alguna vez. Stefan era poderoso entre los vampiros, pero ni siquiera él estaba seguro de quién hubiera prevalecido si Leesa no se hubiera metido entre ellos y detenido la pelea antes de que comenzara.

Sintió el hambre que aumentaba dentro de él. El deseo de probar su fuerza contra el Volkaane era una cosa palpable que podía sentir en su pecho. Se obligó a tragarse dicho sentimiento.

El *Destiratu* alimentaba su hambre, lo sabía. No cedería ante él.

—Un amigo Volkaane, ¿eh? —dijo Edwina, pensando. Esta era información importante. Tendría que ser muy cuidadosa si intentaba acercarse a la muchacha—. Gracias por la advertencia, Stefan. Y por tu preocupación. Pero como dije antes, mis asuntos no tienen nada que ver con ella.

Stefan clavó sus ojos en los suyos.

—Entonces asegúrate de que tus planes permanezcan de esa manera. —Soltó su muñeca—. Tienes mi permiso para salir sola, Edwina. Espero que no abuses de él.

Edwina sonrió e hizo una pequeña reverencia. No estaría de más mostrar un poco de gratitud y condescendencia.

—Gracias, Stefan. No tienes que preocuparte por mí, te lo prometo.

Stefan la miró durante un momento, luego se dio la vuelta y se alejó sin decir nada más. Cuando desapareció, la sonrisa en la cara de Edwina pasó a ser una mueca de satisfacción. El primer paso de su plan ya estaba hecho, tenía el permiso de ir y venir cuando le complaciera. Y además, Stefan le había proporcionado la información importantísima de que la muchacha tenía un amigo Volkaane.

La presencia del Volkaane significaba que Edwina tendía que abandonar algunas de las ideas que había estado considerando. Pero tenía la plena confianza de que saldría con algo adecuado que no la pusiera en peligro, ni en las manos del poderoso cazador, algo que todavía le diera la venganza que buscaba.

CAPITULO 12

Estatua con Sombrero

Traducido por BethBelikov1310
Corregido por Smyle

Leesa estaba detrás de la primera fila del aula con forma de anfiteatro, contemplando los asientos. La habitación estaba casi llena, y más chicos se filtraban por la puerta detrás de ella. Quería un asiento en el pasillo, lo más adelante posible.

Los asientos del pasillo siempre son muy populares, sin embargo, vio uno perfecto en la parte izquierda, sólo alrededor de un tercio del camino bajando desde la parte superior. Cojeó rápidamente por las escaleras de la izquierda antes de que alguien le robara el asiento.

Tenía que estar en el pasillo para poder llegar al escenario lo más rápido posible cuando la clase terminara y así hablar con el Dr. Clerval sobre su extraño sueño. El profesor estaba siempre rodeado de estudiantes que querían hablar con él después de clase, así que era mejor llegar allí rápidamente. Con la historia que compartian, sabía que él haría tiempo para ella de todos modos, pero no quería tener que esperar a que contestara las preguntas de otros chicos.

Se instaló en el asiento que había visto desde atrás, agradecida de estar en el pasillo. Los dos asientos a su lado estaban vacíos hasta que vinieron tres chicas que se sentaron juntas. Por la manera en que las tres estaban charlando, obviamente se conocían.

Leesa escucho a una de las chicas murmurar: «Para morirse» y adivinó que estaban hablando sobre un chico que acababan de conocer.

Conocía el sentimiento.

Un movimiento en el frente de la habitación llamó su atención, y se giró para ver al Dr. Clerval aparecer del lado derecho del escenario. La clase no empezaba hasta dentro de dos minutos, así que se detuvo a hablar con su ayudante, que siempre se sentaba cerca del borde del escenario, fuera del camino, pero dispuesto a prestar toda la asistencia que el profesor necesitara.

Leesa no podía recordar en nombre real del tipo, porque el profesor Clerval siempre lo llamaba Renfield, después asistente de Drácula.

El Dr. Clerval se veía igual en todas las clases. Su delgado cuerpo estaba ligeramente encorvado por la edad, pero se movía con sorprendente facilidad, a pesar de su apariencia frágil. Pelo largo y blanco colgaba de su cabeza hasta sus hombros, el color hacía un agudo contraste con el traje arrugado negro que siempre llevaba.

Leesa aún no sabía si era el mismo juego cada vez, o si el profesor tenía una colección de ellos. Como de costumbre, tenia Converse altas negras en sus pies. Las playeras con traje podrían ser populares en un estudiante universitario, pero estaba completamente fuera de lugar en un hombre de sesenta años.

El Dr. Clerval le había confesado a Leesa que las playeras eran los zapatos más cómodos que tenia, y hacía mucho tiempo que había desistido de la moda en favor de la comodidad. A medida que Leesa lo había llegado a conocer mejor, había aprendido que era una de las muchas cosas poco convencionales sobre él.

Cuando terminó con lo que estuviera haciendo con Renfield, el Dr. Clerval se dirigió arrastrando los pies hacia el atril en el centro del escenario.

El aula comenzó a calmarse lentamente a medida que más y más estudiantes lo veían acercarse al atril. De repente Leesa se dio cuenta de una presencia a su lado.

Se dio la vuelta y se encontró mirando la cara sonriente de Rave. Se veía genial, como siempre, vestido con jeans oscuros y una desgastada camiseta lisa de color rojo sobre una camisa de color carmesí oscuro de manga larga. Las camisas apretadas mostraban su forma atlética y el rojo pálido compensaba su tez de bronce y cabello cobrizo oscuro.

—¿Estás guardando ese asiento para alguien? —preguntó, señalando con la cabeza hacia el asiento junto a ella

—¡Rave! —dijo ella en un susurro—. ¿Que estás haciendo aquí?

Se arrepintió de la pregunta en el momento en el que esta dejó su boca. Estaba allí para verla, por supuesto. ¿Por qué más podría él estar ahí? Y como siempre, ella estaba emocionada por verlo. Esperaba que su estúpida pregunta no indicara lo contrario.

—Siéntate, por favor —dijo ella—. Claro que no lo estoy guardando para nadie. Es grandioso verte. Es una increíble sorpresa.

Era increíble, y era una sorpresa. Porque fue en esa misma habitación en donde ella puso sus ojos en Rave por primera vez, haya por el mes de Septiembre. Él no había vuelto a esa clase desde entonces. Leesa recordaba ese día como si fuera ayer. Estaba sentada en el medio de la fila superior, disfrutando totalmente una presentación única y la perspectiva sobre vampiros del Dr. Clerval. Al final de la clase, cuando Renfield subió las escaleras para pasar por la lectura de las

listas de asignación, se dio la vuelta hacia el pasillo, viendo a Rave. Estaba sentado al final de su fila, parcialmente escondido por los chicos sentados entre ellos. Algo acerca de él captó su atención, se inclinó hacia adelante para tener una mejor vista. Se quedó sorprendida por lo guapo que era.

Como si sintiera su mirada, Rave se dio la vuelta para verla. Cuando sus ojos se encontraron, vió el más expuesto atisbo de sorpresa arrugando en sus hermosas facciones, pero se fue antes de que estuviera segura.

Él sonrió, sus ojos sosteniendo los de ella por el más breve de los momentos, pero luego volteó la cabeza, levantándose de su asiento y desapareciendo rápidamente por la parte trasera de la sala.

Leesa se sintió paralizada por un momento, su corazón martillando. Recordó ese extraño calor recorriendo su cuerpo. Nunca había experimentado nada como la atracción que sintió inmediatamente hacia él. Simplemente los chicos *nunca* la habían hecho sentir así. Recordó preguntándose porque se había ido tan abruptamente.

Salió corriendo a la puerta trasera para encontrarlo, pero de alguna manera, él había desaparecido.

No sabía en ese momento que él era un Volkaane, y que podía moverse con una rapidez increíble.

Incapaz de verlo en cualquier lugar del gigantesco patio de césped fuera del edificio, casi comenzó a pensar en que lo había imaginado, un guapísimo extraño conjurado por toda la charla de vampiros durante la clase.

Lo buscó durante la siguiente clase, pero no estaba en ninguna parte. Resultó que él había estado tan desconcertado como ella por la atracción inesperada entre ellos, pero claro, ella no lo sabía en ese momento. Tampoco sabía que él había estado secretamente observándola. No fue hasta que Rave la vio hablando con Stefan en una fiesta universitaria que decidió actuar. Espero hasta que Stefan se fue, luego se presentó y le advirtió que tenía que mantenerse alejada de Stefan porque él era un vampiro.

Leesa trajo su mente de vuelta al presente cuando Rave se apretó contra ella y se sentó a su lado. Ella pudo ver a las tres chicas unos cuantos asientos abajo mirándolo fijamente, pero Rave no lo notó. Esta era una de las miles de cosas que amaba de él, no parecía darse cuenta del efecto que tenía en la mayoría de las mujeres humanas. Cuando él tomó su mano, Leesa vio a la más cercana de las chicas frunciendo el ceño decepcionada. Si tú supieras, pensó Leesa mientras el delicioso calor de Rave irradiaba en ella, *realmente* estarías celosa.

La presencia de Rave borró la necesidad de Leesa de hablar con el Dr. Clerval después de clase. Podía preguntarle a Rave sobre su sueño y ver si él sabía algo sobre los zombis o los muertos regresando a la vida. Si hubiera algo, pensó, Rave lo sabría mejor que el profesor.

Por primera vez durante todo el semestre, la clase de Ciencias Vampíricas parecía aburrida. Leesa estaba segura de que el Dr. Clerval estaba igual de interesado que siempre, pero estaba teniendo problemas para concentrarse en lo que el profesor estaba diciendo. Quería que la clase se acabara, así conseguiría sacar a Rave y empezar a hacerle preguntas.

Miró a Rave.

Sus ojos estaban fijos en el Dr. Clerval, pero parecía sentir su mirada. Volteó su cabeza y sonrió.

Finalmente, la clase acabó. El Dr. Clerval les recordó sobre el trabajo final que tenían que entregar la próxima semana en lugar de un exámen final, luego salió por detrás del podio. Los alumnos de las primeras filas ya estaban corriendo hacia el escenario para hablar con él.

Leesa agarró a Rave de la mano y se levantó.

—Vamos —dijo ella—. Tengo que hablar contigo.

Los ojos de Rave se ampliaron en sorpresa por la urgencia de su tono.

—¿Algo va mal? —preguntó desconcertado mientras se ponía de pie.

—No —le aseguro Leesa—. No lo creo. Al menos, espero que no.

Hacía frío y estaba oscuro afuera, pero con Rave cerca de ella, nada le importaba a Leesa.

Esta sección del campus estaba bien iluminada por las farolas que se asemejaban a las antiguas lámparas de gas, pero ella sabía que estaría a salvo con Rave aún en los lugares más oscuros. Se acurrucó contra él con su brazo alrededor de su espalda, no había tal cosa como el frío.

Rave la condujo lejos del camino del patio, lejos de los estudiantes que salían del edificio, luego se detuvo y la miró. Enrolló sus manos ligeramente por detrás de su cintura, manteniendo la calidez protectora fluyendo por ella.

—¿Qué sucede?

—¿Podemos sentarnos en algún lado? Esto tal vez tome más de un minuto o dos.

—Claro, lo que quieras. ¿Dónde quieres ir?

—¿Qué hay de allí? —Leesa señaló el centro del patio, donde varios bancos de piedra rodeaban una estatua de un soldado de La Guerra Revolucionaria. El hombre con el tricornio le recordó a Leesa su sueño. Con la noche tan fría, la plaza estaba vacía. La privacidad no sería un problema.

—Claro. Vamos —dijo Rave.

Caminaron a través de la hierba hasta el banco más cercano. Antes de que se sentara, Rave la tomó por el codo.



—Espera un segundo. —Se sentó por un momento, luego se levantó y le ofreció el lugar a Leesa—. Siéntate aquí.

Tan pronto como ella se sentó, entendió lo que Rave había hecho. La piedra bajo ella estaba tan caliente como si hubiera estado bajo el sol de verano todo el día. Le sonrió y él se sentó a su lado.

—¿Te he dicho lo útil que eres cuando estás alrededor?

Rave sonrió.

—Sí, lo has mencionado una o dos veces, creo.

—Bueno, es verdad, eso seguro.

Rave tomó su mano.

—Bueno, ¿Qué hay en tu mente, cariño?

Leesa vaciló. Ahora que estaba a punto de hablar sobre el sueño con Rave y había hecho un escándalo de él, se sintió un poco tonta. Sin embargo, tenía que aprender lo que pudiera, y Rave era definitivamente su mejor vínculo con el mundo sobrenatural.

—Es sobre un sueño que tuve la semana pasada —dijo ella—. Soñé que algunos cadáveres se desenterraban de la tierra en un antiguo cementerio y caminaban a través de las tumbas como un montón de zombis o algo así.

—¿Qué es lo que te preocupa? Probablemente estabas recordando alguna parte de una película o una serie que viste. Escuché que los zombis están de moda en estos momentos.

—Eso fue lo que pensé primero, aunque el sueño parecía muy real. Lo que pasó al siguiente día es lo que me asusta.

La cara de Rave se tornó seria. —¿Qué pasó?

—Había una historia en las noticias sobre alguien desenterrando cuerpos en un cementerio otra vez en Higganum. —Los dedos de Leesa comenzaron a jugar con su cabello—. Cali encontró un video del lugar en Youtube. Los cuerpos en el piso se parecían muchísimo a los de mi sueño. —Sacó su mano de su cabello y señalo la estatua frente a ellos—. Uno de ellos estaba usando un sombrero justo como ese. Así que era uno de los cuerpos en mi sueño.

Rave estudió la estatua por un momento, después se volvió hacia Leesa.

—No es de extrañar que estés así. ¿Algo como esto te había pasado antes?

—No, nunca. —pensó en decirle a Rave sobre su más reciente dificultad para dormir, pero no quería empañar el verdadero problema, que era su sueño parecido al de las noticias.

—¿Alguna idea de lo que significa? —preguntó Rave.

—No estoy segura. Tal vez fue una rara coincidencia o algo. Pero esperaba que supieras algo sobre zombis. ¿Existen? ¿Son tan reales como los vampiros y los Volkaanes?

Rave frunció los labios pensando. —Realmente no lo sé —dijo después de un momento—. Mi gente tiene historias sobre la muerte regresando a la vida y festejando con carne humana, pero nunca lo he visto ni he hablado con nadie que lo haya hecho. Nunca le presté demasiada atención.

Leesa no estaba segura si estaba aliviado con la respuesta de Rave o no.

—¿Así que piensas que eso es todo lo que son? ¿Historias?

—No lo sé. La mayor parte de nuestra tradición se basa en cosas que mi pueblo ha enfrentado en el pasado. No me sorprendería si los zombis, o algo como ellos, existieran alguna vez en el pasado, pero si hubieran estado alrededor en los últimos cien años, creo que sabría sobre ello.

Leesa pensó sobre ello por unos momentos, digiriendo lo que Rave acababa de decir.

—Creo que estás en lo correcto. Tu gente lo sabría.

Se paró y caminó alrededor de la estatua. Poniendo su mano en uno de los fríos muslos de piedra del soldado, miro hacia arriba, al sombrero. Ese detalle la había atormentado más que nada, porque esos sombreros no eran algo que ella esperaba ver. Entonces, ¿Por qué habría de evocar algo tan inusual en su sueño? ¿Y porque uno de los cuerpos en el cementerio estaba usando uno similar?

Lejos del alcance del calor de Rave, el frío se filtró lentamente en ella, especialmente en sus expuestas manos. Las puso dentro de sus bolsillos y miró hacia la estatua por otro momento. Si esperaba que el soldado le diera respuestas, estaba muy decepcionada.

Pero diablos, ¿sería una estatua parlante más extraña que unos cadáveres volviendo a la vida? Se preguntó ociosamente si los zombis hablaban. Dando la espalda a la estatua, cojeó de vuelta a la banca y se sentó al lado de Rave. El frío inmediatamente se desvaneció.

—No puedo olvidar ese estúpido sombrero —dijo ella—. No tiene ningún sentido.

—¿Por qué el sombrero te molesta tanto? —Rave sonrió, tratando de aligerar su humor.

—No creerás que es parte de un uniforme oficial de zombis, ¿No es así?

Leesa sonrió y lo golpeó juguetonamente en el brazo.

—No, claro que no. Pienso que probablemente usen lo que sea con lo que fueron enterrados. Si existen realmente, claro. Sólo pienso que es un poco extraño que haya imaginado un sombrero como ese en primer lugar, y luego encontrar otro en el video también. No es como si viera a chicos caminando por el campus usando esas cosas.

—¿Qué hay de la fiesta de Halloween? Había montones de piratas usando ese tipo de sombreros.

Los ojos de Leesa se iluminaron.

—¡Eso es verdad! Lo había olvidado. —Había ido a la fiesta como una pirata, pero con un pañuelo rojo alrededor de su frente en vez de un sombrero. De pronto sintió un calor extra en su interior, y no tenía nada qué ver con el mágico calor de Rave. La fiesta de Halloween fue la primera vez que bailó lentamente con Rave, y aun seguía recordando lo maravilloso que se sintió.

—Tal vez es de allí de donde vino el sombrero —dijo ella. Hizo una pausa, su ceño fruncido en sus pensamientos—. Eso explicaría el sombrero en mi sueño, pero sigue siendo un poco extraño que hubiera uno en el video también.

Rave se encogió de hombro. —No podremos explicar eso nunca. Lamento no haber sido de más ayuda.

Leesa envolvió sus brazos alrededor del brazo de Rave.

—Claro que ayudaste. La cosa del disfraz de pirata por ejemplo. Y más o menos me aseguraste que no hay zombis alrededor ahora mismo, incluso aunque pueden haber estado aquí en el pasado.

—Pero eso no significa que no puedan regresar —dijo Rave—. Sólo para estar seguros, iré a Higganum más tarde y veré si puedo detectar cualquier tipo de energía mágica.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Leesa emocionada—. ¿Detectar cualquier tipo de energía?

—No lo sé. Puedo sentir cuando los vampiros están cerca, tal vez sienta algo similar si hay zombis alrededor.

—Eso sería asombroso.

—Es una posibilidad muy remota. Si hay alguna clase de magia asociada a los cuerpos del cementerio, es posible que se haya disipado ya. Pero veré que puedo encontrar.

—Gracias. ¿He mencionado que te amo?

Rave sonrió.

—Últimamente, no. —Leesa besó su mejilla.

—Bueno, pues lo hago ahora. Pero será mejor que regrese al dormitorio.

Ella odiaba decir eso, porque no sabía si lo vería otra vez. —Los finales son la próxima semana. Necesito estudiar un poco.

Rave se puso de pie.

—Te llevo de regreso entonces.

Leesa se acurrucó contra él mientras se dirigen a su dormitorio. No tenía forma de saber si Rave había venido a clases esta noche porque había algo que quería hablar con ella, pero como después había visto lo molesta que estaba sobre su sueño, había decidido esperar. No quería añadir nada a su estrés, especialmente con los finales a la vuelta de la esquina.

Edwina observaba desde la oscuridad entre dos edificios a casi un centenar de metros de donde Leesa se sentó con su amigo Volkaane. El chico era algo más que un amigo, eso era obvio por la manera en que interactuaban. Se sostenían las manos, se sonreían de cerca, e intercambiaban breves besos. Por supuesto no había habido largos y apasionados besos. Un beso así quemaría a la chica reduciendola a cenizas en segundos. Edwina se estremeció por un momento al pensar en el fuego Volkaane quemando su propia respiración. Se preguntó qué tipo de relación esperaban tener la chica humana y el Volkaane, cuando su propio beso la mataría. Sus labios se curvaron en una siniestra sonrisa al recordar algunas de sus propias relaciones con seres humanos a través de los años. Estaba bastante segura de que la mayoría de ellos hubieran preferido morir de inmediato.

Deseó haber podido acercarse más, para escuchar lo que Leesa y el Volkaane decían, pero no quería tomar el riesgo de que él sintiera su presencia, especialmente si era tan poderoso como Stefan reivindicaba.

Fue afortunada de que Stefan le advirtiera sobre él. Adivinó que Leesa tomaría esa tonta clase de Ciencias Vampíricas, a su hermano Bradley le habría encantado, y el primer pensamiento de Edwina fue entrar en el salón y observar a Leesa desde algún lugar de la habitación, De haberlo hecho, el Volkaane la hubiera sentido, seguro.

En lugar de eso, había encontrado un lugar apropiado lejos de la puerta y se había asentado allí esperando. Su paciencia fue recompensada cuando los dos abandonaron juntos el edificio y se encaminaron hacia el centro del patio. Se había sorprendido al ver que la chica caminaba con una notable cojera y se preguntó si se habría lesionado a sí misma.

Cuando finalmente se levantaron y comenzaron a caminar lejos, Edwina los siguió silenciosamente por detrás, teniendo cuidado de mantener su distancia. Vio al Volkaane dar un prolongado beso en la frente a la chica frente a uno de los dormitorios. Se quedó en la puerta durante unos instantes después de que ella entró, con los ojos vagando en la oscuridad. Edwina se alegró de haber permanecido tan lejos.

Una sonrisa se curvó en sus labios mientras desaparecía en la oscuridad. Ahora sabía dónde vivía Lessa.

CAPITULO 13

VIENDO COSAS

Traducido por pokprincssboo
Corregido por Smyle

Cerca de la medianoche del viernes, Leesa se sentó en su escritorio, tumbándose sobre su libro de biología. El CD de Avril Lavigne «Goodbye Lullaby» estaba sonando suavemente de fondo por tercera o cuarta vez. Leesa había estado demasiado consumida por su estudio para molestarse en cambiarlo, pero esta vez los sonidos estridentes de «What the Hell» atrajeron su atención lejos del libro.

Las partes sobre la necesidad de tiempo para jugar y de enloquecer un poco, sonaban como una buena idea para ella en ese momento.

Había un millón de cosas que hubiese preferido estar haciendo esa noche antes que estar estudiando, pero los finales comenzaban el lunes, así que ya era hora de apretarse el cinturón. Preferiría estar haciendo algo con Rave, por supuesto, o salir con Cali, Stacie y Caitlin jugando al Guitar Hero, o incluso jugando a los bolos en la Wii de Caitlin. O viendo una película, o leyendo un buen libro o.... su boca se estiró en un gran bostezo. Dormir no sería una mala opción tampoco.

Había pasado una semana desde su sueño del cementerio y seguía teniendo problemas para dormir una noche completa. No había tenido ningún otro sueño extraño que pudiera recordar, pero se despertaba un par de veces casi todas las noches y no siempre era capaz de volver a conciliar el sueño. Tenía la esperanza de que su charla de ayer con Rave hubiese ayudado, pero la noche anterior había estado tan inquieta como las demás.

Oh, bueno, pensó, el sueño no iba a ser una gran prioridad para la próxima semana de todos modos.

Al menos había dibujado un calendario de exámenes bastante bueno. Biología sería su segunda prueba más dura y estaría saliendo de su apuro a primera hora del lunes. El resto de los exámenes estaban distribuídos uno por día, lo cual era agradable. Cali tenía dos finales el martes y Caitlin dos el miércoles, pero Leesa había tenido suerte y había evitado tener dobles.

La otra cosa buena acerca de su agenda era que física sería su final final, el jueves. Se rió de la frase, «final final». No era realmente tan gracioso, definitivamente estaba quedándose aturdida. Pero era genial tener su examen más difícil en último lugar. Podría quemarse las pestañas estudiando si fuera necesario y luego descansar después del examen, sabiendo que su estudio había terminado.

Sin embargo, eso sería en algunas semanas, por lo que volvió a prestar atención a biología.

Pensaba en hacer una hora más de trabajo esa noche y luego pasar la mayor parte del sábado con física, un poco de revisión de inglés y psicología, para luego regresar con biología el domingo.

Volvió a bostezar.

Si estaba tan cansada ya, pensó, y ni siquiera había empezado a estudiar, ¿cómo estaría la semana que viene? Sería un caso perdido con seguridad. Alcanzó la lata abierta de Red Bull, el mejor amigo de un estudiante universitario durante los exámenes, que estaba en la esquina de su escritorio. Otro estímulo de energía estaba definitivamente en orden. Su mano estaba a un par de centímetros de la lata cuando sus cansados ojos se abrieron de golpe y un grito escapó de su garganta. ¿Acababa de ver lo que pensaba que había visto? No podía ser.

Miró el Red Bull, ahora lo agarraba firmemente en su mano derecha. Podía jurar que la lata acababa de deslizase los últimos centímetros sobre el escritorio hacia su mano, pero eso era imposible, ¿verdad? Debía estar aún más cansada de lo que creía. Su mente la estaba engañando. Tenía que ser eso. Probablemente no había estado poniendo atención por un instante y no vio su mano recorrer esos últimos pares de centímetros. Sí, probablemente fuera eso. No había estado prestando atención.

¿Qué otra explicación podría haber? Ni siquiera Rave podía moverse lo suficientemente rápido como para ser invisible y él no le jugaría esa mala pasada incluso si pudiera.

Tal vez fue obra de un fantasma, pensó, aunque no creía en fantasmas. Por supuesto, tampoco creía en vampiros hasta hace unos meses. Y ahora estaba considerando la idea de que los muertos podían salir de sus tumbas, así que ¿por qué no fantasmas, también?

¿Qué diablos?, cuantos más mejor. Fantasmas, duendes, brujas... leones y tigres y osos, ¡oh Dios…! Negó con la cabeza ante su insensatez cuando el famoso refrán del «Mago de Oz» apareció en su cabeza.

Incluso si los fantasmas existiesen, ¿por qué uno empujaría una lata de Red Bull hacia su mano? Dudaba que cualquier fantasma estuviese lo suficientemente interesado en su estudio para ayudarla moviendo su bebida energética.

Tal vez había sido un terremoto lo que la movió, o un repentino cambio del eje de la tierra o un campo magnético. Se encontró mirando alrededor de la habitación para ver si algo más se había movido y luego se reprendió a sí misma por su estupidez.

No, su mente simplemente le estaba jugando una mala pasada. Estaba demasiado cansada y eso era todo.

Bebió un par de tragos más del Red Bull y volvió al trabajo.



CAPITULO 14

LA FRUSTRACION DE DOMINIC

Traducido por pokprincessboo
Corregido por Vickyra

Dominic estaba frustrado. Se sentó inclinado hacia adelante sobre un bloque de cemento en forma de diamante frente al Pacific Beach, sucursal de la Biblioteca de San Diego. Había mucha gente alrededor. Algunos ojeaban libros usados en el puesto de ventas al aire libre, otros, que obviamente eran gente sin techo, tomaban ventaja de las facilidades públicas ofrecidas por la biblioteca. Había un chico con una camiseta teñida de brillantes colores que estaba golpeando un par de bongos con un ritmo sorprendentemente bueno. Sus rastas negras enredadas rebotaron sobre sus hombros mientras asentía con su cabeza al ritmo del compás.

Dominic había estado en San Diego durante dos semanas, pero con muy poco que mostrarle. La ciudad era hermosa, pero apenas se había dado cuenta de las palmeras, los cielos azules y todas las flores de colores brillantes que no tenían planeado florecer en diciembre. Asimismo, prestó poca atención a los días agradablemente cálidos y a las noches que apenas podían ser descritas como frescas. Su país de origen sería frío y lúgubre en este momento y los únicos colores serían tonos sombríos de marrón y gris. Había pasado su primer par de días aquí paseando en las tres líneas de tranvía de la ciudad, bajándose del tren en cada parada y tratando de sentir la vibración de Leesa.

Cuando fracasó, subió nuevamente en el siguiente tranvía que llegó y repitió el proceso de nuevo en la siguiente parada. El tranvía proporcionaba una excelente cobertura del centro de San Diego y el sur de la franja costera del país, pero su búsqueda no produjo resultados. A continuación, arriesgó un poco de su anonimato pasando una semana recorriendo el resto del país en una serie de taxis, parando cada dos o tres kilómetros y saliendo del coche para tratar de detectar a Leesa. Cambió de taxis cada pocas horas para evitar que cualquiera de los conductores fuera a preguntarse de manera ociosa qué estaba haciendo su extraño pasajero.

Estaba seguro de que su minuciosa búsqueda lo había llevado a más de uno o dos kilómetros de cada sección residencial en la extensa área de San Diego, sin suerte. Tampoco Leesa estaba en San Diego, o era completamente incapaz de sentirla. No estaba seguro de cúal de las dos opciones deseaba que fuera cierta.

Después, había visitado varias bibliotecas públicas para usar su sistema de computadoras.

Desconfiando de la red cibernética, e inseguro de que pudiera haber control de entradas y registros, casi nunca usaba computadoras, por lo que no era muy hábil con las máquinas. Se resistía a introducir el nombre de Leesa o el número de teléfono, no fuera que de alguna manera atrajera la atención en el sistema, pero ese era un riesgo que sintió que tenía que tomar. Trató de minimizar el riesgo al ir cambiando de computadoras y de bibliotecas frecuentemente. Después de muchas búsquedas, finalmente había localizado unos cuantos sitios de búsqueda de personas que parecían prometedores, pero en ninguno de ellos se proporcionaba información detallada sin antes recibir el pago a través de la tarjeta de crédito. Eso, por supuesto, lo dejó fuera.

Así que ahora tenía que tomar una decisión. Había salido afuera a pensar en sus opciones. Podía preguntarle a alguien en la biblioteca para que le ayudara. Tal vez uno de los jóvenes que parecían tan hábiles y cómodo con las computadoras conocerían una manera de localizar a Leesa sin cargo o en su defecto, tal vez podría persuadir a la persona a utilizar su propia tarjeta de crédito a cambio de un pago en efectivo. Sin embargo, dicha solicitud sería, como mínimo, un poco inusual y era probable que provocara curiosidad. Su otra opción sería contratar a un investigador profesional, que era como había conseguido el número de teléfono de Leesa en primer lugar, y confiar en la discreción profesional. Dominic no estaba cómodo con una u otra opción, pero había chocado con otro más de una larga serie de callejones sin salida y tenía que hacer algo. La prisa estaba comenzando a ser cada vez más importante que la precaución.

CAPITULO 15

ESTUDIAR

Traducido por Maia8
Corregido por Vickyra

Leesa descubrió rápidamente que los finales eran mucho peor que los exámenes parciales. No sólo había el doble de material para estudiar y recordar, sino que los exámenes contaban como una porción mucho más grande de la nota final, por lo que la presión era mucho mayor. Todo el mundo en el dormitorio lo sentía, todos menos Stacie, claro. Stacie era un cerebrito que nunca estudiaba pasadas las once y todavía no conseguía nada que no fuera un A. Siempre estaba sonriente y enérgica, cuando tener la mirada vidriosa y arrastrarse al caminar se había convertido en la norma.

Si Leesa tuviera tiempo, estaba segura de que podría hacer algún dinero honrado simplemente mediante el reciclaje de las pilas de latas de bebida energética que estaban en el gran contenedor fuera de su dormitorio desbordándose. Podría sacar unos pocos dólares sólo con las latas que Cali y ella agotaban.

Pero, por desgracia, no había tiempo para nada más que estudiar, comer y dormir, y bastante poco de los dos últimos. No podía creer que tuviera que pasar por este infierno siete veces más antes de graduarse. Sí que esperaba que se volviera más fácil con la experiencia.

Hacía la mayor parte de su estudio en su cuarto, pero iba a la biblioteca durante una hora o dos cada día, sólo para descanso de la rutina. La biblioteca era también un gran lugar para recordar que muchos de los chicos estaban aún más estresados por los finales que ella. Algunos se veían como si no hubieran dormido, o duchado, en días.

Leesa daba un par de cortos paseos de descanso todos los días para despejar la cabeza y estirar sus músculos. A veces arrastraba a Cali, Stacie o Caitlin, otras veces iba sola. Rara vez se iba lejos, normalmente simplemente paseaba por la zona cercana a la residencia de estudiantes. El tiempo se mantuvo frío, pero por suerte no estaba claro. No estaba segura de cómo iba a llevarlo si nevaba o granizaba. Sus descansos para pasear eran prácticamente lo único que la mantenía cuerda.

Estaba bastante segura de que lo había hecho bien en sus primeros tres finales, pero el temido examen de física se avecinaba mañana. Prometía ser bastante reñido, por lo que no planeaba poder dormir mucho esta noche, si los hiciera. Ecuaciones complejas y teoremas revoloteaban en el interior de su cabeza como abejas zumbando alrededor de una colmena. Sólo esperaba que fuera capaz de domar a los pequeños parásitos cuando se sentase a tomar el examen.

No era la única que sentía la tensión. Las chicas vagaban por los pasillos de la residencia de estudiantes como almas en pena, sin maquillaje, con los ojos hinchados y enrojecidos. Si los zombies realmente existieran, pensaba Leesa, podrían esconderse muy bien en cualquier dormitorio del campus durante la semana de exámenes finales.

Tenía miedo de mirarse en un espejo, temiendo ver algo muy similar que le devolviera la mirada.

La luz amarilla se filtraba debajo de las puertas y la música suave se colaba por las paredes a todas horas de la noche, ya que muchos chicos las pasaban todas en vela. Leesa había estado despierta hasta la madrugada ya dos veces esta semana, pero esta noche iba a hacer que esas noches no parecieran nada. Eran cerca de las dos de la madrugada, y todavía estaba en su escritorio, volcada en su libro de texto de física. Con mucho más aún por estudiar.

Tres latas vacías de Red Bull llenaban el cesto de mimbre al lado de su cama, con otra medio llena esperando en la esquina de su escritorio. No le encantaba el sabor de la bebida, pero se había estado tomando un par de latas cada noche durante toda la semana y estaba empezando a preocuparse de que pudiera estar volviéndose adicta. Sin embargo, no había nada como una bebida energética para mantenerse despierto, excepto tal vez por algunas de las drogas ilícitas que estaba segura de que algunos de las otras chicas en el dormitorio estaban utilizando. Leesa nunca se permitiría ir por ese camino, sin importar lo cansada que estuviera. El Red Bull era más que suficiente para ella. Si no podía permanecer despierta bebiendo Red Bull, entonces no tenía que estar despierta en primer lugar.

Su cabeza estaba empezando a sentirse pesada y los números de las páginas estaban comenzando a presentar falta de definición, por lo que alcanzó su Red Bull. El de CD de Pink, «Greatest Hits... So Far», estaba sonando suavemente en el fondo, y la cantante estaba cantando algo acerca de no querer ser una chica de las cuatro de la mañana. Leesa estaba bastante segura de que las cuatro la encontrarían justo donde estaba ahora, todavía estudiando y, probablemente, buscando otra lata de Red Bull.

Como ya había hecho varias veces esta semana, se detuvo, con la mano a unos centímetros de la lata y esperó a ver si por arte de magia podría deslizarse sobre la mano. Una vez más, sólo se quedó allí, burlándose de ella. Y una vez más, Leesa se sintió como una tonta. Estaba agradecida de que nadie estuviera mirando.

Sólo por el gusto de hacerlo, cerró los ojos y se concentró con fuerza, tratando de imaginar el Red Bull deslizándose sobre la mesa a sus manos. Después de unos segundos, abrió los ojos. ¿La lata se había movido una fracción? No podía estar segura. Se veía más cerca, pero no había forma de

saberlo. Probablemente sólo era una ilusión, un poco de rebelión instintiva de su cerebro contra las complejas leyes de la física que la estaban atormentando esta noche. Estaba perdiendo un tiempo muy valioso de estudio, lo sabía, pero era más divertido. Además, no creía que un pequeño descanso de vez en cuando doliera. De hecho, probablemente era bueno para ella.

Tomó su lápiz y dibujó un arco de luz sobre la mesa a lo largo de la parte inferior de la lata, marcando su posición. Cerró los ojos de nuevo y trató de imaginar la lata deslizándose a su mano, esperando por lo menos quince o veinte segundos en esta ocasión. Cuando abrió los ojos, la lata estaba justo donde empezó, detrás de las marcas de lápiz. Oh, bueno, pensó, demasiado para eso.

Cogió la lata y vertió el líquido hacia abajo, resistiendo la tentación de sostener su nariz mientras bebía. Cuando hubo vaciado la lata, la tiró a la papelera. Aterrizó con un ruido por encima de sus compañeras y se quedó justo donde aterrizó.

¿Qué esperaba?, pensó. ¿Qué iba a saltar de la cesta y empezar a bailar en el suelo?

Ella negó con la cabeza. La hora del descanso se había terminado. De vuelta a la diversión y los juegos de la física.



CAPITULO 16

NOTICIAS TRISTES

Traducido por aya
Corregido por Juli_Arg

Leesa cerró su Libro Azul y exhaló profundamente, estirando sus brazos frente a ella y disfrutando de lo que parecía ser su primera verdadera bocanada en casi dos horas. Una mirada a la manecilla pequeña del anticuado reloj en la pared de la clase mostraba que le quedaban treinta segundos enteros antes de que se acabara el tiempo. Casi no lo consigue, pero terminado era terminado, y, ¡vaya!, se sentía acabada.

El examen había sido bestial, pero pensó que lo había hecho bien. Un par de frikis de la ciencia habían entregado sus cuadernillos antes, pero la mayoría de sus compañeros todavía escribían frenéticamente, intentando resolver un último problema. Leesa confiaba en que al menos había sacado una C, y quizás incluso una B. Sin duda lo suficientemente bueno para física, eso seguro. Todo el estudio había dado sus frutos. Había estado despierta hasta las seis de la mañana, robando dos horas de sueño, y entró a hurtadillas con todo el grupo apelotonado en el último minuto antes del examen. Ahora sólo quería irse a casa y dormir.

Cogió su parka del respaldo de su asiento y llevó su folleto hasta la parte delantera de la clase. Lo soltó encima de otros tres o cuatro que ya había allí justo cuando el profesor, un pijo rubio bien entrado en los treinta, anunciaba el final del examen. Asintió con la cabeza y la recibió con una pequeña sonrisa, como recompensa, supuso, por terminar treinta segundos antes. Leesa le devolvió la sonrisa antes de girar y dirigirse hacia la puerta. Tenía ganas de saltar. ¡No más física! ¡Jamás!

Su estado de ánimo brillo más cuando vio a Rave sonriéndole desde el final de las escaleras. Llevaba su camiseta de franela morada y marrón y sus vaqueros negros. El sol de mediodía hacía que su pelo cobrizo oscuro casi brillara. Viéndole allí, una parte de su fatiga se desvaneció mientras cojeaba escaleras abajo.

—Qué agradable sorpresa —dijo ella.

Rave le besó en la frente. Un poco más de esa fatiga se desvaneció.

—¿Qué tal te ha ido?

—Bastante bien, creo.

—Apuesto a que estás contenta de haber terminado, ¿eh?

—¡Ha! «Contenta» ni siquiera empieza a describirlo. Estoy derrotada. Sólo tuve unas dos horas de sueño anoche, pero creo que ha merecido la pena.

—Y aun así, te ves preciosa —dijo Rave, sonriendo—. ¿Cuál es tu secreto?

Leesa se sonrojó. Sus dedos fueron hacia su pelo, pero se lo había recogido en un apretado moño esa mañana, así que su mano no tenía sitio donde ir.

—Y yo que creía que los Volkaanes tenían buena vista —dijo sonriendo—, pero me alegro que pienses eso.

—Lo hago —dijo Rave. Su cara se tornó seria—. ¿Puedes posponer el irte a dormir durante un rato? Necesito hablar contigo.

A Leesa le golpeó una sensación de déjà vu, pero esta vez sabía que no se lo imaginaba. Rave le había sorprendido encontrándose con ella después de su examen de física y le había dicho que necesitaba hablar con ella ese día, también. Nunca olvidaría esa mañana. ¿Cómo podría? Ese fue el día en el que le reveló su verdadera naturaleza y le enseñó sus llamas azules oscilando en sus dedos para mostrarle su fuego interior. Y ella le besó por primera vez esa tarde, un beso rápido en sus labios, tan breve que apenas contaba como un beso, sin embargo le había llenado con un sentimiento más allá de cualquier cosa que se hubiera imaginado. Parecía que hacía mucho tiempo, pero sólo eran sólo dos meses.

Ahora necesitaba hablar con ella de nuevo. Se preguntaba sobre qué podía ser.

—Por supuesto que puedo —le respondió. Envolvió ligeramente sus dedos alrededor de su antebrazo—. ¿Recuerdas la última vez que me dijiste eso aquí?

Rave sonrió.

—Sí, lo recuerdo. Fuimos a comer. Especialmente recuerdo el postre. Estaba delicioso. Me dejó queriendo más, mucho más.

Leesa apretó su brazo cariñosamente. Sabía que hablaba de su beso.

—Entonces, ¿de qué se trata? No me digas que tienes más secretos extraños que compartir.

—No, ningún secreto esta vez. —Los ojos de Rave se dirigieron al suelo durante un momento—. No te va a gustar, sin embargo. Sé que no lo hará.

—Oh, oh —dijo Leesa. Ciertamente no le gustaba como sonaba eso.

Entonces, una espesa nube flotó frente al sol, oscureciendo el día. Esperaba que no fuera un presagio. Se sentó en el borde de las escaleras, apenas notando lo fría que se encontraba la piedra.

—Adelante, dime —dijo ella—. Mejor terminar con esto de una vez.

Rave se sentó a su lado.

—Antes de empezar, quería que supieras que fui al cementerio de Higganum después de que habláramos.

Leesa se sorprendió. Con los exámenes finales y todo lo que pasaba, se había olvidado de la promesa de Rave de ir a echar un vistazo al lugar. Ahora las imágenes de su sueño volvieron a su mente, tan claras como la noche en la que las soñó.

—¿Qué encontraste? —preguntó, sin saber si quería que él hubiera encontrado algo o no.

—No mucho. Nada específico, de todas formas. Pero algo se sentía raro. No puedo explicarlo mejor que así, o hacer ninguna conjetura de lo que era. Sólo tenía una sensación de que algo estaba mal. —Se encogió de hombros—. Sé que no ayuda mucho, pero quería que lo supieras.

Leesa suspiró. Debería haber sospechado que pasaría algo así, sin una respuesta clara en ninguna dirección. Así parecían ser las cosas últimamente.

—Bueno, al menos lo intentaste —dijo ella—. Gracias por ir. Y por contármelo.

—¿Has tenido más sueños como ese?

Negó con la cabeza.

—No, gracias a Dios. —Consideró contarle acerca de lo de imaginarse la lata de Red Bull moviéndose, pero decidió no hacerlo. Eso era probablemente su cansado cerebro, no había necesidad de preocuparle. Además, él había dicho que necesitaba hablar con ella. Quería darle su oportunidad.

—Así que, ¿de qué querías hablar conmigo? —preguntó.

Rave tomó su mano entre las dos suyas.

—Tengo que irme por un tiempo.

El corazón de Leesa se hundió. Definitivamente no había esperado algo como eso.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es el solsticio —explicó Rave—. El Consejo de Ancianos tiene miedo de que pueda magnificar la atracción del *Destiratu*, así que han decidido que debemos irnos. Estamos demasiado cerca de la guarida de los vampiros aquí. Es demasiado peligroso en estas circunstancias. Para todos.

Leesa intentó procesar lo que Rave le contaba. Era todo demasiado complicado. Apenas entendía el *Destiratu*, y ahora él le decía algo sobre el solsticio. Balin había mencionado algo del solsticio, también, lo recordaba ahora.

—¿A dónde irás? ¿Por cuánto tiempo?

—Al norte. A unas cuevas ocultas en las montañas de New Hampshire. No hay vampiros en ningún sitio por esa zona.

Está tan lejos, Leesa quiso decir, pero se contuvo las palabras. Rave estaba claramente preocupado por tener que irse, y ella no quería añadir más a su angustia.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —preguntó en su lugar.

—Un par de semanas, al menos. Hasta que estemos seguros de que los efectos del solsticio han pasado.

—¿Cuándo te vas? —Leesa sabía que sería pronto, el solsticio de invierno estaba a tan solo cuatro días.

Rave puso su brazo sobre sus hombros y la atrajo hacia sí.

—Esta tarde.

Él sintió a Leesa tensarse en su abrazo. Era evidente que no había esperado que fuera hoy.

—Puedes venir —dijo Rave—. Ya he conseguido permiso para que te nos unas, si quieres. —No esperaba que aceptase, pero tenía que ofrecérselo.

Leesa se acurrucó contra él. No quería nada más que irse con él, especialmente ya que no habría clases durante al menos tres semanas. Pero sabía que no podía. No ahora.

—Oh, Rave, desearía poder ir, pero no puedo dejar a mi madre y Bradley. No tan pronto.

—Lo sé.

Rave apartó a Leesa de su pecho y le miró directamente a los ojos. Ella no quería nada más que perderse en sus hermosos ojos.

—Prométeme que todos tendreis cuidado —dijo Rave—. Los vampiros van a estar más hambrientos, especialmente en el solsticio y unos días después. No van a querer llamar la atención, así que estarán cazando en lugares recluidos, donde haya gente sola o en pequeños grupos. Las zonas pobladas deberían ser seguras. Manteneos alejados de los bosques y evitad las áreas vacías, especialmente de noche.

—Lo haremos, Rave. Te lo prometo. No te preocupes por nosotros. —forzó una sonrisa en su cara—. Sin embargo, este es uno de esos momentos donde desearía que tuvieras un móvil —dijo, olvidándose por un momento que ella tampoco tenía uno ahora.

—Si me necesitas —dijo Rave—, sólo díselo a Max. Puedo estar aquí en un par de horas.

¿Decírselo a Max? ¿De qué demonios hablaba?

—No lo entiendo —dijo Leesa—. ¿Qué hará Max?, ¿correr hacia New Hampshire como Lassie para buscarte?

Rave sonrió. Él no tenía ni idea de quién era Lassie, pero se hacía una idea.

—No, eso no será necesario. Max y yo hemos establecido un vínculo. No puedo explicarlo exactamente, pero el vínculo nos da una conexión. Si le dices que me necesitas, seré capaz de sentirlo a través de sus pensamientos.

—¿De verdad? ¿No estás bromeando?

—Sí, de verdad.

—Eso es genial. —Leesa sonrió, sorprendida por un nuevo pensamiento—. ¿Qué pasa si le digo a Max que te amo? ¿Podrías escuchar eso, también?

Rave se rió.

—Lo escucharía, sí. —Envolvió a Leesa en sus brazos una vez más—. Pero no necesito a Max para saber eso.

CAPITULO 17

HOGUERA

Traducido por ilka
Corregido por Juli_Arg

Lessa y Rave caminaban de vuelta a su residencia tomados de la mano. La mayor parte del camino la hicieron en silencio. El cansancio había vencido a Lessa, y había poco más que decir, de todos modos. Ella sabía que Rave la amaba, y también sabía que se tenía que ir. Lo extrañaría, por supuesto, lo extrañaría terriblemente. Pero él volvería, y ella esperaba que fuera pronto.

Tenía mucho en que mantenerse ocupada durante los días festivos. Su familia tendría una verdadera navidad por primera vez en años, *quizás incluso una blanca navidad*, pensó esperanzada, si el hombre que pronosticaba el tiempo cooperaba. También ayudaría a su madre y Bradley a encontrar un apartamento. Su madre había decidido que se encontraba lo suficientemente bien como para cuidar de ella y Bradley, y pensaba que habían aceptado la hospitalidad de la tía Janet y el tío Roger el tiempo suficiente. Era tiempo de encontrar su propio lugar, y Lessa se sentía más que feliz de ayudar.

Rave usualmente se despedía fuera de la residencia, pero hoy acompañó a Lessa a su habitación. El Red Bull que Lessa había tomado como desayuno, ya no hacía efecto, dejándola con un cansancio que la aplastaba. Apenas mantenía los ojos abiertos mientras manejaba sus llaves torpemente, tratando sin éxito de poner la llave correcta en la cerradura. Rave gentilmente tomó las llaves de su mano y abrió la puerta. Ella logró darle una pequeña sonrisa mientras entraba.

Se deshizo de su parka y la dejó caer al suelo, demasiado cansada para colgarla en el closet. Rave la recogió y la dejó sobre la silla del escritorio mientras ella se deslizaba por el dormitorio y colapsaba sobre su cama. Levantó la mirada y vio a Rave observándola, con sus hermosos ojos llenos de ternura.

—¿Podrías recostarte aquí conmigo mientras me quedo dormida, por favor? —preguntó, no quería tener que despedirse de él, y sabía que sería más fácil si se iba mientras ella estaba dormida.

—Por supuesto —respondió él.

Se recostó a su lado y la envolvió en sus brazos. Lessa acunó su mejilla en el pecho de él y rápidamente se quedó dormida.

Un gran estallido la despertó. Abrió los ojos en la oscuridad, su corazón palpitando una vez más. Por lo menos no era por un sueño esta vez. Su boca se sintió seca y sus ojos estaban arenosos y ardían. Por un largo y aterrorizante momento se sintió confundida y no sabía dónde estaba ni qué hora era. ¿Por qué se encontraba acostada sobre las cubiertas de su cama, completamente vestida? ¿Qué diablos era esa explosión?

Lentamente, las cosas comenzaron a regresar a su mente. Recordó la conversación con Rave luego de su examen y recordó quedarse dormida en sus brazos. Obviamente había dormido varias horas, apenas atardecía cuando se quedó dormida, y ahora estaba completamente oscuro. Rave se encontraba probablemente a medio camino de New Hampshire en ese momento. El pensamiento la puso triste. Volvió su cabeza y miró el reloj. En los dígitos azules se leían las 6:35. Seis horas de sueño exhausto. No era nada inesperado que se sintiera así, probablemente estaba sintiendo el sìndrome de abstinencia del Red Bull sobre todo lo demás.

Eso aún dejaba sin explicación la explosión que la había despertado. Otra vez se sintió una explosión, cerca de ella. Podía decir que era desde adentro, quizás el patio detrás de la residencia. Escuchó con más cuidado y sintió los ahogados gritos de una multitud afuera. ¿Qué diablos sucedía allí afuera?

Sacó sus piernas fuera de la cama y restregó sus ojos, no completamente preparada para acercarse a la ventana. No creía que pudiera dejar de sentirse así. No más noches en vela para ella, se juró.

Tres golpes sonaron en su puerta, se levantó y se movió a través de la habitación. Cuando abrió la puerta encontró a Cali, Stacie y Caitlin mirándola. Todas vistiendo abrigos y gorros.

—Oh, ¡estás hecha un desastre! —dijo Cali sonriendo traviesa

—Muchas gracias —respondió Lessa, moviéndose a un lado para que sus amigas entraran a la habitación—. Acabo de despertar. Me desplomé después de mi examen final de física.

Alcanzó la parte posterior de su cabeza y se soltó el moño, su cabello cayó sobre sus hombros en un desorden enredado. Trató de arreglarlo con sus dedos, con poca suerte. Este trabajo necesitaría un cepillo por lo menos.

Otra explosión sonó afuera.

—¿Qué está sucediendo allí fuera? —preguntó ella.

—Están haciendo una fogata en el patio trasero, para celebrar el fin de los exámenes finales —dijo Stacie—. Se está convirtiendo en una locura. Los chicos están quemando libros, incluso algunos muebles.

—Y algunos trajeron fuegos de artificio —dijo Caitlin—. Suenan como un par de M-80 para mí. Mi padre solía dejarme usar algunos en el día de independencia, para el 4 de julio.

—Vamos Less, vístete —dijo Cali—, vamos a unirnos a la fiesta.

—Dadme un minuto —dijo Lessa—, aún estoy despertándome.

Se inclinó sobre el lavamanos y se refrescó el rostro con agua fría. Eso ayudó algo. Se secó con una toalla y se recogió el cabello en un moño. Si iba a salir fuera, necesitaría un gorro, así es que no importaba cómo luciera su pelo.

Agarró una camisa de franela limpia de su armario, dejándose los mismos jeans puestos. Mientras se vestía, sus amigas se juntaron frente a la ventana y miraron la acción de abajo.

—Guau, eso está que arde —dijo Caitlin—. Va a ser divertido.

—No voy a quemar ningún libro —dijo Lessa mientras tomaba su parka de la parte trasera de su silla—. Esas cosas son demasiado costosas. Los puedo revender en la librería.

—No te preocupes —dijo Cali—, nosotras tampoco quemaremos ningún libro, dejaremos que los chicos alocados lo hagan. Sólo iremos a divertirnos.

Bajaron en el ascensor con otras dos chicas del mismo piso de Lessa, Cheryl y Ashley. Cheryl tenía una bolsa de compras de tela dura llena con libros de tapas flexibles, colgando sobre su hombro. Los que Lessa podía ver se veían bastante viejos y usados.

—Combustible para la fogata —dijo Cheryl, sonriendo traviesa—. Estaba pensando en deshacerme de éstos hace tiempo. Ésta parece la oportunidad perfecta. ¡Y será una excelente excusa para comprar libros nuevos!

—Súper —dijo Cali.

—Arde, nena, arde —añadió Caitlin.

Dejaron salir del ascensor a Cheryl primero con su cargamento de libros, y luego siguieron a las dos chicas hacia la entrada de la residencia. Cali abrió la puerta para que salieran.

Afuera, el frio golpeó a Lessa inmediatamente, despertándola incluso más que el agua fría en su rostro. Se puso su gorra azul celeste en la cabeza, metiéndosela hasta las orejas y tomó sus guantes de los bolsillos. Sus amigas se armaron de manera parecida contra el frío. El gorro de Cali era una extraña, pero divertida, cosa de piel, con una correa para la barbilla y un par de orejas que sobresalían imitando orejas de lobo, los bordes de ambas orejas estaban raídas, como si un animal salvaje la hubiese estado mordisqueando. Lessa apenas contenía la risa.

—¡¿Qué diablos es esa cosa?! —dijo Lessa

—Es genial, ¿eh? —dijo Cali—. La encontré en una venta de garaje el año pasado. Sólo porque necesite mantener el calor no significa que no pueda expresarme al mismo tiempo.

—Sí y tu expresión es de «soy una chica muy rara» —dijo Lessa riéndose.

—Ya sabes lo que se dice —señaló Stacie—. No se cobra por el buen gusto, o la falta de él.

Todas se rieron.

—Sólo estás celosa —dijo Cali—, porque yo tengo *estilo*. —dobló una de las orejas ostentosamente con su mano—. Vamos, unámonos a la fiesta.

Lessa calculó que ya había alrededor de cien personas cerca de la fogata, con la noticia de la fiesta espontánea esparciéndose por momentos en el campus. El ritmo de una canción de hip-hop, que Lessa no conocía, sonó intensamente desde una ventana cercana a la fogata. Los chicos bailaban, cantando y lanzando cosas a las llamas, cualquier cosa para eliminar el estrés acumulado de los exámenes finales. Las llamas brincaban y crujían, elevándose hasta cuatro metros y medio en el aire. Lessa pudo ver los bordes chamuscados de dos sillas de escritorio y una mesa cuadrada delineada dentro de las llamas danzantes. Se estremeció pensando qué otra cosa podría estar ardiendo ahí dentro.

Una secuencia de petardos estallaron desde el interior del fuego, los golpes entrecortados sonaban como una serie de balazos, una fuerte ovación salió de la muchedumbre. Lessa y sus amigas se movieron a seis metros de la fogata, incluso desde aquí podía sentir el calor. Se sacó los guantes y giró su capa hacia detrás de las orejas.

Otro grito alegre nació de la multitud deleitada, y vio como la multitud se separaba para dar espacio a dos chicos a pecho descubierto vistiendo sólo jeans y zapatillas, corriendo hacia el fuego con un sillón pequeño, muy feo.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —cantaban los observadores, mientras los dos chicos usaban la inercia para lanzar el sillón en el centro de la fogata. Chispas doradas fueron lanzadas hacia arriba, hacia la noche, a medida que el mueble hacía ignición. Los chicos saludaron alegremente mientras la multitud aplaudía. Lessa suponía que los chicos sentirían la pérdida del sillón en la mañana. Esperaba que les perteneciera a ellos y no a algún despistado que había olvidado cerrar su dormitorio, pero los dos chicos estaban decididamente divirtiéndose. Uno de ellos tomó un largo trago de tequila de la botella y luego lo pasó a su amigo, quien hizo lo mismo. La multitud los animó nuevamente y los chicos con el pecho desnudo se lanzaron en una danza alocada, empujados por el alcohol. Se balanceaban hacia arriba y abajo, algunas veces enlazaban sus brazos y giraban alrededor de un círculo, lanzando salvajemente su otro brazo hacia el aire, sin ton ni son. Le recordó a Lessa una escena de «El Señor de Los Anillos», cuando dos de los hobbits, Merry y Pippin, creía, estaban bebiendo y danzando alocadamente sobre una mesa.

Algo acerca del fuego la hizo extrañar a Rave. Era estúpido, lo sabía. Sólo había estado alejado por unas horas, y ella estaba acostumbrada a pasar días sin verlo. Esta vez era diferente, pensó. Sabía que no lo podría ver por algún tiempo, y eso provocaba un vacío dentro de ella.

Miró fugazmente hacia sus amigas. Todas miraban el fuego y a los chicos que bailaban. Cali y Caitlin mecían sus cabezas al ritmo de la música, mientras Stacie parecía estudiar toda la situación, como si fuera a escribir un artículo o algo así después.

Alguien le pasó a Cali una bota de vino roja y marrón. Ella la levantó sobre su cara y lanzó un chorro de líquido rojo dentro de su boca. Vio a Lessa observándola y le ofreció la bota. Lessa sacudió la cabeza negándose, no era muy buena bebiendo, y alcohol era lo último que necesitaba ahora con la forma en que se sentía.

Cali se la entregó a Caitlin entonces, quien tomó un largo trago antes de pasarla.

—Muy divertido, eh —dijo Cali a Lessa

—Es alocado, ciertamente.

Cali miró a Lessa más de cerca. Sintió que algo no iba bien.

—¿Qué va mal, Less? No parece que te estés divirtiendo tanto como el resto. ¿Aún te sientes agotada?

—Un poco, pero no es eso. Es Rave, lo extraño.

Cali sonrió.

—Y qué, ¿cuál es la novedad? Te dije que no te involucraras con un chico sin coche ni teléfono.

—Ya me acostumbré a eso. Esto es diferente. Estará lejos por un par de semanas, por lo menos. Todos se han ido.

Cali entrelazó su brazo con el de Lessa, con una mirada preocupada en su rostro.

—¿A qué te refieres con que se han ido? ¿Qué todos se han ido?

Lessa dudó, tratando de pensar en algo que pudiera decir a Cali que no revelara la naturaleza de Rave.

—Todos los Mastons se han ido —dijo luego de unos momentos—. Se fueron hoy, hacia algún lugar del norte.

—¿Todos ellos? ¿Todo el clan? ¿Por qué?

—Es algo como un peregrinaje. Algo que tiene que ver con el solsticio de invierno. No lo entiendo realmente —agregó, para prevenir dar explicaciones más detalladas.

—¿Peregrinaje, ah? —dijo Cali, sonriendo burlona—. ¿Estás segura de que no se trata de alguna ceremonia secreta de sacrificio humano?

Lesa sonrió de vuelta. Cuando ella le contó a Cali que había conocido a uno de los Mastons, Cali dijo que había historias de que realizaban sacrificios humanos.

—Estoy completamente segura que no tiene nada que ver con ningún sacrificio, humano o de otra clase —dijo Lessa.

—Siempre han sido extraños y ermitaños —murmuró Cali—, pero no recuerdo que hayan desaparecido todos al mismo tiempo. El solsticio ocurre cada año. Estoy segura que lo habríamos notado.

Cali había crecido en East Hampton, el que era uno de los pueblos más cercanos del asentamiento aislado de los Mastons. Sabría que esto era diferente, por eso Lessa decidió que podría contarle a su amiga un poquito más.

—Sí, lo sé, pero hay algo diferente acerca de éste solsticio. Rave dijo que sucedía menos que uno cada cien años. Como dije, no lo entiendo perfectamente.

Eso pareció satisfacer a Cali.

—¿Y no dijo cuándo estaría de vuelta? —preguntó.

—No. Dijo que no sabía. No depende de él. Depende de los Ancianos.

Cali hizo una mueca.

—Eso apesta. Pero al menos volverá, eventualmente, ¿cierto?

—Sí, volverá —dijo Lessa—. Espero…

Cali apretó el brazo de Lessa.

—Volverá, no te preocupes. He visto la forma en que te mira. No hay forma de que no vuelva.

Lessa sonrió. Ella también lo había visto, por supuesto. Pero no sabía si dependía sólo de él.

CAPITULO 18

UN NUEVO HOGAR

Traducido por pokprincssboo
Corregido por Yanii

Leesa estaba sentada en su cama leyendo cuando su madre y Bradley entraron por la puerta abierta. Había tenido una buena noche de sueño después de la fogata y se sentía bastante descansada esa mañana. Sonriendo, saltó fuera de la cama y le dio a su madre un gran abrazo.

Cuando terminó, se trasladó a los brazos de Bradley.

—Hola, calabaza —dijo él, apretándola con fuerza.

—¿Cómo te sientes, hermano mayor? —preguntó ella cuando salió de su abrazo.

—Me siento muy bien.

En verdad, él se veía genial, muy diferente de la aparición afligida y con mirada vidriosa que Stefan había sacado de la oscuridad, cuando él había venido a cumplir su parte del contrato con Leesa.

Los ojos azules de Bradley eran claros y brillantes, parecía haber ganado un kilo o dos desde que lo había visto hace una o dos semanas. Pero lo mejor de él era su amplia sonrisa, una sonrisa que había ayudado a Leesa a lo largo de tantos días difíciles durante su niñez. Su madre se veía muy bien también, pero había tenido mucho más tiempo para recobrarse que Bradley. Estaban aquí para conducir a Leesa de regreso a la casa de su tía Janet, donde todos se quedarían para las vacaciones, por lo menos hasta que encontraron un apartamento propio para mudarse.

Leesa hubiera podido permanecer en el campus, pero habría tenido que mudarse a otro dormitorio, uno que el colegio deja abierto para los estudiantes que no podían ir a casa durante las vacaciones por una razón u otra. La casa de tia Janet estaría un poco abarrotada, pero mucha más diversión. Cali, Caitlin y Stacie fueron todas a casa para pasar las vacaciones, por lo que Leesa habría estado más o menos sola si se quedaba en el campus. Su maleta ya estaba hecha así

que tomó su parka del armario y ya estaba lista para irse. Bradley le dio un golpe en la maleta, así que le dejó llevarla rodando hacia el ascensor. Por una fracción de segundo pensó en protestar, pero se dio cuenta de que el pequeño gesto era su manera de tratar de restablecer la relación normal de hermano mayor/hermana pequeña. Había pasado la mayor parte de su infancia cuidando de ella, y sintió que él quería volver a tomar su papel de cuidador, a pesar de que ambos se dieron cuenta que ella no lo necesitaba más. No le molestaba, en cierto modo le gustaba la idea de tener un hermano mayor otra vez.

El ascensor se detuvo en el tercer piso de camino hacia abajo. La puerta se abrió para revelar a Caitlin parada allí, junto a una niña un poco mayor que se parecía tanto a Caitlin que tenía que ser su hermana. Ninguno de ellos se habían conocido los uno a los otros, por lo que Leesa y Caitlin hicieron las presentaciones necesarias. Leesa estaba agradecida de que su madre conociera a Caitlin por primera vez cuando llevaba un abrigo, y no con una de las camisetas subidas de tono que le gustaba usar durante el clima cálido. Las primeras impresiones cuentan y Leesa no quería que su madre tuviera una idea equivocada acerca de su amiga, quien era mucho más palabras que acción.

Ya que Caitlin vivía en Nueva Jersey, Leesa no la vería de nuevo hasta que la escuela comenzara en enero. Se dieron un gran abrazo de despedida fuera del dormitorio, y luego Leesa cojeó hasta el Ford Taurus azul de la tía Janet.

—¿Puedo conducir, mamá? —preguntó Leesa—. Parece una eternidad desde que he tenido la oportunidad.

Le había pedido prestado el coche a su tía una vez que condujo para ver a Rave, pero aparte de eso, no había conducido desde el verano.

—Por supuesto, querida —dijo Judy, entregándole las llaves a Leesa.

Leesa se puso al volante. Su madre se deslizó a su lado y Bradley se subió en el asiento trasero. Un momento después estaban en camino.

—Tenemos que hacer una parada, cariño —dijo Judy cuando se retiró de la puerta principal de Weston College en Washington Street—. Está justo en el camino.

Leesa supuso que probablemente sería para detenerse en una tienda para recoger algo para llevarles a la tía Janet o al tío Roger, por lo que se sorprendió cuando su madre le dijo que girara hacia en la entrada de un gran complejo de apartamentos a cinco kilómetros del campus. Giró el Taurus en el camino de entrada.

Había conducido más allá de este complejo muchas veces, pero nunca había estado dentro de los terrenos.

—Toma la segunda a la derecha y luego la primera a la izquierda —dijo Judy.

Leesa hizo lo que le indicó, serpenteando entre una serie de apartamentos de dos pisos construidos en su mayoría de madera gris. Estrechos jardines frente a los edificios y pequeños árboles desnudos llenaban los espacios entre ellos. El lugar se había erosionado, tenía apariencia de tener uso, pero tanto los edificios y los jardines parecía estar en buen estado. Lineas de tierra desnuda se alineaban en la parte frontal de cada edificio, y Leesa podía imaginarlos llenos de flores en la primavera y el verano.

—Estaciónate por allí, en el espacio cuarenta y siete —Judy le dijo.

Leesa entró en el aparcamiento. Apagó el motor y se volvió hacia su madre.

—¿Qué estamos haciendo aquí, mamá? ¿Conoces a alguien que vive aquí? —No veía cómo su madre podía conocer a alguien fuera de su familia lo suficientemente bien como para estar visitándolo así, pero no podía pensar en ninguna otra explicación.

—Tengo una sorpresa para ti, cariño. Vamos, vamos a salir.

Leesa se volvió hacia Bradley, que estaba sonriendo. Claramente, él estaba al tanto del secreto, pero no le había dicho nada.

Se bajaron del coche y su madre los llevó hacia uno de los apartamentos, el número veinticuatro. La puerta estaba pintada de un color azul oscuro.

—Esta es nuestra nueva casa —dijo Judy con orgullo—. Por lo menos lo será, justo después de Navidad.

Leesa miró hacia la puerta, luego a su madre y Bradley, completamente confundida.

—No lo entiendo —dijo ella—. Pensé que buscaríamos un apartamento la siguiente semana. ¿Cómo conseguiste un lugar ya?

—Lo encontré en internet —dijo Bradley—. En Craigslist.

—Lo vimos en persona el otro día —agregó Judy—, y ambos coincidimos en que sería perfecto. Tiene dos dormitorios y un desván. Puedes utilizar el desván como tu habitación, cariño, durante el verano o en cualquier momento que desees venir de la escuela. Y no puedo creer lo baratos que son los apartamentos aquí, comparados con los de San Diego.

—Guau, mamá, eso es genial —dijo Leesa—. Es increíble que pudieras encontrar ya un lugar. Estoy orgullosa de los dos.

Realmente se alegraba de ver que su madre y Bradley estuvieran lo suficientemente bien como para salir y encontrar un apartamento por sí mismos. Parecía que habían elegido uno agradable. Lo mejor de todo, el lugar estaba a sólo cinco kilómetros del campus, una distancia fácil de caminar a pie para ella. Estaba ligeramente decepcionada de que lo hubieran encontrado sin ella, había esperado que la caza de apartamento ayudaría a mantener su mente alejada ausencia de Rave.

—No lo tenemos oficialmente hasta el 1 de enero —explicó Judy—, pero el administrador nos dijo que podíamos mudarnos en cualquier momento después de Navidad. Me gustaría tener las llaves en este momento, para que te lo pudiera mostrar. Sé que te va a encantar.

—Dile tú las otras nuevas noticias, mamá —dijo Bradley.

Leesa miró a su madre, quien estaba positivamente radiante.

—He conseguido un trabajo —dijo Judy orgullosamente—. ¿Lo puedes creer?

En verdad, Leesa no lo podía creer. Su madre nunca había tenido un trabajo, al menos no en una fecha tan lejana la cual Leesa pudiera recordar. ¿Cómo podía, cuando ella se había negado a abandonar la casa durante más de diez años?

—¡Mamá, eso es totalmente increíble! ¿Dónde trabajas?

—En la panadería de tu tío Ralph. Él siempre está muy ocupado durante las vacaciones. Comencé el sábado pasado. Me estoy divirtiendo mucho conociendo a tanta gente.

Leesa dio a su madre un abrazo rápido. —Mamá, estoy tan feliz por ti.

—Después de Año Nuevo —Judy continuó—: Voy a empezar a buscar un trabajo de verdad. Tu tío dijo que será mi referencia, y que le dirá a cualquiera que le pregunte que trabajé para él durante un año ¿No es emocionante?

—Claro que lo es —dijo Leesa, sorprendida por lo rápido que las cosas estaban empezando a ser normales para su familia. Y definitivamente lo normal no era algo con lo que hubieran tenido mucha experiencia.

Tal vez eso explicaba la sensación de que en algún lugar, de alguna manera, otro zapato estaba a punto de caer. Rezó porque no le fuese a caer encima a ninguno de ellos.



CAPITULO 19

SOLSTICIO

Traducido por Lola
Corregido por Yanii

Leesa se sentó en los escalones delante de la casa de su tía, con los brazos descansando en los muslos, mirando hacia el oeste. El sol estaba muy bajo en un cielo sin nubes, una pálida órbita amarilla que casi parecía que se balanceaba sobre las colinas en el lejano horizonte. *Con razón hace tanto frio aquí*, pensó, el disco casi sin brillo parecía incapaz de proporcionar ningún calor real.

Se había abrigado contra el frío, añadiendo una bufanda de lana negra alrededor del cuello a su atuendo usual de invierno de gorra de esquiar, parca, guantes de cuero y botas Ugg. Había estado sentada ahí afuera durante casi media hora, pensando y mirando como el sol se hundía más y más lentamente.

Max corría alrededor del patio delantero regresando ocasionalmente a los escalones durante breves momentos para que lo acariciaran antes de volver nuevamente al césped y volver a su distracción.

Hoy era el veintiuno de Diciembre, el solsticio de invierno. La razón por la cual Rave se había ido. Leesa miraba para ver si podía notar algo diferente en el sol hoy, algún ligero cambio que fuera la causa para que los Volkaanes se retiraran al santuario de New Hampshire. Si había algo diferente, ella no podía detectarlo. Le parecía que era cualquier tarde de invierno.

Había leído acerca del solsticio en internet. Hoy era el día que el sol había llegado a su punto más lejano hacia el sur en el cielo. Mañana empezaría su lento viaje hacia el norte. Hoy era también uno de los días más cortos del año. Se preguntaba si una de esas dos cosas tenía el poder de influenciar en el *Destiratu*, o cualquier otro fenómeno mágico para ese asunto. Tal vez era otra cosa, algo que no estaba contemplado en los modelos astronómicos que ella había encontrado en su investigación.

Sabía que estaba actuando tontamente, pero no podía evitarlo. Rave había dicho que incluso el más viejo y el más sabio de los Volkaanes no entendía claramente los efectos del solsticio en el mundo supernatural. Ellos sólo sabían que era potencialmente peligroso y habían optado por tomar precauciones. Sin embargo, eso la hizo sentir un poco más cerca de Rave, mirando el sol que se perdía y pensando en que tipo de presión estaba ejerciendo en él.

Max saltó nuevamente a los escalones, y en esta ocasión ella lo agarró del cuello y le proporcionó una vigorosa frotada en el pecho. Su lengua colgaba y su rabo se meneaba furiosamente mientras disfrutaba de la atención y el afecto. Cuando Leesa terminó, acercó la cabeza del perro a su cara.

Qué diablos, pensó.

—Te amo, Rave —susurró en la peluda oreja de Max.

Max ladró brevemente por tres ocasiones y movió su cabeza arriba y abajo. Leesa casi creyó que Max entendió sus palabras y de alguna manera enviaba su mensaje a través de la distancia a Rave. No, *rectifiquemos.* No es que casi lo creyera, de verdad lo creía. De pronto sintió algo más de calor como si Rave estuviera sentado al lado de ella. Se le dibujó una sonrisa.

Permaneció fuera otros pocos minutos hasta que el sol desapareció y la oscuridad empezaba a invadir el cielo. Finalmente se levantó y se giró hacia la puerta.

—Vamos, Max. Es hora de entrar.

Esa noche Leesa volvió a soñar.

Estaba parada frente a una abertura oscura y estrecha abierta en un acantilado de piedra gris rugosa. No tenía idea de cómo había llegado hasta ahí. De la caverna brotaba un aire frío y fétido que lastimaba sus fosas nasales obligándola a retroceder un paso. No había nada allí que la hiciera avanzar, de hecho, la abertura parecía destilar peligro. Sin embargo, algo le impedía hacer lo que sabía que debería estar haciendo, irse de este lugar tan pronto como sus pies pudieran llevarla. La parte sensible de su cerebro decía «vete», pero sin embargo otra parte de ella susurraba «debes continuar». Extrañamente el susurro se sentía más poderoso que el grito.

Ella entró al estrecho túnel.

Se le puso la piel de gallina cuando el aire frio alrededor de ella pareció envolverla en sus garras. Para minimizar el gélido y fétido olor de descomposición, se forzó a respirar por la boca, esperando no inhalar algo que pudiera resultar dañino. Las paredes de la caverna eran ásperas, pero el piso era extrañamente suave y gastado. Nuevamente, la parte sensible de su cerebro le dijo que esto significaba algo, algo que lamentaría, pero el susurro la hizo continuar.

No se filtraba ninguna luz en la parte más interior de la caverna, sin embargo, de alguna manera todavía podía ver. No claramente, pero lo suficientemente bien para distinguir las paredes de piedra que estaban a pocos pasos de su cara, permitiéndole seguir el sinuoso camino sin chocar con las rocas cuando el túnel viraba.

Estoy soñando, *se decía.* Es por eso que puedo ver en la oscuridad. *Nada de esto es real. Presionaba la palma de la mano contra la piedra áspera. En verdad la sentía real.*

Sutilmente, el «susurro» que la seducía para continuar cambió. Ya no era un sentimiento abstracto que la empujaba, ahora tenía el sabor de «ayúdame, por favor». Casi podía oír la voz, pero no completamente. Era un sentimiento en su cabeza, no una voz que llegara a sus oídos

Continuó avanzando. El tiempo parecía no tener sentido allí. Es sólo un sueño, *se recordaba, perpleja que de alguna manera supiera que estaba soñando dentro del sueño.* El tiempo no importa.

La súplica de ayuda crecía cada vez más fuerte en su cabeza.

Sin notar el cambio, de pronto se encontró parada en una gran caverna. El olor era aquí más fuerte. Comprendió que era el olor de muerte pero de un tipo de muerte que nunca había encontrado antes, una muerte en descomposición, persistente que no prometía ningún final. Se detuvo e inspeccionó la cámara. En lo profundo de la montaña no debía haber luz, sin embargo, ella podía ver. Los sueños pueden ser en verdad extraños, *pensó.*

Mientras sus ojos recorrían lentamente la caverna, casi lo pasa por alto. Tuvo que volver a mirar unos pocos pies a la izquierda, directamente opuesto al sitio en el que ella estaba para asegurarse que no había imaginado la borrosa presencia. Un par de ojos amarillos brillaban levemente en la negrura, mirándola. El sentimiento de peligro creció. Tenía que salir, tenía que salir ahora. Estaba a punto de darse la vuelta cuando lo oyó nuevamente. «Ayúdame, por favor, ayúdame». La voz sonaba inquietantemente familiar, pero le tomó un momento reconocerla. ¡Bradley! El tono era tan débil y torturado que casi no podía reconocer la voz de su hermano.

Se forzó a atravesar lentamente la cámara. No estoy cojeando, *pensó sin saber por qué lo hacía.* ¿De qué va esto? *Nunca había tenido un sueño en el cual no hubiera cojeado.*

Los pálidos ojos permanecieron fijos en ella, pero de otra manera no había ningún movimiento en la caverna, sólo los de ella. Al aproximarse, Leesa se percató de una segunda presencia que estaba presionada contra la pared, detrás del primero. Sabía que éste era Bradley encadenado a la pared. ¿Pero quién o qué era el otro?

—El humano es mío —dijo una voz femenina—. No lo puedes salvar.

Leesa no podía ver nada excepto los dos ojos amarillos y tal vez una ligera mayor intensidad de la negrura que los rodeaba. De alguna manera, sabía que esta aparición no podía hacerle daño, no en su sueño por lo menos, por lo que continuó caminando.

De pronto se escuchó una risa proveniente de la oscuridad. Debajo de los ojos Leesa pudo ver un par de colmillos brillantes. Sin ninguna fuente de luz, los colmillos no debían haber brillado, pero lo hacían casi como si tuvieran su propia iluminación dentro de ellos.

El shock que le produjo la risa y la súbita aparición de los colmillos detuvo a Leesa. La negrura disminuyó ligeramente, lo suficiente para que ella viera que la figura que estaba contra la pared no era su hermano. Había sido engañada. El cautivo ni siquiera era un hombre. Era una mujer, pero, ¿quién?

Leesa se esforzó por penetrar la oscuridad. Estaba segura que podría reconocer a la chica si pudiera ver un poco más claramente.

—No la puedes detener —dijo la voz—. No tienes el poder.

Leesa ignoró la voz, concentrándose en la cautiva. Había algo inquietantemente familiar en ella. Algo demasiado familiar. Casi como si fuera…

Leesa se despertó con sobresalto, completamente alerta. Maldijo en silencio. Había estado a un instante de reconocer a la chica encadenada contra la pared de la caverna cuando se despertó. Por alguna razón, este sueño era ligeramente similar a su sueño de zombies. De alguna manera, sentía que ambos contenían importante información, pero no tenía idea de qué o por qué. Cerró los ojos y se esforzó por evocar la imagen de la chica en la caverna. Podía imaginar todo claramente hasta el instante que se despertó. Lamentablemente, eso no era suficiente. No podía precisar la identidad de la chica. En este momento estaba segura que no habría ningún video de YouTube para ayudarla.



CAPITULO 20

VAMPIROS HAMBRIENTOS

Traducido por Lola
Corregido por Roux Maro

Kristi Brolen estaba contenta de estar en casa. El último semestre, el primer año en UConn, había sido el más difícil. Los cursos de nivel superior eran mucho más pesados que a los que había acudido en su primer y segundo año de universidad. Le había ido bien, pero había significado mucho trabajo. Todo lo que quería hacer ahora, al inicio de sus vacaciones de tres semanas, era descansar.

Eso era exactamente lo que estaba haciendo, sentada y leyendo en el patio de la casa de sus padres. Ella había arrastrado una de las pesadas sillas Adirondack[7] de color verde oscuro, cerca del borde del patio, una tarea que no era fácil para una morena de ojos azules de su altura, hasta un pequeño patio de cemento que su padre había construido unos años atrás para colocar la barbacoa gas propano y la mesa de madera para picnic. Podía haber leído en la mesa, pero la Adirondack era mucho más cómoda

Le encantaba estar ahí atrás. Cada vez que respiraba, aspiraba la fragancia de los pinos frescos de la hilera de esbeltas píceas azules ubicados a pocos pasos detrás de ella. Los árboles separaban el patio del bosque y las colinas que se extendían por casi un kilómetro detrás de la casa. El patio era silencioso y pacífico, especialmente comparado con el interior de la casa, donde sus hermanos mellizos de nueve años jugaban y corrían por el lugar con muy poca consideración por la paz de los otros miembros de la familia

Claro que hacía frío fuera y se ponía cada vez más frío ahora que el sol se había ocultado, pero su chaqueta morada de L.L Bean y la capa a juego, que se había colocado sobre sus orejas, la

---

[7] **La silla Adirondack:** es **un clásico americano en cuanto a la decoración de exteriores**. Son construidas con **madera natural** Una silla mecedora que diseñó Thomas Lee en 1990 para su casa de campo en Westport, New York, y que Royal Botania adapta con el objetivo de resaltar su **funcionalidad y delicadeza** respetando sus líneas originarias.



protegían del frío. Un par de guantes grises mantenían sus manos calientes, pero a su vez le permitían pasar las páginas de su libro sin problemas. La oscuridad tampoco era un problema porque el padre de Kristi había puesto una instalación eléctrica en el patio el año pasado para poder usarlo cuando oscureciera. La lámpara de latón colocada en el poste de madera, detrás de ella, le daba suficiente luz para leer

La atención de Kristi estaba fija en su libro. Le encantaba leer, pero había dedicado tanto tiempo a estudiar y a hacer deberes los meses anteriores que casi no había tenido la oportunidad de leer por pura diversión. Durante las próximas semanas planeaba compensar eso. *Breathless* le había proporcionado un gran comienzo.

Había renunciado a los libros sobre vampiros dado que todos habían empezado a parecerse mucho, pero su mejor amiga le había recomendado éste, por lo que había decidido leerlo.

Estaba contenta de haberlo hecho. *Breathless* le había resultado ser una lectura de trama rápida con muchos, nuevos e interesantes giros y también mucho romance. Descubrió que le era fácil identificarse con la historia, que era lo que exactamente deseaba después de un semestre largo y difícil.

Estaba tan inmersa en el libro que casi no escuchó el suave sonido que venía de detrás de los abetos, la primera vez que sucedió. Su conciencia registró el ruido justo lo suficiente para que dejara de leer. Miró de manera interrogativa alrededor del patio. Estaba segura de haber escuchado algo, pero no tenía idea de lo que podía ser. Poniendo el dedo dentro del libro, para marcar la página, se movió hacia la parte delantera de la silla y escuchó.

Después de unos cuantos segundos lo escuchó nuevamente, esta vez más claramente. Era un sonido suave como un maullido, del tipo que haría un animal herido. Pensó que podría ser un perro. Definitivamente venía justo detrás de los árboles. Colocó su marcador en el libro y lo dejó en la silla, detrás de ella y luego se levantó.

El sonido, similar a un maullido, sonó nuevamente, esta vez más largo y más bajo. La pobre criatura parecía estar débil y muy dolorida. Kristi avanzó hacia las fila de abetos separando las ramas con sus manos y preparándose a pasar entre ellos.

Tres figuras imprecisas se movieron con facilidad a través del bosque oscuro, dirigiéndose hacia el sur y el este. Ahí había unos cuantos caminos, pero se abrieron paso sin esfuerzo entre los árboles sin hojas, casi sin hacer ruido. Podían haberse movido rápido, mucho más rápido, pero no tenían necesidad de apresurarse.

Una mujer de baja estatura los lideraba, tenía labios gruesos y cabello negro cortado justo bajo su mentón. Parecía tener unos veinte años, pero era mayor, mucho mayor. Su nombre era Victoria y casi tenía cuatrocientos años. Era un vampiro. Victoria había sido convertida por un noble y excéntrico austriaco a inicios del 1700, pero tuvo la buena fortuna de encontrar a Ricard poco después. Cuando el vampiro líder decidió vagar por el Nuevo Mundo, Victoria se le unió, sintiendo que su existencia sería más segura y más gratificante que la vida con el Conde. Había estado con Ricard desde entonces

Sus dos acompañantes también eran vampiros que obedecían el decreto del Consejo que decía que debían salir de las cavernas únicamente en grupos de tres o cuatro. Detrás de Victoria venía Wallace, un vampiro alto y fornido de descendencia inglesa que aún mantenía los vestigios de su acento londinense de clase alta, pese a haber dejado la ciudad hacía casi trescientos años. El último miembro del trío era otra mujer, Candice, una rubia delgada y aristocrática a quien le gustaba llamarse Condesa pese a haber nacido en el hogar de un pobre platero de Massachusetts y de su esposa hacía casi doscientos años atrás.

Los tres vampiros no tenían en mente ningún destino específico, sólo querían alejarse lo más posible de su guarida para estar seguros, en una dirección diferente de la tomada por otras partidas de caza. Bordeaban diversas aldeas del sur de Connecticut buscando a un humano solitario en algún lugar aislado donde no hubiera testigos.

Como le sucedía a los vampiros más jóvenes y débiles, el hambre de Candice se había hecho cada vez más evidente. Necesitaba sangre y la necesitaba pronto. Victoria y Wallace estaban ahí para asegurarse que no hiciera nada fuera de lugar. Los dos vampiros mayores tenían casi el control total de sus urgencias. Wallace mantenía un comedero en la guarida de los vampiros y Victoria se había acostumbrado hacía tiempo a satisfacer sus necesidades con la sangre de animales, tomando de humanos muy rara vez.

Candice sintió primero al humano. Su hambruna había agudizado sus sentidos, trayéndole el olor de la fémina humana un momento antes que sus compañeros lo notaran. El humano no estaba lejos, detrás de una fila de arboles. Colocó una mano en los hombros de sus compañeros para que se detuvieran. Sus colmillos ya estaban alargándose, pero una mirada dura de Victoria hizo que ella los retirara.

—Paciencia, Candice —previno Victoria.

—Pero está sola —protestó Candice—. ¿No lo sientes?

Wallace olfateó el aire —Sí, está sola —afirmó—, pero sola no significa que no la esté vigilando alguien.

La sed de Candice se había incrementado debido a la cercanía de una potencial presa. Podía saborear la sangre caliente que vertía de su garganta.

—Puedo atraparla antes de que alguien me pueda detener.

—¿Pero la puedes agarrar sin que nadie te vea? —preguntó Victoria—. ¿Cuando no sabemos quién puede estar mirando?

—No me importa —dijo Candice. Inhaló profundamente por la nariz—. Huele tan joven y dulce.

—No importa —dijo Victoria—. Sabes que no debemos atraer la atención hacia nosotros.

—La quiero —dijo Candice con determinación—. La *necesito*.

Victoria observó a su amiga más joven. La necesidad de Candice irradiaba de ella con tal fuerza que Victoria sabía que Candice no estaría en condiciones de negarla por mucho tiempo.

—Tal vez debas tenerla —dijo.

Silenciosamente, Victoria se acercó más a la línea de pinos. Hizo señas a sus acompañantes para que se acercaran. A través de las pequeñas aberturas, entre las gruesas ramas, vieron a la chica leyendo.

—Mira —susurró Victoria a Candice—, y aprende.

Se puso en cuclillas colocando su cara a unos cuantos centímetros de la tierra. Un sonido bajo, imitando un llanto, salió de su garganta, la perfecta imitación de un animal herido.

Los vampiros sintieron movimientos en el otro lado del seto. Victoria esperó unos pocos segundos y repitió el sonido, más largo y más bajo esta vez. Vieron como la chica se ponía de pie y se dirigía a los árboles. Primero aparecieron sus manos separando las ramas y luego pasó a través de la abertura.

Candice se le abalanzó rápidamente, hundiendo los colmillos en la garganta de la chica.

Kristi Brole casi no sintió las fuertes manos que agarraron sus hombros. Sintió un escozor en su cuello y a continuación todo se volvió negro.



CAPITULO 21

TIEMPOS PELIGROSOS

Traducido por erika
Corregido por Roux Maro

—Oh, querida —dijo tía Jane—. Otra no.

—¿Otra qué, tía Janet? —preguntó Leesa saliendo de la cocina, donde su madre estaba lavando los platos. Era la primera vez desde que Lessa había llegado a Connecticut que su tía le había permitido ayudarla con la limpieza después de la comida. Ya que todas las visitas anteriores de Leesa habían sido sólo por algunos días o menos, tía Janet había restado importancia a todos los ofrecimientos de Leesa para ayudar diciendo que era una invitada y los invitados no lavaban los platos en su casa. Esta vez Leesa estaba quedándose por más de una semana, lo cual aparentemente la movió de la categoría de invitados. Estaba feliz de finalmente tener la oportunidad de hacer algo.

—Otra joven ha desaparecido —dijo tía Janet.

Tía Janet estaba sentada en el sofá junto a su esposo, viendo las noticias en la televisión. Max se recostó en el suelo junto a sus pies. Bradley estaba encaramado en la parte delantera del sillón, mirando atentamente la televisión. Cualquier persona que desaparecía misteriosamente tenía un interés especial para él.

—Esta es la segunda en dos días —continuó tía Janet. Se movió para dejar espacio a su hermana mientras que Judy se sentó junto a ella.

—Además, un joven desapareció ayer también.

—Eso es horrible —dijo Judy.

Leesa se deslizó en la mecedora de madera que era su lugar favorito para sentarse cuando estaba allí. Max inmediatamente tomó su puesto a un lado de la silla, donde Leesa podría acariciarle la cabeza mientras se mecía.

—¿Tres personas sólo desde ayer? —dijo Leesa, más para ella misma que para alguien mas. No le gustaba como sonaba eso. Ayer fue el primer día después del solsticio. Se preguntaba si lo que temía Rave se estaba haciendo realidad: que el solsticio estaba aumentado los efectos del *Destiratu*. ¿Estaban los vampiros siendo menos cuidadosos con su caza, impulsados por su incrementada sed de sangre?

—Oí lo del chico que se perdió haciendo senderismo en Haddam —dijo Bradley—. ¿Dónde desapareció la primera mujer?

—Cerca de Tolland —dijo tía Janet—. Su esposo dijo que ella fue, ayer por la tarde, a la tienda a comprar salsa y patatas fritas, pero nunca regresó. Han estado buscándola desde anoche, pero no han encontrado rastro de ella.

Leesa se imaginó un mapa de Connecticut en su cabeza. Tolland estaba a ocheta o noventa kilómetros al noreste; Haddam estaba al sureste.

—¿De dónde era la mujer de hoy? —preguntó.

—De Ledyard —dijo tío Roger—. Cursaba en el penúltimo año de la Universidad, en Connecticut, estaba en casa para las vacaciones. Sus padres dijeron que estaba sentada en el patio trasero, leyendo. Su madre salió a decirle algo pero ella ya no estaba. El libro que había estado leyendo aún estaba en la silla.



Leesa frunció el ceño. A no ser que la chica se hubiera ido por su cuenta o por alguna razón, su secuestrador había sido muy audaz. Se estremeció al pensar en los vampiros volviéndose locos al grado de arrebatar a alguien de su propio patio trasero.

—¿Dónde queda Ledyard? —Leesa había escuchado el nombre, pero no podía ubicar el pueblo.

—Por New London —dijo tío Roger—. Hacia al Norte desde aquí.

Leesa dibujó un mapa en su mente otra vez y sintió como se aceleraba su corazón. Los lugares formaban un triángulo, la zona donde Rave dijo que estaba oculta la guarida de los vampiros, estaría dentro de ese triángulo. Dudaba que fuera una coincidencia. Especialmente no le gustaba que esto estuviera sucediendo poco después del sueño de la otra noche.

—Creo que podrían ser vampiros —dijo en voz baja.

Por un momento, nadie habló. Otras personas se hubieran burlado de tal declaración, pero no ellos.

Ellos sabían bien que los vampiros existían y lo que habían sufrido en las manos de esas criaturas. Judy ahora se retorcía las manos y Bradley se puso pálido.

—¿Por qué crees eso? —preguntó finalmente tío Roger

Leesa lo pensó por un momento. No podía decirles lo que Rave le había dicho sin contarles su secreto. Aun así, tenía que decir algo, le vino una idea a la cabeza.

—Algo que el Dr. Clerval nos dijo en Ciencias Vampíricas. Dijo que algunas veces el solsticio aumenta su sed, haciendo que les sea más difícil para ellos el controlarse. El solsticio fue hace apenas dos días.

—Oh, Dios mío —dijo Judy en voz baja—. ¿Qué podemos hacer? Tenemos que decírselo a alguien.

—¿Decir qué, mama? —preguntó Bradley escéptico—. ¿Qué creemos que los vampiros están detrás de los ataques? Nos pondrían una camisa de fuerza y nos encerrarían.

—Pero la gente necesita saber que tienen que ser sumamente cuidadosos.

—No creo que necesitemos preocuparnos por eso demasiado —dijo tío Roger—. Con toda la atención que están generando las desapariciones, la gente ya esta empezando a ser cuidadosa.

—Tío Roger tiene razón —dijo Leesa—. No importa si la gente cree si son vampiros o algún asesino en serie psicópata. Serán más cuidadosos.

—Probablemente tendrán *más* cuidado si piensan que hay un psicópata dando vueltas —dijo Bradley—. Eso es cierto.



—¿El Profesor mencionó cuánto tiempo duraría lo del solsticio? —preguntó tía Janet—. Lo de los vampiros, quiero decir.

Leesa negó con la cabeza.

—Él no lo sabía. No mucho tiempo, espero.

Por primera vez, sintió un poco de enojo hacia Rave y su gente. Ellos eran cazadores de vampiros, después de todo; deberían estar aquí, actuando en el control de esas criaturas, no escondiéndose en algún lugar de New Hampshire. Su ira desapareció tan rápidamente como había aparecido. Una guerra total entre los Volkaane y los Vampiros era algo que nadie quería. Vampiros cazando humanos no era nada nuevo. Solían ser un poco más cuidadosos al respecto. La última cosa que los vampiros querían era un ejército humano buscándolos. Se controlarían a sí mismos, estaba bastante segura, antes de llamar demasiado la atención. Al menos esperaba que lo hicieran.

CAPITULO 22

UNA FELIZ NAVIDAD

Traducido por erika
Corregido por Ángeles Rangel

La Navidad había dejado de ser especial para Leesa desde hace mucho tiempo. Tenía unos cuantos recuerdos de mañanas alegres y de grandes y hermosos arboles decorados de cuando era demasiado joven, pero, una vez que su padre se fue, todo eso había terminado. Bradly trató de mantener ese día especial para ella, pero él no era más que un niño, y no había mucho que pudiera hacer. Por lo general se las arreglaba para encontrar un pequeño y desaliñado árbol de navidad de tipo «Charlie Brown». Colgaban unas cuantas decoraciones y siempre tenían un pequeño regalo para Leesa, pero eso era todo. No el tipo de cosas que fabricaban recuerdos, no por mucho tiempo.

Esta mañana era diferente, sin embargo. Esta era una verdadera Navidad en familia. Todo empezó ayer por la tarde, cuando todos se amontonaron dentro de la Ford Expedition del tío Roger y se dirigieron a una granja de árboles de Navidad que estaba cerca. Tía Janet y tío Roger tenían la tradición de no comprar su árbol hasta el último momento, asegurándose que estuviera fresco y precioso para el día de fiesta actual. Todos se paseaban por la enorme granja, disfrutando el aroma a pino en el aire y buscando el árbol perfecto. Finalmente, escogieron una hermosa pícea azul de dos metros. Tío Roger hizo la mayor parte aserrando, pero a todos les tocó, al menos una vez, el turno con la sierra, siendo así en verdad el árbol de toda la familia.

Después de cenar, se habían pasado más de una hora decorando el árbol con brillantes decoraciones a colores y pequeñas luces blancas. Al mismo tiempo, el estéreo tocaba alegres villancicos. Terminaron de envolver con tiras de guirnaldas plateadas alrededor del árbol, y el resultado fue el más hermoso árbol que Leesa alguna vez había visto. Cuando ella finalmente se fue a la cama, se había quedado dormida con «Frosty the Snowman» tocando una y otra vez en su cabeza. Algo acerca de la magia en la canción le gustaba.

Y ahora, esta mañana era aún mejor que la pasada noche. Estaban todos reunidos en la sala. Leesa estaba sentada en su lugar favorito, la mecedora. Max estaba a un lado de ella, como

siempre, y rascaba distraídamente su cabeza peluda. Su madre, tía Janet y Bradley estaban en el sofá. Tío Roger luciendo alegre con un sombrero de Santa Claus puesto, se estaba tomando el tiempo de sacar los regalos de debajo del árbol y pasándolos al destinatario uno por uno. La habitación estaba perfumada con el aroma del árbol recientemente cortado y más villancicos se escuchaban al fondo. Hasta El Viejo Invierno cooperó, rociando una fina capa de nieve sobre la zona durante la noche mientras ellos dormían. La nevada fue apenas de un centímetro, pero todavía consiguió convertir todo en un país de las maravillas blanco. Para una chica de San Diego, un centímetro era más que suficiente. Leesa estaba un poco desilusionada de que no pudieran construir un muñeco de nieve, pero seguro que se vería hermoso afuera. Estaba planeando ir afuera más tarde y hacer uno o dos ángeles de nieve en el jardín delantero.

Tío Roger saltaba hacia ella riendo «Ho, ho, ho», por lo que parecía ser la centésima vez esa mañana y cargando un paquete pequeño envuelto en papel de bastones de dulces. Un brillante lazo rojo cubría casi todo el frente del paquete. Le dio el regalo a ella.

—Este es para ti, de parte de tu tía y mía.

Práctica como siempre, Leesa quitó cuidadosamente el lazo de la caja y lo puso a un lado para poder usarlo el próximo año. Deslizando su dedo bajo la envoltura de papel, lo levantó con cuidado. Dentro había un iPhone.

—Guau! Gracias, tía Janet y tío Roger. —Leesa se levantó y le dio a su tía un fuerte abrazo.

El teléfono era el regalo perfecto. Había estado pensando que probablemente era tiempo de tener un celular otra vez, y ahora ya lo tenía. Aún mejor, este era de un contrato totalmente diferente del último que había tenido, así que si el tipo que decía ser su padre estaba intentando encontrarla, sería mucho más difícil para él.

Tío Roger se volvió hacia la madre de Leesa. —¿Judy, no tienes algo para Leesa que va junto con esto?

Judy atravesó hacia el árbol y sacó otro pequeño paquete de debajo. Éste estaba envuelto en papel rojo decorado con arbolitos de navidad. Sonrió y se lo dio a Leesa.

—Este es de parte de Bradley y mía.

Leesa le devolvió la sonrisa. Su madre y su hermano no tenían mucho dinero, así que cualquier regalo era meditado. Desenvolvió el regalo con igual cuidado. Dentro había un protector de goma morada para su nuevo teléfono. Ella se rió.

—Ya que rompiste el último, pensamos que deberíamos conseguir algo de protección extra para este —dijo Bradley riéndose.

—¡Ja! Tienes razón en eso —dijo Leesa mientras empezaba a poner su teléfono en la cubierta.

—Has estado sin teléfono ya por un tiempo —dijo tía Janet—. Tu tío y yo creemos que una chica universitaria necesita un teléfono, especialmente una chica con novio.

—Gracias, tía Janet, pero Rave no usa teléfonos, ¿recuerdas?

Leesa se preguntó si el protector de goma impediría que la energía mágica de Rave friera el teléfono si lo tocaba, pero lo dudaba. Ahogó una risita cuando un pensamiento totalmente absurdo le vino a la cabeza. Si el protector de goma podía proteger el teléfono del calor de Rave, tal vez ella podría conseguir un par de esos gruesos labios de goma que la gente usaba para los disfraces y usarlo para protegerse para cuando ella y Rave se besaran. Negó con la cabeza y saco el tonto pensamiento de su cabeza.

—Oh, tienes razón —dijo tía Janet—. Lo olvidé. Aún así tu tío y yo nos sentiremos mejor sabiendo que podemos estar en contacto contigo en cualquier momento que queramos, y de que tú puedas localizarnos si lo necesitas. Estoy segura que es el doble de importante para tu madre.

—Es grandioso, tía Janet —dijo Leesa—. Había estado pensando que ya era tiempo de conseguir uno nuevo. Pero ahora ya no tengo que hacerlo.

—Hablando de Rave —dijo Judy. ¿Dónde ha estado? ¿Lo vamos a ver para los días de fiesta?

—No, no lo creo —dijo Leesa—. Todo su clan se ha ido lejos por un tiempo, en una especie de peregrinaje.

—¿Todos ellos? —preguntó el tío Roger, perplejo. Él había crecido no muy lejos del asentamiento Maston—. No recuerdo haber nunca escuchado acerca de que hicieran eso.

—¿Es una cosa religiosa, para Navidad? —preguntó tía Janet.

Leesa negó con la cabeza. —No, no es realmente religioso. Es algo que tiene que ver con el solsticio. No lo entiendo completamente, pero no es algo que ellos hagan cada año. Hay algo especial acerca de este año.

—¿A dónde se fueron?—pregunto Judy.

—En algún lugar al Norte…. en New Hampshire.

El tío Roger se rió. —Nunca escuché de nadie haciendo peregrinaje a New Hampshire —dijo—. Esa gente ciertamente es extraña. No te ofendas, Leesa.

Lessa sonrió. —No hay problema.

Notó que Bradly la observaba, una mirada pensativa en su cara.

—¿Qué es? —preguntó ella.

Bradley dudó, claramente incómodo. —¿Es Rave un vampiro? —preguntó, finalmente.

Lessa que se quedó atónita. ¿De dónde había salido eso?

—¿Qué? —logró balbucear—. Difícilmente. ¿Por qué diablos preguntarías eso?

Bradley parecía disgustado. —Sólo es algo que estaba pensando —dijo—. Tú nos dijiste la otra noche que el solsticio hacía a los vampiros extra hambrientos o algo así. Y ahora tú dices que Rave se fue, también a causa del solsticio.

—¿Y? —preguntó Lessa, no estaba claro a dónde su hermano quería llegar con eso.

—Y yo estaba preguntándome si tal vez Rave se había ido en este momento porque podría ser tentado, a… tú sabes.

Lessa de repente entendió. —¿Beber mi sangre quieres decir?

—No… quiero decir, sí. No me malinterpretes, Rave parece un tipo realmente genial, y puedo decir que está loco por ti. Así que, cuando empezaste hablar del solsticio otra vez, pensé que, tal vez… porque él está loco por ti… tal vez por eso no estaba aquí ahora.

—Oh, vamos, Bradley —dijo Judy—. Sólo porque la gente de Rave se fue a un peregrinaje no lo hace a él un vampiro.

—Hay más que eso —dijo Bradley. Ahora que había abierto el tema, estaba determinado a seguir adelante con él—. Hay toda esa cosa acerca de no usar teléfonos, ni cochees, ni nada. Y la facilidad con que consiguió ese *Grafhym* cuando necesitábamos su sangre para ti, mama.

Leesa negó con la cabeza. No mucho se le pasó a su hermano. Él estaba tan lejos de la verdad que era risible, pero al mismo tiempo, estaba más cerca que él creía. Antes de que ella pudiera contestar, tío Roger se unió.

—¿No dijiste que tenía entrenamiento de las Fuerzas Especiales o algo así, Leesa? —preguntó—. ¿Antes, cuando Rave capturó a un solo colmillo para ti?

No de Fuerzas Especiales, pero un montón de entrenamiento especial. Leesa contestó:

—Confía en mí, Bradly. Rave *no* es un vampiro. Te lo puedo asegurar.

—Si Rave fuera un vampiro, cariño —le dijo Judy a Bradley—. ¿Por qué habría tenido Leesa que ofrecerse a ese monstruo de Stefan para liberarte?

Bradley no tenía respuesta para eso. —Creo que tienes razón. Eso no tendría ningún sentido. —Se volvió hacia Leesa—. Lo siento, calabaza. Sólo estaba preocupado por ti.

Gracias mama, pensó Leesa. —Está bien, hermano mayor. —Le sonrió para dejarle saber que de verdad estaba todo bien—. Los viejos hábitos son difíciles de romper. Tú cuidaste de mí por muchos años. No hay razón para que pares ahora.

—Ahora que tenemos todo resuelto —dijo Judy animadamente—, aún hay algunos regalos bajo el árbol.

Leesa se sintió aliviada de quitar la atención en Rave. Sin embargo se preguntaba cuánto más podría ser capaz de mantener su verdadera naturaleza en secreto, y que pasaría cuando su familia finalmente supiera la verdad.





CAPITULO 23

UN INVITADO BIENVENIDO

Traducido por liliana
Corregido por Ángeles Rangel

Tres días después de Navidad, Leesa y Bradley estaban en el apartamento nuevo, ensamblando los muebles baratos que adquirieron en la tienda IKEA en New Haven. Habían conducido el día anterior en la Ford Expedition del tío Roger y eligieron todo lo que pensaron que necesitarían para que su madre y Bradley estuvieran al menos semi confortables. Leesa iba a volver a la escuela en menos de una semana, por lo que habían pedido prestado un colchón de aire del tío Roger para que durmiera en el desván. Realmente no tenían que pensar en cómo amueblar el desván hasta que la escuela terminara en el verano.

Ya habían armado una cama para su madre y otra para Bradley. Las instrucciones eran claras y sencillas y necesitaron pocas herramientas. Leesa estaba ensamblando un par de sillas de comedor que iban con la mesa que Bradley estaba armando. Su madre estaba en la panadería, trabajando. Bradley había instalado un reproductor de CD, pero toda la música de Leesa estaba de nuevo en el dormitorio, por lo que estaban escuchando una colección de villancicos prestados de la tía Janet. A Leesa no le importaba en absoluto extender el espíritu de las fiestas un poco más de tiempo.

Un golpe en la puerta los sorprendió a ambos. No esperaban visitas. En realidad, nadie más que la tía Janet y el tío Roger tenían aún la nueva dirección.

Leesa miró hacia Bradley y vio que estaba a mitad de la unión de una de las patas de la mesa.

—Yo voy —dijo ella.

Puso de costado la silla en la que estaba trabajando y se levantó. Supuso que probablemente era el encargado del edificio en la puerta, o tal vez uno de los empleados de mantenimiento, pero cuando abrió la puerta se encontró mirando a la última persona que esperaba.

—¡Rave! —exclamó alegremente.

Sin pensarlo, saltó a sus brazos, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura y lo abrazó con fuerza. Lo había extrañado con fiereza, pero no había sabido cuánto hasta este momento.

Rave sostuvo su peso con facilidad. —Yo también me alegro de verte —dijo él, sonriendo.

—Es una buena cosa que no seas humano, Rave —dijo una voz detrás de él en tono de broma—. De lo contrario, ésta podría haberte roto la espalda.

Leesa miró por encima del hombro de Rave y vio a dos Volkaanes sonriéndole. Sintió que se ruborizaba cuando se desenredó de los brazos de Rave y bajó los pies al suelo.

Era evidente que los acompañantes de Rave eran Volkaanes. Los dos eran escandalosamente guapos —aunque no tan magníficos como Rave, por supuesto— con la misma mirada oscura cobriza y la piel de bronce. Parecían estar cerca de la edad de Rave, aunque con los Volkaanes nunca se podía estar seguro. Los tres vestían pantalones vaqueros y camisas de franela de manga larga. La de Rave era blanca y negra, la de los otros roja y negra.

Rave se hizo a un lado y presentó a sus amigos.

—Leesa, estos son Dral y Bain. Son mis compañeros de nacimiento y mis amigos.

Leesa sonrió tímidamente y tendió su mano todavía un poco avergonzada de su reciente espectáculo. Cada Volkaane se la estrechó a su vez. Ambos irradiaban el mismo calor de sus manos como Rave.

—Es tan guapa como la describiste, Rave —dijo Dral, sonriendo.

Leesa se sonrojó de nuevo y comenzó a girar sus dedos en su pelo. Sin embargo, se emocionó al escuchar que Rave habló de ella a sus amigos Volkaane.

—Encantada de conoceros a ambos —dijo—. No estoy segura de lo que son los compañeros de nacimiento, pero cualquier amigo de Rave es sin duda un amigo mío.

—Todos hemos nacido del mismo Festival de la Renovación —explicó Dral.

—Hemos crecido y entrenado juntos —añadió Bain.

Leesa recordó a Rave diciéndole que la descendencia Volkaane se criaba en comunidad y no se consideran adultos hasta que tenían cuarenta. No era de extrañar que fueran cercanos.

—¿Cómo me has encontrado, Rave? Nos acabamos de mudar aquí ayer.

—Nos detuvimos en casa de tus tíos. Tu tía me dio la dirección.

—Oh. Bueno, entrad, todos —dijo Leesa, agarrando el brazo de Rave.

Dral y Bain se miraron.

—Gracias —dijo Dral—, pero vamos a esperar afuera.

Cada uno de ellos se movió en silencio unos seis metros a un lado y se quedó con la espalda contra la pared. Leesa comprendió de inmediato que estaban actuando como centinelas. Se preguntó si la visita de Rave significaba que ella estaba en peligro, o si los Volkaanes estaban tomando las precauciones normales.

—¿Está todo bien, Rave? —preguntó mientras aún estaban fuera. Si algo estaba mal, no sabía si él sería capaz de contárselo delante de Bradley.

Rave la besó en la frente e inmediatamente sus rodillas se sintieron débiles. Había pasado demasiado tiempo desde que había sentido incluso un breve toque de sus labios.

—Todo está bien. Los Ancianos insistieron en que si quería volver a Connecticut a verte, tenía que traer dos compañeros por seguridad, por si acaso. Por cierto —añadió—. Recibí el mensaje de Max. —Leesa se sonrojó de nuevo. Lo agarró del brazo y lo llevó adentro.

—Bradley, mira quién está aquí.

Bradley estaba tumbado en el suelo, atornillando un cierre para una de las patas de la mesa.

—No te levantes —dijo Rave.

—Hola, Rave —dijo Bradley desde donde estaba.

—Gracias. Casi tengo terminada esta cosa.

Leesa todavía agarraba fuertemente el brazo de Rave—. Te he echado taaanto de menos —dijo.

—Ey, vamos hermanita, no te pongas toda pegajosa delante mí —dijo Bradley, riéndose entre dientes. Leesa le dio un apretón al brazo de Rave—. Lo siento, hermano mayor —le dijo a Bradley—. Voy a tratar de controlarme, por lo menos hasta que tenga a Rave solo.

Rave sonrió. Le encantaba ver a Leesa interactuar con su familia, porque los Volkaanes no tenían familias propias reales. Balin era lo más parecido que tenía a un padre, y Dral y Bain lo más parecido que tenía a hermanos.

—Hecho —dijo Bradley. Se levantó del suelo y le tendió la mano a Rave.

—Es bueno verte de nuevo, Rave.

Leesa observó cómo los dos se dieron la mano. La expresión de Bradley no cambió, por lo que supuso que Rave todavía tenía suficiente control de su calor interno para hacer normal la temperatura de su mano.

—También a ti, Bradley —dijo Rave—. Te ves mucho más saludable que la última vez que te vi. Es bueno verlo.

—Gracias —dijo Bradley—. Me siento genial.

—Espero que nos disculpes —le dijo Leesa a su hermano—. Rave y yo vamos a la cocina a hablar.

—No hay problema. —Bradley empujó una caja cerrada con el pie—. Tengo mucho qué hacer para mantenerme ocupado. —Leesa llevó del brazo a Rave a la cocina.

—Oops —dijo, de pie en medio de la cocina—. Me olvidé que todavía no hay dónde sentarse aquí.

—Claro que hay —dijo Rave. La levantó sin esfuerzo y la depositó sobre la encimera de mosaicos entre el fregadero y la estufa, dejando las manos en sus caderas—. ¿Ves?

—¡Ey! Supongo que tienes razón —dijo Leesa. Puso los brazos sobre sus hombros y le dio un suave apretón en las costillas con las rodillas—. Esto es muy cómodo. Muy sexy, también. —ladeó un poco la cabeza—. Así que, ¿qué te trajo a hacer todo el camino desde New Hampshire?

—Te extrañaba. ¿No es eso suficiente?

—Yo también te he extrañado, pero, ¿por qué creo que extrañarme no sería suficiente para conseguir que vayas al Consejo de Ancianos y te traigas a dos amigos aquí contigo? —Rave la miró avergonzadamente. A Leesa le encantaba cuando la miraba de esa manera, ya que no sucedía a menudo. Solía ser muy seguro y tenerlo todo bajo control.

—Bueno, te echaba de menos —dijo—. Y quería ver cómo estabas y asegurarme de que todo estaba bien, pero tienes razón. Hay más. Puede que tenga que estar lejos un poco más de tiempo del que originalmente esperaba.

Eso definitivamente era algo que Leesa no quería escuchar—. Oh, no. ¿Por qué?

—El Consejo ha decidido que es más seguro para todo el mundo de esa manera. Para Volkaanes, vampiros y humanos.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera, entonces? —Rave se encogió de hombros—. No estoy seguro. A menos que escuchemos que los vampiros están fuera de control y nuestra presencia sea necesaria, podría ser por poco tiempo.

El corazón de Leesa se hundió. ¿Por qué tenía que haberse enamorado de un Volkaane? Rápidamente anuló el pensamiento. Rave era de lejos lo mejor que le pudo pasar, a pesar de los obstáculos. Y había más que unos pocos, sin duda.

—Tres personas desaparecieron en los dos días del solsticio —le dijo ella—. Además, uno más el otro día. No hay manera de saber si se trataba de vampiros, pero incluso si lo fuera, supongo que cuatro no es suficiente para que cuente como «fuera de control» aún, ¿no?

Rave sacudió la cabeza—. No. Me temo que hará falta algo más que eso.

—Eso apesta, sin doble sentido. Así que, ¿cuánto tiempo te quedas? —Los bellos rasgos de Rave parecieron oscurecerse—. Sólo esta tarde, me temo. Tenemos que partir antes del anochecer.

Leesa estaba decepcionada, pero eso aún les daba un par de horas más—. ¿Quieres ir a dar un paseo? —preguntó.

—Claro —dijo Rave, sonriendo—. Caminar contigo es una de mis actividades favoritas.

—¿Ah, sí?, ¿y cuáles son algunas de tus otras favoritas? —preguntó Leesa con coquetería.

La sonrisa de Rave se amplió—. Bueno, veamos. Me encanta cargarte, por supuesto.

Lessa sonrió. No podía discutir eso, a ella también le encantaba. Sin embargo, sabía que Rave entendía que no era lo que ella quería oír—. ¿Y qué más? —preguntó.

Rave se inclinó hacia delante y le dio un rápido beso en la boca. Sus labios se habían ido casi antes de que la tocara, pero Leesa todavía sentía el familiar disparo de excitación a través de su cuerpo.

—Y adoro besarte —dijo Rave—. Solo desearía que pudiéramos hacerlo más.

Leesa suspiró—. Yo, también. Espero que no estés perdiendo el tiempo ahí arriba en New Hampshire. Será mejor que estés practicando la cosa esa de *Rammugul*, practicándola mucho.

Rave rió—. Confía en mí, lo hago un poco más. —La ayudó a bajar del mostrador—. Vamos a comenzar con ese paseo.

Afuera, en la sala de estar, Bradley estaba sentado en el sofá, tomando un descanso del montaje de los muebles. Se las había arreglado para terminar una mesita, mientras que Leesa y Rave estaban en la cocina. Se puso de pie cuando salieron.

—Rave, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo. Leesa miraba a su hermano con atención. Reconoció la mirada curiosa que siempre tenía cuando quería saber algo. Esperaba que no fuera a preguntarle a Rave acerca de ser un vampiro.

—Claro —respondió Rave.

—Si tu gente no conduce o viaja en coches, ¿cómo llegaste hasta aquí desde New Hampshire? ¿Hay un caballo y una calesa estacionados afuera?

Rave rió, pero Leesa estaba preocupada. ¿Cómo *iba* Rave a explicar lo fácilmente que recorrían largas distancias los de su clase?

—No, no hay caballo y calesa, me temo —dijo Rave fácilmente—. Siento decepcionarte. Cuando tenemos algún lugar importante al que ir, si no está cerca, se nos permite viajar en el autobús. Sin embargo, tenemos una definición diferente a la de la mayoría de la gente acerca de las distancias cortas.

Leesa sonrió, sorprendida por la facilidad con que la mentira vino a los labios de Rave. Sabía que tan solo el caminar para subir a un autobús probablemente le freiría cada sistema eléctrico. Los Mastons habían vivido en los márgenes de la sociedad durante tanto tiempo, que supuso que habían dado con explicaciones plausibles para la mayoría de las preguntas que los humanos curiosos podrían hacer.

—¿Cosas importantes como venir a ver a mi hermana? —se preguntó Bradley.

Rave sonrió—. No puedo pensar en algo más importante. ¿Y tú?

Leesa sonrió. Le *encantaba* escuchar eso. Tomó la mano de Rave.

—No, no puedo —dijo Bradley.

—Vamos a dar un paseo —le dijo Leesa—. Espero que no te importe que te deje aquí con todo esto durante un par de horas.

Bradley sonrió. —Por supuesto que no. Rave se subió al maldito autobús para venir a verte, después de todo.

Todos se rieron. Leesa agarró su abrigo y la gorra y condujo a Rave hacia la puerta. En el exterior hacía frío pero sin helar. El sol de media tarde brillaba en un cielo casi completamente despejado, proporcionando un poco de calor. Leesa supuso que la temperatura estaría rondando un grado bajo cero. Nada mal para New England a finales de diciembre.

La ligera capa de nieve de la Nochebuena hacía tiempo que se había derretido. Dral y Bain cruzaron el pequeño jardín y se quedaron en silencio un paso por detrás de Leesa y Rave tan pronto como se encaminaron hacia la acera.

Leesa no tenía ningún destino en mente. Simplemente los sacó a la calle principal y dieron vuelta al este, hacia Middletown. No le importaba a dónde fueran, era suficiente estar caminando con Rave y sosteniendo su mano. Hablaron a la ligera, fácilmente. Le habló de la Navidad, sobre el trabajo de su madre en la panadería, acerca del viaje a New Haven por los muebles. Rave le habló de las cavernas en New Hampshire y de los refugios temporales que su gente había erigido fuera de ellas. Ella esperaba que los refugios fueran muy temporales.

En su mayor parte, DraI y Bain caminaban en silencio detrás de ellos, aunque de vez en cuando uno de ellos hacía un comentario. Siempre que Leesa miraba hacia atrás, veía la misma atenta vigilancia de la misma forma que siempre sintió de Rave. Los Volkaanes no estaban realmente preocupados acerca de los vampiros en este momento, era una tarde brillante y estaban caminando por una calle bastante concurrida, por lo que era improbable que cualquiera de las criaturas estuviera en la zona. Esta era simplemente su forma de ser cuidadosos, alerta y atentos a las cosas que les rodeaban.

Caminaron durante casi dos horas, todo el camino hasta el centro de Middletown y de regreso. El sol estaba justo sobre el horizonte cuando volvieron al complejo de apartamentos.

El día se había vuelto mucho más frío mientras el sol menguaba, pero con su mano en la mano de Rave, Leesa apenas lo sintió. Había sido un maravilloso paseo, una tarde maravillosa, pero sabía que era hora de otro adiós.

Se dio la vuelta y se abrazó a Rave, apretando su mejilla contra su pecho mientras sentía sus fuertes brazos que la rodean, tratando de absorber tanto como pudiera de él, mientras estuviera aún ahí. Por último, apartó su cabeza lejos de su pecho y miró a su cara. Dral y Bain se habían movido unos pasos hacia atrás, dándoles un poco de intimidad.

—Gracias por venir, Rave. Fue una sorpresa maravillosa.

—El placer fue mío —dijo Rave, sonriendo—. Un recorrido de trescientos veinte kilómetros no es nada. No cuando tú te encuentras al final del recorrido.

—Eres un adulador —bromeó—. Trescientos veinte kilómetros no es mucho para ti, esté yo o no al final del mismo. —Ella se levantó de puntillas y le dio un rápido beso en los labios—. Sin embargo, me gusta oírtelo decir. —Se apartó de su abrazo—. Ahora, sal de aquí. Odio las despedidas largas.

Rave sonrió—. Como desees. —hizo una seña con la cabeza a Dral y Bain, que comenzaron la caminata. Rave besó la parte superior de su cabeza—. Mantente a salvo, mi amor —dijo, y luego se volvió y siguió a sus compañeros.

Leesa observó hasta que desaparecieron por la esquina. No fue hasta que ella giró para entrar a la vivienda que se dio cuenta de que había olvidado decirle a Rave acerca de su sueño vampiro. Oh, bueno, pensó, no tenía sentido preocuparle sobre un sueño estúpido de todos modos. Abrió la puerta y entró.

CAPITULO 24

UNA NUEVA AMIGA

Traducido por ingrid
Corregido por paoo

La primera cosa que hizo Lisa cuando regresó de escuela, después de dejar sus cosas en su cuarto, fue bajar al cuarto de Cali. Había visto a su amiga sólo una vez en las vacaciones, cuando Cali tomó prestado el coche de su madre y condujo hasta Meriden dos días antes de Navidad. Eso había sido hacía casi dos semanas, y Leesa extrañaba a su mejor amiga. Los mensajes de texto estaban bien, pero nada como estar juntas en persona.

La puerta de Cali estaba abierta. Dentro, Leesa podía ver a Cali y Stacie sentadas en el escritorio, de espaldas a la puerta. Tocó ligeramente la puerta dejándoles saber que estaba ahí y entró al cuarto.

Las dos chicas se volvieron al sonido del toque de Leesa, y vio inmediatamente que estaba en un error. La segunda chica no era Stacie. Esta chica, de cabello negro largo y liso, tan similar a la mitad japonesa de Stacie, la engañó. Nunca había visto a esa chica antes. Era muy bonita, con grandes y almendrados ojos castaño oscuro, y pómulos altos, que le daban una atractiva y exótica apariencia, así como su tez café con leche.

—Hola Leesa —dijo Cali felizmente. Se levantó y cruzó el cuarto para darle un gran abrazo de bienvenida.

Vestía jeans negros y una sudadera color rosa anaranjado brillante y ligera, con la leyenda «I Love Pink» impresa al frente con letras grandes. Y pequeñas letras proclamando las Reglas Rosa, bajando a lo largo de una de las mangas. Nunca había visto esa sudadera antes, e imaginó que sería un regalo de navidad. Una cosa a saber sobre la gente Rosa, ciertamente no eran tímidos para dejarle saber al mundo qué prendas pertenecían a su popular línea de ropa.

—Esta es mi amiga Vanina —dijo Cali cuando la soltó.

La nueva chica se levantó graciosamente y extendió la mano. Cuando estuvo de pie, vio que Vanina era unos cinco centímetros más alta que ella, al menos 1.78 m, quizá más.

Su atuendo era mucho menos colorido que el de Cali, pero casi tan llamativo. Unas mallas negras mostraban sus largas y esbeltas piernas, mientras que arriba, vestía una camisa suelta de manga corta gris oscuro desabotonada sobre una camisola carmesí.

La mano de Vanina era suave y tersa. Leesa se preguntó por qué Cali nunca la había mencionado antes. Quizás era una vieja amiga del colegio.

—Hola Vanina —dijo—. Es un lindo nombre. E inusual. Nunca lo había oído antes.

—Es corso —dijo Vanina.

Esta chica era, de hecho Edwina, pero sabía que Leesa reconocería el nombre instantáneamente, así que se presentó a Cali usando el nombre de Vanina, el de su pasada mentora.

—Córcega… ¿No es de donde era Napoleón?

Edwina sonrió.

—Muy bien. Estoy impresionada. No mucha gente sabe eso hoy en día. —Hizo una mueca esperando que Leesa no notara su comentario de «hoy en día». Edwina era experta en mezclarse con los humanos, pero de vez en cuando algo se le escapaba que podía llevar a un astuto observador a preguntarse sobre la procedencia de su declaración.

Lessa creyó ver por un momento una mirada extraña en los ojos de Vanina, pero se fue antes de que pudiera identificarla. La chica también tenía trazas de algún tipo de acento.

—¿Eres de ahí? —preguntó Leesa—. ¿Córcega?

Edwina rió.

—No, ya quisiera. Eso sería grandioso. Pero no, nací en Virginia, aunque no vivo ahí desde hace mucho tiempo.

—Ahora vive en East Harford —dijo Cali—, nos conocimos en el centro comercial en vacaciones.

Leesa asintió. Eso explicaba porque Cali nunca había mencionado a Vanina antes. Era una nueva amiga.

—¿En qué dormitorio estás? —preguntó, asumiendo que Vanina era una estudiante de Weston.

—Oh, no voy a Weston, voy a UConn —dijo Edwina, usando la historia que había ideado para explicar porque no se quedaría por mucho tiempo—. No empezamos la escuela hasta mañana, y de todos modos, vivo en casa.

—Me llevó a la escuela esta mañana —dijo Cali—, le ahorró el viaje a mi madre.

Edwina había aprendido a conducir hacía más de una década, le enseñó un novio humano, cuando se dio cuenta que esta habilidad la ayudaría a encajar. Hasta donde sabía, era la única vampira en todo el aquelarre que sabía conducir. Por supuesto, la mayoría de los vampiros usaban poco los cochees. Cali no sabía que el coche que Edwina decía era de su madre era, de hecho, robado.

—No es gran cosa —dijo Edwina—, además, quería ver dónde vive Cali.

—¿Muy lujoso, eh? —dijo Cali sarcásticamente.

—No está mal —respondió Edwina—, al menos tienes tu propio cuarto. Todos los cuartos en UConn tienen al menos dos personas. —Lo sabía porque cazaba con frecuencia en UConn—. Esa es una de las razones por las que decidí vivir en casa.

—Sí, supongo que tener tu propio cuarto es grandioso —dijo Cali—. Leesa vive arriba, en el cuarto piso.

—Genial, debe ser lindo vivir tan cerca una de la otra.

Cali rodeó la espalda de Leesa con un brazo.

—Sip. Seguro. Leesa es mi mejor amiga.

—¿En qué año estás en UConn? —preguntó Leesa.

—En tercer año, pero tomé un año sabático para viajar después de la secundaria.

Leesa asintió. Había adivinado que Vanina era probablemente un poco mayor que ella y Cali.

—¿Cómo está Rave? —preguntó Cali—. ¿Ya está de regreso?

—Todavía no. Solo lo vi esa única vez que conté.

—Eso apesta —dijo Cali compasivamente.

—¿Quién es Rave? —preguntó Vanina—. ¿Tu novio?

—Sí —replicó Leesa.

—Es guapísimo también —dijo Cali. Lamió la punta de su dedo y luego lo extendió haciendo un sonido de chisporroteo para enfatizar lo guapo que pensaba que era Rave.

Edwina rió. Ahora sabía el nombre del Volkaane: Rave. Había explorado con cuidado el área donde los Volkaanes vivían —otra de las reglas del aquelarre que había roto, yendo tan cerca de su asentamiento— y descubrió que todos se habían ido. A dónde, no tenía idea, pero no se arriesgaría a estar en un espacio tan encerrado como este con Leesa si hubiera una posibilidad de que su novio pudiera aparecer. Aún así, no quería quedarse mucho tiempo, porque no podía saber cuándo el Volkaane decidiría regresar.

—Si es tan guapo —dijo Edwina—, espero verlo uno de estos días. Suena como que conseguista a uno de los buenos, Leesa.

—Así es —dijo sonriendo—. Rave es lo mejor.

—Bueno, es mejor que me vaya —dijo Edwina—. Mi madre puede necesitar su coche. Un gusto conocerte Leesa.

—Igualmente —dijo—. Espero verte otra vez.

—Oh, lo harás, estoy segura —dijo Edwina.

Tomó un abrigo negro de la cama de Cali. *Qué fácil*, pensó, matar a una o a ambas, justo aquí y ahora pero, ¿qué habría de divertido en eso? Tan deliciosas como pudieran ser, su sed de venganza era incluso más fuerte que su sed de sangre.

CAPITULO 25

Sueno Hecho realidad

Traducido por ilka
Corregido por paoo

Leesa se despertó sudando frio. Acababa de sufrir otro de esos sueños poderosos, demasiado reales. Esta vez, solamente podía recordar la imagen final, pero la visión que la perseguía era más que suficiente. Había visto a una adolescente mirando hacia adentro de una ventana. Su cabello era largo y fino, sus ojos grandes pero sin vida, su boca levemente abierta. Todo estaba oscuro tras ella, pero la luz de la ventana iluminaba parcialmente su rostro. El efecto total era de anhelo incontenible, tristeza y un terrible sufrimiento.

Era una imagen horripilante, una que deseaba poder borrar de su memoria, pero no importaba cuanto tratara de hacerlo, la imagen se mantenía clara como una fotografía. La imagen de la niña parecía estar grabada en sus retinas.

Incapaz de hacer que la imagen se fuera, cambió su foco de atención, luchando por tratar de recordar detalles del sueño en vez de la imagen. ¿Quién era esa niña y de dónde había salido? ¿Qué horrores había sufrido para hacerla tener esa mirada? y, ¿por qué había aparecido en su sueño en primer lugar?

No venían respuestas. La primera parte del sueño se mantenía elusiva y la cara desesperanzada de la niña era persistente.

Frustrada, se sentó y dobló las piernas por el borde de la cama. La residencia estaba en silencio. Una ojeada a su reloj le dijo que eran sólo las 4:35. Fuera del cobertor, sintió que el frío de la habitación la envolvía. Entraba suficiente luz de luna como para distinguir las líneas de los muebles. Se levantó y tomó un albornoz de su armario y metió los pies en unos suaves mocasines.

Entrando en calor, cruzó hasta el lavamanos y se echó agua fría en la cara, enjuagando la capa de sudor seco y esperando que al estar más despierta se borrara la imagen; el sudor desapareció rápidamente, la enervante imagen del rostro desesperado de la niña se quedó.

Leesa no tenía apuro en volver a la cama, dudaba si sería capaz de volver a dormir aunque lo intentara. En vez eso, cruzó cuidadosamente a su escritorio y se sentó. Usualmente no le importaba la oscuridad, pero esta noche la penumbra parecía especialmente opresiva, por eso encendió la lámpara de su escritorio.

Era el tercer sueño extraño que la asaltaba. La gente dice que las cosas generalmente vienen de a tres. Esperaba que fuera verdad, porque eso significaría que este era el último. Sin embargo dudaba que tuviera esa suerte. Se preguntaba de dónde venían esos sueños. Nunca antes había tenido pesadillas, pensó que si alguien tuviera razones para tenerlas sería ella, con la historia de su madre de vampiros con un solo colmillo y su padre que abandonó a su familia cuando era tan pequeña. Al crecer, había tenido sueños, por supuesto, y algunos de ellos tenebrosos. Hasta los niños tienen sueños que dan miedo de vez en cuando, y ella no era la excepción. Sin embargo, ninguno de esos sueños había sido parecido a estos, ni siquiera se acercaban.

Se preguntaba una y otra vez lo mismo, se lo había preguntado luego de los dos primeros sueños, y seguía obteniendo la misma frustrante falta de respuestas. No había nada que pudiera señalar el origen de sus pesadillas. No había eventos desencadenantes que pudiera recordar. Parecían florecer de la nada, sin ton ni son, pero una parte de ella sabía que no podía ser así. Nada tan poderoso y realista podía nacer de la nada. Tenía que haber una razón, alguna causa, solo que no podía encontrarla.

Dos días más tarde Lessa veía la televisión con asombro y desmayo.

Las cosas habían sucedido tranquilamente estos días de regreso al colegio. Sus clases eran buenas —no más física, ¡gracias a Dios!— ninguna de sus elecciones de este semestre serían tan entretenidas como Ciencias Vampíricas, pero su segunda clase de psicología parecía ser tan interesante como la primera, y como siempre le había gustado la historia, esperaba que sus clases de Historia Americana fueran buenas también. Sociología prometía estar bien, como la segunda parte de las series obligatorias de Literatura Inglesa, que corrían desde 1900 al presente. Incluso había un libro de Anne Rice en la lista de lecturas obligatorias. Química sería su clase más pesada, pero no había manera que fuera más difícil que la física.

Sus profesores se lo habían puesto fácil a los estudiantes esta primera semana, asignando tareas mínimas mientras se recuperaban de las vacaciones y volvían al ritmo de la escuela. Lessa había pasado los últimos dos días con Cali, Caitlin y Stacie, pasándolo bien y compartiendo historias de sus vacaciones de navidad. Caitlin lucía un cabestrillo azul en el codo derecho, cortesía de un resbalón en el hielo en New Jersey, por esto cuando jugaron a Guitar Hero, sólo pudo mirar y animar a sus amigos. Y cantar, por supuesto.

Esta noche, sin embargo, Lessa estaba sola. Había planeado ir a ver a sus amigas más tarde, pero ahora estaba en su dormitorio, leyendo algo para Historia. La televisión estaba encendida en las noticias, proveyendo ruido ambiental y distracción. A los diez minutos de comenzadas las noticias, una historia llamó su atención. Fueron las palabras “hija muerta” las que la sacaron de su

lectura. Cerró el libro y escuchó a un reportero en New Orleans entrevistar a los padres de una chica de 17 años que había muerto en un accidente cocheístico hace unos minutos.

La madre estaba llorando, mientras el padre narraba cómo ambos habían visto a su hija parada fuera de la ventana la noche anterior, observándolos. La historia de unos padres perturbados, imaginando haber visto a su hija muerta, por muy descorazonador que fuera, no hubiera sido digno de aparecer en el noticiario, especialmente a nivel nacional, excepto por una cosa.

Cuando la policía fue a la tumba de la niña al día siguiente, encontraron la tumba y el ataúd abiertos. El cuerpo de la niña aún estaba dentro, pero nadie tenía una explicación de por qué estaba desenterrada, o quién lo habría hecho.

Lo que le causó hundirse en horror no fue la profanación de la tumba. Fue la fotografía de la hija que la madre mostraba llorosa al reportero, ¡se veía horrorosamente parecida a la niña que había visto sólo dos noches antes!

La televisión cambió a un comercial de cochees, pero ella miraba fijamente la pantalla. No estaba mirando el comercial de todos modos. Estaba observando una vez más la cara angustiada de la niña de su pesadilla.

Se pasó los dedos furiosamente por el cabello. ¿Qué, por el amor de Dios, estaba pasando? Esta era la segunda vez que uno de sus sueños parecía ser verdad, al menos parcialmente; y los dos estaban relacionados con gente muerta. ¿Sus sueños eran realmente vistazos al futuro? ¿Cómo era posible? ¿Y por qué, dos de ellos, tenían que ver con gente muerta que volvía a la vida? Si hubiera soñado con personas convirtiéndose en vampiros lo entendería, después de todo había sido mordida por una de esas criaturas. Pero cuerpos levantándose de sus tumbas y vagando alrededor no tenían ningún sentido.

Había una cosa que la perturbaba, incluso más que los sueños de cuerpos reanimados, y era el segundo sueño, en el cual una niña era encadenada a una pared por un vampiro, una niña que estaba tentadoramente cerca de reconocer, pero no había sido capaz de ver lo suficientemente claro. ¿Qué si ese sueño se fuera a hacer realidad? ¿Qué, si como los otros dos, ya había sucedido? ¿Y quién era la pobre niña? ¿Había algo que pudiera hacer para salvarla? Tenía muchas preguntas pero ninguna respuesta.

Un pensamiento, repentino y terrorífico la golpeó. ¿Qué si no solo veía cosas que pasarían, sino de alguna manera estaba *haciendo* que sucedieran? Inmediatamente intentó sacar el pensamiento de su mente. No había ninguna posibilidad que desencadenara o hiciera que estas cosas pasaran. La idea era ridícula, imposible… ¿Verdad? Pero, ¿era igual de imposible e increíble que ella viera el futuro, o visualizara eventos de los que no tenía conocimiento alguno? Era todo demasiado loco. Había sólo una cosa de la estaba segura, algo incomprensible estaba sucediendo con sus sueños.

Si esta locura seguía, pronto tendría miedo de cerrar los ojos por la noche.



CAPITULO 26

UNA PISTA IMPORTANTE

Traducido por Ilka
Corregido por lsgab38



Aunque Lessa lo desconocía, la única persona que podría contestar algunas de sus preguntas estaba a casi 4.800 km de distancia, sintiéndose cada día más frustrado, en San Diego.

Dominic había decidido al fin que necesitaba ayuda, así que contrató un investigador privado, pagándole en efectivo y contactando al hombre una vez al día a través de un teléfono público diferente cada vez. Después de cuatro días el hombre entregó a Dominic una dirección en la zona de North Park, San Diego.

El lugar resultó ser un pequeño complejo de apartamentos. Dominic había estado silenciosamente vigilando el apartamento por dos días, pero no había visto salir a una sola persona de éste. Una etiqueta en las casetas de correo mostraba un nombre que no reconocía, pero la madre de Lessa podría haberse vuelto a casar con el paso de los años y tener ahora un nombre diferente. Había caminado casualmente pasando por fuera de las ventanas algunas veces y era posible ver que el lugar estaba amueblado, por lo tanto no estaba perdiendo su tiempo vigilando un apartamento vacío. Pero dudaba que Lessa, o su madre, aún vivieran aquí.

Si tuviera otro sitio donde buscar, estaría buscando ahí, pero no lo tenía. Aún así, decidió que debería ser un poco más proactivo, a pesar de su gusto por la discreción y el secretismo. Cruzó hacia el apartamento seis y golpeó en la puerta. Espero unos momentos y golpeó nuevamente. No había respuesta. Los ocupantes del apartamento probablemente estaban trabajando.

Pasó de largo el apartamento cinco y llamó a la puerta del número cuatro. Iba a golpear una segunda vez cuando una sonriente mujer de pelo canoso abrió la puerta.

—¿Sí? —dijo ella.

—Hola —dijo Dominic con una voz amistosa mientras susurraba—. Mi nombre es Fred.



Sacó el nombre del aire, continuando con sus prácticas de usar un nombre diferente cada vez que preguntaba por Lessa o su familia.

—Soy un amigo de los Nylands —dijo—. Sé que solían vivir en el apartamento cinco, pero he estado lejos por algún tiempo. ¿Aún viven por aquí?

La mujer negó con su cabeza. —Lo siento, no. Se marcharon hace unos meses.

Dominic maldijo en silencio. Había llegado a otro callejón sin salida.

—¿Sabe algo de ellos? —preguntó, esperando tener al menos alguna información útil de esta amigable mujer.

—No mucho —dijo ella—. Especialmente considerando cuánto tiempo fuimos vecinos. La madre nunca parecía salir de casa, la veía parada frente a la ventana mirando hacia fuera algunas veces. Los niños parecían dulces, sin embargo Lessa era un poco tímida.

Esto una nueva noticia para Dominic. Recordaba a Judy Nyland como una mujer amistosa, extrovertida y se preguntaba qué había pasado para convertirse en alguien que nunca salía del apartamento. Esperaba que no tuviera nada que ver con Lessa.

—¿Tiene alguna idea de dónde pueden haber ido? —preguntó, anhelando sin esperanza tener alguna pista.

—No, no lo sé, lo siento mucho.

—Bueno, gracias por su ayuda —le dijo.

Cuando ya se disponía para irse, la mujer puso su mano en el antebrazo. —Lessa iba a entrar en algún colegio universitario en Connecticut, me parece. Quizá su madre se mudó cerca de ella.

Dominic sonrió. Por lo menos había logrado algo.

—¿Por casualidad no sabrá en qué colegio?

—Lo siento, no lo sé. Pero Connecticut no es muy grande, ¿cuántos colegios universitarios puede haber ahí?

Dominic no tenía idea, pero lo averiguaría tan pronto como fuera posible.

—¿Hay una biblioteca pública cerca? —preguntó.

La mujer le dio indicaciones de un lugar cercano, sólo a cuatro manzanas de distancia. Le agradeció la ayuda y se dirigió hacia la biblioteca, recorriendo la acera con largas y rápidas zancadas.

La respuesta a la pregunta. «¿cuántos colegios universitarios puede haber en Connecticut?» resultó ser «bastantes». Dominic observaba la lista que había obtenido del ordenador de la

biblioteca pública. Logró contar más de 30, incluso más si contaba los sitios que pertenecían a la Universidad Estatal. El número era desesperanzador, había esperado que fueran menos. Aún así, tenía algún sitio donde ir, un punto de partida.

Imprimió la lista, la dobló cuidadosamente y la puso en su bolsillo. Era el momento de volver a subirse al tren. Destino: Connecticut.

CAPITULO 27

UNA NOCHE FUERA

Traducido por andrea
Corregido por lsgab38

Leesa buscó por la ropa en su armario, tratando de decidir que ponerse. Iba a ir a algún lugar llamado The Joint que tenía noches de micrófono abierto los viernes. Andy había ido allí una vez con algunos tipos de su fraternidad y había dicho que era realmente divertido. Cali sabía qué tan estresada había estado últimamente —Leesa había compartido su más reciente sueño con ella— y había insistido que Leesa viniera, diciendo que una noche con un poco de diversión despreocupada sería bueno para ella. Caitlin también iba, entonces Leesa no parecería «una aguanta vela» en la cita de Cali y Andy.

Cali había dicho de vestirse ocasional y «funky», y Leesa no estaba exactamente segura de qué significaba eso. Estaba bastante segura que ninguna de sus prendas eran muy funky, sin embargo. Se decidió por un suéter con rayas moradas y negras y unos vaqueros negros. Esperó que sus botas Ugg marrones oscuras añadieran un poco de lo funky a su look. Comprobándose en el espejo, pensó que se veía bien, pero bien era probablemente bastante alejado de funky. *Ah*, pensó, *es lo mejor que puedo hacer.*

Metió sus guantes de cuero y gorra de esquí favoritos en los bolsillos de su anorak y bajó la escalera hacia el cuarto de Cali. Tal vez se dejara la gorra puesta en el interior del lugar, quizás eso sería lo suficientemente «funky».

Cali se estudiaba en el espejo cuando Leesa entró. Llevaba un atuendo que Leesa recordaba bien, ¿cómo podría olvidarlo?, de una de las primeras fiestas a las que habían ido juntas. Su camisa abotonada era de tela escocesa con un cuello de Peter Pan y filas de cráneos y corazones bajando en diagonal hasta el borde raído. Lo había conjuntado con la minifalda negra de corte bajo a la cadera y medias de red rojas rasgadas en varios sitios. Sus zapatos de plataforma negros la hacian casi tan alta como Leesa. Leesa no estaba segura de que hubiera sido capaz de estar de pie en aquellos zapatos, mucho menos pasear en ellos.

—¿Es eso lo que quisiste decir con funky? —preguntó Leesa cuando entró cojeando en el cuarto de Cali.

Cali sonrió abiertamente. —Sí… yo lo llamaría hip y funky.

Cali se alejó del espejo y dio al look de Leesa un vistazo rápido. Su ceño fruncido le dijo a Leesa todo lo que tenía que saber sobre la opinión de Cali de su conjunto.

—¿No tienes nada con calaveras? —preguntó Cali—, ¿o lunares?

Su cara se iluminó como si acabara de tener una gran idea. —Los lunares son funky. Los grandes, en todo caso.

—¡Ah! Lo siento. Nada de lunares. Y definitivamente nada de calaveras. —Leesa sonrió dulcemente—. Supongo que tendrás que lidiar con la vergüenza de ser vista conmigo.

Cali se agachó delante de su vestidor y revolvió en uno de los cajones. Sacó una bandana naranja embellecida por lunares morados grandes y doblado en una banda ancha de cinco centímetros.

—Ata esto alrededor de tu cabeza, —dijo, ofreciendo la bandana a Leesa—. Esto dará a tu conjunto algo de ventaja, al menos.

Leesa tomó la bandana y la estudió brevemente. Los lunares morados casi hacían juego con las rayas en su suéter. *Qué demonios*, pensó, y la ató alrededor de su cabeza.

Andy llegó un momento después. Su conjunto demostró por qué él y Cali hacían tan buena pareja.

Llevaba una camiseta negra apretada sobre una camisa de manga larga gris. La camiseta tenía un gran cráneo gris gritando en el frente. Sus vaqueros negros eran bastante normales, pero estaban sostenidos por un amplio cinturón de cuero negro con una hebilla de plata gigantesca que formaba un demonio alado.

Llevaba un sombrero de tela de fieltro, de la clase que Justin Timberlake y Jason Mraz solían llevar.

El modelo de tela escocesa rosa pálido y marrón oscuro era llamativo, pero el sombrero era discreto comparado con sus zapatillas de deporte de lona a cuadros en rosa brillante y blanco.

—Guau. Cali no bromeaba cuando dijo que vistiéramos funky, —dijo Leesa, sonriendo.

Andy sonrió abiertamente y se sacó su sombrero. —¿Te gusta?

Leesa se rió. —No estoy segura —dijo ella—, pero apuesto que a Cali sí, y es lo que cuenta.

—Te ves genial, Andy, dijo Cali.

—Y tú te ves caliente, nena, —contestó Andy.



Se dieron un abrazo y un beso rápido.

—Caitlin debería estar lista ya —dijo Cali—. Podemos recogerla por el camino.

Se dirigieron hacia el vestíbulo y encontraron a Caitlin que esperaba en la entrada. Llevaba una camisa blanca simple y falda negra corta sobre unos leggings negros. Un par de los amplios tirantes azul oscuro y negros que se estiraban sobre sus hombros. Miró a sus tres compañeros, Leesa casi sintió que era *ella* quién estaba vestida extrañamente. No podía creer que todos en The Joint iban a parecerse a sus amigos. Al menos, ella seguro esperaba que no lo hicieran, o iba a destacar como pez fuera del agua.

The Joint era un pequeño restaurante y bar localizado justo al salir del campus. No era un paseo demasiado lejano, pero la noche era fría, por lo que se amontonaron en el coche de Andy para el corto paseo. Aparcó en un lugar justo detrás del edificio y dieron la vuelta hacia el frente, donde pagaron una entrada de tres dólares y pasaron adentro. Cali lideró el camino, con Leesa siguiéndola de cerca.

Leesa se sorprendió por lo pequeño que era el lugar, pero los dueños habían apiñado bastantes mesas dentro para albergar a casi cien personas. El cuarto estaba ya tres cuartos lleno. Las conversaciones eran un poco más fuertes de lo que ella habría esperado, y suponía que al menos algunos ya tenían unas cuantas bebidas encima.

Leesa reconoció a la camarera de su clase de inglés del semestre pasado, e intercambiaron un par de «holas» rápidos antes de que la muchacha los dirigiera a una pequeña mesa redonda en el lado más lejano del cuarto. Estaban más cerca del fondo que del frente, pero igual no tan lejos del escenario, que no era nada más que una plataforma cuadrada levantada y cubierta de tela negra. Una vieja guitarra acústica se apoyaba contra la pared en el fondo del escenario y había un piano desgastado justo a la derecha.

Leesa estudió a la gente sentada cerca de ellos. La mayoría era chicos del colegio, pero había algunos más mayores entre la muchedumbre. Divisó un par de sombreros de fieltro, algunas cabelleras con mechas rosas y verdes, y un tipo con una cazadora deportiva de tela escocesa color verde brillante, azul y amarillo. Debía estar usándola como una broma. Se imaginó que debía ser un cómico, si no, sentía realmente lástima de la muchacha sentada a su lado, que parecía bastante normal. Vio un número normal de otra gente vestida de forma relativamente conservadora, por lo que estaba muy agradecida.

Un camarero alto de el pelo corto y rubio enfiló su camino a su mesa. Vestía una camisa de botones blanca suelta con las mangas enrolladas y pantalones negros. Los bordes oscuros de un tatuaje intrincado asomaban bajo la manga en su antebrazo, pero no lo bastante como para que Leesa identificara el diseño.

—¿Qué puedo traeros, amigos? —preguntó.



Andy pidió una cerveza y las chicas pidieron todas soda light. Leesa estaba sorprendida, pero complacida de que Cali no tratara de usar su ID falso para pedir una bebida.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Caitlin a Andy cuando el camarero se fue.

—Una vez. El semestre pasado con algunos amigos. Fue bastante divertido.

—Genial —dijo Caitlin. Miró Leesa y Cali—. ¿Alguna de vosotras, estrellas de Guitar Hero, piensa subir al escenario esta noche?

Leesa se rió. —No hay ni una posibilidad. Ni en un millón de años.

—Yo podría —dijo Andy—. Uno nunca sabe. Podría ser divertido.

—¿Qué? —Leesa exclamó, totalmente sorprendida—. ¿Bromeas, verdad?

Andy sonrió abiertamente. —¿Por qué no?

—¿Qué harías? —preguntó Leesa. ¿Cantar? ¿Decir chistes?

—Nada tan aburrido. Tal vez recite alguna poesía.

Leesa esperaba que estuviera de broma. Nunca había estado aquí, pero estaba bastante segura de que la muchedumbre no reaccionaría demasiado amablemente a un recital de poesía.

El movimiento en el frente del cuarto llamó su atención. Un tipo alto y moreno, usando la misma camisa blanca y pantalones negros que su camarero, había subido al escenario y agarrado el micrófono. Le dio un toque al micro con los dedos y esperó que el público se calmara.

—Doy la bienvenida a todos en la noche de micrófono abierto en The Joint, —dijo él. Algunos gritos y silbidos provinieron de la muchedumbre—. Vamos a comenzar con nuestro acto de apertura tradicional, —los silbidos aumentaron—. ¡Ríndete por uno de tus favoritos, Tony Phillips!

Los gritos y los silbidos se pusieron más fuertes y se unieron algunos aplausos. Leesa suponía que este tipo Phillips tenía a muchos admiradores aquí esta noche, o tal vez era sólo un público bullicioso preparado para soltarse y tener un poco de diversión. Las aclamaciones siguieron cuando un tipo fornido de pelo castaño largo subió al escenario. Llevaba su propia guitarra, mucho más nueva y más buena que la que estaba apoyada contra la pared. Las luces del techo se atenuaron y él comenzó a hacer una versión personalizada de «I love this bar», de Toby Keith.

—Tenemos ganadores, tenemos perdedores —cantó con una voz de barítono profunda—, fumadores de pipa y bebedores. Tenemos estudiantes de primer año, de tercero, y tenemos *montones* de holgazanes último año.

La gente se rió y aplaudió, y cuando él se puso al coro y cantó —me encanta The Joint —el lugar hizo erupción. Leesa y sus amigos se rieron y aplaudieron junto con los demás.

Cuando Phillips terminó, el maestro de ceremonias volvió a subir al escenario y agarró el micrófono.

—¡Tony Phillips, gente! —dijo cuando los aplausos finalmente se atenuaron—. Gracias por la apertura, Tony. Y como siempre, The Joint aprecia la publicidad.

Phillips saludó a la muchedumbre y bajó del escenario.

—Antes de que abramos el micrófono completamente, tenemos a otro de nuestros clientes habituales impaciente por entretenerlos —siguió el presentador—. En cuanto lo conoces, lo amas. Escuchemos al siempre popular: ¡Stefan Handlemenn!

Un tipo rubio delgado vestido con una vieja chaqueta de piloto de cuero negro y una gorra militar con una visera plástica brillante subió al escenario. El auditorio comenzó a cantar algo que a Leesa le pareció como «ga…ga» repetidas veces.

El tipo puso un reproductor de música en una pequeña mesa, manipuló los mandos brevemente, y entonces se puso de espaldas a la muchedumbre. Un ritmo de baile electrónico comenzó a salir del reproductor. El ritmo era familiar, pero Leesa no podía identificarlo. Vio a Handlemenn hacer una reverencia y hacer algo con su gorra. Cuando giró, la muchedumbre explotó.

Bajo la gorra, llevaba ahora una peluca color platino al estilo paje.

Hizo una imitación sorprendentemente buena de «Paparazzi», de Lady Gaga. Al auditorio le encantó, participando con un «papa-paparazzi» bullicioso siempre que él llegaba al coro. Para cuando terminó, había un grupo de chicos bailando.

El presentador volvió al escenario. —Gracias, Lady Gaga… uh, quiero decir Stefan. ¿No es algo especial, gente? —La muchedumbre rugió otra vez—. Ahora, ¿quién es lo bastante valiente para seguir a esta interpretación?

Por lo visto, el tipo con la chaqueta deportiva de tela escocesa salvaje era el único. Su aparición fue recibida con algunos gemidos. Leesa no sabía si era por su vestimenta o porque ya le habían visto antes. Sacó el micrófono del soporte y anduvo casualmente hacia el frente del escenario. No pareció para nada nervioso.

—¿Lo estáis pasando bien todos esta noche? —preguntó. No hubo mucha respuesta, pero siguió adelante—. ¿Habeis oído hablar sobre el tipo del equipo de atletismo que ganó una medalla de oro?. Estaba tan orgulloso que la mando a broncear.

Esperó una reacción, pero excepto por unos gemidos, el auditorio permaneció silencioso. Al parecer a él le gustaron los gemidos, sin embargo. Leesa suponía que cualquier reacción era mejor que ninguna reacción en absoluto. Hizo algunos chistes malos más, luego se bajó del escenario en una mezcla de aplausos corteses y de no tan corteses abucheos.

Antes de que el presentador alcanzara el micrófono, Andy ya estaba de pie.

—Esa fue un actuación que definitivamente puedo seguir. Deseadme suerte.

Leesa miró Cali. No pareció molesta en lo más mínimo porque Andy estuviera dirigiéndose hacia el escenario. Leesa esperaba que realmente no fuera a recitar la poesía.

Para su sorpresa, Andy no subió al escenario en absoluto. En cambio, se sentó en el piano. Tuvo que admitir, que se veía bastante mono sentado en el piano con ese gorro de fieltro en su cabeza. Le preocupó que la muchedumbre no fuera del tipo que escucha música de piano, sin embargo. Cali no parecía compartir su preocupación, sonreía ampliamente.

Andy comenzó despacio, apenas tocando conmovedoramente las teclas. La melodía era sombría y embrujadoramente familiar. El zumbido bajo de la conversación en el cuarto comenzó a calmarse, cuando la gente comenzó a oír la música. Andy comenzó a tocar más alto, más enérgicamente, y Leesa finalmente reconoció la canción. «Hurt», en la versión original de Trent Reznor, más que en la versión de Johnny Cash. La música se hizo más potente y el local se volvió más tranquilo. Su interpretación no era perfecta, pero era condenadamente buena.

De repente, la melodía cambió. Los dedos de Andy comenzaron a aporrear el teclado y su cabeza iba de arriba abajo. Sin perder el compás, había cambiado de «Hurt» a «Whole Lot of Shakin» por Jerry Lee Lewis. Cuando sus dedos se deslizaron a través de las teclas en un fuerte «glissando», la muchedumbre rugió.

—Atrápalos, Jerry Lee, —gritó alguien—. ¡Yee-haw!

Andy aporreó las teclas durante unos momentos más, luego levantó su pie derecho de debajo del piano y comenzó a tocar con su talón en el teclado, tocando las notas altas con su pie. La muchedumbre fue salvaje, y Leesa ahora sabía por qué llevaba aquellas salvajes zapatillas de deporte. Finalmente, bajó su pie al suelo y terminó con un floreo, deslizando sus dedos a lo largo de la longitud entera del teclado tres veces seguidas. La muchedumbre aclamó y silbó cuando se levantó e hizo una reverencia profunda, luego paseó saludando mientras volvía atravesando entre las mesas.

—Este es mi chico —dijo Cali, riéndose. Se levantó y dio a Andy un gran abrazo.

—Fue asombroso —dijo Leesa cuando él se sentó.

—Doce años de lecciones —explicó Andy—. Sobre todo música de iglesia y melodías de musicales, pero cuando hacía bien mis tareas, me permitían tener un poco de diversión.

—Bien, parece que te has divertido bastante esta noche, eso seguro —dijo Leesa.

—Sobre todo cuando hiciste aquello con el pie.

Él sonrió abiertamente. —¿Demasiado?

—De ningún modo —dijo Cali—. Fue perfecto. Lo idóneo para este lugar. —Le sacó el sombrero y lo colocó encima de su cabeza—. Quiero asegurarme que todos sepan que estoy con la superestrella.

Escucharon muchas otras actuaciones, unas bastante buenas, y otras no tanto. Sólo uno consiguió una reacción casi tan fuerte como la de Andy, un par de muchachas con atractivos monos de cuero que hicieron el local se viniera abajo con los aplausos con una sensual interpretación de la canción de Katy Perry «I Kissed a girl».

Para cuando regresaron a la residencia de estudiantes, era casi medianoche. Leesa dijo buenas noches a sus amigos y se dirigió a su cuarto, agradablemente agotada, contenta de que Cali la convenciera de haber salido esta noche. No había pensado en sueños o zombis durante horas. Esperó que su sueño fuera tan poco problemático como había sido la salida. Tan cansada como se sentía, estaba bastante segura que sería así.

Sacándose su abrigo cuando entró en su cuarto, tropezó con su cesta de la basura, derribándola. La mitad de su contenido se derramó en el suelo, incluso una lata medio vacía de soda cuyos contenido marron almibarado estaba ahora desparramado sobre su alfombra. Leesa blasfemó en voz baja. Debía haber cambiado la cesta de su lugar normal al lado del escritorio por la razón que fuera antes de salir y olvidó volver a ponerla en su sitio. Furiosamente, le dio un falso puntapié a la cesta volcada y se sorprendió al verla salir volando a través del cuarto y chocar contra su vestidor, derramando el resto de su contenido.

—¿Qué diantres…? —dijo a media voz mirando fijamente la cesta con confusión, pensando que debería estar más cansada de lo que pensaba. Porque estaba absolutamente segura de que su pie nunca había tocado la cosa.

CAPITULO 28

CONTANDO OVEJAS

Traducido por carosole
Corregido por Ángeles Rangel

Lessa se sentó aturdida en el borde de su cama, sus ojos iban y venían desde la mancha de soda sobre su alfombra, donde la cesta de basura había estado antes, hasta la cesta misma, que ahora yacía en un lado de la habitación, delante de la cómoda. ¿Cómo había llegado de un lugar a otro? Sí, había dado una patada al aire en esa dirección después de haberse tropezado con ella, pero realmente no encontraba la conexión. ¿O si? La evidencia estaba allí mismo delante de ella, yaciendo contra la cómoda. Debió haberla pateado. ¿Qué otra explicación podría haber? Las cestas de basura no volaban a través de las habitaciones por su cuenta. A menos que…

Recordó la lata de Red Bull. Quizá esa maldita cosa en realidad sí se había deslizado unos pocos centímetros a través de su escritorio. Quizá la lata y la cesta no se habían movido por si solas, tal vez *ella* de alguna manera había causado que se movieran. Recordó el especial que había visto por televisión, sobre un chico que afirmaba que podía mover objetos con su mente. Quizás ella estaba haciendo lo mismo. Pero eso era una locura, ¿verdad? ¿Mover cosas con su mente? O era una locura o la loca era ella. Lo más probable era que sólo se estuviera imaginando cosas.

Sacudió la cabeza, incapaz de creer que fuera sólo su imaginación. Sí, pudo habere imaginado la lata moviéndose, después de todo, fueron un par de centímetros, pero de ninguna manera había imaginado la cesta volando por la habitación. ¿Podría haberla pateado sin darse cuenta? Quizá. Supuso que tal vez estaba lo suficientemente cansada como para eso.

Lo del Red Bull había ocurrido durante los finales, cuando ella había estado exhausta. Quizás no estaba loca, quizá era sólo que su mente la engañaba cada vez que estaba demasiado cansada. Entre sus sueños y sus vueltas en la cama, ciertamente no había conseguido ni de lejos dormir lo suficiente últimamente. Deseaba más que nunca que Rave estuviera allí. No es que ella esperaba que él tuviera la respuesta acerca de esto, pero estaba casi segura de que si pudiera simplemente echarse en sus brazos, podría conseguir la noche de sueño reparador que tanto necesitaba.

Pero Rave no estaba allí y ella no tenía idea de cuándo regresaría.

Se preguntó si el Dr. Clerval sabría algo sobre vampiros que fueran capaces de mover cosas con sus mentes. Ella nunca había oído hablar de que lo hicieran, pero eso no quería decir que no fuera cierto. Y si pudieran, quizá la mordedura interrumpida de Stephan había sido suficiente para transferirle un poco de ese poder. Definitivamente, necesitaba preguntarle al profesor. La primera oportunidad la tenía el lunes, se iba a dirigir a su oficina.

No había respuestas que pudiera conseguir esa noche. Sin embargo, había una cosa que podría hacer ahora, algo que ya debería haber hecho si no hubiera estado tan aturdida por todo esto. Se levantó de la cama y humedeció una toalla en el lavabo. Cayendo se rodillas, empezó a limpiar el derrame de soda.

Diez minutos después, Lessa había limpiado el derrame lo más que pudo. Una tenue mancha marrón era aún visible en la alfombra, pero necesitaría un poco de limpiador de alfombra o champú para conseguir deshacerse de eso. También había juntado la basura de vuelta a la cesta y la volvió a colocar en el lugar de siempre junto a su escritorio, donde no habría ninguna posibilidad de que una patada en falso lo enviara a volar de nuevo. Sus ojos se estaban haciendo pesados, por lo que se lavó la cara, se cepilló los dientes y se metió en la cama.

Una vez más, dormirse no era fácil. Su cuerpo estaba cansado, pero su mente se negaba a descansar. Sólo porque sus ojos estaban cerrados y ella estaba metida cómodamente bajo las sabanas no significaba que las preguntas que pasaban a través de su cabeza se fueran a detener. Intentó concentrarse en otras cosas más agradables, invocando recuerdos de sus momentos favoritos con Rave, pero el alivio fue sólo temporal. Cálido y divertido, eso seguro, pero temporal. Tan pronto como comenzó ir a la deriva, imágenes de la cesta de basura volando a través de la habitación o de cadáveres volviendo a la vida reaparecieron.

Finalmente, después de lo que parecieron horas de dar vueltas, se quedó dormida.

Dormir no le ofreció la ayuda que había esperado. Un sueño familiar surgió de su inconsciente, llevándola a la cueva, donde una vez más, se enfrentó a la figura oscura de ojos brillantes. Detrás del vampiro estaba la misma pobre chica, encadenada a la pared de la caverna. No, no a la pared, la chica ahora estaba atada a un pequeño árbol. Lo que estaba haciendo un árbol aquí en las profundidades de las entrañas de la montaña, Lessa no tenía idea. Como antes, estaba segura de que conocía a la cautiva, pero algo mantenía la imagen borrosa. La chica era tentadoramente familiar, pero frustrantemente irreconocible.

Los ojos de Lessa se abrieron de golpe, sólo para ser recibidos por más oscuridad. Por lo menos, esta era una oscuridad real, no un sueño mágico semi oscuro que revelaba algunas cosas y mantenía otras ocultas. ¿Por qué no podía ver a la chica con más claridad?, se preguntó. Sus otros dos sueños habían sido muy claros, mucho más de lo que quería, pero no éste. ¿Por qué había sido capaz de ver cada detalle de los cuerpos en descomposición volviendo a la vida, pero la figura que quería ver desesperadamente se mantenía fuera de su alcance? ¿Su cabeza estaba

protegiéndola de algo? ¿O era otro tipo de sueño, no relacionado con los otros dos? Los tres sueños se sentían iguales, diferentes de alguna manera profunda y poderosa a sus sueños habituales, sin embargo, diferían en este elemento tan crucial.

Otro pensamiento la golpeó, uno que le causó comodidad y desesperación. Cada uno de sus sueños de zombis, habían aparecido una sola vez, y después aparentemente habían ocurrido en realidad, al menos por lo que se podría decir de las noticias y videos de Youtube. Éste lo había tenido dos veces ya, con más de dos semanas de diferencia. Tal vez la repetición señalaba que este sueño no se había hecho realidad aún, que ninguna chica estaba cautiva en un cueva oscura en algún lugar. Quizá todavía había algo que Lessa pudiera hacer para evitar que sucediera. Pero, ¿cómo se suponía que iba a pararlo, cuando no tenía idea quién era la chica?

La única cosa que Lessa sabía con certeza era que necesitaba dormir un poco. Incapaz de llevar su mente lejos de sus problemas, en su lugar decidió concentrarse en ellos, contándolos, algo así como contar ovejas. Uno, Rave estaba a varios cientos de kilómetros de distancia… Dos, aunque Rave estuviera cerca, no sería capaz de besarlo, porque algo había debilitado su control sobre su fuego interior… Tres, las energías mágicas estaban inflamando la sed de sangre de los vampiros… Cuatro, un hombre la estaba buscando y afirmaba ser su padre… Cinco, los objetos de su entorno se movían sin razón alguna… Seis, había una posibilidad de que, de alguna manera desconocida, estuviera haciendo que se movieran objetos... Siete, había tenido dos sueños de cadáveres reanimados y ambos aparentemente habían sido hechos realidad… Ocho, había soñado dos veces con una chica en problemas, pero a pesar de un fuerte sentimiento de familiaridad, no podía reconocer quién era.

De alguna manera, de una manera perversa e inesperada, hacer una lista de sus problemas la llevo a la deriva hacia un sueño muy necesario.

CAPITULO 29

LA CAZA DE EDWINA

Traducido por aya
Corregido por Ángeles Rangel



Edwina se deslizó a través de la oscuridad, a punto de salir de la guarida del vampiro una vez más. Estaba casi en la entrada de la cueva cuando Stefan apareció de la nada y la agarró suavemente del codo.

—¿Saliendo otra vez? —preguntó.

—Sí —dijo ella, su tono neutral, esperando que no él no le diera problemas.

—Esta es la cuarta vez —dijo Stefan.

—¿Pero quién está contando? —respondió ligeramente Edwina—. No te preocupes, tendré cuidado. —bajó la mirada a su mano, todavía agarrando su codo.

Stefan le soltó el brazo. —¿Es difícil encontrar un alimentador?

—Mantengo a mis alimentadores mucho tiempo, como bien sabes. —No hacía daño recordarle a Stefan el motivo por el que necesitaba salir—. Tengo que encontrar al correcto.

Pudo sentir los ojos de Stefan sondeando los suyos, buscando algún tipo de engaño o mentira. Pero Edwina no era nueva en este juego, y mantuvo su mirada fija, sin revelar nada.

—Intenta encontrar uno rápido —dijo Stefan finalmente—. Recuerda, es sólo con mi autorización que tienes permiso para salir sola.

Edwina reconoció la amenaza implícita, su permiso podía revocarse en cualquier momento. Aún así, Stefan le debía una, y estaba casi segura de que no iba a cambiar de parecer todavía. No iba a precipitar sus planes de todas formas, no todavía. Estaba disfrutando demasiado en el exterior.

—Créeme, Stefan, nadie quiere encontrar un alimentador más que yo. —No quería despertar sus sospechas siendo demasiado complaciente, así que decidió que una pulla estaba en orden. Él lo estaba esperando—. Me he acostumbrado a alimentarme cuando quería —añadió.

Stefan asintió, aparentemente satisfecho con su pequeña rebelión. —Bueno, esperemos que encuentres uno pronto, entonces.

—Sí, esperemos —contestó Edwina. Desde luego ella no iba a decirle que ya había encontrado su víctima. No estaba preparada para tomarla todavía, estaba divirtiéndose demasiado.

La noche era oscura. Densas nubes cubrían la luna y las estrellas, y allí había pocas luces a lo largo de esa parte de la orilla oriental del río Connecticut. Mientras Edwina se deslizaba rápidamente hacia el norte a lo largo del río, esperaba que las nubes permanecieran en su sitio mañana. Sus planes irían sin más problemas sin el sol.

Ningún ojo humano podía verla en esa oscuridad, pero a pesar de su velocidad, sus sentidos estaban alerta ante cualquier signo de peligro. Había otros seres que vagaban por la noche, criaturas cuyos ojos podían atravesar la oscuridad tan fácilmente como los suyos. Los Volkaanes podían haber abandonado su asentamiento, pero algunos podían seguir allí. No es que a ella le molestara medirse ante un cazador solitario, había oído acerca de lo dulce y caliente que era su sangre, pero con el *Destiratu* creciendo más fuerte, sabía que era poco probable que algunos Volkaanes fueran a cazar solos. Por naturaleza, los Volkaanes era una raza precavida, y el *Destiratu* los iba a hacer más cautelosos aun.

En menos de una hora, estaba al otro lado desde la ciudad de Hartford. Cruzó el rio columpiándose en las vigas de soporte bajo un puente de carretera y fue hacia el centro. Era pasada la una, y el área estaba llena de gente celebrando el inicio del fin de semana. Música dance y risas salían de las puertas abiertas de los clubs más populares. Caminó pasando una serie de bares, ignorando la invitación de un grupo de humanos borrachos para que se les uniera a beber. Estaba bastante segura de que ellos no estaban ofreciéndole el tipo de bebida que ella preferiría. Al otro lado de la calle, la profunda boca de un parking subterráneo bajo un imponente edificio de oficinas la atrajo. Jugó con la idea de pasar rápidamente a través de las vías de tráfico hasta el otro lado, pero en su lugar esperó a que se cambiara el semáforo y cruzó diligentemente por el paso de peatones. Se giró en la entrada y caminó a través del brazo automático negro y amarillo que bloqueaba el camino. Sus planes para más adelante requerían un vehículo, y este era el lugar perfecto para obtener uno.

Tomó las escaleras hacia abajo al segundo nivel, que estaba menos atestado con cochees que el primero pero todavía tenía un número aceptable de ellos. El lugar estaba tenuemente iluminado,

con gran cantidad de sombras oscuras para ocultarla. Se fundió con la oscuridad junto a un pilar de cemento y esperó. Esta vez no podía robar un coche haciendo un puente, de la forma en que un «novio» chico malo motero le había enseñado años atrás. Quería las llaves también. Una sonrisa expectante curvó sus labios, no pensaba que obtener las llaves fuera un problema.

Esperó tan sólo unos minutos antes de que el ascensor se escuchara, sonando extrañamente alto en el silencio. Las puertas se abrieron y un chico solitario salió. Como se había preparado para lidiar con dos o incluso tres humanos, uno sólo era perfecto, justo lo que había esperado.

Los zapatos de cuero del hombre resonaron de manera desigual en el suelo de cemento mientras cruzaba el garaje. Su andar torpe era una clara prueba de que había tomado al menos unas cuantas bebidas esta noche. La sonrisa de Edwina se ensanchó. El chico no debería conducir. Simplemente, cumpliría con su deber cívico esta noche.

Su plan era sencillo: matarle con un golpe en la parte posterior de la cabeza y liberarle de sus llaves y teléfono, pero conforme se acercaba, su sed de sangre creció. Era el *Destiratu*, lo sabía, incrementando su hambre. Podía haber luchado, pero decidió que por qué debería. Estaban solos, y ella tenía sed. Además, saciando su sed ahora haría el día que estaba por venir más fácil. Mientras se deshiciera del cuerpo adecuadamente, nadie lo sabría.

Esperó mientras el chico buscaba a tientas las llaves, finalmente logrando pulsar el botón para desactivar la alarma de su coche. La bocina de un Camry plateado unos cuantos espacios más abajo pitó a la vez que las luces parpadearon dos veces. Edwina corrió silenciosamente a través del suelo del garaje y lo agarró por detrás.

No habría juegos preliminares con su presa esta vez. Le dio un giro brusco a su cuello, paralizándolo pero manteniendo su corazón bombeando sangre. Las llaves le cayeron de las manos, pero ella las cogió fácilmente con una mano antes de que llegaran al suelo. Sus colmillos salieron de su mandíbula y mordió profundamente en su cuello, abriéndole la yugular. Lo arrastró a las sombras y empezó a beber profundamente de su dulce y caliente sangre. Pensó que nunca había probado nada más delicioso.

Cuando le había exprimido hasta la última gota, arrancó un trozo de su camiseta y se limpió la sangre de sus labios. Revolvió sus bolsillos y sacó su teléfono y su cartera, sacando unos cien dólares en metálico antes de devolver la cartera a sus pantalones. Todavía estaban solos, así que lo levantó sin esfuerzo sobre su hombro y lo llevó a su coche.

Abrió el maletero y arrojó el cuerpo sin ceremonias en su interior. Después de cerrar de un portazo, le dio un fuerte golpe a la cerradura con la palma de su mano, cerrándola bien y asegurándose de que nadie pudiera entrar y descubrir su carga.

Silbando suavemente, se puso tras el volante y condujo fuera del garaje, recompensando al guarda con una dulce sonrisa y pagando la tarifa con el dinero del chico muerto.

CAPITULO 30

UNA GOTA DE SANGRE

Traducido por ilka
Corregido por LadyPandora

La exitosa canción de la cantante Pink, «Perfect», sonó en el teléfono de Leesa, sacándola de su sueño. La canción le indicó que era Cali quién llamaba. Leesa pensó que, ya que a la gente no le gustaba el estilo de la cantante, ni entendían su forma de llevar el cabello, era el tono de llamada perfecto para Cali, y Cali se había reído con satisfacción cuando Leesa le habló de su elección.

Se restregó los ojos para despertarse, miró el reloj y vio sorprendida que eran las nueve y veinte. Casi nunca dormía hasta tan tarde, ni siquiera en fin de semana. Dar vueltas y vueltas en la cama y esos sueños debieron haberla agotado, pensó. Al menos, al final consiguió dormirse y seguir durmiendo hasta, por lo menos, después de las nueve. Se preguntó cuánto habría dormido si el teléfono no hubiese sonado despertándola.

Se levantó de la cama y agarró su teléfono.

—Hola —dijo.

—Pareces cansada —dijo Cali—. ¿Te he despertado?

—Sí, pero pasa nada. —Los pies de Leesa se estaban enfriando, así que los metió en sus mocasines—. ¿Qué pasa?

—Hay algo esperándonos, eso es lo que pasa —dijo Cali—. Así que saca tu culo de la cama. Voy para allá y te cuento.

—¿Tengo alternativa? —preguntó Leesa, peleando con un bostezo.

—No —dijo Cali, riéndose—. Te veo en unos minutos.

El teléfono se quedó en silencio. Leesa apenas tuvo tiempo de ponerse unos vaqueros, una camiseta y una sudadera antes de que Cali tocara dos veces en su puerta y la dejara entrar.

Leesa se alegró al ver que Cali también se había vestido informal, con una camiseta púrpura y un pantalón de chándal y sudadera grises. Leesa sabía que a Cali no la encontrarían ni muerta con un atuendo como ese fuera de la residencia, así que al menos no pensaba salir inmediatamente.

—¿Qué te tiene tan prendida esta mañana? —preguntó Leesa, sentándose en el borde de la cama.

Cali sacó una silla del escritorio y se sentó. Tenía una gran sonrisa en la cara.

—Hoy vamos a pirarnos de este antro —dijo—. Vamos a darnos un viaje en coche, ¿qué te parece?

Leesa se quedó pasmada. Nadie en la residencia tenía coche y hasta donde ella sabía, la única persona que tenía uno era Andy. La noche anterior no se había mencionado nada sobre un viaje, cuando estuvieron todos en The Joint.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó Leesa—. ¿Robaste un coche esta mañana?

—Ja, ja, muy graciosa —dijo Cali—. Vanina me llamó y dijo que tenía el coche de su padre durante el día, dijo que vendría a buscarnos sobre las diez y media.

Leesa se alegró al escuchar que tendría tiempo de darse una ducha y comer algo. Por el tono entusiasta de Cali, tenía miedo que Cali quisiera salir mucho más temprano que eso. Todavía seguía muy cansada y no estaba segura de estar preparada para cualquier aventura que Cali o Vanina tuvieran en mente.

—No sé —dijo Leesa—. Estoy un poco cansada, no dormí muy bien durante la noche.

—¿Y eso? ¿Demasiado molida después de nuestra gran noche en The Joint?

—¡Ja! ojalá, fue bastante divertido. —Leesa subió los pies a la cama y envolvió sus brazos con las sábanas—. ¿Recuerdas ese sueño del que te hablé, con la chica y el vampiro? Anoche volví a tenerlo. Y fue igual de perturbador. Me costó volver a dormirme después de eso.

—¿Y sigues reconocer a la chica? —preguntó Cali.

Leesa negó con la cabeza.

—Nop. Eso es lo peor, siento como si debiera conocerla, pero el sueño siempre termina antes que pueda verla claramente. —Se bajó de la cama y miró por la ventana—. No me molestaría tanto por esto si no hubiese tenido los otros dos sueños. Esos sueños me han hecho pensar que este también se podría hacer realidad. Odio sentirme tan impotente.

Cali se unió a Leesa en la ventana.

—No te culpo. Me cagaría de miedo si tuviera un sueño de zombis como esos y se hicieran realidad. —Puso su mano en el hombro de Leesa—.Pero los otros dos ocurrieron bastante rápido, ¿verdad? ¿Después de un día o dos desde que tuviste el sueño, no?

—Sí.

—Bueno, quizás esa sea una buena señal. Primero tuviste este hace un par de semanas. Quizás este sueño no es como los otros dos.

—Quizás —dijo Leesa, esperando que Cali tuviera razón—, pero parecía muy real cuando lo tuve.

—Pienso que esa es otra buena razón para salir de aquí y pasarlo bien —dijo Cali—. A mí me parece que te vendría genial.

Leesa pensó que probablemente Cali tuviera razón. Desde luego, alejar su mente de todos los problemas que le preocupaban no le haría daño. Tan sólo se preguntó si eso sería posible.

—¿A dónde vamos?

—Vamos al gran centro comercial de Farmington. Pasaremos el rato, nos probaremos ropa sexy, comeremos algo, ¡será fantástico!

Leesa nunca había ido al centro comercial de Farmington, pero había oído que era uno de los centros con más clase de Connecticut. Podría estar bien comprobarlo, incluso aunque dudaba que fuera a comprarse algo allí. No con la cuenta bancaria tan pobre como estaba. Estaba bastante convencida de que Cali se divertiría mucho más que ella probándose ropa, pero sería un puntazo ver qué elegiría Cali para posar. Siempre se podía contar con Cali para sacar algunas sorpresas estilosas.

—Vale, cuenta conmigo —dijo Leesa.

Leesa y Cali se quedaron justo en la entrada de la residencia, esperando a que Vanina apareciese.

Fuera no hacía mucho frío, especialmente para ser enero, pero hacía el suficiente fresco para que Cali decidiera esperar adentro. Leesa tenía su chaqueta enrollada en el brazo, hubiese estado bien fuera con ella puesta, pero Cali estaba vestida para un centro comercial cerrado, no para la intemperie. Llevaba su nuevo suéter rosa fluorescente, una falda corta, botas negras hasta la rodilla y unas medias negras de rejilla que aparecían sólo unos centímetros por encima de sus botas. De alguna manera, había encontrado un barniz de uñas que era brillante, casi del mismo color de su suéter, y había reemplazado sus mechas azules por rosas. Leesa no sabía cómo lo había hecho Cali, pero inexplicablemente, el estilo le funcionaba.

Leesa iba vestida de una manera mucho más conservadora, con un suéter acrílico con líneas anchas alternando azul claro y oscuro y unos sencillos vaqueros. Como esperaba caminar mucho en el centro comercial, había optado por los cómodos zapatos Sketchers en vez de sus acostumbrados Uggs. Cali no había querido preocuparse por una chaqueta pero Leesa pensaba dejar la suya en el coche cuando entraran al centro comercial.

Un Camry plateado de un par de años de antigüedad tomó la curva frente a la residencia e hizo sonar el claxon. Leesa se puso su chaqueta mientras Cali abría la puerta y caminaba velozmente

hasta el coche. Leesa la siguió y se introdujo en el asiento trasero, mientras Cali se deslizaba en el delantero. Hacía frío dentro del coche, así que Leesa se dejó puesta la chaqueta.

Edwina se giró y sonrió a ambas. Llevaba unos apretados vaqueros negros y una sudadera negra sobre una camisa color rojo sangre sin cuello, la camisa se extendía unos cinco centímetros por debajo de la sudadera, creando una banda roja entre la sudadera negra y los también negros vaqueros.

—Hola chicas, ¿listas para divertirnos?

—Sí, si no nos morimos congeladas primero —dijo Cali, haciendo un espectáculo al abrazarse por delante combatiendo el frío—. ¿Esta cosa no tiene calefacción?

—Te dije que trajeras tu abrigo —dijo Leesa gruñendo—. Estamos en invierno, por si lo has olvidado.

—Sí, sí, lo sé —dijo Cali—. Pero no estaba planeando quedarme en la calle, con el frío que hace. También podrías bajar las ventanas, Vanina.

Edwina se rió. En realidad, había estado conduciendo con las ventanas abajo, pero las había subido antes de llegar a la residencia.

—Lo siento —dijo ella—. Me gusta el frío, pero creo que puedo soportar algo de calefacción.

El frío no la afectaba, por supuesto, pero tenía otra razón para no encender la calefacción a menos que fuera necesario. El cuerpo aún estaba en el maletero. No creía que el calor se infiltrara allí atrás, pero suponía que mientras más frío hiciera en el maletero, más tardaría el cuerpo en comenzar a descomponerse. Alcanzó un botón del tablero de mandos y el aire caliente comenzó a soplar dentro del coche.

—¿Mejor?

—Mucho —dijo Cali, manteniendo sus manos frente a las rejillas de la ventilación—. Ahora, llevemos este espectáculo a la carretera. Siguieron la autopista 9 hacia el norte, por una serie de pueblecitos que Leesa no había visto jamás, pero no parecían muy diferentes de Meriden. El recorrido fue bastante placentero y en alrededor de cuarenta minutos estaban entrando en un amplio aparcamiento. A petición de Cali, Vanina dio vueltas buscando la gran entrada de vidrio y metal al centro comercial. Grandes letras azules sobre una entrada circular proclamaban: WEST FARMS.

Bajaron del coche y caminaron rápidamente hacia la entrada, una fina capa de nubes cubrían el cielo, manteniendo la mañana fría, pero no tenían que avanzar mucho. Leesa estaba impresionada ante el diseño del lugar. Un par de restaurantes flanqueaban la entrada del edificio. Cada uno tenía un estilo diferente pero ambos compartían líneas definidas y puras con colores gratificantes.

Dentro, el centro era igual de agradable.

—Este lugar está muy bien —dijo Leesa, mirando hacia todos los escaparates de las tiendas con muestras coloridas y que llamaban la atención.

—Nada menos que lo mejor para nosotras, ¿eh? —dijo Edwina sonriendo.

—¿Has estado antes aquí, Vanina?

—Un par de veces sí, pero hace tiempo.

—Vayamos primero a Nordstrom[8] —dijo Cali—. Podremos ver las cosas caras.

Pasaron alrededor de una hora en Nordstrom. Leesa dedujo que Cali se probaba unos tres atuendos en el tiempo que ella y Vanina se probaban uno. Algunos de las conjuntos que Cali sacó no estaban hechos para ser combinados, e incluso iban más allá del estrepitoso sentido de la moda de Cali. A Leesa le encantaba ver a Cali salir del probador con un salvaje atuendo tras otro. Incluso dos de las vendedoras se unieron a la diversión, riendo y aplaudiendo a algunas de las más salvajes creaciones de Cali.

Leesa pensó que Vanina no se estaba divirtiendo igual que el resto de ellas. Cada vez que Leesa miraba a Vanina, esta estaba sonriendo, pero había algo en su sonrisa que no mostraba felicidad, como si se estuviera esforzando por sonreír y disfrutar. Leesa se preguntó si Vanina no tendría también algunas cosas vagando por su mente y trataba de usar la salida para olvidarlas. No parecía conocer a Vanina lo suficiente para preguntarle directamente, así que simplemente lo dejó pasar.

De Nordstrom se movieron a Bebe Store[9]. El contraste entre Nordstrom y Bebe era dramático. El anterior era enorme, con grandes y acogedores probadores que parecían tan grandes como el dormitorio de Leesa en la residencia. Bebe era más pequeño y menos decorado, salvo por los brillantes que conformaban la marca, que parecían brillar en cualquier esquina de la tienda.

—¡Hey! mirad esta —dijo Cali.

Sacó una camiseta azul del estante. Tenía dibujados unos gigantes labios rosas, un poco abiertos, en el frente; con unos cuantos labios más pequeños sobrepuestos en los bordes de los rosados. Los labios rosas estaban decorados con docenas de brillantitos.

—Es tan tú —dijo Leesa sonriendo.

—Ja, ja, pues sí, ¿no? —Cali sostuvo la camiseta en frente de su pecho, mostrando cómo le quedaría—. Nunca puedes equivocarte con dibujos de labios sexys —dijo—. Les da a los chicos toda clase de ideas traviesas. Y me encanta que sea azul, la mayoría de sus cosas son negras. Pero una chica debe usar un poco de color por aquí y por allá.

---

[8] Nordstrom, Inc: cadena de tiendas lujosas departamentales en los Estados Unidos.
[9] Bebe Store: es un minorista de ropa americana fundada en 1976. El nombre significa «Señora» en persa.

—¿Un poco? —dijo Leesa, riendo y tirando juguetonamente de la manga de la camiseta fluorescente de Cali.

—Me gustaría poder usar algunos de los colores que tú usas, Cali —dijo Edwina—. Odiaría ver lo que una sudadera como la tuya le haría a mi tono de piel.

—Cuando lo tienes debes exhibirlo —dijo Cali, sonriendo. Ella buscó dentro de la camiseta la etiqueta del precio—. Ouch —exclamó—. ¡Mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó Leesa, acercándose.

—Me he pinchado con algo.

Cali sostuvo su mano delante. Presionó su pulgar con la punta de su dedo índice y Leesa vio una pequeña gota de sangre sobre el lugar pinchado.

La cabeza de Edwina se enderezó con el dulce olor de sangre fresca. Antes de poder detenerlo, un gran gemido salió de su garganta. Rápidamente volvió su espalda hacia Cali, agradecida por haberse dado un festín justo la noche anterior. Si no hubiese sido así, no sabía si habría podido controlarse. Matar a una chica, o a dos, en un lugar público como este definitivamente no sería una buena idea, sin importar la diversión que proporcionara.

Con el quejido de Vanina, Leesa volvió su cabeza y alcanzó a ver fugazmente una expresión extraña en el rostro de su amiga. Casi pensó que se veía como excitación, pero Vanina se giró antes que Leesa pudiera estar segura.

—Lo siento —dijo Edwina, pensando rápidamente y manteniéndose de espaldas a las otras dos chicas—. Odio ver sangre, me pone enferma.

—Nunca te habría tomado por alguien tan blando —dijo Cali bromeando. Succionó la sangre de su dedo y seguidamente presionó su pulgar firmemente contra el lugar pinchado. Cuando retiró su pulgar, unos segundos después, el sangrado se había detenido.

—Te puedes girar, Vanina —dijo—. Ya no sangra.

Vanina se dio la vuelta lentamente. Leesa observó su rostro, pero su expresión había vuelto a la normalidad. Con el tono oscuro de la piel de Vanina era imposible saber si el episodio la había puesto pálida, del modo en que algunas personas se tornan cuando ven algo que les altera.

—Lo siento. —Edwina de disculpó nuevamente—. Nunca he sido buena con la sangre, desde que era una niña. No sé por qué.

—No te preocupes —dijo Cali—. Todos tenemos nuestras cosas. —Mantuvo su mano en el aire—. Ves, ya no hay sangre.

Aunque la sangre se hubiese ido, Edwina podía oler algunas trazas. Luchó por mantener su expresión impávida.

—Gracias a Dios, odiaría tener que hacer venir a la enfermera por mí, cuando eres tú la que te lastimaste.

Cali se rió.

—Sí, me alegro de que no te hayas desmayado ni nada parecido. Leesa sabe cuánto odio que se desvíe la atención de mí.

Leesa también se rió.

—Respaldo eso. Me sorprende que no te hayas pinchado tu misma de nuevo, sólo para añadir un poco más de drama.

—¡Jolín! ¿Por qué no pensé yo en eso? —dijo Cali, sonriendo. Tiró la camiseta de nuevo al estante—. No puedo comprar una camiseta que me haga sangrar. ¿Qué decís de ir a comer algo?

—No creo que pudiera comer justo ahora —dijo Edwina, poniendo su mano sobre el estómago. Estaba feliz de tener una excusa para no comer, no comer era uno de los mayores problemas que tenía conviviendo con humanos—, pero vosotras ir a por algo.

Leesa seguía extrañada por la reacción de Vanina al ver la sangre de Cali. ¿Realmente había visto disgusto en su rostro, o era algo más? ¿Expectación, quizás? Sacudió su cabeza, sintiéndose tonta. Quizás tenía sólo vampiros y zombis en su cabeza. Sí, eso debía ser, estaba imaginando cosas. Se imaginó el rostro pálido de Stefan. Ciertamente, Vanina no se parecía en nada a él, ni se parecía al único otro vampiro al que Leesa se había acercado, el joven vampiro al que Rave había asesinado, justo en frente de ella, en Halloween. La piel del vampiro había sido igual de pálida. Y nunca había oído de un vampiro con coche, excepto en *Crepúsculo*, por supuesto, y era sólo un libro.



No, simplemente había interpretado mal la expresión de Vanina, eso era todo, expulsó los pensamientos de vampiros de su mente.

—Podría comer algo —dijo.

Y yo podría beber algo, pensó Edwina, sintiendo que su sed de sangre aumentaba, viendo los dos jóvenes cuellos frente a ella. Luchó para que disminuyera su hambre. Esperar era duro, pero valdría la pena. Pronto, se prometió, pronto.

Pero no todavía.

CAPITULO 31

ULTIMATUM

Traducido por ilka
Corregido por LadyPandora

Edwina había estado poco tiempo de vuelta en las cavernas de vampiros cuando Stefan se le acercó.

—Espero que hayas disfrutado de tu excursión —dijo él, moviéndose más cerca frente a ella. Había un toque de ira controlada en su voz.

Edwina retrocedió medio paso, poniéndose en alerta por su comentario y su tono. ¿Qué estaba diciendo? ¿Cuánto sabía? Decidió que si sabía que había estado con Leesa, su ira habría sido más violenta. Tenía que ser algo más.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, ganando tiempo.

—No te hagas la inocente conmigo. Has tomado sangre humana. Lo veo en tus ojos, puedo olerlo.

—¿Y qué? —Edwina se enderezó y echó hacia atrás los hombros. Ella tenía que mostrarle que no se aterraría—. Fui cuidadosa y deseché el cuerpo donde nunca será encontrado. Nadie podrá conectar jamás esta desaparición con nuestra especie. Es sólo otro humano desaparecido.

—Dijiste que estabas buscando un alimentador —dijo Stefan, presionándola más—. Tu permiso para salir sola era para ese propósito, no para que pudieras cazar.

—No estaba cazando. —Mintió Edwina—, pero la oportunidad era perfecta, simplemente no pude resistirme.

—Exactamente —dijo Stefan. La satisfacción en su voz se escuchaba fuerte y clara—. Por eso se hicieron las reglas, porque el *Destiratu* hace imposible resistirse a los impulsos.

—Eso no es a lo que me refería —replicó Edwina calmadamente—. Nunca estuve fuera de control, ni siquiera un minuto. La oportunidad era demasiado buena para dejarla pasar. Confía en mí.

—Me temo que ese es el problema, que no confío en ti. Para nada. Debería rescindir tu permiso para aventurarte sola por ahora.

Edwina puso suavemente su mano en el antebrazo de Stefan.

—No, por favor no —dijo ella, tratando de parecer tan complaciente como fuera posible—. Necesito un alimentador. He crecido acostumbrada a tener uno.

No haría daño recordarle eso él. Stefan la estudió muy de cerca. No confiaba en ella, pero se lo debía. Maldijo la sangre *Grafhym* que de alguna manera había encontrado la forma de entrar en las venas de Leesa y había impedido que él la convirtiera. Se había puesto en deuda con Edwina sin ganar nada.

—Muy bien —dijo finalmente—. Puedes salir una vez más, pero es mejor que vuelvas con un alimentador, o pasarás hambre. Mi paciencia tiene sus límites.

Edwina inhaló y dejó salir un suspiro de alivio. No sabía si Stefan se mantendría firme a su ultimátum, pero había una posibilidad de que lo hiciera. Debería planear su siguiente viaje con mucho cuidado.



CAPITULO 32

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Traducido por Liliana
Corregido por Smyle

Leesa subió con dificultad las húmedas y poco iluminadas escaleras, rumbo a la oficina del Dr. Clerval en el tercer piso. Este era uno de los edificios más antiguos en el campus y no tenía ascensor. Estaba bastante segura de que alguien con el puesto del profesor podría haber tenido una oficina más grande y más nueva en algún otro lugar en el campus si quisiera, pero el Dr. Clerval parecía cómodo aquí.



Apenas eran las nueve, pero Leesa esperaba que el profesor estuviera en su oficina.

Tenía clases hoy desde las diez hasta la una, así que tenía la esperanza de atraparlo antes de su primera clase. Atravesando una pesada puerta de emergencias, salió al pasillo del tercer piso.

El pasillo estaba vacío y en silencio y sus pasos resonaban ligeramente ahogados en las paredes de yeso marrón necesitadas urgentemente de una nueva capa de pintura.

Cojeó por el pasillo hasta que llegó a una vieja puerta de madera a mitad del pasillo. En contraste con las brillantes placas de identificación colocadas en las otras puertas que había pasado, la placa de latón del Profesor Clerval se veía oscuramente empañada por el tiempo, testimonio de su larga permanencia aquí. Leesa llamó suavemente a la puerta.

—Un minuto —dijo la voz del profesor desde el interior.

—Soy Leesa Nyland —dijo Leesa, haciéndole saber que no había razón para esconder ninguna de sus cosas secretas. Él ya le había mostrado sus tesoros más preciados, entre ellos uno que sólo otra persona había visto, su auténtico cráneo vampiro.

Un momento después, oyó la cerradura y la puerta se abrió, revelando a un sonriente Dr. Clerval. Como siempre, estaba vestido con un arrugado traje oscuro y zapatillas converse negras. La luz de las velas parpadeaba detrás de él. Leesa estaba bastante segura de que sabía lo que significaban las velas.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —dijo el Dr. Clerval—. ¿Cómo está mi estudiante favorita?

Leesa sabía que el comentario del profesor era sincero. Habían vivido muchas cosas juntos el semestre pasado, culminando con que el Dr. Clerval llegara a conocer a un vampiro de verdad cuando ella lo había elegido para que la llevara en coche a conocer a Stefan para cumplir con su trato. Hasta entonces, el profesor había estado absolutamente convencido de que los vampiros existían, pero nunca había visto uno. La reunión con Stefan fue suficiente para asegurarle a Leesa su lugar como favorita pero habían compartido otras experiencias también, incluyendo la curación de la mamá de Leesa con la sangre de un *Grafhym*.

—Estoy bien —dijo—. Al menos, espero estarlo.

—¿Dónde están mis modales? —dijo el profesor, dando un paso a un lado—. Adelante, adelante.

Leesa entró a la oficina poco iluminada, y el Dr. Clerval cerró la puerta detrás de ella, haciendo clic la cerradura al volver a su lugar. Como de costumbre, el aire dentro de su oficina estaba lleno con el aroma afrutado del tabaco de pipa, y Leesa vio su pipa humeante en el cenicero de latón antiguo en la esquina de su escritorio. Un delgado listón de humo ascendía en espiral desde el cuenco de la vela, disipándose arriba en la penumbra.

Aunque había estado allí varias veces, Leesa se sorprendió aún por lo pequeña que era la oficina, más pequeña incluso que su dormitorio. Librerías repletos de libros, la mayoría de ellos relacionados con los vampiros, recubrían todas las paredes, haciendo que la habitación pareciera aún más pequeña. Una estantería acristalada albergaba los manuscritos más valiosos y más viejos del profesor. Cortinas negras cubrían una ventana con forma de arco similar a la del cuarto de Leesa, y solo los más pequeños rayos de luz se filtraban por los bordes.

Bajo la ventana había un hermoso escritorio antiguo de cubierta deslizable, atestado de papeles. Situado en el centro del escritorio estaba la razón para las cortinas cerradas y la luz de las velas, su cráneo de vampiro.

Cuando el Dr. Clerval le había mostrado el cráneo por primera vez, Leesa había estado sorprendida y fascinada, especialmente por los colmillos gemelos. Eso fue cuando ella no sabía que los vampiros realmente existían, antes de que hubiera visto a Rave destruir uno, y antes de que hubiese sido mordida por Stefan.

El antiguo cráneo había sido la primera evidencia real que había visto de la existencia de los vampiros. Y resultó ser que el hueso de vampiro era aún más sensible a la luz que la piel de vampiro, por lo que el profesor sólo lo examinaba a la luz de las velas.

Leesa todavía pensaba que el cráneo era genial, pero había perdido su poder para sorprenderla.

—Siéntate, siéntate —invitó el profesor.

Leesa se sentó cuidadosamente en una vieja silla de madera con asiento acolchado de color borgoña. El Dr. Clerval se sentó cautelosamente en la silla del escritorio.

—Permíteme guardar esto —dijo señalando el cráneo—. Y luego me puedes contar lo que te está perturbando.

El profesor Clerval envolvió cuidadosamente el cráneo en el paño de terciopelo negro en el que siempre lo guardaba. Aseguró la parte superior de la tela cerrada con un broche de metal. Lo llevó al otro lado de la habitación hasta su antigua caja fuerte de metal y la colocó suavemente en el interior, después empujó la pesada puerta cerrándola y girando la combinación de la cerradura.

Cuando se sentó, encendió la lámpara Tiffany de cristal dorado y rojo de su escritorio y apagó las velas. Cogió su pipa del cenicero y dio una calada profunda.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí esta mañana? —le preguntó después de exhalar una nube de humo.

Leesa no estaba segura por dónde comenzar. ¿Zombis?, ¿extraños sueños que parecían posiblemente hacerse realidad?, ¿objetos moviéndose sin motivo aparente? Cada vez que una de esas cosas ocurrió le pareció sumamente importante, pero cuando las miraba desde lejos y se disponía a hablar de ellas, le parecían casi tontas.

Aún así, estaba segura de que no eran tontas, y estaba segura de que el Dr. Clerval no lo pensaría tampoco.

—Ni siquiera estoy segura de por dónde empezar —dijo.

—Has pasado por mucho en estos últimos meses, Leesa. Si hay algo que te preocupa, estoy seguro de que debe ser importante. Así que empieza por donde quieras.

Decidió comenzar con los sueños.

—He estado teniendo unos sueños muy extraños el último mes más o menos.

—Extraños, ¿cómo?

—Bueno, para empezar, son totalmente realistas —explicó Lees—. Con seguridad mucho más reales que mis sueños habituales. Pero eso no me preocupa mucho. Lo que es realmente extraño es que dos de ellos al parecer se hicieron realidad.

Vio un pequeño indicio de sorpresa en los ojos del Dr. Clerval, pero esa fue la magnitud de su reacción a su afirmación. Sólo podía imaginar cómo de escépticamente habría reaccionado cualquiera de sus profesores de ciencias ante tal afirmación.

—¿Qué quieres decir con «se hicieron realidad»? —preguntó.

Describió los sueños, y luego le contó acerca de las historias de las noticias y el vídeo de YouTube.

—Recuerdo oír acerca de ese tema en Higganum —dijo el Dr. Clerval—. No le presté demasiada atención, me imaginé que era una broma de alguien, probablemente de adolescentes sin nada que hacer. Sin embargo, tu sueño sin duda le da una perspectiva diferente.

—Podría haberlo atribuido a la coincidencia —dijo Leesa—, excepto por ese sombrero de tricornio. Y luego tuve el sueño de la chica muerta en la ventana.

El Dr. Clerval tomó otra larga chupada de su pipa y expulsó el humo a través de los labios fruncidos.

—Precognición —dijo.

—¿Eh? ¿Qué es eso?

—La capacidad de ver los acontecimientos futuros. Para algunas personas ocurre en los sueños, otros tienen visiones. ¿Has experimentado algo como esto antes?

Leesa negó con la cabeza.

—No, nunca. Ni de cerca.

—Así que, si *estás* experimentando la precognición —dijo el Dr. Clerval—, una pregunta sería, ¿por qué ahora?

—Me he estado preguntando lo mismo. Tenía la esperanza de que usted pudiera ayudar. ¿Cree que podría tener algo que ver con la mordida de Stefan? ¿Los vampiros tienen alguna de estas cosas de precognición?

—Nunca lo he visto mencionado en los textos o historias —respondió el profesor—, pero sólo porque no sea un poder vampírico no significa que no esté relacionado con la mordida de Stefan. Tal vez la mordida activó algo dentro de ti, desbloqueándolo, si lo prefieres.

—Bueno, si ese es el caso —dijo Leesa con tristeza—, esto podría no ser la única cosa que desencadenó.

Los ojos del doctor Clerval se abrieron con interés—. ¿Qué quieres decir?

—Se lo diré en un minuto —dijo Leesa—, pero, ¿podemos enfocarnos en los sueños un poco más? Puedo entender por qué el sueño tiene que ver con un vampiro, dado todo lo que pasó el semestre pasado. Pero, ¿zombies? No tengo ni idea de dónde vienen. ¿Por qué de pronto estoy soñando con muertos que vuelven a la vida? ¿Y eso realmente sucede?, ¿o es que alguien acaba de desenterrar cuerpos como una broma? Incluso si es sólo una broma, ¿por qué estoy soñándolo? —Sonrió—. Son un montón de preguntas, lo sé. ¿Sabe usted algo acerca de zombies?

El Dr. Clerval tomó una última bocanada de su pipa y la puso cuidadosamente en el cenicero.

—Los cadáveres reanimados han sido un tema de los cuentos populares antiguos durante siglos —dijo, cayendo en su voz de enseñanza—. Están especialmente conectados con el vudú practicado en lugares como el Caribe y África. Por lo general es un médico brujo o hechicero que vuelve a la persona a la vida con un hechizo. En los últimos cien años, los zombis se han vuelto cada vez más comunes en la literatura, y un poco después, en el cine. En estas historias modernas, usualmente es algún tipo de plaga o radiación lo que convierte hordas de cadáveres en monstruos comedores de carne.

Leesa asintió. Había hecho lo correcto al venir con el Dr. Clerval. Él sabía al menos un poco acerca de un montón de cosas sobrenaturales.

—Sé que ha habido un montón de libros y películas en los últimos años —dijo—. ¿Hay alguna posibilidad de que alguno pudiera estar basado en algo real? ¿Igual que las historias de vampiros?.

El profesor cerró los ojos por un momento y se acarició el mentón con los dedos de una mano. Parecía como si estuviera recordando algo.

—Cuando yo era un hombre mucho más joven —dijo finalmente—, y con mucha más energía que ahora, hice un largo viaje a Europa del Este en busca de la tradición de los vampiros. Durante mi viaje, escuché repetidamente historias de alguien —o algo— llamado el Nigromante. Es un término común, que se utiliza en muchos cuentos y leyendas acerca de una persona que puede controlar a los muertos, pero las historias que escuché parecían referirse a alguien en particular. La gente hablaba de los abuelos o bisabuelos que habían vivido durante una plaga de muertos vivientes. Puesto que mi interés principal eran los vampiros, no le presté demasiada atención a estos cuentos, pero todavía recuerdo tener la sensación de que podría haber una semilla de verdad en ellos.



—¿Así que usted cree que los zombies pudieron ser reales, en aquella época?

—Creo que podrían haber existido en algún momento en el pasado, en escenarios muy concretos —dijo el Dr. Clerval—, pero no he encontrado nada, en los últimos cincuenta años aproximadamente, que tenga la misma veracidad que aquellas historias. Hoy en día, toda mención de los muertos viviente es sólo ficción popular. Es como si los zombis hubieran desaparecido, de forma similar a como los hombres lobo parecen haberse desvanecido también.

Leesa recordó a Rave diciendo algo acerca de hombres lobo siendo aniquilados varios cientos de años atrás. ¿Podría haber ocurrido lo mismo con los zombis? Pero si era así, ¿por qué estaban reapareciendo ahora, de repente, en sus sueños, al menos?

—¿Cree que hay una posibilidad de que lo que estoy viendo en realidad pudiera estar ocurriendo, entonces? —preguntó.

El Dr. Clerval se encogió de hombros.

—En mi línea de trabajo, rara vez descarto algo. Tú tienes un muy buen argumento para esto, con el vídeo de YouTube y el viejo sombrero colonial. Por supuesto, nada de esto nos dice *por qué* de pronto estás teniendo estos sueños.

—Lo sé, pero por lo menos escucharlo decir que los sueños podrían ser reales me hace sentir mejor, como que tal vez no estoy imaginando todo esto.

Primero con Rave, y ahora con el Profesor Clerval mencionando que las viejas historias de cuerpos come-carne podrían haber estado basadas en hechos reales, Leesa definitivamente no iba a descartar esa posibilidad. Por desgracia, eso significaba que su sueño de la chica y el vampiro también podrían ser reales.

—¿Hay alguna posibilidad de que pudieras preguntar a Stefan sobre los zombis? —le preguntó el doctor Clerval—. Tal vez el no muerto sepa algo de sus presuntos primos.

—No lo he visto —dijo Leesa—. Desde que, ya sabe....

—Bueno, supongo que eso es realmente lo mejor —dijo el Dr. Clerval, aunque sonaba un poco decepcionado. Leesa estaba segura de que tenía la esperanza de obtener otra oportunidad de encontrarse con Stefan.

—¿Dijiste que había algo más de lo que querías hablar? —preguntó el profesor.

Leesa casi se había olvidado de la lata de Red Bull y la cesta de la basura. *Así es que voy por todo o nada,* pensó.

—Sí, lo hay. Espero que todo esto no le esté haciendo pensar que me estoy volviendo loca, profesor.

El Dr. Clerval sonrió.

—Después de todas las cosas con las que te he visto tratar, Leesa, sería un tonto si no tomara cualquier cosa que digas en serio.

Leesa describió los dos incidentes, admitiendo que no podía tener certeza absoluta de que cualquiera de los dos hubiera, de hecho, sucedido de la manera en que parecía, pero que creía que lo habían hecho, especialmente la cesta.

—Fascinante —dijo el Dr. Clerval cuando terminó—. Telequinesis. La capacidad de mover objetos con la mente. Una vez más, ese no es un poder de vampiros, así que creo que podemos descartar que sea causado por la mordida de Stefan. Pareces ser una chica extraordinariamente dotada, Leesa.

¿Dotada? Más bien maldita, pensaba Leesa.

—Tal vez si tuviera una pizca de control sobre cualquiera de las dos cosas podría estar de acuerdo con usted —dijo—. No me siento muy talentosa, estando las cosas como están en este momento.

El Dr. Clerval pensó por un momento, luego abrió el cajón de su escritorio y sacó un lápiz. Dejó el lápiz encima de la mesa.

—Vamos a ver si tienes el control —dijo—. Trata de hacer que el lápiz se mueva.

Leesa miró el lápiz. No tenía ni idea de cómo empezar.

—¿Cómo? —preguntó.

—No lo sé —admitió el profesor—. Trata de concentrarte en eso, excluyendo cualquier otra cosa. Desea moverlo.

Leesa centró toda su atención en el lápiz, tratando de ordenarle moverse. No pasó nada. Se sentía tonta.

—Lo siento —dijo ella.

—Tonterías. No hay nada en absoluto que lamentar. Me hubiera quedado muy sorprendido si en realidad lo hubieras hecho, pero valía la pena intentarlo. —El Dr. Clerval devolvió el lápiz al cajón—. Has dicho en ambas ocasiones que ocurrió cuando estabas cansada y que te enfadaste la noche en que pateaste la papelera. Tal vez la fatiga noquea algunas de tus defensas lógicas, lo que te permite hacer algo que de otra manera parecería imposible y absurdo. Quizá la emoción juega un papel importante. Tal vez esto vuelva a suceder en algún momento pronto y tendremos más para continuar.

Leesa echó un vistazo al reloj del profesor.

—Tengo que irme a clase —dijo ella, levantándose de su silla—. Gracias por toda su ayuda.

—Estoy aquí siempre que me necesites. Y por favor, déjame saber si algo de esto vuelve a suceder.

Mientras Leesa dejaba la oficina del profesor y se dirigía al pasillo, no estaba segura de si quería que sucediera de nuevo o no.

CAPITULO 33

ATAQUE

Traducido por ingrid
Corregido por Smyle

Nicky Kappes, de dieciséis años, y Teri Smith, de quince, hubieran preferido estar en casi cualquier lugar de este gélido viernes por la noche en lugar de donde se encontraban ahora mismo, acurrucadas bajo sacos de dormir dentro de una tienda de lona en las Montañas Berkshire, al oeste de Massachusetts.

El campamento estaba cerrado oficialmente por el invierno, pero eso no detenía a sus padres. Durante los últimos tres años, los padres divorciados traían a sus hijos aquí para un fin de semana de lo que ellos llamaban «tiempo de vinculación ininterrumpida».

Eso significaba nada de teléfonos, ni computadoras, ni nada, ni siquiera otras personas, a excepción de sus molestos hermanitos, que apenas contaban. Sus padres llevaban sus teléfonos para emergencias, y el padre de Nicky siempre llevaba su rifle. ¿Por qué? Las chicas no lo sabían, ya que no había nada para cazar en esta temporada, y las Berkshire no eran exactamente conocidas por albergar peligrosos depredadores. Los pocos osos que aún vagaban por las montañas estaban todos hibernando cómodamente en sus guaridas.

Podría haber sido peor, Nicky y Teri lo sabían. Podrían haber sido obligadas a compartir una tienda de campaña con sus hermanos de ocho años de edad, en lugar de entre sí. Pero, por suerte, los chicos estaban en tiendas con sus padres.

Los seis habían pasado el último par de horas sentados alrededor de una hoguera ardiente, turnándose para contar historias de miedo. La mayoría de las historias eran bastante pobres, pero el padre de Teri puso algunas pieles de gallina con una historia de un psicópata enloquecido que se aprovechaba de los campistas, arrastrándolos desde sus tiendas de vuelta a una cueva en la que poco a poco los comía vivos. En el momento que terminó, los más jóvenes se encontraron a sí mismos mirando por encima de sus hombros a la oscuridad.

—¿Cuándo crees que vamos a tener la edad suficiente para que no tener que venir aquí nunca más? —preguntó Teri a Nicky—. Odio no poder mandar mensajes de texto, ni hablar, ni siquiera enviar un correo electrónico a mis amigos.

Ambas niñas tenían sus linternas encendidas junto a ellas, iluminando el interior de su tienda de campaña mientras hablaban.

—Yo también —dijo Nicky, sacando un brazo fuera de su saco de dormir y metiéndolo dentro de su mochila—. Por eso metí esto en mi mochila este año. —Sacó su teléfono.

Teri se quedó sin aliento.

—No puedo creer que lo trajeras. Tu padre te va a matar si se entera.

—Lo sé, ¿verdad?, pero de ninguna manera voy a pasar el fin de semana sin al menos mandar mensajes de texto a Adam.

Los dedos de Nicky comenzaron a teclear su teléfono.

—No cuando sólo hemos estado saliendo dos semanas. No quiero que se olvide de mí.

—No puedo creer que estés saliendo con uno del último año. Eso es increíble.

—Lo sé. Y es muuuy lindo, también.

—Shhhh... ¿Qué fue eso? —preguntó ansiosamente Teri. Empujó sus hombros fuera de la bolsa de dormir y se apoyó en un codo. El aire de la noche fría inmediatamente se filtró a través de su sudadera.

—¿Qué fue qué? —preguntó Nicky, empujando su teléfono dentro de su mochila.

Escucharon en silencio con preocupación. Algo se movía fuera, como pisadas sobre las hojas muertas, pero no pasos del todo. Un animal de algún tipo, ¿tal vez? Una sombra oscura cruzó por delante de la luz de la luna que pintaba el frente de su tienda de campaña, haciéndose más grande a medida que se acercaba. La sombra parecía de forma humana, pero estaba haciendo un sonido extraño, parecido a un quejido, como un animal en peligro.

Nicky apuntó su linterna a la cremallera frontal.

—Papá, ¿eres tú? —preguntó con calma, pensando que uno de los padres estaba por ahí tratando de asustarlas. La sombra era demasiado grande para ser uno de los chicos.

—¿Sr. Smith?

Quien estaba allí comenzó a patear a la entrada de la tienda. Nicky tomó su mochila y rebuscó su teléfono.

—¿Papá? ¿Sr. Kappes? —dijo Teri urgentemente—. Ya basta, por favor. Esto no es gracioso. Estás asustándonos. Lo digo en serio. ¡Para!

El cierre comenzó a subir lentamente, avanzando de forma desigual, a trancas y barrancas, como si el que estaba fuera no pudiera conseguir una sujeción adecuada de la misma. Aterrorizadas, las dos chicas dirigieron sus linternas a la entrada. Cuando la cremallera estaba a medio camino, una cara empujó dentro de la abertura.

Las chicas gritaron.

El rostro era más horrible que cualquier cosa que ninguna de ellas hubiera visto jamás. Una órbita estaba vacía, rodeada de una fea y fibrosa costra roja y amarilla. La piel grisácea de la cosa parecía estar pudriéndose, exponiendo partes de hueso y calavera. Sus labios habían desaparecido, revelando horribles dientes amarillos. Saliva de color amarillo oscuro, tan espesa que parecía más bien mucosidad, goteaba de los dientes superiores. El gemido horrible se hizo más fuerte mientras la criatura continuaba tirando de las aletas de entrada.

De repente, la cosa desapareció, arrancada de la entrada por el Sr. Smith.

—¡Salid aquí, niñas, ahora! —gritó.

Nicky y Teri gatearon fuera de sus sacos de dormir. Nicky tiró de la cremallera del frente todo el camino hacia arriba y las dos chicas cayeron en la oscuridad. Un disparo resonó a través de la noche, primero uno, luego otro y otro.

Más de las horribles criaturas se sacudieron en todo el campamento, cada una tan aterradora y fea como la que había intentado entrar en la tienda de las niñas. Kappes les estaba disparando. Sus balas golpeaban en las criaturas con un sonido húmedo, repugnante, pero parecía que el fuego del arma sólo los hacía más lentos, no los detenía. Los dos niños estaban acurrucados detrás de él, y Smith luchaba con la criatura que se había alejado de la tienda.

Nicky había visto suficientes películas de terror para saber lo que estaba sucediendo. Era imposible, ¡pero el campamento estaba siendo atacado por zombies! Ni en un millón de años lo habría creído.

—Tienes que dispararles en la cabeza, papá —le gritó ella, recordando las películas que había visto. La gente siempre disparaba a las criaturas en la cabeza—. En la cabeza, es la única manera de detenerlos.

Kappes empujó a los dos jóvenes hacia las chicas.

—Cuidad a vuestros hermanos —ordenó—. ¡Llevadlos al coche!

Apuntó hacia arriba y disparó al zombi más cercano a la cara. La criatura se derrumbó al suelo. Las niñas y sus hermanos permanecieron congelados detrás de él.

—¡He dicho que al coche! —gritó de nuevo—. Y si algo fuera de nosotros se os acerca, conducid fuera de aquí. Es una orden.

Nicky y Teri tomaron a sus hermanos y corrieron hacia la camioneta, estacionada en el borde de un aparcamiento de tierra cerca a un centenar de metros de distancia. Por suerte, no había zombis en esta dirección. Los disparos continuaron partiendo la noche. Los chicos estaban gritando. Nicky subió al volante y lanzó el teléfono a Teri.

—Llama al 911 —dijo mientras encendía el motor y las luces.

El tiroteo se detuvo de repente. Nicky esperaba que su padre no se hubiera quedado sin balas, o peor. Dos figuras oscuras se dirigieron pesadamente hacia el coche, aún muy lejos para reconocerlas. Rezaba porque fueran su padre y el señor Smith.

Más de un centenar de kilómetros al sureste, los ojos de Leesa se abrieron de golpe.

CAPITULO 34

MALA NOCHE

Traducido por carosole
Corregido por Vickyra

El corazón de Lessa latía fuertemente en su pecho y las mangas largas de su camiseta se aferraban a su piel con sudor. Se sentía como si hubiera cerrado los ojos y se hubiera dormido hacía sólo unos minutos. Los sonidos de la música y las voces de algún lugar de la sala le dijeron que no podría ser muy tarde y un vistazo a su reloj confirmó su pensamiento; los números azules mostraban las 11:24. Se había ido a dormir un poco antes de las once, demasiado temprano para un viernes en la noche, pero se había sentido muy cansada últimamente, cortesía de dar vueltas y vueltas en la cama, cosa que parecía hacer casi todas las noches.

Si no encontraba pronto algún remedio para su sueño inquieto, no estaba segura de cómo iba a hacer durante el semestre para que sus notas no sufrieran. Irse a la cama temprano esa noche no había sido gran cosa, no había estado haciendo mucho después de todo. Cali estaba afuera con Andy, y Stacie y Caitlin estaban también con sus citas. Con Rave todavía en New Hampshire, Lessa había sido abandonada a su suerte, por lo que había paseado por su habitación, estudiando un poco y viendo partes de una comedia romántica cursi en la televisión.

Se destapó de debajo de las sabanas y movió sus piernas sobre el lado de la cama. Totalmente despierta a pesar del cansancio que sentía en su cuerpo, sabía que no se volvería a dormir pronto, no después de ese sueño.

El aire frío atacó inmediatamente a su camisa húmeda y a sus piernas desnudas y sintió la piel de gallina comenzando a erizarle brazos y piernas. Moviéndose cuidadosamente por la habitación oscura, encendió la lámpara de escritorio y sacó una nueva camisa seca de su cómoda. Se estremeció al quitarse la camisa mojada y la reemplazó por la nueva. La tela estaba fría contra su piel, pero era una gran mejora sobre la prenda empapada de sudor. Agarró su albornoz del armario y se deslizó en sus mocasines, después envolvió sus brazos alrededor de su pecho y esperó a que su cuerpo se calentara.

El calentamiento parecía tomar más tiempo de lo que debería, y Lessa sabía por qué. No era sólo el frío y el sudor lo que la congeló, era la pesadilla que la había sacado de su sueño.

El sueño de ésta noche había sido el más realista y preocupante. Fue la dura violencia de esta nueva visión lo que era tan perturbador. Ninguno de sus otros sueños había contenido tal violencia. Incluso la pesadilla del vampiro, tan peligrosa y amenazante como la sintió, no había mostrado ningún tipo de violencia real. Este fue diferente. Los zombies esta noche no habían tropezado solamente alrededor de un cementerio o miraban lastimeramente en una ventana. No, esas criaturas habían atacado a los campistas, obligando a los hombres a defenderse a sí mismos y a sus hijos. Lessa había oído las balas atravesando los cuerpos putrefactos de los monstruos con un sonido húmedo, casi de succión. Había visto sus cabezas reventar cuando el tirador adaptó su objetivo a las instrucciones de su hija.

¡Y qué realismo! Eso fue lo que hizo todo el asunto mucho más aterrador. Cuando el zombie metió su espantosa cara en la carpa de las chicas, Lessa había sentido casi como si la cosa estuviera tratando de agarrarla. Todavía podía oír los gemidos bajos de la criatura y juró que había sido capaz también de oler su hedor fétido y podrido. Se estremeció ante su recuerdo.

Lo peor del sueño fue la manera en que terminó. Lessa aún podía describir las dos formas negras moviéndose a través de la oscuridad hacia el coche pero no podía distinguirlas. ¿Eran los padres escapando de los zombies? ¿O eran dos de las criaturas buscando más carne para el festín después de acabar con los hombres? Lessa esperaba y rezaba que fueran los padres volviendo para reunirse con sus hijos e irse de ese maldito lugar.

Una repentina comprensión la golpeó. No saber como terminaba el sueño *no* era lo peor. No, lo peor, con mucho, era que no sabía si ésta horrible visión también iba a suceder, ¡o si ya lo había hecho!



CAPITULO 35

BUENOS DIAS

Traducido por zune
Corregido por Vickyra

Leesa paseaba haciendo pequeños círculos alrededor de su habitación, sin saber qué hacer consigo misma, ahora que estaba despierta. Sus amigas probablemente ni siquiera habían vuelto todavía a casa de sus citas. Si lo hubieran hecho, sus novios todavía estarían con ellas y no estarían demasiado emocionados si de repente aparecía en su puerta.

Algunas de las chicas en su piso estaban todavía levantadas, oyó la música y las voces por el pasillo, pero no tenía ganas de salir con nadie más que sus amigos cercanos. Pensó en usar el tiempo para estudiar un poco, pero, por la forma en que se sentía ahora, sabía que no podría retener nada de lo que leyera. Siempre existía la televisión, si podía encontrar algo que no fuera de miedo, tonto o aburrido, no siempre la cosa más fácil tan tarde en la noche del viernes.

En un arrebato, se sentó en su escritorio y encendió su portatil. Cuando arrancó, fue derecha a la página de búsqueda de Google. Miró fijante la pantalla durante unos instantes, intentando decidir exactamente cómo redactar su búsqueda. Esta no era una consulta ordinaria. Sabía que sus esfuerzos serían presumiblemente futiles, probablemente era demasiado pronto, pero teniendo en cuenta que ya estaba levantada de todos modos, quería ver si podía encontrar cualquier mención a una historia que pudiera encajar con su sueño de alguna manera.

Tecleó varias docenas de búsquedas, utilizando diferentes combinaciones de palabras como «zombies», «ataque», «camping», «niñas» y cualquier otra palabra que se le ocurrió. Un montón de opciones aparecieron, los zombies son un tema muy popular, pero como esperaba, ninguno de ellos era ni remotamente cercano a lo que estaba buscando.

Para uso futuro, hizo una nota mental de las combinaciones de búsqueda que parecían producir los resultados más prometedores y luego apagó el ordenador. Ahora, ¿qué hacer? La residencia se había vuelto más tranquila durante la búsqueda en Internet, a pesar de que todavía podía oír débiles trazas de la música del final del pasillo.

Sólo por hacer algo, cojeó hacia a la ventana que tenía detrás y se asomó. Vio a dos personas caminando en el otro extremo del patio, pero aparte de eso, el atrio estaba vacío. Por milésima vez desde que lo había conocido, deseó que Rave estuviera aquí con ella, o que al menos tuviera una manera de hablar con él. Oh, Rave*, ¿por qué estás tan lejos? Te necesito aquí conmigo*. Sentir sus fuertes brazos alrededor de ella sería lo mejor, por supuesto, pero sólo escuchar su voz sería bastante bueno, también. Lamentablemente, ninguna de esas cosas era una posibilidad.

Pensó en llamar a su tía mañana y pedirle que trajera a Max de visita, así al menos podría enviar algunos pensamientos de amor a Rave. No sería ni de lejos tan bueno como una llamada telefónica o un mensaje de texto, pero era mejor que nada. Decidió que si todavía se sentía así por la mañana, llamaría a su tía.

Se alejó de la ventana y se sentó de nuevo en su cama. Estaba exhausta, pero no tenía sueño. Nunca hubiera imaginado que alguien pudiera estar tan cansado sin tener sueño, pero sabía que era verdad.

Cogió el mando a distancia de su escritorio, encendió el televisor y se tumbó de lado. Pasó a través de un montón de canales antes de decidirse por un concierto de Train en la MTV, no era su banda favorita, pero era pasable. Ver un espectáculo de música no requiere ninguna concentración real por parte de su cansado cerebro.

Finalmente, sus ojos se volvieron pesados y se quedó dormida. Justo antes de quedarse dormida, se las arregló para apagar el televisor.

Para variar, su sueño fue tranquilo y sin problemas. Soñó que estaba con Rave, los dos muy juntos acostados sobre una manta suave en una pradera llena de flores de color rojo y oro, su calidez maravillosa empapando cada centímetro de su cuerpo.

El cielo era un dosel azul brillante por encima de ellos, el sol, una joya brillante de color amarillo, y el aire, se llenó con la fragancia dulce de las coloridas flores. Nunca se había sentido más feliz o más relajada. Deseó poder permanecer allí para siempre. Cuando por fin se sentía próxima a despertar, no quería abrir los ojos, no quería dejar la ilusión desaparecer. Acurrucó su mejilla contra su manta eléctrica, fingiendo que era el pecho caliente de Rave, y dejó escapar un suspiro de satisfacción.

Al despertarse más completamente, se dio cuenta de que algo no estaba bien. La cama bajo la manta era firme y uniforme, no suave y lisa como debería haber sido. Abrió los ojos y se encontró sin mirar a su manta, sino a una camisa de punto marrón. Girando la cabeza hacia arriba, vio a Rave sonriéndole. Estaba acunada en sus brazos, su cabeza contra su pecho. ¿Era este otro sueño? Si era así, era uno que definitivamente no quería terminar. Tuvo la tentación de cerrar los ojos de nuevo para evitar que esa visión maravillosa escapara. En cambio, extendió la mano y le acarició la mejilla suave y cálida.

—¿Rave?

Su sonrisa se ensanchó. —Buenos días, cariño.

Envolvió sus brazos alrededor de él y lo abrazó con fuerza. Esto no era un sueño, ¡era un sueño hecho realidad! No es de extrañar que hubiera dormido tan plácidamente.

—No puedo creer que estés aquí —dijo cuando por fin lo soltó—. Estoy tan feliz de verte. —acomodó el cuello en la parte interior de su brazo, para poder mirarlo y recrearse en sus hermosas facciones.

—Yo también —dijo Rave. Le acarició suavemente un lado de la cabeza con sus dedos. Cada roce envió oleadas de placer brillando a través de ella.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí? —acertó a preguntar.

—Hace un par de horas. No sé por qué, pero tuve un impulso casi irresistible de verte anoche. Así que cogí a Dral y Bain y nos dirigimos hacia el sur. Cuando llegamos aquí, podía escuchar a través de la puerta que estabas durmiendo. No estaba cerrada, así que me permití entrar, estabas en la parte de arriba de las mantas, así que me acosté junto a ti.

—Creo que me quedé dormida viendo la televisión. No puedo creer que no me despertara cuando llegaste aquí. Debo haber estado realmente inconsciente.

Rave sonrió. —Nosotros los Volkaanes podemos ser muy cautelosos cuando queremos.

Leesa le devolvió la sonrisa. —Tuve el sueño más maravilloso sobre nosotros. Y ahora sé por qué.

Levantó la cabeza y miró por encima del pecho de Rave. Estaban solos en la habitación.

—¿Dónde están tus amigos?

—Fuera, en el pasillo —dijo Rave.

—¿Por qué no los dejaste entrar?

—No podemos estar todos en el mismo espacio cerrado —explicó Rave—. Es demasiado arriesgado.

—¿Crees que podría estar en peligro? —preguntó ella, sorprendida.

—No, en realidad no. Pero es mejor tener cuidado, sobre todo ahora.

Un grito desde fuera de la puerta los interrumpió.

—Mierda —exclamó una voz femenina.

Leesa sonrió. —Cali —le dijo a Rave—. Y estoy bastante segura de saber qué la tiene tan emocionada.

Se levantó de la cama y se acercó a la puerta. Detrás de ella, Rave se levantó también.

Leesa abrió la puerta y vio a Cali de pie a unos metros detrás de la puerta, con los ojos pasando de un lado a otro entre Dral y Bain. Llevaba una chaqueta de camuflaje con capucha y pantalones vaqueros oscuros con los muslos descoloridos. Leesa estaba segura de que el «mierda» vino de Cali deseando estar más elegantemente vestida para su encuentro sorpresa con los dos guapos Mastons. Tenía una gran sonrisa en la cara de todos modos.

—Hola, Cali —dijo Leesa—. ¿Quieres entrar?

—No estoy segura. El paisaje aquí es condenadamente bonito.

Cali miró por encima del hombro y vio Leesa y Rave. Levantó la mano en un breve hola. —Ya que tu chico está aquí —continuó—. Supongo que eso deja a estos dos tios buenos para mí.

—¡Ja! ¿No te gustaría? —Leesa presentó a Cali a Dral y Bain, y luego se hizo a un lado y dejó que entrara en la habitación.

—Sentí lástima por ti anoche —dijo Cali cuando estaba dentro—, atrapada aquí sola mientras el resto de nosotros estábamos en nuestras citas. No sabía que eras la anfitriona de una convención de galanes.

Leesa rió.

—Yo tampoco. Rave vino después de que me durmiera. —Se movió al lado de Rave y puso su brazo alrededor de su espalda—. Es seguro que fue una gran manera de despertar, sin embargo.

—Por la forma en que estás vestida, supongo que no te despertó hace mucho tiempo, tampoco. Espero que vosotros dos os comportarais. —Cali sonrió—. En realidad, espero que no lo hicierais.

Leesa sintió que se ruborizaba. —Rave fue un caballero —dijo—. Como siempre.

—Bueno, supongo que nadie es perfecto —dijo Cali, riendo.

—Oh, no lo sé —dijo Leesa—. Es bastante perfecto para mí. —*Perfecto*, pensó, excepto por el pequeño problema de que besarlo podría matarla, y no sabía si alguna vez se iba a resolver ese problema.

—Bueno —dijo Cali—. Sólo vine a ver lo que tenías pensado para hoy, ya que todos te abandonamos anoche, pero puedo ver que estás en buenas manos. —Se volvió a Rave—. Entonces, ¿Los Mastons ya terminasteis con toda esa cosa de la peregrinación?

Leesa se dio cuenta de que no había tenido la oportunidad de hacerle a Rave la misma pregunta. Sintió que contenía la respiración mientras esperaba su respuesta.

—No, todavía no —dijo Rave. Leesa trató de ocultar su decepción—, pero no podía estar una hora más sin ver Leesa —continuó Rave, apretando a Leesa ligeramente alrededor de la cintura. Él se encogió de hombros exageradamente—. Ha sido un largo camino, pero aquí estoy.

Cali se rió y Leesa sintió cómo se calentaba por dentro.

—Está bien, lo retiro —dijo Cali—. Tal vez sea perfecto.

CAPITULO 36

DIA MARAVILLOSO

Traducido por erika
Corregido por Juli_Arg

Leesa y su chico perfecto yacían uno al lado del otro, esta vez en una manta de algodón gris oscuro que habían extendido en medio del Campo de Brennan, una ancha y verdosa pradera a una corta distancia del campus de Weston. Yacían sobre su espalda, la cabeza de Leesa amortiguada por el brazo de Rave, mirando hacia el cielo azul brillante rayado con tenues nubes cirros. Dral y Bain sentados cómodamente en el suelo a cada lado de ellos, a seis metros de la manta. Nadie esperaba problemas con los vampiros en un día soleado como este, pero los dos Volkaanes mantenían su vigilancia, no obstante.

Leesa pocas veces se había sentido tan feliz y relajada. Quería tratar de imitar el sueño de la última noche lo más cerca posible, extender los maravillosos sentimientos que esto le había traído, y Rave había aceptado rápidamente. Por supuesto, no había praderas llenas de flores en un radio de miles de kilómetros en esta época del año, por lo que la fina yerba verde y marrón del Campo de Brennan tenía que servir. Estaba bien para ella, sin embargo. Una salida así normalmente hubiera sido imposible en medio del invierno. El suelo bajo la manta estaba congelado y la temperatura en el aire estaba como a seis grados bajo cero, con un poco de viento añadido al frío. Ninguna chica en sus cabales querría tumbarse en un suelo como este en un frío día de enero, a menos que el novio junto al cual estaba acurrucada fuera un Volkaane, por supuesto.

El fuego interno de Rave proporcionaba todo el calor que ella necesitaba, incluso manteniendo la manta tibia. Sentía como se estuviera en julio, no enero. Ahora, si tan sólo pudiera darse la vuelta y besar a Rave profundamente, estaría en el paraíso. Sin embargo, se conformaría felizmente con esto por ahora.

—Esto es maravilloso, Rave —dijo, poniéndose de lado para así poder mirarlo—. Estoy tan feliz de verte. No pudiste haber elegido un mejor momento para venir.

—Anoche tenía el fuerte sentimiento de que me necesitabas. Casi como si hubieras mandado un mensaje a través de Max, pero sabía que no lo habías hecho. No había sentido nunca algo como esto.

Leesa sonrió.

—Tal vez eso es lo que hace el amor. Sincroniza los corazones y mentes de dos personas, uniéndolos.

—Quizá —reflexionó Rave—. Yo nunca he estado enamorado antes, así que esto es nuevo para mí. Lo que sea que haya sido, era demasiado fuerte anoche.

—He leído historias de padres e hijos, o gemelos idénticos, quienes dicen que han sabido lo que el otro piensa o siente a pesar de estar a kilómetros de distancia. Quizá esto sea algo como eso.

Rave liberó su brazo de debajo de la cabeza de Leesa y se apoyó sobre su codo, así podía él mirarla mas fácilmente.

—¿Recuerdas la primera noche que caminamos juntos?

Leesa sonrió mientras el recuerdo la inundaba. Esta vez, el calor flotando a través de su cuerpo no tenía nada que ver con el fuego interno de Rave.

—¿Como podría olvidarlo? Caminaba a casa desde la biblioteca. Me habías estado acosando y finalmente me decidí a decirte hola.

Rave rió, recordando como Leesa, en broma, lo acusó de estar acosándola.

—No te acosaba —le recordó—. Sólo estaba cuidándote.

—Esa fue una noche maravillosa. Nunca la olvidaré.

—Esto podría sonar un poquito extraño, pero, ¿recuerdas si querías que yo te tomara de la mano esa noche?

Leesa dejó que su mente regresara a esa inusual y cálida noche de Octubre. New England había estado disfrutando unos días casi veraniegos, y ella sólo llevaba una sudadera ligera y pantalones cortos. Recordó haber notado cómo Rave caminaba silenciosamente, aún sobre las hojas caídas, mientras que ella parecía hacer crujir cada hoja muerta a la vista. Había tenido miedo de que él pensara que era una zoquete torpe, con su cojera y todo ese ruido. Y sí, recordaba querer desesperadamente que tomara su mano.

—Sí —dijo ella—. Muchísimo.

Rave frunció el seño en pensamiento.

—Hmmmmm… ¿que pensarías si te dijera que durante nuestro paseo, de repente tuve un impulso casi irresistible de sostener tu mano? La única cosa que me detuvo era que no podía permitir que sintieras mi calor. No en ese entonces, antes de que supieras que lo que yo era.

Leesa se acomodó en una posición sentada y cruzó sus piernas ligeramente delante de ella. Rave hizo lo mismo.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —preguntó ella.

—Sí. Creo que lo que sucedió anoche ha pasado antes. Es como si algunas veces yo pudiera escuchar tus pensamientos… o sentirlos, de alguna manera.

—¿Como es eso posible? —preguntó. Si lo que Rave decía era verdad, entonces ella poseía magia, o algo parecido.

Pensó acerca de sus sueños extraños, la cesta de la basura y la lata de Red Bull. ¿Quién —o qué— era ella? ¿Y qué de bueno había en alguno de estos poderes si no podía controlarlos?

—No estoy seguro —dijo Rave—. Pero tal vez esta conexión explica porque me sentía tan atraído hacia ti, justo desde el principio. Siempre he sabido que era algo más que tu hermosa cara.

Leesa se sonrojó. Recordó a Rave bromeando acerca de estar atraído a la sangre de vampiro en sus venas, cortesía de la mordida del *Grafhym* que sufrió su madre. Había pensado que podría haber algo de verdad en eso, pero esto era algo más, mucho más. ¿Qué si Rave no estuviera realmente enamorado de ella, y sólo fuera atraído a ella por algún tipo de magia que no podía entender ni mucho menos controlar?

Rave debió haber adivinado lo que ella pensaba por la expresión en su cara, porque él se adelantó y tomó ambas manos en las suyas.

—No importa que fue lo que me atrajo hacia ti en primer lugar —dijo—. No estoy enamorado de ti por ninguna de esas cosas. Estoy enamorado de ti por quién eres, por la manera que somos cuando estamos juntos. ¿Puedes entender eso?

Leesa asintió. Podía entenderlo muy bien, porque algo similar sucedía en su interior. No amaba a Rave porque fuera un Volkaane, ni porque su caricia la llenara de calidez mágica. Lo amaba por su gentileza, por su consideración, su sentido del humor. Su magia era un extra. Y un peligro, también, se recordó a sí misma.

—Sí, lo entiendo. Es lo mismo que yo siento. ¿Pero de dónde viene mi magia, si eso es lo que es? ¿Mi sangre de *Grafhym*? ¿La mordida de Stefan?

—No de la mordida de Stefan —dijo Rave—. Eso sucedió más tarde. Y no del *Grafhym*, tampoco. Los de un solo colmillo tienen menos poderes que los otros vampiros, no más.

—¿Entonces de dónde?

Ninguno de ellos tenía una respuesta, así que se sentaron en silencio por unos momentos.

—¿Me pregunto…? —dijo Rave finalmente.

—¿Qué?

—El tipo que dice ser tu padre. ¿Qué pasarí si de alguna manera es realmente tu padre? Tal vez obtuviste algo de él.

Leesa pensó acerca de eso. Todavía no podía creer que el tipo pudiera de hecho ser su padre, pero no tenía una mejor respuesta que ofrecer. De repente deseó no haber tirado su teléfono ese día. Por primera vez, parte de ella empezaba a esperar que la encontrara otra vez. Tenía tantas preguntas, preguntas que tal vez él podría contestar.

—Hay algunas cosas que no he tenido la oportunidad de decirte todavía —dijo ella.

—¿Más pesadillas? —adivinó Rave.

—Sí, y algo más, también.

Rave la miró sorprendido.

—Empieza con los sueños.

—Tuve dos más. En uno, había un vampiro con una chica encadenada a su espalda, lo he tenido dos veces hasta ahora, lo que realmente me molesta. La chica me parece familiar, creo que debería conocerla pero nunca está lo suficientemente clara como para reconocerla. Es muy frustrante y preocupante.

—Estoy sorprendido de que no sueñes con vampiros más seguido —dijo Rave con compasión—, con todo lo que te ha pasado. ¿Y qué tal el otro sueño?

—Fue otra pesadilla con zombies, pero esta fue diferente de las primeras dos. Este sueño fue más aterrador y parecía mucho más real. Te lo juro, casi podía oler a uno de los zombies. En este, de hecho atacaron a un par de familias que acampaban en el bosque. Los padres trataban de luchar contra ellos para salvar a sus hijos, pero no sé si sobrevivieron o no. El sueño terminó antes de que pudiera ver.

Rave cambió de lugar para así sentarse junto a Leesa. Puso sus brazos alrededor de su espalda.

—Ese de verdad suena aterrador. Espero que no me digas que viste eso también en las noticias.

—No… todavía no, de todas maneras. Apenas lo tuve anoche. Estaba bastante molesta cuando desperté y no podía volver a dormir. Quizás eso fue lo que tú sentiste.

—Tal vez —dijo Rave—. Sin embargo, me pregunto por qué esto no había sucedido más seguido. —Rió, esperando aligerar el ambiente—. Quizá la mayor parte del tiempo no me extrañabas lo suficiente.

—¡Ja! sabes que eso no es verdad —dijo Leesa, sonriendo a su vez—. Te extraño todo el tiempo, ¡como una loca!

Rave le dio un suave apretón.

—Lo sé, yo también te extraño.

—El Dr. Clerval dice que estas cosas podrían tener que ver con fuertes emociones combinadas con la fatiga. Cree que de alguna manera estar cansada rompe algunas de mis defensas lógicas y deja salir lo que sea que esté dentro de mí.

—Eso tiene sentido. La mayoría de los humanos tienen verdaderos problemas en creer en algo mágico o sobrenatural. Mírate a ti. Pasaste dieciocho años siendo escéptica con la historia de tu propia madre. Quizá todos tus encuentros con lo sobrenatural en los últimos meses han empezado a debilitar tus defensas psicológicas. Entonces cuando estás cansada y sientes emociones fuertes, lo que sea que esté dentro de ti, se las arregla para irrumpir.

—Tal vez —concordó—, pero eso aún no nos dice qué diablos hay dentro de mí, si es que hay algo.

—No, no lo hace. —Rave frunció lo labios, pensando—. ¿Dijiste antes que había algo más, además de los sueños?

—Sí. —Una vez más, cuando Leesa se dispuso hablar acerca de los incidentes que el Profesor Clerval había llamado telequinesis, empezó a sentirse tonta e insegura. Esto parecía ser imposible, que estuviera moviendo objetos sólo con su mente, ¿pero era más improbable que ninguna otra de las cosas que había visto y experimentado?

—Estás dudando —dijo Rave—. ¿Detecto esas «defensas lógicas» saliendo a escena otra vez?

Leesa esbozó una tímida sonrisa.

—Sí, lo haces —admitió. Hizo una pausa por un momento—. Creo que puedo haber movido un par de cosas con mis pensamientos —dijo finalmente.

Los ojos de Rave se abrieron.

—¿En serio? Háblame de ello.

Leesa le contó lo que sucedió con la lata de Red Bull y la cesta de la basura.

—No puedo estar segura de eso tampoco —dijo cuando terminó—. No sé si esa estúpida lata realmente se movió, o si mi pie podría haber golpeado la cesta, pero estoy bastante segura de que no lo hizo.

La mirada de Rave parecía perderse en la distancia.

—Waziri —dijo después de un momento, sólo a media voz.

—¿Qué? —preguntó Leesa, insegura de si escuchó la palabra correctamente.

—Waziri —dijo Rave, más claro esta vez—. Un clan de magos. Algunos tienen el poder de mover cosas sin tocarlos. Otros, se decía que vislumbraban el futuro en sus sueños, o veían cosas sucediendo muy lejos. Mi gente tenía tratos con ellos en un pasado lejano. Sin embargo, no se ha sabido de ellos desde hace más de cien años.

—Nunca he oído hablar de ellos. ¿Estás seguro que eran reales?

Rave sonrió.

—Nunca habías oído hablar de los Volkaanes, tampoco. Pero existimos, y también lo hicieron ellos. Como la mayoría que no se alimenta de seres humanos, eligen permanecer fuera de la vista, los Waziri aún más que la mayoría. Es por eso que hay pocas, si es que hay alguna, historias acerca de ellos, a diferencia de las criaturas como los vampiros, hombres lobos y zombies.

—¿Estás diciendo que de alguna manera tengo algunos de esos poderes Waziri?

—No lo sé. No veo como podrías, pero tus historias me trajeron a los Waziri a la mente. Y siempre he sabido que hay más en ti que lo que está a la vista.

Todo esto era demasiado para Leesa. Una energía nerviosa la llenaba. Necesitaba moverse, así que se levantó. El aire frío la atacó inmediatamente, hasta que Rave se puso en pie cerca frente a ella y su calor la envolvió una vez más.

—Vamos a caminar un poco —dijo Leesa.

Rave tomó su mano y empezaron a caminar a través del campo, sin dirigirse realmente a ningún lado, sólo caminando. Dral y Bain empezaron a caminar detrás de ellos.

Moverse ayudó a Leesa a calmarse un poco.

—No entiendo nada de esto —dijo después de un momento—. ¿Cómo obtendría yo poderes de mago, si eso es lo que son? No tiene ningún sentido.

—No tengo ni idea —dijo Rave—. Fue sólo un pensamiento. Quien sabe si hay algo de eso.

—¿Eran los Waziri buenos o malos magos?

—Eran buenos, la mayoría del tiempo, al menos hasta el final.

—¿Qué les sucedió?

—No estoy seguro. Yo era demasiado joven entonces. Algún tipo de conflicto dentro de sus filas. Como una guerra civil en miniatura. Se dice que se destruyeron unos a otros. Balin puede saber más.

Leesa se sentía más confundida que nunca. Si los Waziri se habían destruido entre sí mismos, ¿cómo diablos pudo obtener alguno de sus poderes cien años después? Un repentino pensamiento la golpeó. Dejó de caminar y se volteó para enfrentar a Rave.

—Siempre creí que los magos eran hombres —dijo—, y que las mujeres con magia eran brujas, o hechiceras. ¿Había alguna mujer Waziri?

Podía ver que su pregunta atrabapa a Rave con la guardia baja. Era algo que obviamente él no había pensado.

—No que yo sepa —dijo después de unos segundos—. Todos eran hombres, creo.

—Bueno, ahí se va tu teoría, entonces. A menos que pienses que de alguna manera soy la primer mujer Waziri.

—Eso parece un poco descabellado —admitió Rave—, pero cosas más extrañas han pasado.

—¡Ah! Nombra una.

Rave sonrió.

—Me enamoré de una humana.

Leesa se alzó de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Bueno, ahí está eso.

Rave envolvió sus brazos alrededor de su espalda y ella frotó su mejilla contra su pecho. Siempre que él la sostenía así, todas sus preocupaciones parecían desvanecerse.

Finalmente, se salió de su abrazo.

—Creo que estamos de vuelta donde empezamos —dijo ella, con una media sonrisa en su cara—. Realmente no sabemos ni una maldita cosa.

—Hablaré con Balin. Tal vez había mujeres en la versión de los Waziri de las que no estoy enterado. O quizás, escuchar acerca de las cosas que te están pasando provoqué alguna otra idea en él.

—Y tal vez el tipo que dice ser mi padre me encuentre de nuevo. Esta vez, me aseguraré de hacerle algunas preguntas, para ver qué podría saber.

Leesa tomó la mano de Rave y empezaron a caminar de regreso al campo.

—Se supone que debo de regresar esta noche —dijo Rave cuando llegaron a la manta— pero no me gusta dejarte, especialmente con todo esto que está pasando.

—No te preocupes. De todas maneras, ninguna de estas cosas parece peligrosa, no todavía. —Leesa recogió la manta y empezó a doblarla—. Si los sueños empiezan a hacerse más aterradores y empiezan a hacerse realidad, se lo diré a Max. Además necesitas regresar a New Hampshire para que puedas hablar con Balin acerca de los Waziri.

—Ya lo sé. Pero eso no significa que tenga que gustarme la idea.

—Eso es bueno —dijo Leesa, sonriendo—. Yo tampoco quiero que te guste la idea de dejarme.



CAPITULO 37

BUSQUEDA

Traducido por erika
Corregido por Juli_Arg

A sólo cuarenta y ocho kilómetros hacia el sur, el hombre que Leesa esperaba que la encontrara estaba nuevamente saliendo de un autobús mugriento en los límites del campus de la Universidad de Yale. Ni Leesa ni él sabían lo cerca que, de hecho, estaban el uno del otro, pero hasta que Dominic la encontrara, la distancia realmente no importaba.

Sin pistas para guiarlo acerca de en qué colegio universitario podría estar Lessa, Dominic había estado sistemáticamente poniéndose en camino por la costa de Connecticut. Yale era la sexta escuela que visitaba en los últimos cinco días. La búsqueda en los campus de Stamford, Fairfield y Bridgeport, de todos salió con las manos vacías. El área de New Heaven contenía seis colegios diferentes que tenía que revisar, así que esperaba estar allí cinco o seis días, al menos. Luego tenía que decidir si dirigirse al norte hacia Hartford y su colección de colegios, o continuar al este a lo largo de la costa. Pensó que probablemente iría hacia el norte, ya que había más escuelas en esa dirección, pero no tenía que tomar esa decisión hasta que hubiera terminado en New Haven.

La tarde era fría, y un aire helado soplaba cerca de Long Island Sound, haciendo que el día se sintiera aún más frío. La primera cosa que Dominic había hecho cuando desembarcó en Nueva York de su viaje a través del país en el tren Amtrak, fue comprarse una chaqueta negra desgastada y unos guantes de piel negros en una tienda de ropa usada. No los necesitaría a menos que estuviera mucho más frío que esto, pero quería una chaqueta y los guantes le ayudarían a armonizar.

Tan pronto como bajó del autobús, se puso la chaqueta y los guantes. Buscaría en Yale de la misma manera que lo había hecho en las otras escuelas, caminando sistemáticamente arriba y abajo por cada calle o pasillos del campus, y subiendo las escaleras de cada edificio más alto que tres pisos. A pesar de sus fracasos anteriores en localizar a Leesa, estaba bastante seguro que

podía ser capaz de sentirla si se acercaba lo suficiente, y una distancia vertical contaba tanto como la distancia de a ras de suelo.

Afortunadamente, todos los campus en los que había buscado hasta ahora habían sido escuelas urbanas, con las áreas necesariamente más compactas. Aun así, sus búsquedas minuciosas consumían tiempo, pero no tenía otra opción, no a menos que eligiera desencadenar una búsqueda mágica. Tal búsqueda atraería a sus enemigos hacia él, tan seguro como si hubiera encendido un faro encima de una montaña. No, eso tenía que permanecer como su último recurso, para ser usado sólo si sus actuales tácticas fallaban y no veía otras opciones.

Había agujeros en su metodología, lo sabía. Si Leesa se encontraba fuera del campus por cualquier razón mientras la buscaba, la perdería. Podría estar aún en el campus, pero moviéndose en una dirección que la mantendría demasiado lejos de él, a pesar de la minuciosidad en su búsqueda. Sin embargo, era la mejor estrategia con la que podía llegar, sin necesidad de recurrir a la magia. Deseaba que las oficinas de administración de las universidades no fueran tan protectoras con los nombres de sus estudiantes, pero varios intentos para averiguar si Leesa estaba en una universidad habían sido recibidos con una resistencia rígida.

Le dio la espalda al viento y abrió el mapa de la ciudad que había obtenido en un kiosco para turistas en la estación de trenes de New Haven, protegiendo el papel del viento con su cuerpo. Dobló el mapa en un cuadrado pequeño que mostraba sólo el área de Yale y era capaz de manejarlo con mucha más facilidad. El campus tenía unas siete manzanas de ancho y un poco más de una docena de largo. Esa era la buena noticia. La mala era que algunas partes del campus fueron construidas en cuadriláteros con muchos pasillos y plazas, y había muchos dormitorios y otros edificios más altos que tres pisos. Subir las escaleras realmente no le cansaría, pero le llevaría un valioso tiempo.

Sin embargo, no había nada que pudiera hacer sobre el asunto, así que metió el mapa en el bolsillo de su abrigo y se marchó hacia el primer bloque.

CAPITULO 38

WAZIRI

Traducido por C_Kary
Corregido por Yanii

El domingo por la mañana. Leesa durmió hasta tarde. Su sueño había sido pacífico y relajado, el resultado, supuso, de los restos de sentimientos de la alegría por la visita de Rave. Había partido tarde la última noche, pero la oportunidad de pasar un día entero con él había sido maravillosa.

Se levantó de la cama y se metió dentro de un cómodo par de pantalones de deporte. Encendió su equipo de música, se hizo un desayuno de copos de salvado y pasas y una gran taza de chocolate caliente. Parte de su rutina era escuchar en el estéreo, «Closing Time», de Semisonic.

Dejó de masticar y escuchó su estrofa favorita que hablaba sobre nuevos comienzos. Había experimentado muchos nuevos comienzos en los últimos meses y la mayoría de ellos habían sido grandiosos. Estaba Rave, por supuesto, pero también Cali, y la universidad, y la tía Janet, el tío Roger y Max.

Algunos de los comienzos no fueron tan buenos, como sus sueños molestos, pero tal vez incluso ellos llegaran a ser positivos con el tiempo. Había habido una serie de «finales», también. Algunos buenos como el final de la aflicción de su madre y el fin del cautiverio de Bradley. Y lo más importante, se las había arreglado para evitar el final más horrible de todo el fin de su humanidad después de que haber aceptado convertirse en la consorte de Stefan. Se preguntó si este asunto Waziri que ella y Rave habían discutido se convertiría en un comienzo o un final...

Terminó su desayuno, lavó la taza y la puso en el fregadero y luego se estiró satisfecha en la cama. Se preguntó si el Dr. Clerval estaría en su oficina hoy, y si sabría algo de los magos Waziri. Estaba segura de que al menos habría oído hablar de ellos, y que podría tener algún conocimiento útil.

Un vistazo al reloj le dijo que pasaban de las diez. También podría hacer una llamada a su oficina, pensó.

No era extraño, siendo domingo por la mañana, que le contestara el buzón de voz. Le dejó un mensaje diciéndole que tenía algo importante de lo que hablarle y que, por favor, la llamara de vuelta, especialment si iba a estar en su oficina más tarde.

Colgó el teléfono y volvió a sentarse en la cama, sin saber qué hacer con la mañana. Hacer las tareas de clase era siempre una opción, pero el domingo se suponía que era un día de descanso, así que quería dejar eso como un último recurso. Tal vez Cali tuviera algunas ideas divertidas.

Antes de que pudiera llamar a Cali, en su teléfono comenzó a sonar «Rolling in the Deep». Había hecho del hit Adele su tono de llamada génerico, por lo que no tenía idea de quién estaba llamando.

Sin embargo no era Cali, y tampoco su madre o Bradley, o Caitlin o Stacie. Todos ellos tenían sus propios tonos de llamada especiales. Y ciertamente no era Rave, pensó, sonriendo.

Tomó su teléfono y vio que era el profesor Clerval, devolviéndole la llamada. Dijo que estaría en su oficina en una hora o algo así, y estaría feliz de verla después en cualquier momento. Leesa le dio las gracias y dijo que estaría allí.

El cielo soleado del día anterior se había vuelto en gris y plomizo durante la noche. El aire era todavía frío, sin siquiera el escaso beneficio que el sol de invierno había dado ayer.

Leesa tampoco tenía a Rave para mantenerla caliente. Así que se envolvió en su abrigo, guantes y gorro de esquí, e incluso se ató una bufanda de lana azul oscuro alrededor de su cuello antes de salir al frío.

Aun así, el aire helado le punzaba las mejillas y su aliento formaba vaho en frente de ella. Por suerte, la oficina del Dr. Clerval estaba a poco más de diez minutos a pie, así que se subió la bufanda por encima de su barbilla y boca y se dirigió a través del campus.

Se preguntó si una tormenta podría estar en camino. El invierno había sido excepcionalmente seco. El escaso polvo de nieve que habían disfrutado en la Nochebuena había sido toda la nieve que había caído. El benigno invierno sorprendió Leesa, especialmente después de una tormenta de hielo a principios del invierno que paralizó el estado allá por noviembre. Había esperado que la enorme tormenta fuera un presagio de mucho más hielo y nieve por venir, pero se había decepcionado. Un poco de nieve de verdad sería una diversión ya que no había jugado en la nieve desde que tenía siete años de edad y vivía en Nueva Jersey.

Vió a unos pocos compañeros estudiantes mientras caminaba, nada sorprendente para una tarde de domingo tan poco halagüeña. El invierno podría ser divertido cuando hubiera nieve con la que jugar, pero el frío y el viento les proporcionaban poca alegría a la mayoría. Una pequeña laguna al otro lado del campus llevaba congelada algún tiempo, y Leesa se imaginaba que algunos chicos estaban patinando sobre hielo allí, pero la zona por la que ella estaba caminando estaba mayoritariamente desierta.

Dentro del edificio del profesor, el aire era cálido. Leesa desenvolvió rápidamente la bufanda y se quitó los guantes y el gorro mientras se dirigía a la escalera. Para cuando llegó al tercer piso, se había quitado su abrigo también.

La puerta del Dr. Clerval estaba abierta, por lo que llamó suavemente y entró. Como era habitual, el aire olía a tabaco de pipa afrutado. *De cereza*, pensó. El profesor estaba sentado en su escritorio, con un libro abierto sobre la mesa, delante de él, y con su vieja pipa de madera colgando de su los labios. Se volvió al oir el golpeteo de Leesa y sonrió.

—Hola, Leesa —dijo, colocando la pipa en el cenicero de bronce que había en la esquina de su escritorio—. Siempre es bueno verte.

—Hola, profesor. Gracias por permitirme venir, sobre todo en domingo.

—Tonterías —dijo el Dr. Clerval, sonriendo de nuevo—. Siempre estoy feliz de verte. Tú me traes las más interesantes preguntas.

—¡Ja! Eso seguro, ¿eh? —dijo Leesa, devolviéndole la sonrisa. Tomó su lugar habitual en su antigua silla de madera forrada—. Sin embargo espero que eso acabe pronto uno de estos días.

El Dr. Clerval río entre dientes. —No te culpo —dijo—. Entonces, ¿qué tienes para mí esta vez? ¿Otro sueño? ¿Más objetos que se mueven alrededor? ¿O tal vez estamos de regreso a los vampiros otra vez?

Leesa no estaba segura de cómo responder. —Tuve otro sueño más y más zombies y mucho más escalofriante esta vez, pero no es por eso que estoy aquí. Al menos no directamente.

El Dr. Clerval se recostó en su silla y cruzó las manos sobre el regazo. Su postura era relajada, pero sus ojos brillaban con gran interés.

—Continúa —dijo.

—¿Alguna vez ha oído hablar de un grupo de magos llamado Waziri? —El Profesor Clerval enarcó las cejas.

—Pues sí, pero estoy sorprendido de que tú lo hayas hecho. —sonrió—. Nunca dejas de sorprenderme, Leesa.

—Sí, a mí también —dijo Leesa con ironía.

—¿Puedo preguntar dónde oiste hablar de los Waziri? Siempre fueron muy reservados. Muy pocas personas saben ese nombre, especialmente hoy en día.

Leesa vaciló. Debería haber sabido que le preguntaría eso, pero no lo había considerado. Él sabía mucho sobre ella y su familia, pero no sabía que Rave era un Volkaane. Ese secreto no era suyo para compartirlo.

—Lo siento, profesor, pero no puedo decirle eso. Significaría traicionar una confianza muy importante para mí.

El Dr. Clerval la estudió por debajo de sus blancas cejas gruesas. Con todo lo que ya había compartido con él, estaba claramente un poco sorprendido por su respuesta. Leesa esperaba no haberlo ofendido.

—Voy a respetar eso —dijo el Dr. Clerval después de un momento—. ¿Qué deseas saber sobre el Waziri?

Leesa inclinó hacia delante. —Cualquier cosa que pueda decirme. Eran magos de algún tipo, ¿no?

—Magos, hechiceros, brujos… llámalos como quieras. Pero sí, se decía que tenían poderes mágicos."

—¿Qué tipo de poderes?

Leesa observó el rostro del profesor mientras algunas piezas encajaban en su sitio.

—Veo hacia dónde va esto —dijo él—. Precognición y telequinesis. Esos estaban entre sus poderes —miró fijamente a Leessa—. Los mismos poderes sobre los que tú y yo estuvimos discutiendo justo la semana pasada.

—Sí —admitió Leesa—. De ahí es de dónde viene esto.

—Los cuentos sobre los Waziri son más comunes en Europa del Este. Son un clan pequeño y muy cerrado. Se decía que usaban sus poderes para el bien, contra las fuerzas de la oscuridad, fuera de la vista de la humanidad la mayor parte del tiempo. Los cuentos parecen haberse extinguido hace más de cien años.

Leesa escuchaba atentamente. Hasta aquí, todo encajaba con lo que Rave le había contado. La parte sobre los Waziri actuando como freno de las fuerzas de la oscuridad era nueva, sin embargo, era bienvenida.

—Mi fuente me dijo que desaparecieron después de una especie de guerra civil —dijo—. ¿Sabe usted algo acerca de eso?

—Esa era una de las historias, que algunos de ellos habían comenzado a convertirse hacia el lado oscuro. —El Dr. Clerval sonrió—. No quiero que suene como algo de Star Wars. Me gustaría conocer a esa amistad tuya algún día. Él o ella parece saber mucho sobre un tema del que la mayoría de las personas ni siquiera han oído hablar.

— Tal vez lo hagas —dijo Leesa. Aguardaba con interés el día en que todas las personas cercanas a ella supieran sobre la verdadera naturaleza de Rave. Sin embargo, no sabía si ese día llegaría alguna vez.

—¿Estás pensando que las cosas que han estado ocurriéndote, los sueños y objetos en movimiento, podrían tener algo que ver con el Waziri? —preguntó El Dr. Clerval.

Leesa se puso de pie. Se sentía como estimulada, pero había muy poco espacio para caminar en la pequeña oficina del profesor.

—No lo sé —dijo—. Fue algo que apareció, así que pensé que también podría tratar de aprender todo lo que pueda sobre ellos.

—Bueno, aparte de la cuestión de cómo adquiriste poderes mágicos de repente de un grupo que parece haber muerto hace más de cien años atrás, hay otro problema. Cada cuento que he leído o escuchado acerca de ellos decía que los Waziri eran todos hombres. Nunca he visto ninguna mención a mujeres Waziri.

Leesa asintió. —Eso es lo que dijo mi fuente, también —le contó al Dr. Clerval sobre la llamada del hombre que decía ser su padre—. No he sabido nada de él desde que rompí mi teléfono —dijo al final de su historia—. Al principio, me alegré. Tenía la esperanza de que nunca me encontrara de nuevo, pero ahora estoy deseando que lo haga. Tal vez tenga algunas respuestas para mí. Suena como una posibilidad remota, pero nunca se sabe. Sí, ya sé que no es mucho, pero si no hay nada más, y si él llama nuevamente, tal vez sea capaz de resolver un misterio, al menos.

—Lo siento, no puedo ser de más ayuda. Voy a hacer una investigación sobre los Waziri y a ver si puedo encontrar algo más. Me temo que no hay mucha información allá afuera sobre ellos, sin embargo. Como he dicho, eran bastante solitarios.

—Gracias, profesor. Todo ayuda, supongo.

El Dr. Clerval tomó un lápiz y lo colocó en el centro de su escritorio.

—Mientras estás aquí, ¿quieres intentar moverlo una vez más?

Leesa se encogió de hombros. —Por supuesto. ¿Por qué no? —cerró los ojos y trató de imaginarse el lápiz rodando lentamente por encima del escritorio.

Cuando abrió los ojos, el lápiz estaba justo donde empezó. No es que estuviera esperando nada diferente pero una pequeña parte de ella esperaba que pudiese.

—Supongo que no —respondió Leesa, y se preguntó si alguna vez sería capaz de hacer algo más que intentarlo.

CAPITULO 39

MALAS NOTICIAS

Traducido por eloisa
Corregido por Yanii

Leesa se sentó en su cama, su espalda confortablemente apoyada en una almohada contra la pared, mirando las noticias. Desde su último sueño, veía las noticias cada tarde, ya fuera el noticiario de las seis o el último de la noche, buscando cualquier historia que pudiera, de alguna manera encajar con la pesadilla. Algunas veces miraba ambas emisiones. El ataque zombi a las dos familias de campistas había parecido más real que sus dos primeros sueños. Ya que esos dos aparentemente habían sido eventos reales, tenía miedo que éste también pudiera serlo.

Dos, luego tres, y ahora cuatro días pasaron sin ninguna historia. Ella esperaba que la ausencia de noticias significara que su pesadilla había sido solo eso —una pesadilla— y no alguna clase especial de sueño como los otros. Había otra posibilidad, aunque era una que ella rezaba para que no fuera el caso. La falta de alguna historia podría significar que los niños y sus padres no habían sobrevivido el horrible ataque. Sin testigos, no habría nadie para contar la historia.

Pero, aunque todos hubiesen sido asesinados, la desaparición de seis personas debería haber sido de interés periodístico. Por supuesto, no había nada en su sueño que indicara cuánto tiempo habían planeado quedarse las familias en el camping, era posible que nadie los hubiera echado en falta todavía. No había tampoco nada que indicara dónde había sido. Si el ataque ocurrió en un estado lejano, la desaparición de seis personas probablemente no sería una noticia relevante aquí en Connecticut, y puede que tampoco en las emisoras nacionales.

Estaba perdida en sus pensamientos y prestando poca atención, cuando las palabras «familias perdidas» fueron súbitamente registradas por sus oídos. Tomó el control remoto y rápidamente subió el volumen.

La reportera, una preciosa mujer con cabello negro que parecía estar pasando mucho frío, permanecía alejada unos pocos metros de un todoterreno rojo oscuro. El coche estaba estacionado al borde de un estacionamiento de tierra junto a un bosque yermo. Cinta amarilla de

la policía había sido colocada alrededor del coche, manteniendo a la reportera y a una pequeña cantidad de espectadores fuera del perímetro. Una barrera más larga de cinta serpenteaba a través de los árboles, marcando una sección grande de bosque. Leesa trató de recordar el color del todoterreno de su sueño, pero había estado más concentrada en las dos formas oscuras trastabillando hacia el vehículo, que en el coche mismo.

La mujer estaba a la mitad de su historia. Leesa se acercó a la televisión.

—La policía reportó que había signos de lucha en ambos lugares, el coche y el camping, pero no revelaron cuáles son los signos, sólo dijeron que no se había encontrado sangre en ningún lado.

El corazón de Leesa se aligeró con el comentario de que no había sangre, pero lo que oyó a continuación hizo poco para mejorar su humor.

—El Detective Tannis Conner, a cargo de la investigación, confirmó que no se encontraron cuerpos —continuó la reportera—, pero eso sólo aumenta el misterio. ¿Hacia dónde desaparecieron dos hombres adultos capaces y sus cuatro hijos, dejando su coche, tiendas y equipo? Se les esperaba en sus hogares el domingo de noche y llevan ahora cuatro días desaparecidos.

La mujer se colocó un mechón de cabello negro como un cuervo detrás de su oreja.

—Soy Teresa McMillan, informando desde las Montañas Berkshire.

La imagen cambió a dos presentadoras femeninas, que hicieron comentarios compasivos sobre la historia y luego siguió a un comercial.

Leesa miró fijamente al televisor como paralizada por varios minutos hasta que finalmente lo apagó. Se levantó y comenzó a caminar alrededor de la habitación.

Sus peores temores se hicieron realidad. No sólo su sueño aparentemente se hizo realidad, sino que las figuras dirigiéndose hacia el todoterreno podrían no haber sido los dos padres; lo cual significaría que en su lugar eran zombies. Por alguna razón, los chicos no habían escapado tampoco, a pesar de la advertencia del padre de huir al primer signo de peligro. Leesa imaginó a las dos niñas, deseando contra toda esperanza que fueran sus padres aproximándose desde la oscuridad, y cuando finalmente se dieron cuenta de lo que estaba viniendo hacia ellas en su lugar, se habían paralizado de miedo para huir. Se preguntaba que les había sucedido a los cuatro chicos, pero rápidamente sacó ese pensamiento de su cabeza. Era mejor si no lo sabía.

Una vez más, maldijo ese estúpido poder que continuaba atormentándola con imágenes que no entendía y que no tenía poder para parar. Se sentó otra vez en la cama y subió los pies, doblando sus rodillas y abrazándolas cerca de su pecho. ¿Qué tenía de bueno ver esos horribles eventos y no poder hacer nada sobre ellos? El viejo refrán «la ignorancia es una bendición» nunca le sonó tan sabio. Si esos magos Waziri habían sido cargados con poderes como éste, pensó, probablemente se habían exterminado a sí mismos para acabar con su frustración.

No sabía cuánto más podría soportar de todo esto.

CAPITULO 40

LA VENGANZA DE EDWINA

Traducido por eloisa
Corregido por Roux Maro

Apenas una semana después de que recibiera la advertencia de Stefan, Edwina se escapó de las cavernas de los vampiros con la luz gris de la mañana. Gruesas nubes cubrían el cielo de horizonte a horizonte, trayéndole una sonrisa a sus labios. La ausencia de sol haría las cosas mucho más fáciles y cómodas para ella hoy. Sólo el indicio de una brisa rozó sus mejillas, con la esperanza de que las nubes permanecieran en su lugar el día entero.

Dirigiéndose al norte, se deslizó silenciosamente a través de los bosques a lo largo de la orilla del río, sin ninguna prisa. Sus pasos no mostraban indicación de su ansiedad, por si alguno de sus amigos la veía partir. No fuera que su rapidez atrajera la atención de algún humano que pudiera estar vigilando el río. Con los árboles sin hojas había poca protección, una mancha oscura corriendo a velocidad de vampiro podría hacer levantar alguna ceja... y preguntas. Preguntas sobre las que el clan no estaría muy feliz.

Cuando sintió que estaba lo suficientemente lejos de la guarida de los vampiros, cogió el teléfono del bolsillo de su chaqueta negra. El teléfono pertenecía al muchacho que había matado en Hartford hacía una semana. Ciertamente, él no lo necesitaría más. Conservar el teléfono rompía otra de las reglas del clan, pero no le importaba. La mayoría de sus hermanos no sabría cómo usar un teléfono aún si se lo permitieran, pero ella usaba alguno de vez en cuando durante sus interacciones con los humanos. Hoy, definitivamente, necesitaba uno para su plan. Lo había apagado y quitado la batería, por si sonaba y revelara su transgresión o por si pudiera ser localizado.

Sentada en el suave tronco de un árbol caído, colocó nuevamente la batería en el teléono, haciendo varios intentos antes de que se ubicara apropiadamente. Lo encendió y marcó un número, esperando ansiosamente mientras sonaba. Si no obtenía respuesta, tendría que quitar otra vez la batería y volver rápidamente a las cavernas, deseando que su breve estancia en el

exterior no hubiera sido notada por Stefan, o si lo fue, que no fuera la última salida que él le había permitido. Si su llamada era respondida, procedería con el plan.

El timbre se suspendió, remplazándolo una familiar voz femenina. Edwina sonrió y se lamió los labios. Era el momento de poner su plan en acción.

Justo antes del mediodía del sábado, Leesa yacía en su cama leyendo «Catch-22» para su clase de literatura. Estaba teniendo un pequeño problema para entender el inusual estilo narrativo del libro, pero disfrutaba de su absurdo humor satírico. Había llegado a la parte donde la regla de «Catch-22» es explicada por primera vez, cuando el tono de «Perfect», de Pink, sonó en su móvil, sobresaltándola. Colocando una marca en el libro, se preguntó qué querría Cali. Ya habían planeado encontrarse más tarde. Deseaba que Cali no lo cancelara.

Se levantó de la cama y alcanzó el teléfono de su escritorio.

—¿Ey, qué tal? —le preguntó.

—Hola Leesa —dijo una voz femenina del otro lado, que no era Cali. La chica sonaba familiar, pero Leesa no pudo identificar su voz.

Miró la pantalla de su móvil, miro el número en la pantalla. Sólo el teléfono de Cali habría sonado con el tono de «Perfect». La pantalla confirmaba que la llamada era de Cali o de su teléfono, al menos.

—¿Quién es? —preguntó Leesa.

—Soy Vanina, Leesa.

Ahora que Vanina se identificó, Leesa reconoció su voz. Vanina siempre había llamado a Cali en el pasado, así que Leesa nunca había oído su voz por teléfono. Se preguntó por qué Vanina la llamaría a ella ahora y desde el teléfono de Cali.

—¿Qué sucede Vanina? ¿Dónde está Cali?

—Está justo aquí —dijo Edwina—, pero no puede ponerse al teléfono ahora.

—No lo entiendo. ¿Por qué no?

—Está en un momento problématico —dijo Edwina—. No hay tiempo para explicaciones. Necesitamos que vengas aquí lo más rápido que puedas.

Leesa paseó en círculos en su habitación. La llamada de Vanina no tenía sentido, *¿un momento problématico*? ¿Quién hablaba así? Había oído esa frase en una o dos viejas películas, pero nunca en la vida real. Y en qué tipo de problema podían estar. Si pasaba algo peligroso, Vanina tenía el teléfono, ¿por qué simplemente no llamaba el 911? Si fuera algo más, ¿por qué no le decía a Leesa lo que era? Y de cualquier modo, ¿qué esperaban que hiciera ella? ¿Habría algo que pudiera hacer? ¿Alguien a quién debiera decírselo?

—No lo entiendo —dijo después de un momento—. ¿Qué quieres que haga?

—Sólo ven al Campo de Brennan tan rápido como puedas. Estamos en el lugar más alejado, cerca del límite del bosque. Por favor, apúrate.

El Campo de Brennan era el campo con césped donde Leesa y Rave habían descansado sobre una manta hacía una semana. No era muy lejos. Podría llegar allí en menos de quince minutos si se apuraba. No había nadie a quién pudiera llamar para que llegara allí más rápido.

—Estoy en camino —dijo ella—. Llámame de nuevo si hay algo más que necesites decirme.

Colgó y guardó el teléfono en su bolsillo. Aún confundida por todo esto, cogió su parka y su gorro de punto y se lanzó hacia la puerta.

En vez de esperar por el ascensor, se apresuró por las escaleras tan rápido como su cojera le permitía. Fuera, el día estaba nublado, pero no muy frío. Guardó su gorro en el bolsillo y se apuró por el sendero. Aunque se enorgullecía de poder caminar tan rápido y tan lejos como cualquiera, su pierna la previno de no correr más rápido que a un paso intermedio entre caminar y hacer jogging. Se daba cuenta de que probablemente parecía ridícula dando saltitos a través del campus, pero no le importó. Tenía que llegar hasta a Cali y Vanina y averiguar qué estaba pasando.

El Campo de Brennan estaba vacío, excepto por dos figuras paradas en la lejanía. Cuando el tiempo era más cálido, el campo era un lugar popular para jugar con frisbees o al fútbol, pero no tenía mucho uso en lo más frío del invierno; a menos que llevaras tu propia estufa Volkaane portátil contigo, pensó Leesa. No se podía imaginar qué había traído a Cali y Vanina hoy aquí.

Cali estaba parada contra un árbol fino, sus manos detrás de su espalda. Leesa se sorprendió de ver un pañuelo alrededor de la boca de Cali, no era por el frío. No parecían correr un peligro inmediato, así que Leesa caminó lentamente. Cuando se fue acercando a sus amigas, Cali comenzó a sacudir vigorosamente su cabeza atrás y adelante. Leesa no tenía ni idea de qué estaba pasando.

Se dio cuenta que había una chaqueta con capucha negra en el suelo detrás de Vanina, quién llevaba sólo una camisa de manga larga gris oscuro y vaqueros azul oscuro.

—¿Qué sucede? —preguntó Leesa, tratando de recuperar el aliento y caminar al mismo tiempo. Se preguntaba por qué Cali seguía parada contra el árbol.

—Oh, sólo una pequeña sorpresa para ti —dijo Edwina sonriendo.

Algo en Vanina parecía diferente hoy. Nada que Leesa pudiera señalar, pero de alguna manera la chica parecía menos amistosa. La palabra «siniestra» emergió en su cabeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Leesa. Miró a Cali, quién aún no se había movido del árbol—. ¿Qué clase de sorpresa?

Edwina se acercó a Cali y le sacó el pañuelo de alrededor de su barbilla. Cali inmediatamente escupió una bola de trapo de su boca.

—Lo siento tanto Leesa —dijo—. No lo sabía.

—¿No sabías qué? —preguntó Leesa mientras una punzada de miedo comenzaba a envolverla.

—No sabía esto —dijo Edwina. Dos colmillos curvos aparecieron lentamente en su boca.

La mandíbula de Leesa cayó. Su estómago se sintió vacío. No podía creer que esto estuviera sucediendo. Y de repente, el extraño comportamiento de Vanina en el centro comercial cuando Cali se hirió el dedo tuvo sentido. Vanina no había estado disgustada por la sangre. Se había dado la vuelta para esconder su deseo por ella.

—Eres una vampira. —Leesa se las arregló para decir finalmente.

—Eres lista —dijo Edwina, sonriendo socarronamente. Sus colmillos se retrajeron a su mandíbula.

Leesa no entendía por qué Vanina había elaborado este ardid, haciendo amistad con ellas, yendo al centro comercial, saliendo con ellas. *Oh, Rave, cuánto te necesito ahora,* pensó. Recordaba a Rave diciendo que a veces podía sentir sus pensamientos, pero eso no la ayudaría ahora. Porque aunque él los sintiera, estaba a trescientos veinte kilómetros de distancia.

—¿Qué quieres de nosotras? —preguntó.

—¿De ti? No mucho… no mucho en absoluto. Sólo que sufras, eso es todo. De Cali tomaré más mucho más.

Leesa miró a Cali, que estaba luchando para alejarse del árbol, pero sin éxito. Leesa podía ahora ver por qué Cali no se había movido. Sus manos estaban atadas al delgado tronco del árbol con gruesas cuerdas.

—¿Aún no te has dado cuenta de quién soy? —preguntó Edwina.

Leesa se volvió hacia Vanina y la miró fijamente a su cara. Parecía demoníaca ahora, aunque hermosa, de una manera exótica y algo macabra. «Exótica». La palabra sonó familiar en la cabeza de Leesa. Había oído esa palabra antes. La gente había descrito a la novia de Bradley, Edwina, como exótica. Edwina… Vanina. Los dos nombres eran demasiado parecidos. Comenzaba a tener sentido.

Un horrible sentido.

—Tú eres Edwina —dijo Leesa amargamente—. Tú te llevaste a Bradley.

—Sí, lo hice. Y luego me lo quitaron por tu culpa, Leesa. Echo de menos a tu hermano. Su sangre era dulce. —sonrió Edwina, pero no había nada dulce en su sonrisa ahora—. ¿Sabes que mi raza puede decir si alguien es una buena persona o una mala por la dulzura de su sangre? Bradley era uno de los buenos, uno de los muy mejores.

Leesa se acercó a Edwina. —¿Entonces por qué no diriges tu ataque hacia mí? —le preguntó—. ¿Por qué castigar a Cali? Ella no tiene nada que ver con esto.

Los ojos de Edwina se oscurecieron. —Porque se me ha prohibido herirte a ti, pero eso no significa que no pueda hacerte sufrir. Y hacerte sufrir a ti hará que Stefan sufra.

Las piezas comenzaron a encajar en su lugar en la cabeza de Leesa. Stefan había liberado a Bradley de Edwina, en parte de acuerdo con Leesa. Él era probablemente el que le había prohibido a Edwina que le hiciera daño a ella, así que Edwina iba a tomar a la mejor amiga de Leesa en su lugar y hacer que Leesa la observara mientras lo hacía. El tercer sueño finalmente tenía sentido. Se dio cuenta de por qué la chica de la caverna le parecía tan familiar y por qué la pared de piedra había sido reemplazada por un árbol. La chica era Cali y el sueño había presentido este momento. El horror del plan de Edwina golpeó a Leesa como un puñetazo en el estómago. Edwina iba a alimentarse de Cali.

Edwina sonrió nuevamente. —Puedo ver por tu cara que finalmente lo entiendes. Cali reemplazará a tu hermano, pero no aquí en Connecticut, donde tu novio Volkaane sabe cómo encontrar nuestras cavernas y donde Stefan tiene el poder de liberarla. La mantendré lejos de aquí, en un lugar donde ninguno podréis encontrarla jamás.

Los colmillos de Edwina descendieron lentamente de sus mandíbulas otra vez, brillando por la saliva ahora. Se acercó a Cali. —Di adiós a tu amiga, Leesa, pero no te preocupes, la cuidaré bien, lo prometo.

—¡No! —gritó Leesa, extendiendo su mano frente a su pecho—. ¡Aléjate de ella!

Súbitamente, Edwina voló hacia atrás, con sus brazos cruzados mientras se estrellaba contra un árbol a seis metros de distancia con un fuerte golpe. Su cara tenía una mirada de asombrada y aturdida.

Leesa miró de Cali a Edwina desconcertada, insegura sobre lo que había pasado.

En un segundo Edwina se dirigía hacia la garganta de Cali y al siguiente se estrellaba contra un árbol. La imagen de la cesta de basura volando a través de su cuarto apareció en la cabeza de Leesa. De alguna manera ella le había hecho lo mismo a Edwina. La había echo volar a través del campo con el poder de su mente. No parecía posible, pero no podía pensar en otra explicación.

Corrió hacia Cali y comenzó a tirar de las cuerdas que la ataban. Antes de que Leesa pudiera aún desatar parcialmente los nudos, una mano helada apresó su muñeca.

—No sé cómo hiciste eso —dijo Edwina, su voz helada de enojo—, pero aún no terminé con Cali.

Apartó a Leesa como si pesara menos que nada. Leesa luchó para liberarse, pero el agarre de Edwina era irrompible. Arrastró a Leesa unos pocos centímetros lejos del árbol y luego súbitamente le dio una patada en su pierna buena. Leesa cayó quedando tendida en el césped.

—Veamos si puedes hacer eso otra vez —dijo Edwina. Se dobló protectoramente, mientras se aseguraba para un segundo asalto.

Leesa se enderezó a una posición sentada. A pesar del dolor en su pierna, enfocó todos sus pensamientos en Edwina, tratando de figurársela volando a través del campo otra vez, pero aún tanto como Leesa trataba, nada sucedía. No tenía control sobre lo que fuera el poder que ella tenía.

—Ya pensé que no —dijo Edwina, con voz de desprecio—. Ahora observa atentamente, Leesa, mientras comienzo a extraer la dulce y caliente sangre de tu amiga.

Una vez más, los colmillos de Edwina surgieron de su mandíbula superior. Leesa observó sin poder hacer nada como Edwina abría su boca y se inclinaba sobre el cuello de Cali.

Dominic estudió su lista de los colegios de Connecticut mientras el autobús lo llevaba hacia el norte desde Hamden, donde había pasado el día buscando en el Colegio Quinnipiac alguna pista del paradero de Leesa, hacia Hartford. Tenía que decidir pronto si iba a ir directamente al área de Hartford con su media docena de colegios, o hacer viajes alrededor a dos escuelas situadas unas pocas millas al oeste de la autopista en New Britain y a otra en Middletown, dieciséis kilómetros hacia el este.

Si iba a ir a Middletown, tenía que decidirlo en el momento en que el autobús llegara a Meriden, justo en la próxima salida. No había ninguna razón real para decidir un camino o el otro. Tendría que decidir por instinto.

De repente, una breve ráfaga de magia golpeó sus sentidos. Dirigió su cabeza hacia el este, hacia Middletown. ¿Podría haber sido Leesa? La magia parecía demasiado poderosa. ¿Cómo podría ella haber producido magia de tal fuerza sin entrenamiento? Aunque la magia la sintió familiar, sólo ligeramente cambiada. Si no era Leesa, y él no veía cómo podía ser, entonces podría ser el trabajo de sus enemigos. Se preguntó si sería alguna clase de trampa. Eso no tendría sentido, sin embargo. Sus enemigos no tenían manera de saber que él estaba buscando a Leesa o la magia.

Tampoco tendrían idea de dónde estaba él. No había razón para que esperara una trampa, al menos que hubiera cometido algún error y se hubiera descubierto.

El autobús se acercaba a la salida de Meriden. Tenía que decidir rápidamente. Al final, la decisión fue fácil. Este era el primer indicio real de que estaba cerca de su objetivo: encontrar a Leesa. Sería cuidadoso, pero tenía que arriesgarse, hubiera trampa o no.

Sosteniendo su chaqueta, se levantó de su asiento y se dirigió al frente del autobús. Podría estar en Middletown en menos de una hora.



CAPITULO 41

BESO VAMPIRO

Traducido por BethBelikov1310
Corregido por Roux Maro



Leesa vio con horror los colmillos de Edwina acercándose lenta e inexorablemente hacia el cuello de Cali. Sabía que Edwina se movía con lentitud para atormentarla, pero fue inútil hacer nada al respecto.

De repente, de la nada, una mancha oscura destelló a través del campo y golpeando con fuerza a Edwina, apartándola de Cali. Leesa observó con sorpresa mientras las dos figuras caían al suelo, gruñendo y aullando como dos animales salvajes. Esperaba que los gemidos llenos de dolor vinieran de Edwina. En menos de un minuto una figura vestida de negro se puso de pie sobre la figura inmóvil de Edwina, la sangre brotaba de su boca.

—¡Stefan! —gritó Leesa. Sus ojos se movieron de un lado a otro, de Stefan a Edwina. Una herida espantosa se abría en el lado derecho del cuello de Edwina. No fluía sangre de la herida, lo que hacía que el corte irregular se viera aún más horrible. Leesa se asombró de ver la sangre en los labios de Stefan.

Stefan se limpió la boca con la manga.

—Hola, Leesa —dijo él. Sorprendentemente, no parecía tener la respiración agitada.

Leesa se puso de pie y lo envolvió con sus brazos. Aún a través de su parka, pudo sentir el frío de su cuerpo. No le importaba. Stefan había salvado a Cali de un destino horrible. No supo ni cómo ni por qué, pero Stefan había atacado a uno de su misma especie por ella.

—Gracias, Stefan —dijo ella—. Gracias.

Stefan le devolvió el abrazo a Leesa durante un breve momento, luego se soltó de su abrazo.

—¿Qué pasó justo antes de que llegara? —preguntó él—. Algo derrumbó a Edwina, pero no vi nada. ¿Qué fue?

—No lo sé —dijo Leesa. No estaba mintiendo, realmente no lo sabía, pero tampoco estaba diciendo toda la verdad. No veía necesidad de revelarte a Stefan que podía haberlo hecho ella con un poder que no entendía ni podía controlar.

Los negros ojos de Stefan, que parecían pozos sin fondo en ese momento, se clavaron en los suyos, como si buscara algo dentro de su alma. Leesa no sabía si encontró lo que estaba buscando, pero después de un momento, sus ojos se volvieron espejos negros de nuevo, completamente indescifrables.

—Edwina desobedeció mi orden directa —dijo él, contestando a la pregunta que Leesa no había realizado de por qué había hecho lo que hizo—. Tal comportamiento debe ser castigado.

Leesa observó la forma de la boca de Edwina. —¿Está muerta?

Los labios de Stefan se curvaron en una irónica sonrisa. —En mi especie estamos todos muertos —dijo él—, pero no, no está muerta, no de la manera a la que te refieres. Pero no volverá a molestarte ni a ti, ni a ningún otro humano. Te lo prometo.

—¡Eh! —dijo Cali, detrás de ellos—. ¿Qué tiene que hacer una chica para conseguir un poco de ayuda por aquí? —Su voz era notablemente despreocupada para alguien que había pasado lo que ella.

Leesa río, la tensión que sentía finalmente desapareció. Stefan se movió hacia Cali y cortó las cuerdas que la sujetaban, como si se trataran de hilos. Cali retiró los restos de cuerda de sus brazos y comenzó a frotarse las muñecas, que estaban rojas e irritadas después de sus esfuerzos por liberarse.

—Gracias, Stefan —dijo ella—. No hemos sido propiamente presentados. Soy Cali —Le ofreció su mano.

Stefan miró a Leesa, con una risa perpleja sobre sus labios. Leesa sacudió su cabeza resignada y se encogió de hombros. Cali era Cali.

Stefan tomó la mano extendida de Cali y la besó suavemente.

—¡Guau! —dijo Cali—. ¡Besada por un vampiro!

—Cálmate chica —dijo Leesa—. Sabes que no puedes contarle a nadie nada de esto.

Cali suspiró. —Si, no te preocupes, no lo haré. Pero *yo* sé lo que pasó, y eso es lo que cuenta.

Leesa se volvió hacía Stefan. —¿Cómo supiste lo que estaba pasando? —le preguntó—. ¿Y cómo conseguiste llegar justo a tiempo?

—Edwina actuó sospechosamente la última vez que volvió de una incursión, —contestó Stefan—. Estaba enfadada conmigo por llevarme a tu hermano, y supuse que te culparía a ti también. Le di

órdenes específicas de alejarse de ti, pero no me fiaba de ella. Así que cuando dejó las cavernas, seguí su rastro.

Leesa nunca había estado segura de cómo se sentía con respecto a Stefan. Había pedido un precio espantoso por rescatar a su hermano, pero cuando había sido incapaz de completar su transformación, siguió manteniendo su parte del trato. Le tenía un poco de miedo, pero le admiraba por su honor, el honor tal y como él lo veía. Y no podía negar la atracción sensual que sentía sobre él, a un profundo y primitivo nivel.

Ahora que había salvado a Cali. Leesa le debía el doble. De todos modos, no le habría importado no volver a verle, pero estaba terriblemente contenta de que hubiera estado aquí hoy.

—Estoy muy contenta de que la siguieras —dijo ella—. Gracias de nuevo.

—Sólo hice lo correcto —dijo Stefan—. Además, no me he rendido completamente.

¿No se ha rendido completamente? Leesa no estaba segura de lo que quería decir, pero formaron un incómodo estribillo dentro de su cabeza.

Una vez más, los ojos de Stefan se clavaron en los suyos. Leesa sintió la atracción, pero esta vez desvió la mirada. Después de un momento, el sentimiento de desvaneció. Pensó que Stefan parecía querer decir algo más, pero en cambio se inclinó y levantó el cuerpo inerte de Edwina, sin esfuerzo, poniéndolo sobre su hombro.

—Mantente a salvo, Leesa —dijo él.

Stefan se dio la vuelta, introduciéndose entre en los árboles, sin una palabra más. Leesa observó cómo desaparecía en las sombras.

—¡Guau! —dijo Cali—. Qué genial estuvo eso.

Leesa miró a su amiga con asombro e incredulidad.

—¿Genial? Estaba asustada.

—Bueno, yo también — dijo Cali—. Luego Stefan se lanzó contra esa perra de Edwina y todo fue bien. —Miró su mano—. Y conseguí que me besara la mano un vampiro —añadió, sonriendo abiertamente—. ¿Te he dicho que eres la mejor amiga más genial de todos los tiempos?

Leesa sacudió su cabeza, pero no pudo evitar sonreír. —¿Qué voy a hacer contigo? —dijo.



Capitulo 42

Demasiado tarde

Traducido por aya
Corregido por lsgab38

Una hora después de que Leesa y Cali dejaran el Campo de Brennan, Dominic se cruzó rápidamente a zancadas la vacía pradera. Después de muchos arduos y frustrantes meses, esperaba poder al fin estar cerca de encontrar a Leesa. La magia hacía tiempo que había desaparecido, lo sabía. Hacía al menos una hora desde que sus vibraciones sacudieron sus sentidos en el autobús, pero había sido tan poderosa que todavía podía sentir donde había ocurrido, a través del campo cerca de los límites del bosque. El pintoresco campus de la universidad Weston se extendía detrás de él, pero antes de que empezara a buscar a Leesa allí, quería examinar el lugar donde la magia se había originado para ver qué podía descubrir.

Aminoró su paso al acercarse a los árboles, sus sentidos guiándole infaliblemente a un punto a unos pocos pasos de los límites del campo. Este era el lugar. Se quedó completamente inmóvil y ralentizó su respiración hasta que su pecho casi no se movía, centrando su concentración en un pequeño vestigio de magia que quedaba. Que todavía pudiera sentir las vibraciones era una evidencia más de lo fuerte que había sido la magia. Qué tipo de magia había sido realizada aquí, eso ya no podía decirlo.

Los patrones restantes le eran familiares, y a la vez no lo eran. En algunos pequeños detalles, eran diferentes de cualquier cosa en su larga experiencia. De alguna manera, sabía que eso era algo bueno. Si la magia hubiera sido idéntica a la suya, habría atraído la atención de los mismos enemigos que por largo tiempo le habían estado buscando. Se preguntó si quizás lo podrían haber detectado de todas maneras. Ellos no tenían ningún motivo para estar cerca de allí, esperaba que la distancia, combinada con los diferentes patrones, fuera suficiente para esconder la magia de sus enemigos.

Cuando estuvo seguro de que no podía averiguar nada más sobre los restos de magia, dejó que su concentración se expandiera y se sorprendió de detectar rastros de vampiros. ¿Qué había pasado

aquí, se preguntó? Una docena de preguntas pasaron por su cerebro. ¿Leesa se había implicado de alguna forma con vampiros? Si así era, ¿había sobrevivido al encuentro? No había forma de saberlo. Ni siquiera sabía si la magia tenía algo que ver con ella o era algo totalmente distinto.

Caminó despacio, en un círculo cada vez más amplio, buscando respuestas. Encontró un lugar donde la hierba marrón estaba aplastada y retorcida, diciéndole que había habido una refriega allí. Arrodillándose, examinó la hierba y el suelo más detenidamente. Sintió una ligera presencia más fuerte de vampiro en ese punto, más de una de esas criaturas estuvo aquí, decidió. Todo el asunto era cada vez más desconcertante por momentos. ¿Un par de vampiros se habían enfrentado a alguien o algo? No tenía forma de saberlo.

Continuó con su búsqueda. Felizmente, no detectó ninguna sensación de muerte. Pasara lo que pasara aquí, no había muerto nadie. Dejó escapar un suspiro de alivio. Si Leesa había estado envuelta en esto, al menos, estaba todavía viva. Rezó para que los vampiros no se la hubieran llevado; eso sería igual de malo.

Desafortunadamente, todavía no podía detectar ninguna sensación directa de Leesa. No sabía con seguridad si ella había estado aquí, y si estuvo, no tenía forma de seguir su rastro.

Se giró y se dirigió de vuelta al inicio de su búsqueda en el campus Weston. Si Leesa estuvo aquí, allí es donde más probablemente la encontraría.

CAPITULO 43

Secretos revelados

Traducido por carosole
Corregido por Ángeles Rangel

Rave se presentó unas horas después en la puerta de Lessa.

Lessa y Cali estaban dentro, aun hablando acerca de su increíble aventura de la tarde.

Lessa estaba sentada sobre la cama, pero Cali se mantuvo activa por la emoción y pasó la mayor parte del tiempo caminando por la habitación y haciendo gestos con sus manos. Ella hizo la mayor parte del diálogo, por supuesto, describiendo una y otra vez lo que había pasado antes que Leesa llegara, así como también, reviviendo todo lo que ocurrió después. Su parte preferida era cuando Edwina salió volando por el aire como si hubiera sido agarrada por una mano invisible, pero Stefan besando su mano estaba en un segundo lugar. También inundó a Leesa con preguntas locas sobre Stefan y vampiros en general, mayoría de las cuales contestó con:

—¿Cómo demonios voy a saber eso?

—¿Qué crees que pasará con Edwina? —preguntó Cali.

Antes de que Leesa pudiera contestar una vez más algo que no sabía, Rave atravesó la puerta abierta, su hermoso rostro grabado con preocupación.

—¡Rave! —gritó Leesa. Saltó de la cama y voló a sus brazos.

—¿Está todo bien? —preguntó Rave, abrazándola fuertemente.

Lessa levantó la cabeza de su pecho y miró sus preciosos ojos.

—Estoy bien. Y ahora que estás aquí, estoy mucho mejor que bien.

—Pasamos un rato muy emocionante hace unas horas —dijo Cali, su tono insinuando secretos misteriosos—, pero todo está bien ahora. No estoy segura de cuánto se me permite decirte, sin embargo.

Lessa dio un paso atrás del abrazo de Rave, pero mantuvo sus manos en torno a su brazo. Le diría todo a Rave, por supuesto, pero no estaba segura de cuánto decir con Cali allí.

Rave habló en lugar. —¿Qué pasó Leesa? Sentí tu necesidad y salí lo más rápido que pude. —Extendió una mano encima de las manos de Lessa las cuales rodearon su antebrazo—. Temía que fuera demasiado tarde.

Cali miró alternativamente de Lessa a Rave, su confusión era evidente.

—¿Cómo supiste que estábamos en problemas? —preguntó.

Rave pensó por un momento, decidiendo que contestar.

—¿Podemos confiar en ella para guardar un secreto? —le preguntó a Lessa.

—Sí, eso creo.

—Yo sí lo creo —dijo Cali en su propia defensa—. Cuando meto algo en la caja fuerte, se queda allí. —Hizo la mímica de poner una llave en una cerradura y la giró, luego la dejó caer teatralmente en su camisa entre sus pechos—. Así que vamos, ¿Qué es?

—Adelante —le dijo Rave a Leesa—. Es tu mejor amiga. Cuéntaselo todo.

Lessa miró a Rave por un momento para asegurarse de a qué se refería con lo que acababa de decir. Él asintió con la cabeza para que ella siguiera adelante.

—No se lo puedes contar a nadie —dijo Leesa a Cali—. Lo digo en serio. Ni siquiera mi madre ni Bradley saben lo que te voy a decir.

Cali cruzó los dedos frente a su corazón. —Lo prometo.

—Rave es un poco diferente —comenzó Leesa.

Cali la miró incrédula. —¿Eso es todo? ¿Ese es tu gran secreto? Por favor, cuéntame algo que yo no sepa. Es un Maston, por supuesto que es raro. Todos ellos son bastantes extraños. —Miró a Rave y le sonrió dulcemente—. Sin ofender, Rave.

Él le devolvió la sonrisa. —No hay problema.

—No —dijo Leesa—. Mucho más diferente de lo que te puedes imaginar. Creo que tal vez deberías sentarte.

Cali se veía más confundida que nunca, pero se dejó caer en el borde de la cama.

—Rave es un Volkaane —siguió Lessa.

—Un Volk… ¿*Qué*?

—Volkaane —dijo Leesa—. Muéstrale, Rave.

Rave tendió su mano derecha, palma hacia arriba. —Toca —le dijo a Cali.

Ella miró a Leesa y luego de vuelta a Rave. Se acercó y puso su mano en la palma de él.

— ¡Wow! ¡Está muy caliente!

—Espera —le dijo Rave. Envió más calor en su mano.

Los ojos de Cali se ampliaron. Finalmente, sacó la mano y se la acercó a su cara, mirándola con incredulidad de lo que acababa de sentir.

—¿Qué significa eso? —preguntó después de un momento—. ¿Cuánto más caliente lo puedes hacer?

Rave miró a Leesa.

—Adelante —dijo ella.

Rave dejó crecer el calor, hasta que las familiares y diminutas llamas azules parpadearon en sus dedos.

—¡Santo Dios! —exclamó Cali, recordando las historias sobre los Mastons y los extraños fuegos azules—. ¡Lo del fuego azul era real!

Rave sonrió e hizo desaparecer a las llamas. —Sí, lo es —contestó—. Una de las únicas historias que las personas cuentan sobre nosotros que es realmente cierta.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Cali—. Es muy bonito y es muy interesante y todo eso, pero supongo que no es sólo para enseñarlo.

—Mata vampiros con eso —contestó Leesa de forma casual.

Los ojos de Cali parecía que se le iban a salir. Movió su cabeza de un lado a otro entre Leesa y Rave como si fuera un pivote.

—¿Estás bromeando, verdad? —le preguntó a Leesa. Se volvió a Rave—. ¿Está bromeando, verdad?

—Mi gente es cazadora de vampiros —dijo Rave—. Usamos nuestro fuego para matarlos.

Cali se sentó en silencio por un largo momento y luego estalló en una gran sonrisa.

—Leesa, definitivamente eres la mejor amiga de todos los tiempos. Primero Stefan, y ahora esto. ¡Guau!

—¿Stefan? —preguntó Rave mirando a Leesa. Sus ojos se estrecharon—. ¿Qué es eso de Stefan?

Lessa sintió la furia apenas contenida de Rave. Le agarró la mano.

—Stefan nos salvó hoy. Por lo menos a Cali.

—Y besó mi mano, también. —Cali extendió su mano, mostrándola—. Justo aquí. —Ella miró a Leesa—. Tengo permitido decirselo, ¿verdad?

Leesa sonrió. —Sí, le puedes contar cualquier cosa. —Se giró a Rave y comenzó a describir los acontecimientos de la tarde.

—Cuando Edwina nos mostró por primera vez que era una vampira, deseé desesperadamente que estuvieras aquí —dijo—. Eso debió ser cuando sentiste mi llamada. Edwina se tomó su tiempo con nosotras, amenazándome y atormentándome. Cuando finalmente se dispuso a morder a Cali, de alguna manera yo la golpeé… con mis pensamientos, creo.

Rave parecía tomar su declaración con calma. —Al igual que a la cesta de la basura —dijo él.

—Sí, como a la cesta.

—Espera un minuto —dijo Cali—. ¿Fuiste *tú* quien le hizo eso a Edwina?

—Sí, eso creo. —Leesa le explicó brevemente lo de la lata de Red Bull y la cesta.

—Guau —dijo Cali, su voz llena de asombro—. Esto se pone cada vez mejor y mejor. —Sonrió—. También eres una superheroína.

— ¡Ja! Ya me gustaría. No tengo ningún control sobre ello. Ni siquiera estaba segura si esas cosas pasaban realmente, o si sólo me las imaginaba. —Leesa se giró hacia Rave—. Cuando Edwina fue por segunda vez a por Cali, no pude hacer nada para detenerla, sin importar cuanto lo intentara. Después Stefan apareció de la nada y se hizo cargo de Edwina.

—Fue increíble —dijo Cali—. Nunca vi a nadie moverse tan rápido. Arrancó la mitad de su garganta antes de que pudiera pestañar.

—Todavía no has visto a Rave moverse—dijo Leesa con orgullo—. Él es más rápido.

—¿Por qué Stefan se volvió en contra de uno de los suyos? —preguntó Rave. Desde su primer encuentro con Stefan, el cual Leesa había interrumpido valientemente y lo había detenido, Rave había pensado que él y Stefan estaban destinados a poner a prueba sus poderes de nuevo algún día. Su ira por el hecho de que Stefan intentara convertir a Leesa en vampiro había solidificado su sentimiento. Ahora, no lo sabía. Tal vez el destino tenía otra cosa en mente para ellos. No le

gustaba la idea de estar en deuda con un vampiro, pero si Stefan detuvo a Edwina, entonces Rave le debía mucho.

—No sé realmente por qué lo hizo —admitió Leesa—. Sé que él sentía algo especial por mí cuando quiso hacerme su consorte, pero pensé que eso había terminado cuando descubrió que no podía cambiarme. Él dijo que le había advertido a Edwina para que se mantuviera alejada de mí, y como no lo hizo, tenía ser que castigada por desobedecer. No sé de qué se trataba más, si de mí o de su desobediencia.

—No tengo ni idea de lo que estáis hablando ahora vosotros dos —dijo Cali—, pero me alegro de que Stefan apareciera cuando lo hizo.

—Yo también —dijo Leesa. Se giró hacia Rave—. ¿Cuánto tiempo te quedaras ahora? —preguntó.

Rave sonrió. — ¿Qué tal para siempre?

El corazón de Leesa dio un vuelco. ¿Acababa de escuchar lo que creía haber escuchado? Miró a los ojos sonrientes de Rave. «Para siempre» sonaba bien.

—¿En serio? —logró decir finalmente—. ¿No tienes que volver a New Hampshire?

—Le dije a Balin que no iba a regresar, que tenía que estar más cerca de ti.



La sonrisita de Rave se amplió en una gran sonrisa. —No sé cómo una sola chica puede seguir metiéndose en tantos problemas, pero de alguna manera te arreglas para hacerlo. Balin dijo que se haría cargo de cualquier problema que pueda haber en el Consejo. Mi gente regresará en unos pocos días, de todos modos. El *Destiratu* sigue siendo un problema, pero los efectos del solsticio parecen estar acabando.

Esa era la mejor noticia que Lessa había oído en un largo tiempo. Envolvió los brazos alrededor de Rave y se acurrucó contra él. Antes de que pudiera decir algo, sintió su cuerpo ponerse tenso de repente. Él la colocó detrás suyo y se volvió hacia la puerta. Sus dedos comenzaron a brillar azules, pero los mantuvo escondidos detrás de la espalda.

Leesa se asomó de detrás de él y vio a un hombre de pie en la puerta.

CAPITULO 44

UN INVITADO MISTERIOSO

Traducido por ingrid
Corregido por LadyPandora

El hombre de la puerta no parecía amenazante, pero las llamas azules parpadeando en las puntas de los dedos de Rave, le decían a Leesa que él pensaba de otra manera. El desconocido era alto y delgado, vestido con una chaqueta gastada negra y un simple pantalón caqui. A Leesa le pareció que estaba en sus cuarenta y muchos o principios de sus cincuenta, pero era difícil saberlo a ciencia cierta. Su rostro bronceado sólo estaba ligeramente arrugado, pero su pelo oscuro estaba salpicado con más que un poco de gris y su barba bien recortada mostraba aún más del color salteado que su pelo. Sus pálidos ojos azules eran de un color tan claro que también parecía casi gris.

El hombre levantó las manos delante de su pecho en un gesto de paz.

—Apaga el fuego, Volkaane —dijo, sin hacer ningún movimiento para entrar—. No soy ninguna amenaza para vosotros, lo prometo.

Leesa se quedó estupefacta. Las manos de Rave estaban todavía escondidas detrás de su espalda, ¿cómo había sabido el tipo que Rave era un Volkaane? Y en primer lugar, ¿cuánta gente siquiera sabía de los Volkaanes? Las llamas desaparecieron lentamente de los dedos de Rave, pero sus dedos seguían brillando azules.

—¿Qué pasa, Rave? ¿Qué está pasando?

—No estoy seguro. Hay más en él de lo que parece a simple vista. Al igual que yo, es algo más que humano.

Leesa sabía que los Volkaanes podían sentir la presencia de los vampiros, ¿significaba eso que el hombre de pie en la puerta era un vampiro? No, no podía serlo. Rave reaccionaría mucho más protector si lo fuera, eso lo sabía con certeza. Al parecer, los sentidos especiales de Rave no sólo

se limitaban a los vampiros. Eso quería decir que este tipo era otra cosa, algo con lo que Rave no estaba familiarizado. La idea era muy preocupante.

—Mi nombre es Dominic —dijo el hombre. Sus ojos pasaron de Leesa a Cali antes de fijarlos en Leesa—. ¿Y tú debes de ser Leesa?

Leesa asintió.

—¿Cómo sabes quién soy? —preguntó.

—La respuesta a eso es más complicada de lo que puedes saber, y llevará algún tiempo explicarlo —dijo Dominic—. ¿Puedo pasar?

Leesa miró a Rave. El azul había desaparecido de sus dedos, pero notaba que todavía estaba alerta y listo para reaccionar. De pie, tan cerca de él, también podía sentir que su calor todavía se elevaba por encima de su nivel normal. Sí, definitivamente estaba preparado.

—Primero, dime quién y qué eres —dijo Rave a Dominic.

Dominic se apoyó contra el marco de la puerta y sonrió. Miró a Leesa como un hombre que estuviera finalmente permitiéndose un poco de descanso al final de una tarea larga.

—Me alegra mucho averiguar que Leesa tiene a un Volkaane que cuide de ella —dijo—. Nunca esperé tan buena fortuna. Te diré todo lo que quieras saber, pero lo que tengo que decir es solamente para los oídos de Leesa y los tuyos.

Cali se levantó de la cama.

—Pillo la indirecta —respondió. Le dio un rápido abrazo a Leesa y luego sonrió—. Además, si hoy me entero de más secretos, mi pobre cabeza estallará.

Se movió hacia la puerta, luego se detuvo.

—Sólo asegúrate de hacerme saber que todo está bien cuando esto haya terminado, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —dijo Leesa.

Dominic se apartó de la puerta para dejar paso a Cali. Leesa se alegró de ver que se movía hacia atrás, en lugar de hacia adelante, dentro de la habitación. Era evidente que estaba esperando permiso para entrar. De alguna manera, encontró eso reconfortante, hasta que recordó que muchas historias decían que los vampiros no podían entrar en una habitación a menos que se les invitara a pasar. El pensamiento le dio escalofríos. ¿Algo similar estaba pasando aquí?

Cuando Cali se fue, Dominic se movió de nuevo a la puerta.

—Me preguntaste quién era —dijo a Rave—. La respuesta a eso es bastante complicada y llevará algún tiempo explicarlo. Déjame empezar diciendo que yo soy el hombre que llamó a Leesa hace un mes más o menos.

La boca de Leesa se abrió. No sabía qué había estado esperando, pero no era esto. De la nada, el hombre que decía ser su padre estaba de pie, en la puerta.

Algunas de sus preguntas, al parecer, estaban finalmente a punto de ser respondidas. Se sintió aliviada y ansiosa.

—Usted dijo que era mi padre. ¿Cómo es eso posible?

—Esa fue, probablemente, una desafortunada elección de palabras —dijo Dominic—. Aunque de muchas formas, es cierto. Creo que sería mejor si te sentaras y me invitaras a pasar.

Leesa vaciló.

—¿Podría entrar incluso si no lo invitara? —preguntó finalmente.

Las esquinas de la boca de Dominic se torcieron en una pequeña sonrisa, como si supiera exactamente lo que Leesa estaba pensando.

—Sí, podría —respondió—. Y créeme, si eligiera entrar, ninguno de vosotros podríais detenerme. Pero no voy a hacerlo sin tu permiso. Soy un amigo, eso lo verás en poco tiempo.

Leesa miró a Rave, quien asintió.

—Entra, entonces —dijo.

Dominic entró en la habitación y cerró la puerta silenciosamente tras de sí. Rave se mantuvo parcialmente entre Leesa y Dominic, todavía sin estar seguro de hacia dónde iba esto. Podía sentir el poder en el hombre, pero parecía velado, al menos a sus sentidos Volkaane.

—Por favor, siéntate —dijo Dominic a Leesa.

Leesa dio dos pasos hacia atrás y se sentó en el borde de su cama. Rave se movió junto a ella, pero se quedó de pie, todavía protector. Ella le tomó la mano y la apretó suavemente.

—Estás cojeando —dijo Dominic a Leesa, su voz llena de preocupación—. ¿Estás herida?

Leesa se sorprendió de que Dominic hubiera notado su cojera en los dos cortos pasos que le había llevado llegar a la cama.

—No, estoy bien. Es algo con lo que nací. No es gran cosa.

Dominic se quedó en silencio durante un momento. Leesa no podía saberlo, pero él se preguntaba si su cojera era el resultado de sus acciones hacía dieciocho años.

Alcanzó la silla del escritorio.

—¿Puedo?

—Por supuesto. Adelante —dijo Leesa.



Dominic levantó la silla y la depositó en el centro de la habitación. La giró frente a Leesa, se quitó el abrigo y se sentó.

—Antes de empezar, tengo que hacerte una pregunta. ¿Eres la responsable de la magia que sentí hoy?

La pregunta tomó por completa sorpresa a Leesa. ¿Cómo había sabido eso?

—Eso creo —dijo después de un momento—, pero no estoy muy segura.

Dominic sonrió. Vio calidez en sus ojos claros.

—No estoy sorprendido por eso —dijo—. Me imagino que has experimentado unas pocas cosas más en estos últimos meses que no has sido capaz de comprender plenamente.

Una vez más, sus palabras sorprendieron a Leesa. ¿Sabía lo de sus sueños y sobre su aparente habilidad para mover las cosas con sus pensamientos? ¿Cómo era eso posible?

—Sí, un par —admitió. No estaba dispuesta a revelar nada concreto todavía.

—¿Puedo preguntar qué moviste esta tarde? —preguntó Dominic—. Usaste bastante energía. Mucho más de lo que pensé que serías capaz de controlar en este momento.

Esto ya era demasiado en cuanto a mantener su capacidad de mover las cosas en secreto, pensó Leesa. Decidió que podría decírselo.

—Realmente no tengo ningún control sobre ello —dijo—. A veces, es sólo una especie de salida. Hoy, lo necesitaba. Ni siquiera estaba tratando de hacerlo. Cuando traté de hacerlo de nuevo, no pude.

—No me sorprende. Como dije, era mucho más poderoso que cualquier cosa que hubiera esperado de ti. Así que dime, ¿qué moviste para requerir tanto poder?

—Un vampiro —dijo Leesa.

La ceja derecha de Dominic se alzó con sorpresa.

—Iba a morder a mi mejor amiga —explicó Leesa—. De algún modo me las arreglé para lanzarla lejos, una vez por lo menos.

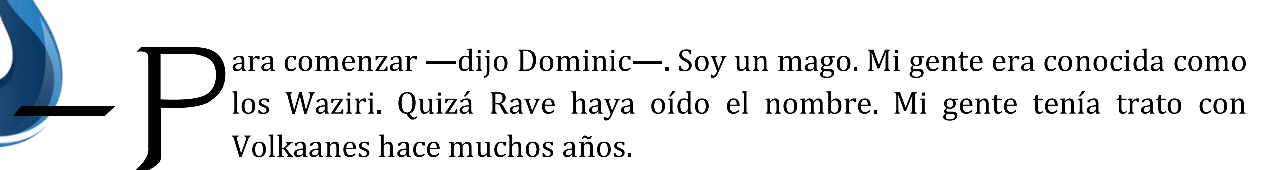
—¿Un vampiro, dices? —Dominic sacudió su cabeza con asombro—. Quisiera escuchar más sobre eso y sobre cualquier otra cosa que también puedas haber experimentado, pero espero que te sientas más cómoda después de haber descubierto un poco más sobre mí.

Rave había estado observando y escuchando con gran interés.

—También yo —dijo.

—Es una larga historia —dijo Dominic—. Voy a tratar de cubrir los aspectos más destacados ahora y rellenar todas las preguntas después. ¿Os parece bien a los dos?

—Sí, suena genial —dijo Leesa. Podía sentir su corazón empezando a latir más rápido. ¡Al final estaba a punto de obtener algunas respuestas!



Traducido por puchurin
Corregido por Smyle

—Para comenzar —dijo Dominic—. Soy un mago. Mi gente era conocida como los Waziri. Quizá Rave haya oído el nombre. Mi gente tenía trato con Volkaanes hace muchos años.

—Si, he oído hablar de los de tu clase—dijo Rave.

Leesa sintió una ligera disminución en el estado de alerta de Rave cuando Dominic dijo que era un Waziri.

—Rave me mencionó el nombre —dijo ella—. Cuando le conté las cosas que estaban pasando.

—Nosotros somos un clan de magos —dijo Dominic—. O por lo menos lo éramos.

—¿Erais? —preguntó Rave

La tristeza que descendió sobre los ojos de Dominic era inconfundible.

—Soy el único que queda, el único que conozco, por lo menos —dijo después de un momento.

—El resto están muertos o se han convertido en algo que ya no es reconocido como Waziri.

Leesa no le gustó cómo sonaba todo aquello.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Rave.

—Esa es otra larga historia, esos detalles pueden esperar para otro momento, creo. En resumen, algunos de mis hermanos fueron seducidos hacia las artes oscuras y fueron desterrados por practicar la magia prohibida. Una noche, regresaron y nos atacaron. Aunque eran menos en número que nosotros, la batalla nunca estuvo en duda. Poseían los mismos poderes que nosotros, y algunos más. El ataque sorpresa y sus artes oscuras marcaron la diferencia. Al final, solo había

dos de nosotros, en contra de media docena de renegados. Yo sobreviví sólo porque Denethon, el mago más podereroso entre nosotros, se sacrificó para que yo pudiera escapar y mantener las esperanzas de nuestro clan vivo, tan escasas como podían ser. Quería quedarme y luchar pero Denethon insistió en que me fuera. No tengo dudas, de que antes de caer, derrotó a uno oó dos de nuestros enemigos. Sentí que su fuerza vital lo abandonaba. Afortunadamente, para entonces yo estaba más allá del alcance de nuestros enemigos.

—¿Cuándo ocurrió todo esto? —preguntó Rave.

—Hace más de cien años. He estado ocultándome desde entonces, esperando mi momento, con la esperanza de corregir este mal o por lo menos frustrar sus planes.

—¿Cuáles son sus planes? —preguntó Leesa nerviosa.

—Aquellos que fueron desterrados se unieron a un viejo enemigo —contestó Dominic—. Tiene varios nombres, la mayoría de ellos son impronunciables en tu lengua. En ocasiones, lo llaman el Nigromante.

Leesa se quedó sin aliento, recordando al Dr. Clerval mencionando ese nombre cuando estaban discutiendo su sueño de zombies.

—Por lo que veo, has oído ese nombre anteriormente. ¿Por Rave, quizás?

—No, por uno de mis profesores—explicó Leesa—. Es un experto en vampiros, pero también conoce mucho de otras cosas.

—¿Qué te dijo acerca de el Nigromante?

—Exactamente no lo recuerdo. Algo acerca de gente muerta, creo. No sabía nada realmente específico.

—El Nigromante busca el dominio sobre la muerte —dijo Dominic—. Durante siglos, ha estado levantando un ejército de muertos para tener el mundo bajo su dominio.

—Si el Nigromante ha estado en esto por tanto tiempo, ¿por qué nunca hemos oído nada al respecto? —preguntó Leesa

—Sí lo habeis oído —dijo Dominic—. Las culturas humanas están llenas de historias de muertos vivientes, pero las habeis utilizado en cuentos para asustar a los niños, no como historias.

Imágenes de sus sueños aparecieron en la mente de Leesa.

—¿Estás diciendo que realmente ocurrió? ¿Que los muertos se han levantado de sus tumbas?

—Recientemente, no, pero sí ha ocurrido, más de una vez en décadas. Cada vez, el Nigromante parece ganar más control sobre ellos. Hace cien años, cuando comenzó a resucitar muertos con éxito en las aéreas aisladas del Este de Europa, los Waziri lo detuvieron. Agrupamos nuestra

magia y creamos un sello entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Sin duda, desde entonces ha estado tratando de romper el sello.

Leesa recordó las historias que el Dr. Clerval le contó sobre los grupos de muertos vivientes atacando a los aldeanos. Dominic estaba confirmando estas historias como ciertas. Se preguntó si sus sueños eran una señal que el Nigromante estaba comenzado a atravesar el sello Waziri.

—¿Piensas que esta allí? —preguntó ella—. Quiero decir, ¿en Europa del Este?

—Sinceramente, eso espero —dijo Dominic, pues eso significaría que Leesa seguía estando segura tanto como ella podría estarlo—. Podría localizarlo si quisiera, pero hacer eso sería como encender un faro mostrándole dónde estoy. De hecho, cualquier uso de mis poderes rebelaría lo que soy, y todavía no estoy preparado para enfrentarme a él y a sus secuaces renegados.

Leesa decidió que era hora de contarle sobre sus sueños a Dominic.

—He tenido varios sueños de cuerpos levantándose de las tumbas —dijo ella.

El rostro de Dominic se tensó con la revelación de Leesa.

—Háblame sobre los sueños —dijo él.

Leesa describió sus sueños de los tres zombies y luego le indicó a Dominic cómo había visto algo similar a cada uno en las noticias. A mitad de la historia, Dominic se levantó de su silla y comenzó a caminar por el cuarto.

—Esa es una mala noticia —dijo cuando Leesa terminó—. Si lo que dices es cierto, significa que el Nigromante está aprendiendo cómo romper nuestros sellos. Tenía la esperanza de que tuviéramos más tiempo, mucho más tiempo.

Leesa ahogó un bostezo. Era temprano, ¿por qué estaba tan cansada? Ciertamente no era porque la historia de Dominic la estuviese aburriendo. Estaba ansiosa por escuchar todo lo que él le pudiera decir. Entonces, ¿por qué estaba teniendo tanta dificultad en vencer su cansancio?

—Estás cansada —dijo Dominic—. Discúlpame. Debí haberlo esperado y explicártelo antes.

—¿Qué quieres decir? ¿Explicar qué?

—La cantidad de poder que utilizaste anteriormente habría agotado un poco incluso a un mago adiestrado. No hay duda de que te ha agotado mucho más. Necesitas descansar. Podemos continuar con esto mañana.

—Todavía no —dijo Leesa—. Hay una cosa que debo saber, si quiero tener un sueño reparador. ¿Por qué dijo que usted era mi padre? ¿Qué quiso decir con esto?

Dominic tomó asiento nuevamente y dejó escapar un profundo suspiro.

—Esa es otra historia muy complicada. Por ahora, trataré de hacerla lo más simple posible.

Se tomó un momento para ordenar sus pensamientos. Leesa lo miraba ansiosa, preguntándose a dónde conduciría esto.

—Necesitas entender un poco la historia de los Waziri —comenzó Dominic—. Cada uno de nosotros podemos pasar nuestra magia pero sólo una vez en nuestra vida. Usualmente escogemos un niño, alguien en el cual percibimos las cualidades apropiadas, y le transmitimos a él nuestro poder. Desde ese momento, lo guiamos y adiestramos hasta el momento que cumple 18 años, cuando su magia se activa.

—Hablas de «él» —dijo Rave—. ¿Qué tiene esto que ver con Leesa? ¿No son todos los Waziri siempre hombres?

De repente, Leesa se percató de cuán similar estaban hablando Rave y Dominic. No en la forma en que ellos sonaban —Dominic tenía un poco de acento, similar en algunas maneras a Stefan— pero en su ritmo y la manera de poner juntas las palabras. Rave y Dominic hablaban de una manera un poco forzada, casi formal, utilizando pocas contracciones. Se preguntaba si esto se debía a que crecieron hace mucho tiempo. Quizás en aquella época se hablaba de manera más formal.

—Si, los Waziri siempre han sido hombres —contestó Dominic a la pregunta de Rave—, pero esto es parte de mi plan.

—¿Qué plan? —preguntó Leesa.

—Mi plan de detener al Nigromante y a sus renegados subalternos.

Leesa trataba de que lo que Dominic decía tuviese sentido, pero su mente cansada lo estaba haciendo difícil. ¿Estaba diciendo que ella era parte del gran plan para detener a los magos malvados? Esperaba que no fuera cierto. Había tenido suficiente con sus asuntos de magia y criaturas sobrenaturales para toda una vida. Suficiente de todos ellos, excepto Rave, por supuesto.

Dominic había estado observando detenidamente el rostro de Leesa.

—Creo que has comenzado a entender —dijo él—. Escogí trasmitirte mi magia a ti.

—¿Cómo… cuándo? —solo pudo decir ella.

—Antes de que nacieras —dijo Dominic —. Antes de que tu madre supiera que estaba embarazada de ti.

Leesa sacudió su cabeza. —No lo entiendo.

—Tenía miedo de que si pasaba mi magia de la manera tradicional, mis enemigos lo detectaran —explicó Dominic—. Eso habría sido peligroso para el niño al igual que para mí. Y recuerda, yo sólo tengo una oportunidad de hacer esto. Así que decidí tomar el riesgo y seguir una camino diferente, seleccionando un bebé no nacido, a una niña. Haciendo algo que nunca se había

realizado, esperaba que ella pudiera eludir la detección. Hasta ahora, parte de mi plan parece haber funcionado. —Por un largo rato, estudió el rostro de Leesa—. ¿Me sigues hasta el momento?

—Más o menos. Creo que me tomará un tiempo para entenderlo completamente —Leesa bostezó nuevamente. Estaba completamente exhausta.

Rave le besó el cabello.

—Te dije que había algo más en ti de lo que cualquiera de nosotros supieramos.

—Hay mucho más que necesitas oír —dijo Dominic—, pero creo que te he dado suficiente para asimilar por ahora. Además necesitas descansar.

Leesa sonrió. —No puedo discutir eso. Rave, ¿te quedarás conmigo esta noche?

—Por supuesto —contestó Rave—. Nada podría hacer que te dejara ahora.

Leesa apoyó la cabeza en su hombro. Tenía mucho en qué pensar, pero con Rave a su lado, esperaba poder dormir tranquilamente.

—Yo estaré cerca, vigilando —dijo Dominic. Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Nos vemos mañana.



Una vez que se fue Dominic, Leesa se entregó a su cansancio.

—Estoy realmente cansada —dijo ella—. Quisiera hablar contigo sobre todo esto, pero espero que no te moleste esperar hasta mañana.

Rave besó su cabello. —Para nada. Duérmete, mi amor.

Leesa se tendió en la cama, y Rave se acostó junto a ella. Ella recostó la cabeza en el hueco del brazo de él. En unos momentos, estaba profundamente dormida.

CAPITULO 46

OPCIONES

Traducido por Marlene
Corregido por Vickyra

Cuando Leesa abrió los ojos a la mañana siguiente, Rave estaba todavía a su lado, sonriendo. No podía pensar en ninguna visión más gratificante.

—Buenos días, preciosa —dijo él.

Lessa sonrió. —Buenos días a ti también.

Delgados hilos de pálida luz atravesaron las cortinas, indicándole que eran al menos las ocho. Estiró los brazos por encima de la cabeza, sintiéndose deliciosamente fresca. Siempre dormía bien con Rave a su lado.

—Dormías pacíficamente —dijo Rave—. Fue agradable verlo.

Lessa deslizó los dedos por su cabello, apartando de su cara algunos mechones enredados.

—No me digas que estuviste mirándome fijamente durante toda la noche —dijo ella, esperando no haber hecho nada grave, como babear en sueños.

—No, por supuesto que no —Rave besó su frente y sonrió—. Sólo la mayor parte.

—¡Ugghh! —Leesa escondió los ojos debajo del brazo.

—No te preocupes, estás preciosas mientras duermes.

Lessa sonrió. —Gracias. Tú también te ves bastante bien, considerando que pasaste la mayor parte de la noche mirándome.

—Te lo dije, los Volkaanes no necesitamos dormir mucho. ¿Tuviste algún sueño?

Lessa pensó por un momento. Pedazos de un sueño volvían a ella.

—Lo hice, sí —dijo, recordando—. Soñé con magos luchando con un ejército de monstruos. Los magos arrojaban rayos y bolas de fuego con sus báculos y varitas. Las bolas de fuego eran azules, por supuesto.

—Naturalmente —dijo Rave, sonriendo otra vez—. Aún vamos a hacer un Volkaane de ti.

Leesa devolvió la sonrisa. —¡Ja! No es mi deseo. —Pensó en el sueño de la noche anterior—. El sueño no se sentía real, sin embargo, y definitivamente no era aterrador como los demás. Era más como mirar una película. Un par de magos me recordaban a Gandalf y Harry Potter.

Rave rió. —Creo que vamos a tener que pedirle a Dominic que te consiga una varita, entonces.

—¡Ja! No lo creo. —Lessa se sentó—. ¿Ha estado por los alrededores?

—Sentí su presencia brevemente un par de veces durante la noche. No por mucho tiempo, sin embargo. Me da la sensación de que no se queda quieto mucho rato.

—Espero que vuelva pronto. Tengo muchas preguntas.

—Estoy seguro que lo hará. Parecía tan aliviado de encontrarte, que no creo que pierda mucho tiempo ahora.

—Tienes razón. Dio a Rave un beso en la mejilla y saltó de la cama.

—Será mejor que me aseé y coma algo mientras tenga la oportunidad.

Dominic regresó poco antes de las diez, dando tiempo a Leesa de tomar una ducha y tomar un desayuno de yogurt de vainilla y banana. No era mucho para una comida, pero no estaba segura de que su estómago pudiera resistir mucho más, ansiosa como estaba de obtener respuestas de Dominic.

Llevaba puesta la misma chaqueta negra y el pantalón caqui de ayer, aunque no parecía haber dormido con ellos. De hecho, a Leesa le parecían como recién salidos del armario esta mañana. Se preguntó si tal vez habría alguna clase de magia en ello.

—¿Estás lista para saber más sobre la magia? —le preguntó Dominic.

—Definitivamente. Necesito comprender lo que me está pasando.

Dominic esbozó una pequeña sonrisa. —Bien. Creo que podré darte una aproximación en una o dos horas. —Hizo una pausa, antes de agregar—, y entonces tendrás que tomar una decisión.

Leesa se preguntó a qué tipo de decisiones se refería, pero rápidamente desechó el pensamiento. Pensó que lo aprendería muy pronto.

—Rave no cree que te guste permanecer quieto mucho tiempo —dijo—. ¿Es eso verdad?

La sonrisa de Dominic fue más amplia esta vez.

Tiene una sonrisa amable, pensó Leesa, pero entonces recordó que Edwina también la tenía. Sin embargo no notaba nada amenazante por parte del mago.

—Rave tiene razón —dijo Dominic—. Es un viejo hábito, proveniente de muchos años de tratar de pasar desapercibido.

—Demos un paseo —sugirió Leesa, pensando que un paseo haría sentir más cómodo a Dominic y haría más fácil para ella hacer frente a lo que fuera que él iba a decir. Los ojos de Dominic se desviaron involuntariamente a la pierna de Leesa, pero los retiró rápidamente. Se preguntó una vez más si sus acciones habían tenido algún papel en la aflicción de Leesa.

Ella reconoció la mirada. —Te lo dije, la pierna no me duele en absoluto. —Mantuvo su mirada y sonrió—. No puedo correr muy rápido y soy mala bailando, pero puedo caminar como casi todo el mundo.

—Un paseo suena bien —dijo Dominic.

Leesa tomó su abrigo y su gorro de punto. —Vayamos.

Fuera, la mañana estaba fría y ventosa, con el aire frío soplando del noreste. Finas y oscuras nubes cubrían la mitad oriental del cielo como una mortaja. Leesa se preguntó si finalmente iban a tener la primera nieve de verdad. Había estado esperando algo de nieve todo el invierno, pero ahora no estaba segura de que fuera el mejor momento para ello, con todo lo que estaba pasando.

Aunque el aire le hacía arder un poco las mejillas, el viento no le molestaba, no con su brazo enlazado al de Rave. Dominic tampoco parecía demasiado afectado por el frío, al menos por lo que podía ver. No parecía tan ajeno a la temperatura como Rave, pero no parecía incómodo tampoco.

—Caminas bien, Lessa —dijo Dominic mientras caminaban a paso rápido por el sendero hacia el portón principal.

—Te lo dije —dijo Lessa, sonriendo.

—Sí, lo hiciste —reconoció Dominic—. Estoy feliz de verlo. Estaba preocupado de que lo de tu pierna pudiera ser de alguna manera el resultado de lo que hice, pasándote mi magia antes de que nacieras.

—Tendrías que ponerte a la cola si quieres adjudicarte la responsabilidad por lo de mi pierna.

Dominic parecía perplejo. —¿Qué quieres decir?

Lessa le contó que su madre había sido mordida por el *Grafhym* cuando estaba embarazada.

—Me he estado preguntando si muchas de las cosas que me han pasado no serían por la sangre del *Grafhym.*

Dominic lo consideró por algunos momentos.

—Eso podría explicar algo que me ha estado molestando —dijo, acariciándose la barbilla—. Sí, definitivamente podría explicarlo.

—¿Explicar qué? —preguntó Leesa.

—Por qué me costaba tanto encontrarte. El vínculo mágico entre nosotros debería haberme permitido localizarte a un centenar de kilómetros. Cuando partí hace dieciocho años para garantizar tu seguridad, contaba con ser capaz de encontrarte fácilmente cuando llegara el momento. En lugar de eso, tengo que estar a unos cientos de metros para sentir tu presencia. Pienso que la sangre del Grafhym debe haber alterado levemente tus vibraciones, ocultándolas de mí hasta que estoy cerca.

Cruzaron a través del portal de piedra de la universidad y giraron al oeste en la calle Washington hacia el centro. El viento soplaba directamente en sus rostros ahora, soplando sin control por el ancho camino del río. Las mejillas de Lessa ardieron por el frío. Alzó una mano enguantada para proteger su cara del viento, pero antes de que pudiera hacerlo la mano de Rave estaba allí, acariciando suavemente sus mejillas e infundiéndoles su mágica tibieza. *Tiene que ser el novio más atento que jamás ha existido*, pensó ella. El cálido resplandor que sentía florecer en su pecho no tenía nada que ver con su fuego interior de él.

Besó los dedos de Rave y sonrió, volviéndose hacia Dominic.

—¿Cuánto tiempo me has estado buscando?

—Casi un año ya, unos pocos meses antes de que cumplieras dieciocho. Quería tener tiempo para prepararte para la aparición de tus poderes. Lamento mucho no haber estado aquí. Créeme, no querrías saber lo que he pasado este año tratando de encontrarte.

—Si no hubiera dejado caer mi estúpido teléfono, me habrías encontrado antes —dijo Leesa, recordando la llamada de Dominic, allá por Acción de Gracias.

—Estás aquí ahora —agregó Rave. —Eso es lo que importa.

—Déjame enseñarte algo acerca de mi magia. Tu magia, Leesa. Los Waziri poseen dos clases de magia: activa y pasiva. La magia pasiva me permite sentir tu presencia y es lo que me mantiene caliente en el frío. Tus sueños también son magia pasiva. La magia pasiva es segura, nuestros enemigos no pueden detectarla y usarla para encontrarnos.

—¿Entonces cuando aprenda a controlarla no sentiré más frío? —preguntó Lessa.

—No serás como Rave —replicó Dominic—, pero con el tiempo notarás menos el frío.

Leesa miró a Rave y sonrió. —Supongo que tendré que mantenerte alrededor —bromeó, apretando su brazo cariñosamente.

Rave le devolvió la sonrisa. —Me alegro mucho de oírlo. Estaba comenzando a preocuparme.

Leesa volvió su atención a Dominic. —No has mencionado lo de mover cosas con el pensamiento. ¿Supongo que eso es magia activa?

Dominic asintió. —Sí. Por eso es que fui capaz de sentirla desde la autopista.

Rave dejó de caminar de pronto, así que Lessa y Dominic se detuvieron también. Lessa podía decir que Rave había incrementado su siempre presente alerta a un nivel superior.

—Si tú puedes sentirlo —preguntó a Dominic—, ¿no podrían tus enemigos sentirlo también?

Dominic frunció pensativamente los labios.

—Tal vez, si están lo suficientemente cerca. Pero no veo ninguna razón por la que tendrían que estar en cualquier lugar cerca de aquí. Aún si lo estuvieran, la alteración en las vibraciones de Leesa les debería hacer difícil detectarla. Su unión conmigo es directa, como de un padre con su hija. La unión con ellos es diluida, de Waziri a Waziri. También creo que Leesa está protegida de alguna manera por ser mujer. La sangre *Grafhym* probablemente le dé otra capa de protección.

—Así que, ¿estás seguro de que está a salvo? —insistió Rave.

—Tan seguro como puedo estarlo —respondió Dominic—. Recuerda, mi razón para elegir un no nacido femenino fue crear algo más allá del conocimiento de mis enemigos. Con la influencia *Grafhym* adicional, me siento más seguro.

Leesa pensó en lo irónico quw era que una historia en la que ella nunca había creído, acerca de un vampiro con un sólo colmillo mordiendo a su madre, estuviera sirviendo para protegerla una vez más. Pensar en la sangre *Grafhym* le sugirió un segundo pensamiento.

—¿Qué pasaría si un vampiro trata de convertirme? —preguntó a Dominic.

Dominic estaba claramente sorprendido por la pregunta.

—Dudo que pudiera hacerlo —dijo después de un momento—. Tu naturaleza Waziri probablemente lo impediría. ¿Por qué lo preguntas? Es la segunda vez que mencionas vampiros.

—Es una larga historia —dijo Lessa, pensando que debería ser otra razón por la que Stefan no había sido capaz de convertirla. Se preguntaba si él había sido capaz de sentir esa parte mágica de su naturaleza.

—Te lo contaré más tarde. En este momento, quiero saber más de la magia Waziri. —Entrelazó su brazo con el de Rave—. Sigamos caminando.

Los tres se dirigieron nuevamente hacia el camino. Leesa se sintió complacida al ver que Dominic no prestaba más atención a su cojera.

—Ibas a contarme sobre la magia activa —le dijo.

—Sí —dijo Dominic—. Mientras la magia pasiva permanece dentro de ti, manteniéndote tibia, detectando cuando la magia es usada, o tus sueños, la magia activa afecta las cosas externas. Hay dos formas de magia activa. Los conjuros, que deben ser aprendidos, y los poderes innatos, que ya están dentro de ti y solamente deben ser liberados y controlados. Apartar a un vampiro de tu amiga fue un poder. Hacer que alguien caiga dormido o hacerle olvidar algo, requiere un conjuro.

Leesa permaneció en silencio mientras trataba de digerir todo lo que Dominic había dicho. Activa y pasiva, conjuros y poderes, aprender y liberar, interno y externo. Todo era bastante confuso, especialmente para alguien que hasta ayer no tenía idea de que poseía alguna clase de magia en su interior. Para colmo, había magos renegados, y un tipo llamado Nigromante que querría matarla si alguna se vez se enteraba de que existía. De pronto, lidiar con simples vampiros antiguos no parecía tan malo.

—Todo esto es bastante complicado —dijo finalmente.

—Más de lo que crees —replicó Dominic—. Es por eso que quería encontrarte antes de tu mayoría de edad, para ayudar a que te prepararas para ello. Aún así, no habría esperado que hubieras experimentado tanto, tan pronto. Pienso que el *Destiratu* probablemente ha tenido algo que ver con ello.

—Rave me contó cómo afecta el *Destiratu* a los vampiros y los Volkaanes. ¿Quieres decir que afecta a los magos también?

—El *Destiratu* afecta a todas las cosas mágicas, más a menudo magnificándolas. Mis hermanos renegados atacaron durante el anterior *Destiratu*. Estoy seguro de que su impulso jugó un papel. —Dominic sacudió la cabeza apesadumbrado—. Nunca planifiqué que alcanzaras la mayoría de edad en la época del *Destiratu*, Lessa. Ni siquiera lo consideré, siento decirlo. Fue un error de mi parte, me temo.

—No podrías haberlo sabido —dijo Rave—. Ninguno de nosotros sabe cuándo surgirá el *Destiratu*, no hasta que empieza.

—No, supongo que no —coincidió Dominic—. Aún así, esto complica las cosas.

—Las cosas con Leesa siempre son complicadas— dijo Rave, sonriendo. Se inclinó y le dio un rápido beso en la frente—, pero yo no lo querría de ninguna otra manera.

—¡Ja! No me hables de complicaciones, *Señor* —dijo Leesa, sonriendo—. No soy yo quien con un beso puede freír a su novia hasta cenizas. —Un nuevo pensamiento le vino a la mente, uno muy agradable—. Dominic, ¿podría mi magia hacerme inmune al fuego de Rave? ¿Podrías enseñarme a besarlo con seguridad tanto como quiera?

Dominic sonrió.

—Lo lamento, no. Nadie puede resistir toda la fuerza del calor Volkaane, ni siquiera yo. —Reconoció la desilusión que oscureció el rostro de Leesa—, pero tú seguramente tienes un poco de tolerancia innata, y puedo entrenarte para ser aún más resistente.

Leesa recordó la sorpresa de Balín de que no hubiera salido más lastimada cuando Rave perdió el control. Supuso que su magia la había protegido, al menos un poco. Se volvió hacia Rave y le apretó el brazo.

—¿Oíste eso? Mejor que te prepares para grandes cosas.

—Un hombre sólo puede soñar —replicó Rave, sonriendo.

Leesa se volvió hacia Dominic.

—De repente este asunto de la magia no suena tan mal —dijo—. Nada mal.

—Sí, puedo verlo —replicó Dominic, sonriendo—, pero no te apresures tanto. Para aprender a controlar aún un poco de energía se requiere mucho esfuerzo. —Extendió la mano y suavemente aferró el brazo de Leesa, haciéndola detenerse. Su voz se volvió muy seria—, y debes entender, que cuanto más aprendas, más peligrosos seran nuestros enemigos.

Leesa tragó saliva. Con las visiones de besar a Rave girando en su cabeza, había tenido una especie de olvido del peligro por un momento.

—¿Era lo que implicabas cuando dijiste que tenía que tomar una decisión? —preguntó—. ¿Qué yo podría decidir que tú no me enseñaras y solo lidiar con este asunto de la magia, cuando aparezca, lo mejor que pueda?

Realmente no le gustaba la idea, pero aunque ahora sabía de dónde venía, debería ser capaz de manejar las cosas con menos estrés y preocupación. Al menos sabía que no se estaba volviendo loca, eso ya era algo en sí mismo.

—Es una opción, ciertamente —replicó Dominic—, y estaré de acuerdo con ella si ese es tu deseo, pero abandonarte no es una opción que yo desee ofrecer.

—¿Cuál, entonces? —preguntó Leesa, confundida ahora. Había pensado que tenía dos opciones: permitir que Dominic la entrenara o dejarlo ir. Estaba complacida de tener una tercera opción, fuera cual fuera.

—Una opción ya la conoces, que me quede y te enseñe cómo usar tus poderes. Ese camino será largo y difícil, además de peligroso. Aún así, es el camino que espero que elijas, pero me doy cuenta que estoy pidiendo mucho de ti. Quiero estar seguro de que comprendes plenamente los riesgos antes de que decidas.

Leesa apreció la honestidad de Dominic. Casi sentía como si él estuviera tratando de disuadirla de elegir el camino que él quería que siguiera –lo cual significaba que ese camino debía ser muy peligroso, además.

—¿Cuál es mi otra opción? —preguntó.

—Si lo deseas, puedo enseñarte a refrenar tu magia, a mantenerla encerrada en ti. No serás capaz de usarla, pero no te molestará de la forma que lo ha hecho. Una vez que te enseñe a hacerlo, me iré lejos de aquí, llevandome conmigo cualquier peligro.

¿Encerrar la magia? Leesa no se había dado cuenta de que era una posibilidad, una posibilidad que sonaba muy bien en esos momentos. Estaba cansada de todo ese asunto, de las pesadillas perturbando su sueño y poderes que no podía controlar y que aparecían de pronto de ninguna parte. Ya había hecho más de lo que se esperaba de cualquier chica, ayudando a curar a su madre y salvando a Bradley de Edwina. Sólo quería vivir felizmente con Rave y disfrutar de su ahora saludable y feliz familia. Seguramente Dominic comprendería si ella elegiera negar sus poderes, aún si echaba a perder su gran plan. Rave lo entendería también, lo sabía. De hecho, pensaba que Rave probablemente preferiría esa opción.

—¿Qué crees que debería hacer, Rave?

Rave pareció incómodo, una de las pocas veces que ella lo había visto así. Se preguntó por qué.

—Estoy destrozado —dijo después de un momento—. Mi primer pensamiento es egoísta, todo lo que quiero es verte a salvo y tan lejos del peligro como sea posible. —Tomó las dos manos de Leesa en las suyas—, pero una vez me dijiste que nunca me dejarías arriesgarme a perder mi fuego por ti, porque mi fuego es la esencia de mi naturaleza. Así que ¿cómo podría pedirte que renuncies a tu magia?, porque nos guste o no, la magia es parte de tu naturaleza. Es una decisión que sólo tú debes tomar. Sólo debes saber que yo estaré a tu lado cualquiera que sea el camino que elijas.

Leesa se dio cuenta de que Rave tenía razón, nadie podía tomar esa decisión por ella. Ni en caso de que tuvieran que hacerlo. Se alzó en puntas de pie y besó a Rave en la frente, luego se volvió hacia Dominic.

—Necesito tiempo para pensar acerca de esto —le dijo—. Realmente es una gran decisión.

—Continuemos paseando. Puedes contarme más acerca de tu magia. Nuestra magia. Pensaré en ello esta noche y trataré de darte una respuesta en la mañana, ¿está bien?

—Sí, ciertamente —dijo Dominic—. Te contaré todo lo que pueda acerca de nuestros poderes, y te daré todo el tiempo que necesites para tomar una decisión.

No habían andado mucho cuando Leesa de pronto se detuvo. Aferró el brazo de Dominic.

—Acabo de pensar en algo —dijo—. ¿Qué edad tienes?

Dominic pareció perplejo. —He visto pasar seis marcas de siglo.

Leesa levantó las cejas. Sabía que Dominic debía tener al menos doscientos años, pero no había esperado oír que tenía tres veces ese tiempo.



—¿Cuando me traspasaste tu magia, eso de la edad estaba incluido?

Dominic se permitió una pequeña sonrisa cuando se dio cuenta a dónde apuntaba Leesa.

—No estoy completamente seguro —dijo—, pero hasta cierto punto sí. Si eliges olvidar tu magia, probablemente vivas un poco más que el promedio humano. Si abrazas la magia, es posible que puedas ver cinco siglos o más.

—¿Cinco siglos? —Leesa no podía creerlo.

—Siempre que sobrevivas a nuestros enemigos, por supuesto, lo cual no implica certeza —advirtió Dominic.

De repente, a Leesa no le importó el peligro. Todo lo que podía pensar era en estar quinientos años junto a Rave. Pasó el brazo alrededor de su espalda y sonrió. Era la decisión más fácil que hubiera tomado alguna vez.

—Estoy dentro —dijo a Dominic—. Enséñame la magia.



A CONTINUACION…



Ahora que Dominic la ha encontrado, Leesa finalmente obtiene respuestas acerca de sus sueños y su talento recién descubierto.

Se compromete a entrenar con Dominic para desarrollar su don, aunque sabe que se está poniendo en peligro.

Pero la recompensa del entrenamiento es demasiado buena para dejarla pasar, porque Leesa envejecerá más lento y podrá vivir un par de siglos.

Vivir unas cuantas vidas significa más tiempo con su novio Volkaane Rave y por eso Leesa está dispuesta a superar cualquier tipo de peligro.

¿Será hora de que vampiros y Volkaanes trabajen juntos?

Saga Blue Fire:

1. Breathless
2. Deathless
3. Helpless



STAFF

Moderadora de Traducción

Dara

Grupo de Traducción

Aldy92	Dara	Maia
andrea	Eloisa	Marlene
aya001	Erika	mbob
BethBelikov1310	Ilka	pokprincssbooo
C_Kary	Ingrid	puchurin
carosole	Liliana	tersa
	Lola	zune

Moderadora de Corrección

Ángeles Rangel

Grupo de Corrección

Ángeles Rangel	Lsgab38	Smyle
Juli_Arg	Paoo	Vickyra
LadyPandora	Roux Maro	Yanii

Recopilación

Ángeles Rangel

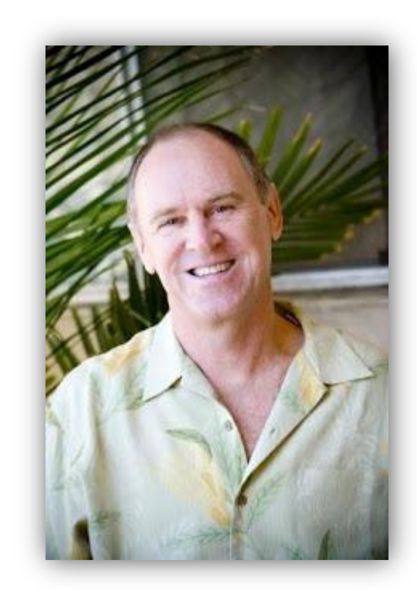
Revisión

Lady_Eithne

Diseño

Liz

BIOGRAFIA



Scott Prussing nació en Nueva Jersey, pero fue lo suficientemente inteligente como para mudarse al hermoso San Diego tan pronto como recibió su maestría en psicología en la Universidad de Yale.

Scott está actualmente trabajando en «Helpless», el tercer libro de la saga Fuego Azul.

Además de escribir, Scott disfruta las caminatas, andar en bicicleta cerca de la playa, y el golf. Es una de las pocas personas restantes en Estados Unidos sin teléfono celular.

Contacta con Scott y conoce más acerca de sus libros en www.scottprussing.com.


Fallen
Angels